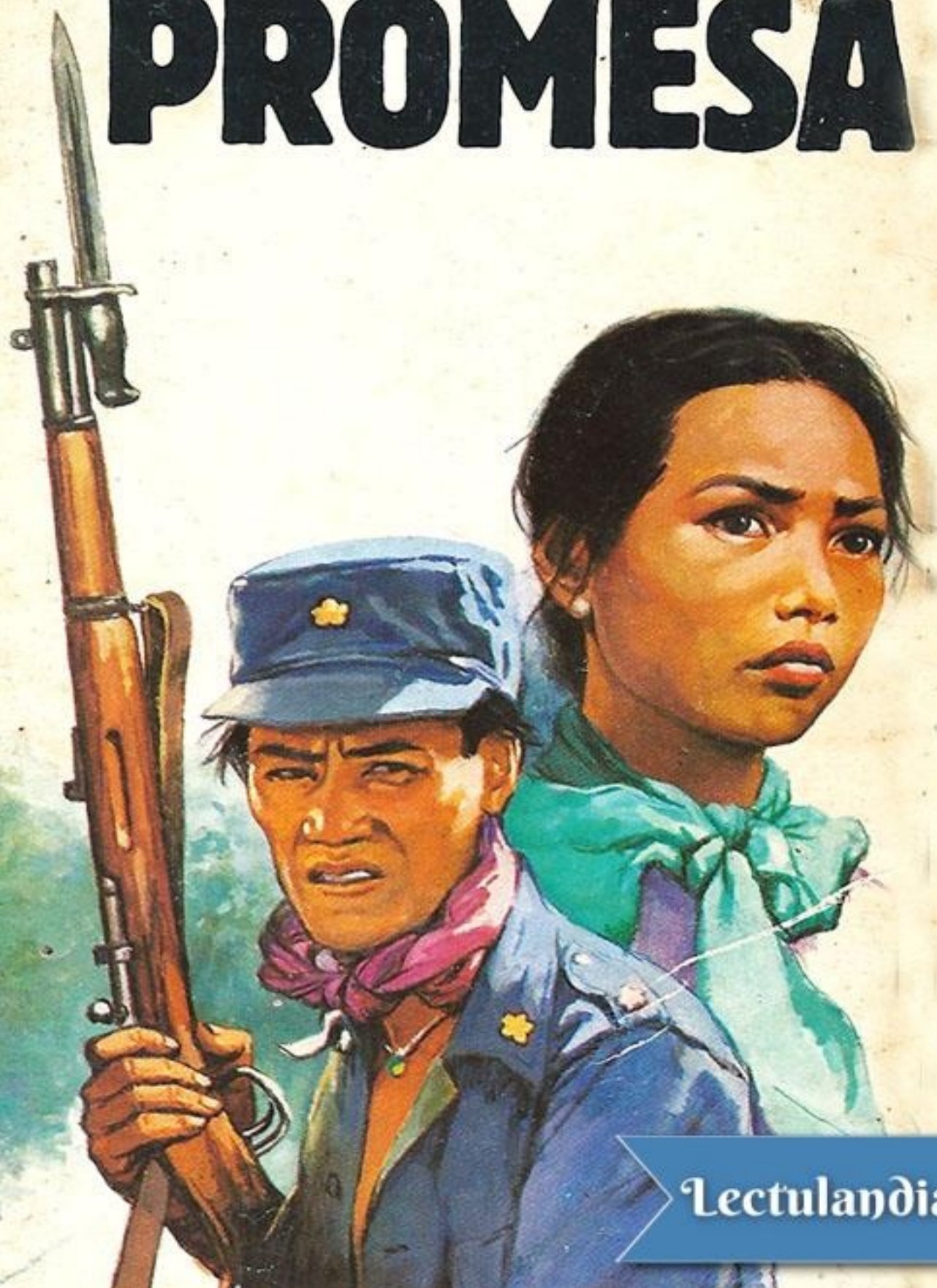


Pearl S. Buck
**LA
PROMESA**



Lectulandia

La lucha heroica del pueblo chino contra los japoneses queda perfectamente descrita en La Promesa. Desfilan por ella campesinos, mercaderes, guerrilleros, estudiantes, cortesanos. De este paisaje humano, estremecido por toda clase de pasiones, sobresalen la figura del granjero Ling Tan, de sus hijos, y de la hermosa Mayli, personajes que viven un drama en el que se mezclan lo auténtico con lo novelesco, sin que se pueda decir cual de los dos elementos es mas conmovedor.

Lectulandia

Pearl S. Buck

La promesa

ePub r1.1

Titivillus 31.12.14

Título original: *The promise*
Pearl S. Buck, 1943
Traducción: A. Gallart

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

CAPITULO PRIMERO

A pesar de su desesperación, los hombres deben conservar la esperanza cuando se les ha hecho una promesa, aunque sólo sea una promesa.

Por eso, aunque su segundo hijo moviese negativamente la cabeza cuando Ling Tan hablaba de la promesa, el buen viejo seguía creyendo en ella. En realidad, Ling Tan, como muchos otros, reconocía que los hombres de Ying y Mei eran los más fuertes y aguerridos de la tierra, y a pesar de que seguía viviendo bajo el dominio de los enemigos de su país, no renunciaba a la esperanza de que alguna provocación de éstos desataría la ira de los extranjeros del otro lado del mar, obligándoles a entrar en la guerra, lo que representaría el fin de la lucha. Pues, a pesar de lo fuerte y perverso que era el enemigo, no le creían capaz de vencer a los hombres vellosos de Ying y Mei.

Ling Tan no quería escuchar a sus hijos cuando le decían que esos extranjeros no eran tan potentes como antes. Lao Er lo había comprobado cuando fue a la ciudad a vender huevos de pato y vio a un guardia enemigo escupir en la cara de un extranjero sin que éste hiciera más que secarse la cara con un trozo de tela blanca que sacó de su bolsillo.

—Seguramente llevaba esta tela blanca en el bolsillo —comentó Lao Er a su regreso, después de dar cuenta a su padre de lo sucedido—, para secarse los salivazos de los enemigos. Todos los que lo vimos quedamos estupefactos, y un hombre que estaba a mi lado vendiendo budín de pasta rellena de fruta o carne a los transeúntes, dijo que nunca había podido imaginar semejante cosa. También añadió que si antes alguien osaba insultar a un hombre o a una mujer extranjeros, o si sólo creían haber sido insultados, en seguida acudían hombres armados de los barcos de guerra que siempre estaban anclados en el río.

—¿Y dónde están ahora esos barcos de guerra? —preguntó Lao Ta—. En estos días sólo se ven en el río barcos de guerra enemigos. Un día que fui a la ciudad y entré por el lado del río, vi cómo los guardias de los enemigos detenían a los extranjeros de la misma manera que nos detienen a nosotros: les hacían quitar la ropa y les cacheaban.

Y como no tenían armas, eran tan humildes y estaban tan desamparados como nosotros. No tengas muchas esperanzas, padre.

En consecuencia, los dos hijos de Ling Tan le aconsejaban, por su propio bien, que no se afligiera si no era cumplida la promesa que les habían hecho los extranjeros. Pero él seguía confiando en ella, porque ¿qué esperanza podía sustituirla?

Durante el transcurso de este desgraciado otoño, si bien el cielo se mantenía claro y sereno sobre los campos cosechados, la situación empeoraba rápidamente. La aldea de Ling parecía vivir en medio de un mundo silencioso. Ninguna noticia llegaba del

exterior, excepto aquellas que conseguían filtrarse a través de los rumores de los que difundían sus propias suposiciones. De este modo, Ling Tan y sus hijos tuvieron conocimiento de que la guerra todavía continuaba en las tierras libres. También supieron que la capital había sido trasladada a un lugar de una provincia más lejana del interior y que, a pesar de eso, el enemigo seguía arrojando allí grandes bombas, como la que había abierto la tierra cerca de la aldea; una simple bomba de fuerza suficiente para dejar un hoyo tan amplio que, después de haberse llenado de agua, parecía un estanque. El día que Ling Tan supo que la internada capital era bombardeada sin cesar, se aproximó a la grieta y se preguntó: ¿Cuántos pozos tan grandes como éste habría en la ciudad, y qué sería de su gente? Aunque, según decían, se cobijaban en las colinas rocosas, ¿era posible continuar siempre así? Ante semejantes consideraciones, todavía se afianzaba más en él la esperanza de que no tardaría en llegar ayuda del mundo exterior contra este amargo enemigo.

En el octavo mes de aquel año Ling Tan y sus hijos supieron que en las tierras libres se hacía la guerra al enemigo en cinco provincias a la vez, al mismo tiempo que tuvieron la primera noticia de Lao San. Ésta les llegó por medio de un sacerdote que iba de viaje, y les contó que todos los hombres jóvenes y fuertes eran alistados para esta nueva guerra. Después sacó un papel de su túnica y del papel un rizo de cabello negro.

—Esto me lo dio el joven más alto que nunca haya visto —manifestó—, y me dijo que si me desviaba de mi camino para pasar por esta casa, me darían comida al ver este mechón de cabellos que con su cuchillo se cortó en mi presencia.

Cuando Ling Sao oyó estas palabras del sacerdote, gritó que seguramente el cabello era de su tercer hijo, que se había marchado hacía muchos días conduciendo a los hombres de las colinas.

—¿De quién sino de mi tercer hijo puede ser este cabello ensortijado? —decía—. Nunca he visto cabello semejante, y siempre he dicho que era así a causa de un antojo de anguilas que tuve cuando le llevaba en mi seno. ¿No recuerdas, mi viejo, cómo comía anguilas cuando llevaba dentro a tu tercer hijo?

—Lo recuerdo —dijo Ling Tan—; y cuando nació todos estábamos afligidos por la forma de su pelo. Se enrollaba en su cabeza como anguilas, como tú dices. Pero ya era demasiado tarde; no había remedio. Siempre más le creció de esa forma. ¿Dónde dice usted que le vio, buen sacerdote?

—Cerca de la ciudad de Extensas Arenas —contestó el sacerdote.

—¿Iba andrajoso? —preguntó ansiosamente Ling Sao.

—No; iba bien vestido —dijo el sacerdote—, y parecía estar bien alimentado y sentirse bastante feliz. Pero marchaba hacia la batalla, junto con todos los jóvenes de esos lugares, porque se esperaba un nuevo ataque del enemigo contra aquella ciudad.

Ling Sao tomó el mechón de manos del sacerdote y lo envolvió en un pedacito de papel rojo que guardaba en un cajón de la mesa de su cuarto. Entretanto, Ling Tan ordenó a la esposa de su hijo mayor que preparara comida para el sacerdote, tanta

cuanta apeteciera, y aun algo más de la que pudiese comer, para que pudiera llevarse consigo el sobrante. La mujer, que en la casa se había constituido en un ser dispuesto y leal, a quien todos recurrían, cumplió afanosamente con su quehacer. Se había impuesto como obligación propia los trabajos que en otro tiempo realizara Jade, y, si ésta lo comentaba, decía sonriendo:

—Sí crías a esos dos hijos tuyos, ¿qué más se te puede pedir?

Y, en realidad, los mellizos de Jade siempre parecían hambrientos, pues, por lo visto, aunque ella comía espesas sopas de arroz con azúcar moreno, bebía caldo y se tragaba huevos hervidos en té, todos esos alimentos no conseguían convertirse lo suficiente aprisa en leche para esos dos niños ávidos, constantemente prendidos a sus pechos.

Este día, después de haber partido el sacerdote con el estómago repleto bajo su cinturón, y con la bolsa colmada de comidas para el día siguiente, todos se sentaron pensando en el tercer hijo, en lo que sería de él y si volvería a la casa paterna.

Poco tiempo después Jade recibió una carta y al abrirla vio que era de Mayli. Venía de la provincia llamada Yunna o al Sud de las Nubes, y de la ciudad de Kunming. Mayli había dicho a Jade que pensaba dirigirse allí, y así lo había hecho. La carta era corta, aparentemente jovial y llena de buen humor, pero terminaba preguntando: ¿cómo es que el hermano menor de tu marido no me trajo mi banderita de seda?

Solamente Jade y Lao Er conocían la existencia de esa banderita de seda, pues Mayli se la había dado a Jade para que la entregara a Lao San y le dijera que, si quería seguirla, ella se iba a la tierra libre. En consecuencia, como les leía la carta en voz alta, mientras estaban sentados en el patio tomando el sol de este día otoñal, Jade omitió esa interrogación, ya que de lo contrario habría sido acosada con muchas preguntas que no hubiera podido contestar. Poco después, ya en su habitación, y a solas con Lao Er, volvió sobre el mismo tema.

—Ya irá cualquier día de éstos —dijo Lao Er.

Y así fue, pues casi un mes más tarde llegó otra carta para Jade, en la que Mayli le decía: «Dirás a sus padres que su tercer hijo llegó a esta ciudad, después de haber luchado en la batalla de Extensas Arenas y que ha traído la gran victoria que hemos ganado al enemigo».

Aunque Mayli no decía nada más, era suficiente para que se alegraran al saber que en algún lugar se había conseguido una victoria y que Lao San aún vivía. Sólo Ling Sao se sintió algo decepcionada porque la carta no hablaba para nada de si su tercer hijo y esa Mayli se casarían o no. No, esta carta no rezaba ni una palabra de casamiento, y lo mismo ocurrió con otra que llegó días después. Ling Sao sintióse muy contrariada, y dijo:

—¡Me gustaría tener a ese tercer hijo aquí, para tirarle de las orejas! ¿Cuándo anduvo algún hijo mío rondando a una mujer que no fuera su esposa? Si está hambriento de ella, ¿por qué no se casan?

Y ella es todavía peor que él, si le permite acercársele, ¡esa mala hija de peor madre!

—Déjate de maldiciones, mujer —dijo Ling Tan—. ¿Por qué echarán tantas maldiciones las mujeres entre sí y tan fácilmente?

—Tal vez no se casará con mi hermano —comentó Lao Ta—. Bien sabes, madre, que ella es muy instruida y, en cambio, mi hermano ni siquiera sabe leer su nombre si está escrito en un papel.

Pero Ling Sao irguióse ante su hijo y le dijo:

—¡Si tiene el vientre lleno de tinta, no es la mujer que le conviene, y con mucha más razón debería alejarse de ella!

Todos rieron de su ocurrencia, y ella, ofendida, arrebató a uno de los mellizos de los brazos de Jade y se fue a la cocina a consolarse con el niño. Para esta buena mujer, el mejor consuelo era tener en brazos a uno de sus nietos. En los niños mayores encontraba faltas; en cambio, los chiquillos eran perfectos a sus ojos.

Ésos eran los pequeños acontecimientos en la casa de Ling Tan, y así se mantenía el hogar, a pesar de encontrarse la comarca bajo el pesado dominio del enemigo. De una u otra manera conseguían arrancar de la tierra lo suficiente para alimentarse, y Lao Ta y Lao Er se volvieron más astutos en la forma de burlar a los japoneses. Desde que se casó con la mujer encontrada un día en su trampa, Lao Ta había dejado de colocarlas, porque, como ella le amaba por encima de todo, no le permitió que siguiera arriesgando su vida. Muchas lágrimas le costó conseguir que volviera definitivamente a casa de su padre para cultivar sus campos y ser nuevamente un honesto campesino. Sin embargo, a pesar de que esta familia parecía ser una de las tantas que se encuentran en el campo labrando la tierra, ni por un momento dejó de odiar al enemigo, ni renunció a la esperanza de que un día señalado por el cielo, todo el pueblo, y ellos junto a los demás, arrojarían al enemigo al mar.

Ling Tan venía repitiendo que este día llegaría cuando algo enfureciera tanto a los hombres de Mei, que les obligara a unirse a la guerra.

—Ese día —les dijo una noche a sus hijos—, cuando nos digan que los hombres de Mei han entrado en guerra a nuestro lado, tendremos tanta fuerza que nos levantaremos todos juntos como un solo hombre, caeremos sobre el enemigo y lo liquidaremos, sin dejar uno solo en nuestro suelo. Cada hombre estará en su puesto y se encargará del enemigo más inmediato y aunque no tenga armas le bastarán sus manos para estrangularlo. Y volveremos a ser libres.

Pronunció esas palabras una fría noche, a fines de este mes; tan fría era que Ling Sao pidió a sus hijos que trasladaran la mesa del patio a la habitación grande, para cenar junto al hogar. Aún no había helado, pero ella percibía el invierno en el aire de la noche. Aspiró hacia el exterior, cerró la puerta y dijo:

—Huelo el invierno esta noche.

—El quinto invierno de esta guerra —añadió Ling Tan, gravemente—. Pero el próximo seremos libres, como antes.

Nadie le contestó, pues no querían destruir sus esperanzas. Gracias a su fe interior, se había aferrado a la promesa de ese anhelado día, sin que un solo indicio del mundo exterior indicara que la promesa de los hombres de Ying y Mei sería cumplida. Ni tan sólo conseguían las ocasionales noticias que les comunicaba su anciano primo, pues, una noche, el viejo hombre de letras, después de haber tomado demasiado opio, se acostó para no despertar. El dueño de la pobre habitación donde vivía sus sueños de opio lo encontró muerto a la mañana siguiente, y estuvo a punto de arrojar su frágil cuerpo al otro lado del muro de la ciudad, porque en aquel entonces los muertos no eran considerados como en tiempos anteriores. Cada madrugada aparecían demasiados cadáveres en las calles, unos a consecuencia del hambre, otros por culpa de alguna enfermedad o asesinados misteriosamente. Pero luego el hombre se dio cuenta de que el muerto llevaba una buena chaqueta de algodón bajo su andrajosa toga de erudito y pensó quedársela. Cuando lo intentaba, encontró atado con un pedacito de hilo una orden en la que exponía su última voluntad. «Si fuese hallado muerto —había escrito—, quiero que mi cuerpo sea entregado a mi mujer, que vive en la aldea de Ting, en las afueras de la puerta sur de la ciudad».

El hombre cumplió esta disposición esperando ser recompensado, y Ling Tan, en efecto, así lo hizo. ¡Pero qué día aquél en que la mujer del primo recuperó a su viejo marido! Su dolor no lograba manifestarse debidamente, pues mezclaba sus lamentos con expresiones de creciente furor ante la imposibilidad de hacer escuchar a su marido, que yacía en el ataúd, sus reprimendas por haberla abandonado.

El féretro en que reposaba el erudito era el de Ling Sao. Ling Tan y su esposa tenían ya sus ataúdes a punto, fuera de la casa. Los construyeron durante el verano en que Ling Tan cumplió sesenta años. Era muy consolador para ambos saber que si la muerte se presentaba súbitamente reclamando a cualquiera de los dos, sus féretros estaban esperándoles para su último sueño.

Pero ahora Ling Sao cedió el suyo a la esposa del primo.

—Podré conseguir otro cuando quiera, la próxima vez que mis hijos vayan a la ciudad —dijo—, y entretanto, que los huesos del viejo erudito descansen en paz.

Así dijo y así se hizo. Durante todo el día, la mujer del primo lloró y se lamentó alternativamente; mas luego, al recordar que durante tantos meses se había estado escondiendo de ella en la ciudad, gastando en opio cuanto ganaba, su cólera fue aumentando paulatinamente y dejó de gimotear. Se lavó la cara, peinóse el desordenado cabello y gritó que estaba muy contenta de que hubiera muerto, pues, si en vida no le servía para nada, ahora, en cambio, ella sabía que era realmente una viuda. Dicho lo cual volvió a llorar ruidosamente. Tal conmoción provocó en la aldea, que todos convinieron unánimemente que en verdad sería una suerte para el pobre viejo estar bajo tierra.

Antes de que lo sepultaran, Ling Tan miró dentro del ataúd y sonrió. Aunque a causa del opio había quedado reducido sólo al esqueleto, el viejo erudito parecía tan

tranquilo y lleno de paz, que en aquellos momentos daba la sensación exacta de que estaba muy satisfecho de estar tendido allí. Por la noche dijo a Ling Sao:

—Juraría que el viejo pillo está contento, pues ahora sabe que su posición es la mejor, y por más que ella grite, ya no le podrá hacer escuchar sus gruñidos.

Pero desde que el erudito quedó bajo tierra y no contando con otro medio para tener noticias de lo que sucedía más allá de los mares, a Ling Tan sólo le quedó la promesa como única esperanza a que asirse.

¿Cómo podría, pues, estar preparado para este desdichado día que les cayó encima como un rayo desde el cielo? El enemigo había cogido por sorpresa a los hombres de Mei, se había arrojado sobre sus barcos, que estaban anclados uno junto al otro, en un puerto extranjero; había aniquilado a los encargados de su custodia, que estaban desprevenidos durmiendo o divirtiéndose, lejos del destacamento, en la ociosidad de un día libre. También prendieron fuego a sus aviones, que reposaban sus alas sobre el suelo. ¡Y no cabe duda de que el enemigo anunció su victoria en todas partes! En la ciudad era proclamada a gritos por las calles, fue escrita en las paredes en grandes letras, y las voces la llevaron a través de las provincias con más rapidez que el viento. Así pues, la noticia también llegó a la aldea de Ling. El día era claro y frío. En tiempos mejores, Ling Tan hubiera pedido a Ling Sao que le preparara pasteles de harina de trigo. Por la mañana, cuando abrió la puerta, le pareció notar el olor de la helada, y al mirar afuera vio el suelo completamente blanco.

—Si estuviéramos en los buenos tiempos —dijo Ling Tan a su mujer—, hoy comeríamos pasteles de trigo.

—Sólo tenemos la misma papilla de maíz acostumbrada —repuso ella—; pero por lo menos está caliente.

Comió, pues, el caliente potaje de harina de maíz y el día fue transcurriendo como de costumbre: sus hijos, entregados a sus faenas y él sentado tomando el sol y fumando su pipa. De pronto vio a alguien que corría hacia la casa. Cuando estuvo cerca, reconoció a un chico hijo de un vecino de la aldea inmediata; lloraba y corría, y Ling Tan, extrañado, le gritó:

—¿Qué ocurre? ¿Todavía puede pasarnos alguna desgracia peor de las que nos han caído encima?

—Algo ha pasado, y en verdad que todavía es peor —dijo el muchacho, y entre sollozos entrecortados contó lo ocurrido. Ese mismo día, muy de madrugada, en un lugar situado a muchos miles de millas, el enemigo había caído de improviso sobre los barcos y aviones de los hombres de Mei, destruyéndolos por completo. El pueblo de Mei estaba indignado, pero ¿qué podrían haber hecho si estaban desamparados?

Ling Tan seguía sentado con la pipa en la mano, escuchando esas fatídicas noticias.

—No puedo creerlo —dijo.

Tenía la boca seca. El muchacho siguió pintando un cuadro tan vivo, que finalmente Ling Tan pensó que podía ser cierto que hubiese ocurrido eso a gente tan

desprevenida. Si los hombres de Mei eran descuidados y negligentes, no era de extrañar que les hubiera sucedido lo que el muchacho decía. Sobradamente conocía él la astucia de este enemigo. Llamó a sus hijos y ante su presencia hizo repetir al muchacho su relato. Después mandó buscar a los demás hombres de la aldea y, reunidos todos en el patio de su casa, escucharon la noticia de labios del muchacho, pareciendo cada vez más verosímil lo ocurrido. Terminada la tercera narración, Ling Tan golpeó su pipa para vaciarla de la ceniza, apagada, pues se había olvidado de fumar, y, volviéndose a Ling Sao, dijo:

—Prepara mi cama. Debo acostarme; no sé si volveré a levantarme.

Sus palabras asustaron a los presentes y trataron de animarle, recomendándole que no abandonara las esperanzas sostenidas durante tanto tiempo. Todavía quedaban los hombres de Ying, que no habían sido destruidos. Pero como él reconocía perfectamente la inseguridad en sus voces, movió la cabeza y dijo impaciente:

—¡Prepara mi cama, madre de mis hijos, prepara mi cama!

Durante once días permaneció acostado y con los ojos cerrados. Y en el transcurso de ese tiempo no comió cosa que pudiera considerarse como una verdadera comida; ni una sola vez se lavó el cuerpo por completo. Ling Sao se le acercó el día duodécimo con la cara y las manos llenas de ceniza, llevando un trozo de tela blanca en señal de luto y diciendo entre fuertes sollozos:

—¡Si tú mueres, me tragaré los aros de oro que me regalaste, porque sin ti, viejo mío, no puedo seguir viviendo!

Después se acercaron a él sus hijos con sus esposas y los pequeños, y llorando le rogaron que por el bien de todos se levantara, se lavara y comiera. Pero solamente Jade encontró las palabras que consiguieron hacerle cambiar de actitud, preguntándole:

—¿Te dejarás también matar por el enemigo, tú, que durante estos años has sostenido el valor de todos nosotros?

Ling Tan estuvo un rato pensativo, mientras ella le miraba sutilmente. Por fin se incorporó, como arrastrándose.

—Tú has encontrado la palabra justa para obligarme a vivir, cuando en realidad sólo pienso en morir —dijo levemente enojado.

No obstante, se levantó y sus hijos corrieron a ayudarlo. Las mujeres se apartaron, y con la ayuda de Lao Ta y Lao Er, fue lavado y vestido. Después bebió en una escudilla caldo de huevos, preparado por Ling Sao, y así empezó a vivir de nuevo.

Pero nunca más volvió a ser el hombre de antes. Sus fuerzas eran escasas, se encontraba débil y al andar debía apoyarse en la pared, en la mesa o en el hombro de alguno de sus hijos. Si Ling Sao se encontraba cerca se reclinaba contra ella. Y nunca más volvió a mencionar la guerra, ni el enemigo, ni sus perdidas esperanzas. A partir de este momento, Ling Tan envejeció de modo tan ostensible que todos lo notaron, y resolvieron cuidarle y vigilarla, a cuyo fin se turnaban para no dejarle nunca solo. Perdió la memoria y no recordaba lo que se le hubiera dicho anteriormente; pero lo

que más le irritaba era que siempre olvidaba el nombre del sitio donde estaba su tercer hijo. Repetidas veces pedía a Jade que le leyera la última carta de Mayli, diciéndole que todavía no lo había hecho, o que no recordaba haberla oído leer. Y ella lo complacía amablemente cada vez que le pedía esta lectura. Cierta día, en que le leía por sexta vez una carta llegada seis días antes, Ling Tan alargó la mano y le dijo:

—Dame esa carta.

Jade se la entregó. El viejo, la cogió; mientras la retenía en su mano derecha, ésta empezó a temblar con ese temblor que le acometía desde hacía poco tiempo y que no lograba dominar por mucho que se empeñara en ello. Este síntoma se había manifestado conjuntamente con los de su debilidad, y así que lo notaba se ponía malhumorado.

—Mira esta mano —dijo desdeñoso, como si no se tratara de la suya—; ¡tiembla como una hoja seca a punto de caerse del árbol!

Jade movió al niño que llevaba en sus brazos.

Durante todo el día llevaba consigo uno u otro de los mellizos, y el que no estaba con ella se encontraba en los brazos de Ling Sao. Ninguna de las dos iba nunca sin carga, fuese cual fuese su quehacer.

A guisa de consuelo dijo al pobre viejo:

—Pero sólo es una de sus manos.

—Sí, pero es la que servía para sembrar la semilla en la tierra —rezongó Ling Tan.

—Claro, por eso es la que está más cansada —contestó graciosamente Jade.

Ling Tan lanzó un profundo suspiro y cogiendo la carta con ambas manos empezó a volverla de un lado para otro. Por orgullo no se atrevió a preguntar por dónde empezaba y dónde terminaba. Finalmente la puso al revés. Jade se mantuvo callada. ¿Por qué avergonzar a un pobre viejo?

Con la carta en las manos y los ojos fijos en ella, se imaginaba a base de los signos que veía, lo que Jade le acababa de leer.

—Es muy raro que esa mujer escriba hablando de Lao San, no siendo casados —comentó finalmente—. ¿Por qué no se han casado?

—¿Cómo puedo yo saber por qué otra mujer no se casa con uno de tus hijos? —replicó Jade, sonriendo.

Ling Tan sonrió.

—Nunca más veré a mi tercer hijo —dijo tristemente—. Los vientos y las aguas extrañas traen siempre idénticas y funestas consecuencias.

—No dejes que se metan en tu cabeza semejantes pensamientos —le reconvino Jade.

El niño se había dormido en sus brazos y ella se decía que debía dejarlo en su camita y descansar unos momentos. Se levantó y atravesó el patio de puntillas, donde hasta ahora había estado sentada junto a Ling Tan. Éste quedó solo.

Durante unos instantes, siguió contemplando la carta que no podía leer;

finalmente empezó a doblarla hasta dejarla muy pequeña y la guardó entre sus ropas. Allí la conservaría hasta que se convirtiera en polvo, en compañía de las que enviaba aquella mujer amada por su tercer hijo. No, ciertamente; nunca comprendería a esta joven, que, aun cuando no tenía el propósito de casarse con un hombre tan hermoso como su tercer hijo, no por eso dejaba de escribirles lealmente, una y otra vez, sirviéndose de todo mensajero que le salía al paso.

Y es que nada era comprensible en esos años de guerra, y las mujeres y los hombres eran los que de más extraña manera se comportaban. Suspiró de nuevo y apoyo la cabeza entre sus brazos doblados, sobre la mesa. Los cálidos rayos del sol caían sobre el patio, entibiándolo. Todo estaba quieto a su alrededor. Llegó de nuevo a sus oídos el ruido del telar, que estuvo callado desde que su hija Pansiao se marchara al colegio, en las montañas del interior. Muchos meses hacía que no sabían nada de Pansiao. Casi había olvidado los rasgos de su hija.

Ahora sabía que no era Pansiao quien estaba sentada frente al telar, sino la viuda con quien se había casado su hijo mayor. Era una buena tejedora, y también servía para cualquier otro trabajo de la casa, aunque Ling Sao a menudo se enfadaba con ella, porque el mismo temor que siempre tenía de no complacer a su suegra, hacía que la persiguiera ansiosamente, con lo cual realmente llegaba a estorbarla. Entonces se acurrucaba en cualquier rincón para llorar, y Ling Sao iba a buscarla, chillando enojada:

—¡No llores, pobre alma estúpida! Es verdad que siempre te esfuerzas en serme útil, pero te juro que todo sería mucho más simple si no anduvieras constantemente detrás de mí como un gato, tropezando con mis pies y metiéndote en mi camino. ¡No te esfuerces tanto, nuera, y me gustarás mucho más!

Pero la mujer no podía comprender esas palabras y seguía mirando con los ojos llenos de lágrimas a su suegra.

—Me parece que no pongo el suficiente empeño para complacerla —decía sollozando.

Estas escenas se repetían seguidamente entre las dos mujeres, pero un día Ling Tan tomó el asunto por su cuenta, y llamando a Ling Sao le dijo:

—¡Ya que nuestro hijo mayor eligió a esta mujer por esposa y le gusta, déjala en paz! ¿A so tendré que pasar el resto de mis días en esta forma, por tu causa y la de esta mujer? ¿El hecho de que el mundo haya perdido la paz equivale a que tampoco la encuentre en casa?

Ante estas palabras, Ling Sao acalló sus quejas, a fin de que su marido no las oyera de nuevo, y así renació la tranquilidad y el silencio.

Ahora, el suave repiqueteo del telar, que en ese día apacible de invierno llegaba a sus oídos a través de los cálidos rayos del sol, le alejó todo pensamiento de su mente, y se quedó dormido.

CAPITULO II

A más de mil millas de la aldea en que este viejo dormía al sol, en el patio de su casa, Lao San, su tercer hijo, se encontraba en otro patio.

Lao San actualmente tenía otro nombre. Viejo San o Lao tercero era un nombre lo suficientemente bueno para el hijo de un campesino, pero después de la victoria de Extensas Arenas fue ascendido a comandante, y su general, además del nuevo grado, le dio un nuevo nombre. Ese nombre era Sheng, y Sheng fue llamado desde aquel día en adelante.

Hasta pocos momentos antes había estado charlando sentado ante una mesita de porcelana de jardín, que se interponía entre él y la mujer a quien amaba y que se negaba a casarse con él. Mejor dicho, precisando más, era ella la que le obligaba a hablar, arrancándole las palabras con sus preguntas sutiles y haciéndole detallar cuanto había sucedido desde que se vieron por última vez, hacía más de dos meses. Después ella quedó en silencio y continuó con su hermosa cabeza reclinada, como si pensara en lo que él le había dicho. Sheng no podía suponer lo que Mayli pensaba. A pesar de amarla profundamente, no pretendía adivinar sus pensamientos, puesto que Mayli no era una mujer vulgar. Con ella podía hablar como si fuera uno de sus soldados. Pero cuando permanecía silenciosa, la consideraba muy por encima de él. De pronto levantó la cabeza, como si hubiera sentido su mirada, y le sonrió con una leve sonrisa.

—Estás muy guapo con ese uniforme —le dijo dejando de sonreír y haciendo una mueca—. Pero ¿por qué te lo digo? ¿No lo sabes?

Él no contestó, porque nunca le contestaba cuando hacía esa mueca que le desagradaba.

—¿Cuántos caracteres sabes escribir ya? —le preguntó de nuevo.

—Lo suficiente para mí —le replicó.

—Entonces, ¿por qué no me escribiste una carta?

—¿A qué escribirte, si sabía que, dentro de uno o dos meses como máximo, yo estaría aquí?

—Si tú no ves la razón por la que me podías haber escrito, es que no tenías motivo para hacerlo.

Mayli levantó la taza de té con sus finas manos, de largos dedos y uñas pintadas de color escarlata. Sheng sentía el perfume de aquellas manos. Volvió a mirarla, pero no hizo el menor movimiento para acercarse a ella. Introdujo la mano en el bolsillo interior de su nuevo uniforme y sacó un pedacito de seda de color. Ella seguía bebiendo su té y sus labios sonreían, y sonreían sus ojazos negros.

—Aquí tengo tu banderita.

—¿Todavía la conservas?

—Tú me la mandaste —replicó—. Fue la orden de que viniera contigo.

Era cierto que cuando Mayli se separó de Jade, hacía seis meses, él entregó esa banderita brillante, diciéndole:

—Dígale que voy a las tierras libres; dígame que voy a Kunming.

Y a Kunming se fue después de la victoria, para pedirle que se casara con él. Pero Mayli no estaba dispuesto a ello, a pesar de que había ido cuatro días consecutivos a verla y a pedírselo.

—¿Por qué guardas la bandera en tu pecho? —le preguntó.

—Para recordarte que fuiste tú la que me llamaste —le contestó.

Se inclinó sobre la mesa de porcelana y miró atentamente su cara. Ella podía ver, más allá de su cabeza y por encima de la pared del patio, las altas cumbres de las montañas que rodeaban la ciudad, que se recortaban desnudas y lisas, coloreadas de púrpura, en el claro cielo de invierno. El día no era frío. Muy raras veces hacía frío, y, de hallarse bajo otro clima, hubieran podido considerarse en primavera. Los reflejos del sol iluminaban sus caras, y podían apreciarse mutuamente la belleza de sus rasgos, la finura de la piel, la suave tez dorada de los de su raza, lo negro de sus ojos y la blancura de la córnea.

—Vuelvo a preguntarte si quieres casarte conmigo. Te lo pregunté ayer y hoy te pregunto lo mismo.

Ella bajó los párpados.

—Te has vuelto muy osado durante estos días —dijo Mayli—. El primer día que viniste a verme, no hubieras osado pedírmelo tú mismo. ¿No te acuerdas que encontraste a alguien que conocía a un amigo mío y por medio de los dos me propusiste casarnos?

—Ahora dispongo de poco tiempo. Un soldado debe ir por el camino más recto a lo que se propone. Por eso te pregunto: ¿quieres casarte conmigo antes de que vaya a la próxima batalla?

Ella levantó los párpados y en sus ojos apareció lo que más temía: su risa.

—¿Me lo preguntas por última vez?

Mayli formuló la pregunta del mismo modo intrascendente y jovial con que un gatito juega con una pelota.

—No —respondió Sheng—. Te lo pediré hasta que cedas.

—Por lo menos podrías esperar hasta tu regreso, para volvérmelo a pedir.

Ambos tuvieron el mismo pensamiento: «¿Y si él no regresaba nunca?». Pero ni uno ni otro lo expresaron en voz alta.

—Por lo menos debes saber por qué no te casas conmigo, ¿no? —le preguntó al cabo de un rato.

—Si lo supiera, te lo diría —contestó ella.

Se produjo un largo silencio, durante cuyo transcurso permanecieron mirándose a los ojos. Después, él cogió la banderita de seda que había quedado sobre la mesa y volvió a guardarla en el pecho.

—¿Te vas? —preguntó Mayli levantándose.

—Sí —contestó.

—¿Te vas porque es tu deber o porque lo deseas? —añadió—. Ahora que él se marchaba, sentía que su corazón ansiaba ardientemente retenerlo.

—¿Qué importa el por qué? Ya te dije a lo que vine. No hay ninguna razón para que me quede por más tiempo.

Ella no contestó. Estaba en pie casi a su lado, muy alta para ser mujer, y no obstante apenas si le pasaba del hombro.

—Me parece que todavía sigues creciendo —dijo intencionadamente—. ¿Puedes culparme si no quiero por marido a un muchacho que todavía crece?

—Te reprocho por no quererme —le dijo gravemente—. Te censuro porque sabes perfectamente que estamos destinados a casarnos. ¿Acaso no lo dicen así nuestros horóscopos? ¿No eres tú oro y yo fuego?

—¡Pero yo no quiero ser consumida! —gritó.

—Yo soy el hombre y tú la mujer.

A su alrededor el aire era tan claro y tan quieto, el sol tan puro, que sus sombras se confundían sobre las piedras blancas, bajo sus pies, como si fueran una sola. Ella notó la unión y retrocedió un paso, a fin de que las sombras se separaran.

—Vete —le dijo—. Cuando hayas concluido el crecimiento, puedes volver.

Él la miró durante largo rato, y su mirada era tan profunda e intensa, que Mayli golpeó el suelo con el pie, diciéndole:

—¡No temo a tus ojos!

—¡Yo tampoco tengo miedo de ti! —le dijo tercamente, y, volviéndose, se fue sin añadir palabra.

Una vez sola empezó a pasear por el patio de acá para allá, de arriba abajo; después se detuvo ante un bambú y, arrancando una de sus duras y suaves hojas, empezó a desgarrarla entre sus dientes, convirtiéndola en pequeños trocitos. ¿Cuándo podría estar segura de ese hombre, por quién todo su cuerpo se estremecía? Ella no se casaría con un palurdo. Y él, ¿era algo más que un palurdo? ¿Quién podía saberlo?

Un mes atrás había sido elegido por sus superiores para mandar a otros hombres. Pero había necesitado muchos meses para demostrar su capacidad de mandar a otros que no fuesen un puñado de andrajosos que lograron escaparse con él de las colinas próximas a su casa paterna. Durante aquellos meses recibió instrucción militar como simple soldado, y por las noches aprendía, como un niño, los más elementales rudimentos de lectura y escritura. Ahora ya podía leer un libro, pero sólo en el caso de que fuese bastante sencillo. Habría podido casarse con él, como tantas mujeres lo hacían actualmente, y luego separarse. Pero ella no era de esas mujeres de sangre tan ardiente que buscan el matrimonio para eso. Quería casarse con un hombre a quien querer hasta la muerte, y, para guardarle ese amor, debía poseer algo más que belleza. Debía ser lo bastante fuerte para llegar a ser grande. ¿Contaba él con esa fuerza? Aún no lo sabía.

Una vieja, vestida con chaqueta negra y pantalones, salió por la puerta que daba al patio.

—Tu comida está lista —dijo mirando al patio—. ¿Ya se fue? Fui a por una libra de cerdo y unas castañas, porque pensé que se quedaría.

—Lo comeré yo —dijo Mayli.

—No, no lo harás —replicó la vieja—. Tú eres la hija de tu madre, que era creyente de Mahoma, y mientras yo prepare tu comida con mis manos, no entrará carne de cerdo en tu cuerpo. ¡Yo que te crié cuando eras una niña, en casa de tu madre!

—¿Por qué te habré encontrado? —Mayli le contestó simulando quejarse.

Había encontrado a esa mujer en la ciudad donde había nacido y donde ahora radicaba el gobierno fantoche del enemigo. Comúnmente los pobres siempre saben lo que se refiere a los que están por encima de ellos, y esa vieja oyó decir que Mayli había regresado nuevamente a la ciudad. Cierta día se le presentó y le contó detalles de su madre, con los que le demostró que realmente había sido nodriza suya.

Ella también era mahometana, pues, de no serlo, no habría podido amamantar a Mayli. Pero actualmente esta circunstancia constituía muy a menudo un inconveniente, porque la vieja cumplía con todos los ritos y, en consecuencia, sólo preparaba comidas permitidas por su religión, cosa que para Mayli carecía en absoluto de sentido, pues durante toda su vida había permanecido entre extranjeros y alejada de esas costumbres.

—Tu difunta madre puso en mi mente la idea de venir a tu lado —dijo ahora la vieja Liu Ma—. Durante dos noches su espectro agitó las cortinas de mi cama y la reconocí por el color de las flores de canela que siempre llevaba en el pelo.

—Aún hoy mi padre adora las flores de canela —dijo Mayli.

Uno de los motivos que le impulsó a quedarse con la vieja Liu Ma fue el poder saber esas pequeñas cosas de su madre, que murió cuando ella nació.

—¿Crees que podrás decirme algo que yo ignore? —dijo Liu Ma—. Lo que pasó a tu madre es como si me hubiera ocurrido a mí misma. No me he olvidado de nada. Pero, ahora, ven a comer.

Su mano, vieja y seca, cogió la de Mayli y la condujo al comedor de la casa, donde las dos mujeres vivían solas.

—Siéntate —dijo la vieja, y después que se hubo sentado le trajo una escudilla de bronce con agua caliente y una toalla. Entretanto, no dejaba de refunfuñar.

—Echaré la carne de cerdo a los perros de la calle —le dijo—. Sea como sea, es comida para perros. ¡Ese tonto de soldado, que tú dices es tu hermano de leche!, (aunque solamente en días como los de ahora, en que la razón ha huido de la cabeza de la gente, es posible que una muchacha tenga hermanos de leche). ¡Hermano o lo que sea! En definitiva, un hermano de leche es un hombre y, ¿qué haces tú con un hombre que no es hermano tuyo? Deshonra de esta casa es que un soldado tan alto pase por la puerta de entrada inclinando la cabeza. He mentido en beneficio tuyo.

Pero ¿es que mis mentiras pueden negar que él está aquí, cuando los de la calle le han visto entrar? La bruja de la tienda de al lado me dijo: «He visto que su amo está otra vez en casa». ¿Y cómo puedo decirle que él no es el amo, si le ve entrar por la puerta de nuestra casa?

Ante este parloteo, que fluía de los labios de la vieja durante todo el día, como el agua de una fuente agujereada, Mayli no contestaba. Hoy limitóse a sonreír, alisando su negro cabello con su larga y pálida mano. Sentóse después a la mesa, dispuesta a comer lo que la vieja le había servido —carne de cordero con arroz y coles—, mientras ella seguía moviéndose a su alrededor vigilando el té para que se mantuviera caliente y observándola mientras comía, y siempre sin dejar de hablar ni un momento.

De pronto, Mayli interrumpió la charla de la vieja Liu Ma con una penetrante mirada maliciosa. Había comido bien, pero seguía con los palillos en las manos.

—¿Dónde has puesto esa carne de cerdo, Liu Ma?

—Está en la cocina, esperando que la arroje a los perros —respondió la Vieja.

—Dámela. Todavía tengo hambre.

Liu Ma abrió desmesuradamente sus ojos y se mordió el labio inferior.

—¡Seguro que no te la doy, y tú bien lo sabes, impía! —dijo en voz alta—. Antes te dejaría morir de hambre que servirte con mis manos una comida tan abyecta.

—Pero si Sheng se hubiese quedado a comer como otras veces, yo también habría comido carne de cerdo —replicó Mayli.

—Yo nunca olvido mi deber —afirmó Liu Ma—. Entonces sólo hubiera esperado a reprenderte a solas.

—¡Oh, vieja, qué tonta eres! —dijo Mayli riendo. Y, levantándose, pasó por detrás de Liu Ma y se fue a la cocina, donde junto al borde del hornillo de barro estaba la escudilla con la carne de cerdo, caliente y aromática, guisada con castañas.

—Nadie diría que era un plato a punto de ser arrojado a los perros —comentó Mayli con los ojos brillantes de malicia—. Más parece un manjar que una vieja ha reservado para su cena.

—¡Oh, quisiera que tu madre viviera! —gimió Liu Ma—. Si ella estuviera aquí, te castigaría con un bastón de bambú y te enseñaría a comportarte como una muchacha decente. Tu padre siempre fue tan suave como el humo. No, nunca fue capaz de adoptar una medida enérgica por cuenta propia. En cambio, ella habría sabido castigarte.

Mientras, Mayli había llevado la escudilla a la mesa y con sus palillos iba sacando los trocitos más apetitosos del sabroso cerdo, cubierto con una delgada corteza de dorada grasa, y cuya tierna carne estaba bien cocida y mejor sazonada.

—¡Qué bien guisas el cerdo, a pesar de no haberlo probado nunca! —dijo a la vieja, mirándola a los ojos.

La oscura cara de Liu Ma se contrajo súbitamente en un manojito de arrugas.

—¡Acusadora! —dijo riendo—. Si no fueras más alta que yo, sentaría duramente mi mano en tu trasero. ¡Cuánto me alegra que ese hijo de dragón, a quien llamas

hermano de leche, sea mayor que tú! Cuando acabe la paciencia contigo, una vez estéis casados, no seré yo quien le diga que detenga su mano; al contrario, le gritaré: «¡Dale otro golpe; pega uno por mí!».

—Cállate, hueso viejo —dijo Mayli alegremente—. ¿Cómo sabes que me casaré con él, si yo misma lo ignoro?

... En este mismo momento, Sheng estaba en presencia de su general, escuchando atentamente lo que éste decía.

El general era todavía joven, fuerte y muy cordial. Era oriundo de una región del sudoeste, y actualmente tenía bajo su mando las fuerzas de esa zona. Su carrera había sido notable y de él se contaban buen número de anécdotas, pues anteriormente había sido un rebelde. Sin embargo, al empezar la guerra se había convertido en un soldado leal, sumándose a la lucha contra el enemigo común. En tiempo de paz, los hombres suelen pelearse por pequeñas causas más o menos triviales, pero cuando el enemigo exterior cae sobre la nación, entonces todos olvidan sus querellas personales. He aquí por qué ese hombre, ahora general, en su día se presentó al que ostentaba el mando supremo de las fuerzas, ofreciendo sus servicios y los de su tropa para luchar unidos en la guerra contra el mismo enemigo.

Viendo que Sheng seguía en pie, aguardando sus instrucciones, le hizo seña invitándole a sentarse.

—Siéntese —le dijo—. Debo decirle algo, no como su superior, sino de hombre a hombre. He recibido una orden del Supremo en la que me indica que dos de mis mejores divisiones deben partir para Birmania. Esa disposición es contraria a mi voluntad, por eso no puedo obedecer las órdenes del Supremo y transmitir las a usted sin antes observarle que yo, personalmente, no apruebo ese mando y que sólo me veo obligado a obedecer y a mandar. Pero ¡siéntese, siéntese!

Ante el tono imperativo adoptado, Sheng decidió sentarse, pero sólo en el borde de la silla y, después de quitarse la gorra, a fin de no demostrar excesiva desenvoltura ante su superior. Dos soldados que estaban en la habitación, y se mantenían erguidos como ídolos adosados a la pared, se retiraron ante una leve seña que el general les hizo con los ojos. Quedaron solos. Éste se echó hacia atrás en la silla en que estaba sentado y empezó a dar vueltas entre sus dedos a un pequeño búfalo de arcilla que cogió de sobre su escritorio.

—Usted me dijo una vez que su padre era campesino.

—Soy hijo de hijo de campesinos durante generaciones, quizá más de mil años —contestó Sheng.

—¿Es usted hijo único? —le preguntó el general.

—Soy el menor de los tres hermanos y todos vivimos.

El general suspiró profundamente.

—Entonces puedo mandarle a una infortunada expedición sin temor a que ello repercuta en la vida de su padre.

—La vida de mi padre no depende de mí —añadió Sheng—. El vive con mis dos

hermanos, que ya tienen hijos.

—¿Y usted es casado?

—No, ni es probable que llegue a casarme —replicó Sheng amargamente. El general sonrió ante tales palabras.

—Es usted demasiado joven para hablar así —le dijo.

Sheng estuvo callado durante un momento, pero luego contestó:

—Para el que va a la guerra, es mucho mejor no tener esposa. Cuando menos, así va solo y está libre de preocupaciones.

—Tiene usted razón —afirmó el general, y poco después añadió—: Dígame dónde está la casa de su padre y su nombre. Caso de que usted no regrese, yo mismo le escribiré.

—Ling Tan, en la aldea de Ting, al sur de la ciudad de Nanking en la provincia de Kiangsu —informó Sheng.

El general dejó caer su lápiz.

—¡Pero esta tierra está en manos de los japoneses!

—¡Demasiado lo sé! —comentó Sheng—. Llegaron a nuestro pueblo, incendiaron, saquearon, asesinaron e hicieron el mayor daño que pudieron. Yo luché contra ellos con los guerrilleros de las colinas. Exterminábamos a muchos enemigos, pero después decidí venir aquí, porque matar unos cuantos aquí y unos cuantos allá no saciaba mi sed de sangre enemiga que tenía y seguiré teniendo hasta que haya conseguido exterminarlos a cientos y a miles. Por eso estoy aquí. He pasado meses largos de instrucción, hasta el día de la batalla de Extensas Arenas.

—Así se explica que haya aprendido tan bien —replicó el general.

Y, después de haber anotado rápidamente el nombre y las señas de Ling Tan, dejó su lápiz sobre la mesa y, poniendo una mano a cada lado del respaldo de la silla, fijó la mirada en el rostro de Sheng, y le dijo:

—Es contra mi voluntad que envíe estas dos divisiones a Birmania. He hablado con el Supremo para demostrarle que no debemos luchar en una tierra que no es la nuestra, por dos motivos: primero, porque el pueblo birmano no está a nuestro lado, y, por lo tanto, no seremos bien acogidos cuando sepan que vamos en ayuda de quienes les gobiernan. Aquella gente no quiere a los hombres de Ying, que siempre han sido sus amos, y si nosotros corremos en su auxilio nos odiarán igualmente. Segundo: porque los hombres de Ying desprecian a todos los que no tienen el rostro pálido, y, a pesar de que vamos a ayudarles, no se comportarán como verdaderos aliados. Nos mirarán como si nosotros fuéramos los sirvientes y ellos los dueños. ¿Podremos tolerarlo, cuando en realidad, vamos a socorrerlos?

—¿Qué dijo el Supremo ante tan sensatas razones? —preguntó Sheng.

—Dijo que los hombres de Ying saben las pocas probabilidades con que cuentan para conservar el dominio de Birmania y que agradecerán profundamente nuestra ayuda. Que, como necesitan de nuestra ayuda, nos tratarán con extremada cortesía y que, luchando juntos, finalmente alcanzaremos una gran victoria sobre el enemigo.

—¿Tan seguro de la victoria está el Supremo?

—Por eso envía nuestras mejores divisiones. Todos ustedes son jóvenes y fuertes y están en excelentes condiciones.

El general suspiró, y su profundo suspiro casi parecía un gemido. Luego añadió:

—Así se expresó; pero, eso no obstante, Hong-kong ha caído en manos del enemigo, que los hombres de Ying les entregaron como quien hace un regalo en un día de fiesta. Para mí, los hombres de Ying están perdidos, y si vamos con ellos también perderemos. En el transcurso de mi vida he podido comprobar cómo nos acecha la perdición. Y ahora tengo suficientes conocimientos para comprender claramente lo que me ha enseñado la experiencia. Nosotros no deberíamos movernos de nuestra tierra y luchar solamente para conquistar nuestro territorio. ¿Cómo podemos creer que los hombres de Ying han cambiado de súbito sus sentimientos a nuestro respecto? ¿Tal vez no nos han despreciado siempre?

El general, después de exponer estas razones, calló durante unos momentos, permaneciendo inmóvil, como si fuera de piedra; pero Sheng veía que sus venas de debajo de las orejas y las sienas se habían hinchado. Sostenía los apretados puños apoyados sobre la mesa, como martillos; los nudillos se habían vuelto blancos y las arterias de las muñecas latían con fuerza. Seguía con la vista baja, por cuyo motivo Sheng no podía ver la expresión de su cara. Pocos instantes después, su superior empezó a hablar de nuevo en voz baja, grave:

—¡Los hombres de Ying siempre nos han tratado como perros en nuestra misma tierra! Nos vienen dominando desde que nos ganaron la guerra que llaman del opio, pero que en realidad fue una simple guerra de conquista. Sus barcos de guerra cruzaban nuestros ríos y sus soldados se paseaban por nuestras calles. Se quedaron con buena parte de nuestro territorio; se negaron a obedecer nuestras leyes e impusieron las suyas en nuestro propio país, estableciendo sus tribunales y sus jueces. Cuando alguno de los suyos nos robaba o asesinaba, no había justicia que le condenara. Sus sacerdotes no estaban sujetos a ningún tributo y podían ir a donde mejor les viniera en gana, predicando e imponiendo su religión, con lo cual consiguieron arrancar del corazón de muchos jóvenes el cariño de sus padres. Ocuparon nuestras aduanas e impusieron derechos a nuestras propias mercancías.

De súbito se incorporó. En sus ojos brillaba el odio. A grandes pasos iba y venía a través de la angosta habitación, gritando:

—¡Y ahora me obligan a mandar mis mejores soldados a luchar por esos hombres que nos han despreciado y pisoteado!

Sheng siempre había vivido al lado de su padre, en las afueras de la ciudad, y, por lo tanto, podía contar con los dedos de la mano las veces que había visto a estos hombres tan odiados por el general. Una que otra vez había encontrado alguno por las calles, o, durante el otoño, cuando los pastos estaban bien crecidos en las colinas, los había visto cazar animales salvajes. Cada vez se había quedado mirándolos y escuchando sus recias voces y áspero lenguaje, del que no entendía una sola palabra.

Pero no sabía de esas cosas abominables que habían hecho contra su pueblo. Por cuya razón escuchaba sorprendido al general, sin saber qué contestar, pues ningún conocimiento tenía de cuanto oía. Por otra parte, él era simplemente un soldado. Durante los meses transcurridos había aprendido a obedecer a sus superiores, de la misma manera que él había enseñado a obedecer a los que estaban bajo su mando. Así, pues, guardó silencio, esperando respetuoso las órdenes del general.

Éste siguió recorriendo la habitación, con los dientes apretados bajo su bigote. Unos instantes después se sentó a la mesa, golpeándola con ambas manos abiertas.

—¡Lo que nos ordenan debe hacerse! —añadió casi a gritos—. Me he resistido muchos días al Supremo, reteniendo a mis soldados; pero esa orden es igual que si me hubiese llegado del cielo. Me quedan dos alternativas: obedecer o suicidarme. ¿Y de qué serviría mi suicidio, si después mi sucesor tendría que cumplir las mismas órdenes?

Sheng se levantó, esperando instrucciones para la campaña.

—Usted prepara a sus soldados para marchar a Birmania con los demás. Yo tomaré el mando. Cuando lleguemos a la frontera, acamparemos en nuestro país y esperaremos la orden de avanzar.

Sheng dio un golpe con el tacón y saludó. Después siguió esperando.

—A partir de allí, no sé dónde deberemos dirigirnos —continuó el general—. Se ve que no está determinado. Según parece, parte de nuestras tropas pasarán a Indochina, que tal vez invadiremos. El enemigo prometió respetar Thailandia, pero la ha invadido. El pueblo de Thailandia tuvo que rendirse al cabo de cinco horas. El enemigo gana posiciones en todas partes. No necesita armas, cuenta con buenas disposiciones en todos los sitios. Solamente resistiremos nosotros, y lo haremos hasta morir.

El general suspiró y hundió las manos entre sus cabellos. Después añadió, inclinándose hacia delante:

—Lucharemos en una batalla que está perdida de antemano. Bien lo sé; pero ¿cómo podemos hacerlo comprender al Supremo?

—Tampoco debemos desesperamos anticipadamente —dijo Sheng con resolución—. Si todavía no hemos entrado en combate, ¿por qué considerarnos derrotados?

El general volvió a respirar. Levantó la cabeza y miró fijamente el rostro honrado y valiente de Sheng. Recordaba al muchacho cuando, seis meses atrás, llegó de las colinas. Había sido difícil suponer que en seis meses cambiara tan radicalmente. Entonces Sheng parecía un tigre salvaje, con su mata de largo pelo que le caía sobre los ojos y su traje de algodón azul usado por los campesinos, hecho trizas. De haber sido menos alto, hubiera pasado inadvertido y habría quedado como soldado raso. Mucho tuviera que haber luchado para destacarse. Pero Sheng distaba mucho de ser un hombre pequeño. Por lo menos era una cabeza más alto que la mayoría, y, cosa rara: todavía seguía creciendo, a pesar de sus veintidós años. Sus manos eran dos veces mayores que las de sus compañeros y las sandalias corrientes no servían para

sus pies; tenía que encargárselas especialmente a su medida. Todo su cuerpo parecía hecho para la lucha. Sus ojos eran grandes y su mirada franca y clara. Cuando pasaba, la gente volvía la cabeza para mirarle; atraía por su figura. Todo contribuía a señalarle como jefe de sus compañeros. Pero si, a pesar de eso, hubiera sido tímido o estúpido, de ningún provecho le habría sido su gran estatura. Habría sido como un gran montón de arcilla. Su temperamento era de una gran vivacidad y sensatez. Aprendía con afán cuanto le enseñaban, poniendo en ello el máximo empeño y tenacidad. Obedecía fielmente. Cuando enseñaba a los demás, ponía especial interés en que también le obedecieran. Sus hombres le querían, pero le temían, lo cual, en definitiva, es el sentimiento que todo jefe debe inspirar siempre a sus subordinados.

Además de lo expuesto, había otra razón que le permitió elevarse en tan poco tiempo al grado de comandante. En el transcurso de la guerra tuvo sobradas oportunidades para demostrar su capacidad. En el octavo mes de aquel año, la lucha se había desplazado hacia otros lugares y Sheng había seguido toda la campaña, destacándose siempre. No sólo había salido vivo de todos los combates, sino que muy raras veces fue herido, y aun de poca importancia. Así, cuando moría un superior suyo, en seguida ascendía. En el noveno mes, durante la gran batalla de Extensas Arenas, junto con otro oficial que cayó muerto, luchó al frente de sus hombres hasta arrojar a los últimos japoneses fuera de la ciudad. Siguiendo a este alto joven, los hombres se mantenían unidos y se les contagiaba su gran coraje. Su alta estatura sobresalía de la de los demás, llevándoles la delantera. Una vez ganada la batalla, los supervivientes pidieron a su general que les dejara bajo el mando de Sheng. Petición que les fue concedida, pasando luego todos, a las órdenes de Sheng, a ser incorporados a su división, famosa por su valentía. El general estaba más que orgulloso de esos hombres y tenía especial cuidado en que estuviesen bien atendidos, tanto en comida como en municiones.

Actualmente Sheng llevaba el cabello corto como su general y cuidaba del aspecto y de la salud de su persona; siempre iba bien vestido y aseado. Su uniforme, si bien no era mejor que el de los soldados, porque todos vestían igual, estaba en mucho mejor estado que los harapos con que llegó de las colinas.

Y, además, estaba Mayli. Ésta se interesó cerca del general, recomendándole a Sheng en cuantas ocasiones se le ofrecieron. Ponía de relieve sus méritos, pero adoptando siempre un tono indiferente, jovial y despreocupado, a fin de que nadie pudiera sospechar que se interesaba particularmente por el muchacho. Y siempre que el general podía escucharla elogiaba sus cualidades, contando las hazañas que había realizado en las colinas como guerrillero.

—Yo vivía en la ciudad próxima a su aldea —dijo al general— y le aseguro que allí disfrutaba de bien ganada fama, tanto por su fuerza como por su valor. Según decían, cuando encontraba un pequeño destacamento enemigo, él solo lo capturaba, sin otro medio que sus dos manos y un viejo fusil. Su habilidad en sorprender al enemigo le había conquistado gran prestigio y todos los campesinos de la comarca

hablaban de él. Incluso se habían compuesto canciones referentes a su persona, que los niños y la gente cantaban por las calles.

Así era en verdad, y para demostrarlo cantó las simples estrofas de una de esas canciones oídas en las calles de Nanking:

*Un dragón está sentado sobre las colinas.
Duerme de día y de noche.
Llena la barriga con lo que mata,
pues siempre gana cada combate.*

El general rió al escuchar la pueril canción; pero, no obstante, el caso influyó en que a la primera ocasión en que se fijó en Sheng, la recordara de nuevo y mejorase todavía el concepto que tenía del muchacho que figuraba en sus filas.

La influencia de Mayli había contribuido mucho en el cambio de porte de Sheng. La risa de ella bastaba para que, al separarse de su lado, decidiera cambiar en determinado aspecto, a pesar de que aparentemente se negara a hacer lo que ella quería. A su lado, aseguraba que no cambiaría, y que, si no quería amarlo tal cual era, lo mejor sería olvidarlo todo. Pero como Mayli aceptaba el reto y decía que se negaba a quererle, en cuanto se separaban hacía lo que ella le había exigido. Mayli era lo bastante inteligente para demostrar que no se daba cuenta del cambio operado, a fin de que él creyera que no recordaba que se lo había pedido. Ahora bien, cada vez que Sheng la complacía, le demostraba más amabilidad.

Eso no obstante, Mayli estaba convencida de que nunca podría dominarle. Sheng la amaba y así se lo decía siempre, pero ella adivinaba que nunca la amaría por encima de todo. Ella, en cambio, o le amaría más que a nada en el mundo o no le amaría lo suficiente.

Ése era el punto del camino en que se encontraban estos dos seres el día en que el general comunicó a Sheng que debía prepararse para conducir sus soldados a Birmania a luchar al lado de los ejércitos de Ying.

—Quisiera formularle una pregunta —dijo Sheng al general—. ¿Cómo iremos a Birmania?

—¿Cómo podemos ir, si no es con nuestros propios pies, teniendo en cuenta que no hay ferrocarriles? Nosotros seguiremos la ruta principal.

Sheng meditó un rato.

—¿Y los víveres? —preguntó después.

—Hay que conseguirlos como podamos, a medida que avancemos.

Sheng quedóse callado, mientras pensaba.

—¿Cuándo partiremos? —preguntó.

—Dentro de cuatro días —respondió el general.

Después de concretar esas instrucciones, Sheng saludó y salió de la habitación. Por lo menos necesitaba dos días para preparar a su tropa para un viaje tan largo.

Seguro que con dos días bastaría, pues sus hombres estaban a punto y en forma. Ante un nuevo viaje, del que tal vez no volverían nunca, necesitaban varias horas para despedirse de sus esposas y disfrutar de una o dos copiosas comidas, de esas que seguramente no podrían conseguir durante la lucha. Además, debía preocuparse para que cada soldado dispusiera de un par de sandalias de repuesto.

Después de salir del cuarto del general, pasó ante los centinelas, que le saludaron. Entonces se le ocurrió que él también podía encontrarse en el caso de ser uno de los que no regresaran nunca. Sabía perfectamente que la próxima batalla sería muy dura. Llevar a su tropa millares de millas a pie, atravesando montañas y ríos, cargada con sus pesadas armas y fusiles, comiendo cuando encontraran víveres y debiendo, finalmente, luchar en tierra extranjera con compañeros de distinta sangre, cuyas costumbres desconocían, era el peor riesgo que podía afrontar.

Sheng estuvo parado un momento junto a la entrada, mientras la gente pasaba a su lado. La calle resplandecía bajo los brillantes rayos del sol invernal. Pero, para él, todo se había vuelto gris. Transcurriría mucho tiempo antes que pudiera volver a ver a la mujer amada. ¿Y si no volviera a verla jamás? En lugar de avanzar hacia la derecha, dobló hacia la izquierda, cruzando a grandes pasos entre la muchedumbre, a la que sobrepasaba de una cabeza y hombros, en dirección a la casa de Mayli.

CAPITULO III

La casa de Mayli se encontraba al final de una calle angosta.

Cuando Sheng entró, el silencio era absoluto. Mediaba la tarde y en un rincón del patio, bajo la sombra de los bambúes, Liu Ma dormía sentada en una silla. Se había dormido mientras cosía, y aún guardaba en su mano izquierda una de las medias de seda extranjera de Mayli. En el dedo mayor llevaba un dedal de bronce, y la aguja, que había caído de sus dedos, colgaba balanceándose del hilo. Al lado de la vieja estaba tendido, durmiendo sobre las baldosas del patio, un perrito que Mayli recogió un día en la calle. Al entrar Sheng entreabrió los ojos y, reconociéndole, volvió a dormirse. El muchacho sonrió al ver la escena que tenía ante sus ojos y atravesó el patio de puntillas, camino de la habitación principal de la casita. Dada la quietud que reinaba en el interior supuso que Mayli también dormiría. Visto que no estaba en la sala, se dispuso a esperarla; pero, mirando a través de la puerta entreabierta de su dormitorio —en el que nunca había entrado—, vio que se hallaba junto a la ventana, secando al sol su largo, húmedo y recién lavado cabello. No se había dado cuenta de su llegada. Sheng se detuvo contemplándola. Su corazón latía intensamente. ¡Qué hermosa era! ¡Qué hermoso su cabello negro! Le complacía que no se lo hubiera cortado, como hacían las estudiantes y las muchachas alistadas como soldados. Lo peinaba recogido sobre la nuca, pero sin aceitarlo, de modo que la finura de los negros cabellos formaba como una aureola alrededor de su cara. Esa visión furtiva le conmovía tanto que su misma respiración parecía sofocarle.

—¡Mayli! —exclamó con voz entrecortada.

Ella separó su cabello con las manos y miró hacia él. Al verle, corrió súbitamente hasta la puerta y la cerró de golpe, poniendo después la tranca de madera.

—¡Estúpido! —gritó sofocada detrás de la puerta; a continuación llamó a Liu Ma.

Sheng se sentó junto a la mesa, riendo interiormente. Liu Ma apareció frotándose los ojos y dando un tropiezo en el umbral de la puerta.

—¿Cómo entraste tú, militarote? —le preguntó indignada—. ¡Juro que no te he visto!

—¿Qué me dirás si te digo que tengo un puñal mágico? —le preguntó Sheng en tono misterioso, para enfadarla—. Lo llevo en el cinto y cuando digo: «¡Pequeño!», me vuelvo tan diminuto que puedo volar por encima de la pared como un granito de polvo. Pero cuando digo: «¡Grande!», puedo soplar sobre la pared como el viento del Oeste.

Le dijo estas palabras creyendo impresionarla, pues suponía que Liu Ma habría oído muchas leyendas de puñales semejantes, contadas por los vagabundos que narraban historias por el estilo. Pero la vieja le contestó despectiva y sin el menor asomo de sonrisa:

—Deberíamos tener un perro más guardián que éste. El nuestro sólo sirve para ir metido dentro de la manga, y, cuando entra un ladrón, en lugar de ladrar maúlla como un gato.

—La culpa no es del perro, Liu Ma —gritó Sheng a la vieja que salía.

Mientras ésta llegaba a la cocina para calentar agua para el té, el perrito entró saltando y agitando la cola, Sheng se inclinó y le tiró de sus largas orejas. Parecía un juguete. Sin duda había sido abandonado por alguna cortesana en su huida durante uno de los bombardeos de la ciudad. Los que él conocía eran aquellos grandes y fuertes perros de las aldeas, cuyos antepasados fueron lobos y ellos mismos seguían siendo fieras como lobos para toda persona desconocida. En casa de su padre habían tenido un perro semejante y recordaba que, cuando él era pequeño, más de una vez tuvo que retenerlo para que no se arrojara sobre algún extraño. Pero actualmente quedaban muy pocos perros de éstos, porque lo primero que hacían los recaudadores de impuestos y los soldados japoneses que llegaban a las aldeas para robar y violar era exterminar a los perros que les saltaban encima con tanta furia.

—¿Y tú para qué sirves? —preguntó Sheng al perrito. Sus grandes ojos pardos resaltaban en su carita, como si fueran oscuras bolitas de vidrio, y todo su cuerpo temblaba. Al oír a Sheng adelantó una de las patas, tocando delicadamente su pie, y luego, frunciendo su negro hocico, olfateó el aire a su alrededor y retrocedió asustado. Sheng rió, dando fuertes carcajadas, y en el mismo momento Mayli abrió la puerta. Llevaba un vestido color verde manzana y el cabello recogido en la nuca en un rodete. En uno de sus dedos brillaba un anillo de jade.

—¿Por qué te ríes del perrito?

—Me encuentra demasiado fuerte —respondió Sheng—. Me olfateó y retrocedió espantado.

—Es muy inteligente —dijo Mayli.

Se acercó y cogió en sus brazos al animalito, sentóse y lo puso sobre sus rodillas, mientras Sheng la observaba.

—¿Por qué pones a un perro en tus manos, como si fuese un niño? —le preguntó—. No debes hacerlo.

—¿Por qué no? Está limpio. Ayer lo bañé.

—¡También eso! —exclamó Sheng—. ¡Bañar a un perro como si fuera un niño! Sólo pensarlo me irrita. ¡Tratar a una bestia como si fuera una persona! ¿Crees que está bien?

—Es un perro muy bonito —dijo Mayli acariciando el lomo del animal—. Duerme en mi cama.

—Eso todavía es peor —contestó Sheng impaciente.

Mayli seguía acariciando el pelo suave y sedoso del perrito, que permanecía quieto y hecho un ovillo en su regazo.

—¡Si vieras de qué modo señoras extranjeras —dijo Mayli sonriente— aman a sus perros! Los llevan sujetos con correas o con cadenas y en invierno les ponen

abrigos.

Sheng hizo un signo despectivo.

—Ya recuerdo que has aprendido tus maneras de los extranjeros, pero de todas ellas la que más me irrita es ese amor a los perros.

Y mientras decía esto se levantó de súbito de su asiento y antes de que ella se diera cuenta de lo que iba a hacer cogió al perrito y lo echó con fuerza a través de la puerta abierta a la pequeña fuente que había en medio del patio.

—¡Oh! ¡Bestia..., bestia! —gritó Mayli corriendo a sacar del agua al perrito, que ladraba asustado, Y, como no podía apretarlo contra su vestido de seda, llamó a gritos a Liu Ma, que vino corriendo.

—¡Dame una toalla! Mira lo que ha hecho Sheng. Ha echado al pobre perrito en el agua fría.

Esta vez Liu Ma no salió en defensa de su ama, limitándose a decir:

—Deja que se seque al sol. Tengo faena y no puedo ocuparme secando al perrito.

—La vieja es sensata —comentó Sheng sonriendo.

Mayli corrió en busca de una toalla, mientras el perrito, tiritando de frío, miraba tristemente a Sheng, que le estaba contemplando.

Mayli, después de frotar al perro y dejarlo casi seco, lo puso al sol sobre la toalla.

Sheng, entretanto, consideraba sus movimientos, enérgicos, pero llenos de gracia y elasticidad.

Le parecía tan extraña que parecía imposible que por sus venas circulara la misma sangre que la de su pueblo. Por primera vez pensó que quizá era impropio que amara a esa mujer, y que si se casaban su vida sería una verdadera guerra, como un campo de batalla.

—Vine para decirte, y te lo hubiera dicho de no mediar ese estúpido incidente, que salgo con mi tropa para Birmania —dijo.

Ante estas palabras, Mayli, inmóvil por la sorpresa, quedóse parada en medio del patio, olvidándose del perrito. El sol cubría su vestido verde y su cabello con una luz dorada. Él seguía callado, apoyado en el marco de la puerta, contemplándola.

—¿Cuándo marchas? —le preguntó.

—Dentro de pocos días, dos o tres; como máximo, cuatro.

Mayli, mirándole, se sentó en un banco del jardín. Sheng veía cómo el sol hacía relucir su fina y delicada piel y proyectaba la sombra de sus largas pestañas sobre su pálida cara. Miró sus ojos, cuyas negras pupilas se destacaban netamente en la blanca córnea, y, lijándose en lo intensamente oscuras que eran, se dio cuenta de que estaban veteadas por pequeñas estrías como reflejos luminosos.

—Tienes oro en los ojos —le dijo—. ¿De dónde lo sacas?

—Deja en paz a mis ojos. Dime: ¿cómo es que sales tan pronto?

—Sólo nos parece pronto a nosotros —contestó Sheng.

Salió en busca del banquillo en que Liu Ma estaba sentada. El perrito, tiritando, fue a tenderse al lado de ella y lo más lejos posible de Sheng. Pero ni ella ni él

pensaban ahora en el perro.

—Hace semanas que lo tienen decidido —dijo Sheng—. Mi general es contrario a esta expedición, pero el Supremo la estima necesaria, y cuando así opina no hay opinión bastante fuerte para disuadirle. Así es que nos vamos.

Esas palabras, nos vamos, las dijo con tanta firmeza y con tan inflexible expresión de cara que Mayli no contestó. Limitóse a mirarle y de súbito preguntóse qué sería de su vida sin ese hombre con quien disputaba siempre. Pero ¿qué importaba? ¿Acaso ella había deseado nunca una vida sosegada?

—Así, pues, ahora seremos aliados de los blancos —continuó diciendo Sheng.

—¿Y por qué el general es de opinión contraria?

Sheng alargó el brazo y alcanzó una rama de bambú que colgaba sobre su cabeza. Arrancó una hoja y empezó a romperla en trocitos, mientras hablaba.

Mayli seguía los movimientos de sus manos, lentos y firmes, que denotaban su energía. La hoja que desmenuzaba era frágil y leve, pero sus dedos la deshacían con gran precisión. Eran unas manos delicadas, de hermosa forma, como todas las de su raza, aunque se tratara de simples campesinos.

Sheng no la miraba, absorbido en los menudos pedacitos verdes que iban cayendo al suelo.

—Mi general cree que está escrito el fracaso de los blancos.

—¿Por qué?

Su pensamiento corrió a través del mar, hacia el país donde había vivido la mayor parte de su vida. Al nacer ella, su madre murió, y antes de que cumpliera un año su padre partió con la niña para América. Sus primeras palabras —enseñadas por la mujer de rostro moreno que fue su nodriza— fueron pronunciadas en inglés. La mujer china que su padre se llevó como niñera sintió añoranza de su hogar antes de acabar la travesía, de modo que, cuando desembarcaron, su padre la embarcó nuevamente para su país. Mayli evocaba ahora aquellas grandes ciudades, con sus fábricas y con tanta gente siempre atareada y tanta riqueza y orgullo que reinaba por doquier.

—¿Cómo pueden fracasar los hombres blancos?

—Así está escrito —contestó Sheng.

Mayli torció la boca.

—No soy supersticiosa —añadió—. Yo no creo en las profecías de ningún viejo adivino de los que se pasan la vida sentados en las esquinas, vestidos con túnicas sucias. Yo necesito razones más satisfactorias. ¿Acaso tu general habló nunca con un blanco o ha visitado sus países?

—No lo sé —replicó Sheng—. Yo no le pregunto nada.

—Entonces, ¿cómo lo sabe? —insistió Mayli.

—Los ha visto aquí, en nuestro país —dijo Sheng.

Y de un soplo dispersó los verdes trocitos de hoja de bambú que llenaban sus manos. A continuación entrelazó sus dedos. Mientras hablaba miraba a Mayli, pero

ella sabía perfectamente que no pensaba en ella, sino en sus propias palabras y en su significado.

—Mi general ha sido el orgullo de los blancos en Shanghai y en Hong-kong, trozos de tierra que quitaron a nuestros antepasados, y que convirtieron en ciudades suyas. Según dice, siempre nos han considerado como perros molestos ante sus puertas. Y lo mismo hicieron con nuestros vecinos de los países próximos, a quienes despreciaron siempre. Ellos también fueron tratados como esclavos y, por eso, ahora prefieren unirse al enemigo odiado, porque más que a los japoneses detestaban a los blancos, que desde hace tiempo han venido despreciándolos.

Mayli escuchaba, pero no comprendía. ¿Cómo podía comprenderlo si durante toda su vida había vivido en un país dónde sólo encontró facilidades? Su padre disfrutaba de una honrosa posición en la capital, y ella, como hija suya, gozaba de los mismos privilegios. A pesar de que allí se desdeñaba a los de diferente color, que casi siempre empleaban sólo como sirvientes, nunca se le ocurrió pensar en que ella fuese despreciada.

—La gente de Mei no nos desprecia —afirmó—. Sólo lo hace con los negros.

—Bueno. Pero nosotros no vamos a Birmania a luchar al lado de los hombres de Mei. Allí dominan los de Ying y son ellos los odiados.

—No hay diferencia alguna entre los hombres de Ying y los de Mei.

—Sí eso es verdad —dijo Sheng—, es la peor noticia que podías darme.

Mayli quedóse silenciosa, mordiéndose los labios y preguntándose qué podía decir. Finalmente habló en estos términos:

—Tal vez no cuente para nada el hecho de que les gustemos o no. Lo único que necesitamos es contar con la fuerza de ese pueblo para luchar contra el enemigo. Si la gente de Ying va contra los japoneses, entonces debemos estar a su lado.

—Si a su lado podemos ganar —replicó Sheng gravemente.

—Nadie podrá conquistar a los pueblos de Ying y Mei juntos —gritó Mayli.

Y evocó nuevamente las fábricas enormes, con sus formidables máquinas y la terrible precisión de su funcionamiento, trabajando el hierro y el acero como si fuera papel y madera.

—Los enanos han conseguido muchas conquistas hasta hoy —añadió Sheng en voz baja.

—Sí, pero no olvidemos que lo han hecho por sorpresa.

—Bueno. Puede admitirse que les cogieron por sorpresa una vez; pero el mismo día, sólo unas horas más tarde, fueron sorprendidos de nuevo en otras islas, más al sur... Sus fortalezas volantes fueron destruidas en un abrir y cerrar de ojos por los japoneses. ¡No basta ser poderoso; al mismo tiempo se necesita ser sabio y astuto!

Se levantó con súbita impaciencia y abriendo los brazos.

—¡Mírame, Mayli! —requirió—. ¡Fíjate en mi gran figura de carne y hueso que soy yo! ¿Tengo bastante con ser tan alto? ¿Es suficiente que pueda torcer un trozo de hierro entre mis brazos? ¿De qué sirve mi fuerza y mi corpulencia si soy un tonto?

No. ¡Necesito adquirir inteligencia y sentido común y meterlos aquí! —V, mientras decía esto, se daba fuertes palmadas en la frente.

Mayli no contestó. Quedóse mirándole, de pie a su lado, destacándose sobre el fondo del cielo y reconociendo la certeza de la sensación de fuerza y potencia que su aspecto ofrecía. Se estremeció y la sangre le acudió al rostro. Sheng dejó caer los brazos y siguió mirándola. Mayli se levantó con ligereza y se hizo a un lado, como si quisiera huir de él. Temía ser subyugada por su dominio, aunque sólo fuese un instante. Empezó a pasear por el patio, seguida en su ir y venir por el perrito. Después se detuvo; sentóse en el borde de la fuente y rodeó sus rodillas con los brazos. Sheng contemplaba el reflejo claro y nítido de su cara sobre la tranquila superficie del agua de la fuente. Estaban en invierno y la fuente no se hallaba cubierta de hojas de loto, por cuya razón la tersura de su superficie semejava un límpido espejo bajo el cielo.

Liu Ma apareció en la puerta de la cocina, y el rictus torcido de su boca evidenciaba su enfado. Depositó la bandeja sobre la mesa y sirvió el té de una tetera blanca y azul. Y para demostrar el disgusto con que veía que Mayli estuviera a solas con un hombre, en lugar de presentarles las tazas, dejó el té servido sobre la mesa y volvióse a la cocina. Poco después la baja chimenea de la cocina empezó a escupir un espeso humo, producido por el fuego alimentado con hierba seca, y este humo cubrió todo el patio como una nube.

Mayli se echó a reír y dijo:

—Liu Ma intenta ahogarte con humo.

—Soy demasiado bueno con esta vieja —contestó Sheng vivamente—. Y se olvida de las veces que le doy monedas de plata para que me deje estar aquí.

—Es vieja —dijo Mayli—. Y no es sólo eso: adoraba a mi madre y cree que yo no soy bastante buena para merecerme la suerte de ser su hija. Me supone dominada por las costumbres extranjeras.

—Quizá tenga razón —observó Sheng.

En el reflejo del agua vio cómo sacudía su hermosa cabeza y cómo después su rostro acusaba una expresión de gravedad.

—¿Qué importancia tiene, en estos momentos, ser extranjero o no? Actualmente creo que no es nada sensato odiar algo o a alguien por sólo ser extranjero. Mejor sería pensar si no nos sería de más provecho aliarnos con los pueblos de Ying y de Mei, que son los más fuertes de la tierra.

—¿Realmente son tan fuertes? —preguntó—. Y, si eso es cierto, ¿por qué los japoneses han podido derrotarles tan fácilmente y, en cambio, no pueden con nosotros, a pesar de los esfuerzos que han hecho durante estos años?

—No debes confundir el éxito de una astucia con una victoria —contestó Mayli—. Conozco perfectamente al pueblo de Mei. Es más que posible que el enemigo lo haya podido engañar. Como son tan poderosos y están tan convencidos de su destreza, habilidad y poder, nunca podrían imaginarse la posibilidad de ser cogidos por sorpresa. Pero ahora estarán furiosos y serán mucho más terribles y desconfiados.

Habrán aprendido más en un solo día que en un año de guerra.

—Pero es una lástima que nosotros debamos pagar con tantos sacrificios la lección que les han enseñado —afirmó Sheng ceñudamente—. Tan sólo, con unos cuantos de esos aviones, que fueron destruidos en pocas horas, habríamos podido echar a los japoneses de nuestra tierra. No es únicamente a ellos a quienes toca las de perder.

Mayli agitó levemente con la mano el agua de la fuente, sobre cuya superficie se formaron pequeños círculos. Después dijo:

—Es cierto cuanto dices; pero, no obstante, estoy convencida de que no pueden perder. No. A pesar de lo pasado y de lo que todavía puede pasar, finalmente ganarán, y por eso debemos estar a su lado.

—¿Qué piensas? —preguntóle Sheng.

El té estaba frío. Ambos lo habían olvidado. El perrito, que había permanecido tumbado sobre la toalla, se levantó y gimiendo suavemente se acercó a su dueña, sin que ésta le prestara la menor atención. Siguió con la mano en el agua, mirando vagamente un punto del patio, perdida en los recuerdos que acudían a su mente.

—Es el país más hermoso —dijo un rato después—. Puedo afirmarlo, aunque no lo quiera como el mío. Sus carreteras son grandes y cruzan colinas, montañas, desiertos y llanuras. Sus pueblecitos están habitados por gente limpia y bien alimentada. En las tierras de sembradío las granjas son limpias e higiénicas. Y no hay mendigos repugnantes ni perros hambrientos como lobos. Los bosques ocupan grandes extensiones y son profundos. Los arroyos son claros.

—Con todo eso no se gana una guerra —comentó Sheng severamente.

—No, desde luego. Pero también hay muchas fábricas que construyen barcos y automóviles, y, además, poseen todos los secretos y la fuerza de las máquinas. ¡Con todos los aviones que pueden producir podría cubrirse la superficie de la tierra!

—Pues es muy raro que no hayan podido mandarnos unos cuantos —replicó Sheng amargamente.

—¡Pero si todavía no han empezado! —gritó Mayli—. ¡Tú qué sabes! Un pueblo que vive tan felizmente y está tan bien alimentado no despierta en un momento. Primero debe sufrir y sentir los horrores de la guerra en su propia carne.

—Nosotros la sufrimos desde hace cinco años. ¿Es que no somos de carne y huesos, a su parecer?

—Debes hacerte cargo de que estamos muy distantes de ellos. Casi, casi no nos conocen.

—Entonces, estando tan lejos de nosotros, no querrán ayudarnos.

—Te digo que sí —afirmó Mayli—. Tú no los conoces; yo sí. Lo harán por su propio interés. ¿No te das cuenta de lo que ganarán pudiendo instalar aquí sus aeródromos para atacar a los japoneses? Pero debemos esperar que despierten y comprendan.

—Han tenido tiempo más que sobrado —dijo Sheng, sombrío—. ¿Todavía crees

que debemos esperar, ahora que estamos a punto de salir para luchar en tierra extranjera? Si tanto les cuesta despertar, sin duda llegarán tarde. Con unos cuantos aviones ahora podríamos salvarnos, pero más adelante quizá un millar no nos sirvan de nada.

Ante el silencio de Mayli, Sheng continuó, después de una pausa:

—Yo hablo como soldado.

—No obstante —contestó Mayli unos momentos después—, los soldados no siempre tienen suficiente conocimiento de la causa de que hablan. Sólo piensan en las batallas, y una guerra no sólo se gana con batallas.

—¿Con qué más se gana, pues? —preguntó Sheng.

En este momento, el perro levantó la cabeza, cerró los ojos y lanzó un agudo aullido. El diálogo quedó interrumpido. Ambos miraron al animalito.

—¿Qué habrá oído este perrito que nuestras orejas no hayan alcanzado? —preguntó Sheng mirando hacia el cielo y alrededor del patio.

—¿Oyes? —susurró Mayli.

Ambos escucharon atentamente. Pocos instantes después se oía el creciente alarido de una sirena. Sheng se levantó de un brinco.

—¡Los japoneses! —gritó.

Desde que Mayli llegó a Kunming, los aviones japoneses no habían realizado ningún vuelo sobre la ciudad. Había oído hablar de sus anteriores incursiones y había visto los escombros y ruinas que dejaron. Pero sólo conocía el peligro por referencias.

Si en alguna ocasión entraba en una tienda cuyo techo agujereado mostraba las tejas rotas y las paredes derrumbadas, el dueño, todavía excitado y horrorizado, le daba detalles de cómo él y sus familiares pudieron escapar y de cómo tal o cual vecino o conocido había quedado muerto o mutilado. Pero todo eso lo sabía de oídas; sus propios ojos nunca habían presenciado un bombardeo.

El ulular fue creciendo y creciendo, y el pobre perrito, víctima de un ataque de pánico, lanzaba lúgubres gemidos y se arrastraba por tierra. Liu Ma salió afuera corriendo y secándose las manos en el delantal, empezando a gritar:

—¡Vámonos! ¡Vámonos! ¿Dónde iremos? Tú, soldadote, mira si puedes servirnos de algo. ¡Somos dos mujeres solas!

Sheng corrió a la puerta y la abrió de golpe. La calle estaba atestada de gente que corría en todas direcciones. Los dueños de las tiendas cerraban puertas y escaparates, como si hubiera llegado la hora nocturna de cerrar. Luego corrían los cerrojos.

—¡Si estuviéramos fuera de la ciudad! ¡Ser cogidos dentro es como encontrarse metido en una jaula! —exclamó Sheng recordando aquella terrible visión de hombres, mujeres y niños muertos, destrozados y esparcidos en despojos informes, presenciada después de haber caído las primeras bombas sobre la ciudad cercana al pueblo de su padre.

Mayli continuaba en su sitio. No podía temer lo que ignoraba. Sheng se dijo mentalmente que distaría cosa de una milla la puerta sur de la ciudad. Si estaba

abierta, tendrían tiempo suficiente para salir a pleno campo antes de la llegada del enemigo. Una vez al otro lado de la muralla, se refugiarían en el bosquecillo de bambúes, donde, cuando menos, estarían a salvo de los hundimientos de las paredes y de la caída de las pesadas vigas de las techumbres.

—¡Vamos! —gritó.

Ambas mujeres corrieron tras él. Mayli, acordándose súbitamente del perro, retrocedió para recogerlo. Cuando Sheng vio que volvía con el perrito en los brazos, se originó una disputa, pues le censuró rudamente su tontería y cogiendo al animal lo arrojó con violencia contra el suelo, empujándolo afuera. La cogió de la muñeca con tanta fuerza, que Mayli no logró desasirse, a pesar del empeño que puso en conseguirlo.

—¡Loca! ¡Insensata! —gritaba—. Detenerse a coger un perrito cuando debes correr a más no poder.

Mayli seguía forcejeando para librarse de su mano, pero cuanto más se debatía, más fuerte la sujetaba él, forzándola a correr velozmente calle abajo, hacia la puerta sur. A pesar del pánico y la prisa unánimes, todavía había quien se detenía un momento en su huida, sorprendido al ver ese alto militar obligando a correr a una muchacha que luchaba empeñadamente por desasirse. Liu Ma corría jadeante tras ellos, llamándolos, pero Sheng no la escuchaba ni se detenía.

—No tiene los pies atados —rezongaba entre dientes—. ¡Que los mueva!

Se cruzaron con un viejo, que vociferó:

—¡Ay de ti, soldado! ¿Atropellas a una mujer en un momento como éste? ¡Detente! ¡Detente! ¡Déjala, si no quieres morir maldito y condenarte!

El viejo suponía que Sheng había cogido a la muchacha a la fuerza, como solían hacer los soldados, y que Liu Ma era la madre que corría chillando tras de su hija. Por toda respuesta Sheng gritó al viejo:

—¡Tortuga!

Mayli no tuvo más remedio que renunciar a la lucha y seguir corriendo junto a él en silencio. Entonces Sheng la soltó de la muñeca y sólo retuvo su mano. Entretanto, llegaba hasta ellos el sordo ruido de los aviones que se acercaban. Los fugitivos corrían libremente, pues las calles estaban desiertas. La mayoría de la gente había corrido a ocultarse en sus casas en espera de lo que dispusiera el destino.

Ya veían la Gran Muralla, cuya sombra alcanzaron en pocos instantes. Este enorme muro de treinta pies de espesor formaba un arco sobre el camino; al final estaba la entrada. Así que llegaron a su sombra, Sheng se dio cuenta de que la puerta estaba cerrada. Muchas veces había recorrido esta distancia que le separaba de la salida al campo, pues no era amigo de permanecer encerrado durante mucho tiempo. Cuando cruzaba esa zona de penumbra en la cual el camino de guijarros siempre estaba húmedo —por no llegarle nunca el sol—, sentía gran alborozo al ver el deslumbrante reflejo dorado a través de la puerta abierta. Mas ahora todo era sombra, y en ella se cobijaron. Allí se había acumulado mucha gente que, como ellos, habían

considerado el sitio como un refugio. Seres sin hogar, viajeros de paso en la ciudad y también mendigos. Sheng y Mayli iban reconociendo a unos y a otros entre la masa amontonada en la fría oscuridad. Los pordioseros, andrajosos y harapientos, se apretujaban entre las demás personas. Nadie se fijaba en la condición de su vecino. Sólo un mendigo, de rostro carcomido por la lepra, permanecía lo más alejado posible del grupo. Habría sido de los últimos en llegar, y, cuando Sheng y Mayli se cobijaron bajo el muro, estaría cerca de la entrada. Al darse cuenta de este desgraciado, Mayli gritó involuntariamente:

—¡Sheng! ¡Un leproso!

Y dicho eso volvióse para salir afuera. Pero los aviones volaban ya sobre la ciudad y estallaban las primeras bombas. Sheng alargó los brazos y retuvo a Mayli, a pesar de la propia repulsión que le inspiraba el leproso y el terror que le infundía el bombardeo.

—¡Espera! —gritó, y se interpuso entre ella y el mendigo, evitando que su cuerpo le rozara. Todo el refugio se había alzado en una unánime voz de protesta contra el leproso. No admitían la osadía del infortunado de arrimarse a ellos.

—¡Tú, huesos podridos! —le gritaban—. ¿Qué vale tu vida? ¿Acaso merece salvarse?

—¿Huimos de los demonios de fuera —vociferaban otros— para que se nos eche encima otro aquí dentro?

Razones semejantes las formulaban sobre todo las madres que iban con sus niños y cuya indignación contra el leproso era mucho más dura que la de los demás. La voz de Liu Ma se distinguía por encima de todas.

—¡Apártate de nosotros, huevo de tortuga! —decía chillando—. ¡Tu carne hedionda corrompe!

El infeliz permanecía callado. Sus ojos, desprovistos de pestañas, parpadeaban a cada insulto que llegaba a sus oídos. Indigno e inmundo cual era, también se aferraba a la vida, que era lo único que poseía.

Entretanto, había cundido gran inquietud en el improvisado refugio, algunos, a causa del leproso, abandonaron el sitio, a pesar de que ahora las bombas caían con gran estruendo y muy cerca. Entre la creciente confusión, surgió del extremo opuesto del túnel un sacerdote budista vestido con la túnica gris de su orden y con una escudilla en la mano para recoger limosnas. Era joven y debía haber profesado recientemente, por cuanto las nueve cicatrices sagradas que ostentaba sobre su cabeza todavía estaban rojas.

El ruido era tan grande que resultaba imposible oírse una voz. Sin decir palabra, el sacerdote puso al leproso contra la pared y él mismo se situó delante suyo, separándole del resto de los reunidos. Todos callaron, con la cabeza gacha, mientras del cielo seguía cayendo una horrorosa lluvia de metralla. A la entrada del túnel el aire era irrespirable, a consecuencia del polvo que flotaba en la atmósfera. La vieja muralla, construida miles de años atrás, fue sacudida dos o tres veces. Aquellos que

contribuyeron a levantarla ni siquiera habrían podido imaginarse semejante enemigo. Sin embargo, sus cimientos habían sido tan sólida y profundamente cavados que el gran muro resistía a la fuerza de este elemento desconocido por aquellos que trabajaron en su construcción. Por otra parte, como si el cielo le dispensara especial protección, ninguna bomba cayó directamente sobre ella. Desde luego, no sería objetivo fácil desde arriba, dada la línea en ziz-zag que seguía entre las colinas que rodeaban la ciudad. Todos cuantos se refugiaron debajo de la gran muralla, sobrecogidos y anhelantes, esperando con resignación el fin de la tormenta, se salvaron de morir destrozados por las bombas.

Cuando, después de su cometido, los aviones enemigos se alejaron y renació el silencio, Sheng salió del refugio para ver su huida. Los había visto llegar en ordenada fila, acusándose en el cielo con toda precisión, parecidos a una manada de gansos salvajes. Ahora quería verlos marchar. Subió raudo a la muralla. Emprendían la vuelta sin dificultades ni tropiezos, lo mismo que cuando llegaron. Sheng sintióse invadido por intensa amargura.

Habría hecho lo imposible para poder romper aquella línea perfecta formada por los barcos volantes; pero sabía que era impotente para conseguirlo. Se habían presentado y, una vez cumplida su obra destructora, emprendían el regreso sin tan sólo perder su perfecta formación. Mientras los miraba, recordaba lo que Mayli le había dicho sobre las fábricas y la maquinaria de la tierra de Mei; de su capacidad para fabricar por lo menos unos veinte aparatos diarios. Si eso era posible, ¿por qué, entonces, no les mandaban tan sólo un centenar de ellos, a fin de poder luchar contra el terrible enemigo? ¡El producto de un solo día de trabajo, sería suficiente!

Desde lo alto del muro, meditaba en la debilidad y en lo indefenso de su pueblo, y anhelaba con todas sus fuerzas poder volar en persecución del enemigo. Pero estaba atado a la tierra. Solamente podía servirse de sus pies para andar miles de millas y tomar su parte en la batalla. Entretanto, la ciudad donde vivía la mujer amada quedaba a merced de este enemigo que volando podía presentarse siempre que quisiera, pues sabía que ninguna fuerza se le opondría.

Inclinóse sobre la pared cubierta de hierba y llamó a Mayli. Todos iban saliendo del refugio. Los que vivían en la ciudad regresaban a sus casas y los que se encontraban de paso en ella prosiguieron su interrumpido camino, al abrirse de nuevo la puerta. El leproso, que no tenía dónde regresar, quedóse junto a la puerta. El sacerdote se encaminó al templo, situado en las colinas. Salía de la ciudad, donde pidió limosna, y antes de alejarse sacó unas cuantas monedas y las puso en la mano del mendigo. Las monedas produjeron un sonido metálico entre las manos del pordiosero: sus manos eran duras y secas debido a la lepra.

Mayli trepó ágilmente por el alto muro y acercóse a Sheng. Al mirarla vio en sus ojos una extraña expresión de intenso sufrimiento.

—Tengo que ir a casa a lavarme. No me sentiré bien hasta que me haya lavado.

Sheng se asombró de la importancia que daba al encuentro con el leproso.

—Tú no tocaste a ese hombre, y sin el contacto no hay contagio. Yo también cuidé de que mi cuerpo no tocara el suyo. Sólo el sacerdote lo hizo, pero como es sagrado no puede sobrevenirle ningún mal.

—¡Pero un leproso no debiera estar con la otra gente! Si esto ocurriera en los países del Mei o de Ying, ¿crees tú que un leproso podría circular entre el pueblo?

—¿Qué harían de él, pues? —preguntó Sheng en su asombro Supongo que no condenarían a muerte a un hombre que no es culpable del mal que tiene, ni puede evitarlo.

—No; claro que no lo harían. Pero sería encerrado en un lugar donde viviría con otros como él, para evitar el contagio.

—No obstante, tampoco es justo —dijo Sheng gravemente—. ¿Es lícito que un hombre sea metido en prisión por la desgracia de sufrir una enfermedad incurable?

—¡Oh! ¡No lo entiendes! —comentó Mayli con impaciencia—. ¡Eso se hace en bien de todos!

Sheng la miró y vio que su cara, así como su pelo y sus manos, estaban cubiertos de polvo; y sus mejillas, que siempre estaban sonrosadas, ahora aparecían intensamente pálidas.

—Después que hemos escapado juntos de la muerte, no debemos pelearnos —dijo Sheng—. Tú y yo disputamos por el menor motivo. Será mejor que me vaya y te deje tranquila, porque, según parece, reñirás siempre conmigo porque no soy como tú quieres.

El labio inferior de Mayli temblaba. Volvió la cabeza y sus ojos contemplaron la ciudad. Por un momento se había olvidado de ella, pero allí estaba, víctima del castigo enemigo. Grandes columnas de fuego se levantaban en llamaradas enormes, y altas humaredas se elevaban hacia la limpidez del cielo de la tarde. Mayli se puso a llorar.

—Pero ¿por qué? —preguntó espantado ante sus lágrimas, que veía por primera vez.

—¡Siento una angustia tan intensa! —dijo sollozando—. ¿Por qué estamos tan desesperados? ¿Qué podemos hacer? ¿Debemos limitarnos a contemplar cómo nuestro pueblo es asesinado impunemente, sin poder hacer otra cosa que escondernos?

Sheng la cogió de la mano y ambos contemplaron los incendios. Hasta allí les llegaba el griterío de la multitud, ocupada en arrojar agua al fuego para extinguirlo. Pero no se movieron para acudir en auxilio de tantos desamparados. Sobraba gente pará ayudarles. Si con algo contaba la ciudad, era con gente.

Liu Ma les llamó refunfuñando desde la calle.

—¿Quieren quedarse ahí arriba? Pronto será oscuro y hará frío. Yo voy a casa a preparar el arroz.

A su llamada, descendieron de la muralla y siguieron andando tras la vieja. Estaban cansados y deprimidos. Sentían idéntica abrumadora desolación.

—Debo ir con mis hombres —dijo Sheng.

—¿Vendrás a verme antes de salir para Birmania?

Sheng no contestó. Se detuvieron en su camino. En una esquina, donde la calle se bifurcaba hacia el Norte, una casa había sido destruida por una bomba, y entre sus ruinas se veía a un joven que removía los escombros sollozando ruidosamente.

—¿Era tu casa? —preguntó Liu Ma al joven, con el rostro contraído piadosamente.

—¡Mi casa, mi tienda de sedas y cuanto poseía queda enterrado bajo estos escombros! —gimió el infortunado—. ¡Mi mujer, mi padre y mi pequeñuelo!

—¿Y cómo te libraste tú? —insistió Liu Ma empezando a escarbar.

Sheng buscó algo con qué cavar.

—Había salido afuera para ver de qué lado venía el enemigo, y los tenía sobre mi cabeza —contestó con voz entrecortada.

Y mientras pronunciaba estas palabras sus manos descubrieron un trozo de tela estampada.

—¡Es la chaqueta de mi hijito! —gritó.

Sheng había encontrado una larga pértiga junto al cadáver de un anciano campesino. Los dos cestos de arroz a cada extremo de la larga vara seguían intactos, pero un trozo de acero había partido la cabeza del hombre con la misma sencillez con que se partiría un melón con un cuchillo muy afilado.

Sheng recogió la vara y empezó a cavar. Cuando Mayli vio la tela estampada, se arrodilló y también se puso a escarbar con sus manos. Pronto sacaron al niño, y el padre lo recogió en sus brazos. El pequeñuelo estaba muerto. Nadie dijo nada. El padre levantó a su hijo en alto y clamó al cielo en tal forma que lloraban cuantos le oían. Mayli enjugó sus ojos con el pañuelo; Liu Ma lo hizo con la punta de su delantal. Sheng dejó caer la vara en tierra y dijo:

—Si el niño está muerto, seguro que los demás también lo están. Sólo usted se ha salvado, por voluntad del cielo. Venga conmigo; le daré un arma para vengarse.

Hasta ahora el hombre no se había dado cuenta de que Sheng era un militar, y volviéndose ciegamente, todavía con lágrimas en los ojos, siguió a Sheng llevando en brazos, como si fuera una cuna, a su hijo muerto.

—¡Deje al niño! —le mandó Sheng.

El padre miróle fijamente, con cara compungida, y dijo:

—Puedo dejar a los que están sepultados bajo la casa. Pero no puedo dejar ahí a mi hijo. Los perros se lo comerían.

—Démelo —dijo Mayli—. Le compraré un ataúd y le enterraré como usted mismo lo haría.

—Bien dicho —exclamó Sheng, mirándola cariñosamente.

Mayli recibió el cuerpo del niño, tomándole en sus brazos. Era la primera vez que llevaba un niño tan cerca de sí. Por extrañas coincidencias, nunca había convivido con muchachos. Había crecido sola en casa de su padre y en país extranjero, donde no

tenía primos ni clase alguna de parientes. Con la criatura en brazos, encogida como si estuviera arrebujaada en el regazo de su madre, lo vio tan desamparado que se sintió invadida por una inmensa congoja que le impedía hablar. Sólo pudo mirar a Sheng. Sus ojos se encontraron por encima del niño muerto, y, aunque no le conocieran en vida, de pronto sintieron, ante su muerte, una honda ternura.

—Volveré a tu lado en cuanto pueda —dijo Sheng.

—Esperaré tu llegada —contestó Mayli.

Fueron unas simples palabras convencionales, como otras cualesquiera que pudieran decirse por puro formulismo; pero sus ojos revelaban lo que callaban las palabras. Sheng comprendió su lenguaje y, bajo semejante convicción, siguió su camino seguido por el pobre desgraciado, mientras Mayli se alejó por el suyo.

—Déjame; lo llevaré yo —dijo Liu Ma.

Mayli rehusó con un gesto.

—Soy más joven y más fuerte que tú —le contestó.

Llevó el niño hasta su casa. La encontró intacta, a pesar de que del lado sur habían sido destruidas diez casas que quedaron convertidas en un montón de escombros rodeado de una nube de polvo. En el patio, el perrito estaba temblando, y cuando ella entró y olfateara la muerte en el aire, levantó la cabeza y empezó a aullar despacio. Mayli pasó por su lado sin decirle nada y acostó al muerto en su propia cama. Era un lindo muchacho de unos tres años, de carita redonda y fina. Aparentemente no tenía ningún daño. Cogió la pequeña y gordita mano del niño entre las suyas, como esperando el milagro de que aún diera señales de vida. Pero en sus finos deditos, con pequeños hoyuelos en los nudillos, ya se sentía la rigidez de la muerte. Dejóle de nuevo sobre el cubrecama y permaneció largo rato sentada sin poder quitar los ojos de aquel pequeño cadáver, que en vida nunca conoció. Ahora, y por primera vez, se le hacía patente el significado de esta guerra para el mundo: un niño como ése era asesinado, y nadie podía castigar al asesino. Una cólera creciente arraigó en su corazón como una mala hierba.

—Quisiera poder agarrar con mis manos la garganta de un enemigo —murmuraba.

Liu Ma, después de apartar la cortina de satén rojo de la puerta, asomóse para mirar, dentro, sorprendida por el prolongado silencio de Mayli. Su ama estaba sentada en el lecho, mirando fijamente al pequeñuelo.

—¿Voy por el féretro? —preguntóle.

—Sí —contestó Mayli.

—¿Y dónde cavaremos su tumba? —inquirió Liu Ma.

—Buscaremos un espacio adecuado fuera de la ciudad. Algún campesino me venderá un pequeño trozo de tierra para enterrarlo.

—Bastará con alquilarlo —aconsejó Liu Ma—. El cuerpo de un niño dura poco tiempo. Además, éste no es de tu misma sangre.

—¡Cada criatura asesinada por el enemigo es de mi propia sangre! —exclamó

Mayli con tan apasionado impulso que la vieja ocultóse precipitadamente tras la cortina.

Liu Ma salió y Mayli continuó sentada; unos instantes después se levantó; corrió las cortinas alrededor de la cama y salió al patio. Sentóse en una larga silla de caña, bajo el alero de la casa. Tapóse los ojos con las manos. El perrito se le acercó, echándose a su lado hecho un ovillo. La presencia del animal hizo que Mayli se diera cuenta del contrasentido que representaba el hecho de que, mientras el niño había muerto, el perrito seguía viviendo. Ninguna explicación justificaba el caso, pero ahora comprendía algo de las razones que pudieran motivar la irritación de Sheng ante el valor excesivo que ella daba al perrito. Si a su regreso hubiese encontrado al animalito muerto, habría lamentado la pérdida de algo bonito, pero no hubiese llorado. En cambio, ese niño muerto representaba una vida perdida y por eso, ahora, también ella casi odiaba a su perro. No lloró de nuevo. No era de las que lloran porque sí, y cuando Liu Ma volvió con el ataúd en un *rickshaw*^[1], la ayudó a entrarlo y a poner al niño dentro.

El hombre del *rickshaw*, suponiendo una buena propina, llamó a un compañero, y después todos juntos se encaminaron hacia las afueras de la ciudad. Liu Ma iba en uno de los *rickshaws*, con el féretro; Mayli, en el otro.

Después de recorrer unas dos millas hallaron un anciano campesino cuyos hijos habían marchado a la guerra. Mayli puso unas cuantas monedas de plata en su mano y el viejo consintió en cavar un hoyo en un rincón lejano del campo, donde fue enterrado el pequeño féretro.

—Vigila que los perros salvajes lo desentierren —le dijo Liu Ma.

El viejo le contestó, burlándose de ella:

—¿Te parece que ahora los perros tienen necesidad de desenterrar a los muertos? No lo creas; comen mejor que cualquiera de nosotros.

Y, después de suspirar, escupió en sus manos y cogiendo la azada reanudó el trabajo.

Mayli y Liu Ma volvieron a subir a los *rickshaws* y regresaron a la ciudad.

CAPITULO IV

Mayli despertó súbitamente a mitad de la noche. De momento permaneció a la escucha, intentando descubrir el motivo que había interrumpido su sueño, pero todo seguía en silencio. Así, pues, parecía que nada la había despertado, cuando menos nada procedente del exterior. Siguió acostada, sintiendo una especie de repentina prevención contra todo lo que la rodeaba; el cuarto, la cama en que estaba acostada y sobre la que el mismo día había tenido al pobre chiquillo muerto, su propio cuerpo e incluso su misma respiración. Todo era real, y, no obstante, nada parecía serlo. Se había despertado atosigada por una melancolía tan negra como nunca la hubiera sentido. Su tristeza era tan abrumadora que la estrangulaba. ¿Habré tenido algún sueño fatídico?, se preguntó a sí misma. Su cerebro parecía vacío; sólo imperaba en él esa única excepción de una desesperada sensación de ausencia. Y, no obstante, ella no había perdido nada suyo. El niño no era de ella. ¿Y esta muerte causaría su melancolía? Sentóse en la cama, atemorizada. Quizá había penetrado alguien en su dormitorio, despertándola aquella extraña presencia. Saltó de la cama y encendió la vela que estaba sobre la mesita. La levantó en alto, iluminando en dirección a la puerta. No había nadie. Se acercó a la puerta y la abrió. En la habitación contigua, Liu Ma estaba completamente dormida sobre un canapé; respiraba con la boca abierta y su vieja cara acusaba gran palidez. En toda la casa parecía flotar la misma sensación de vacío profundo. Volvió a su dormitorio, cerró la puerta y quedóse en pie, con la vela en la mano. Todo le parecía extraño y de pronto sintió una ansiedad de encontrarse en el hogar que nunca había tenido, en su hogar, donde pudiera refugiarse del desastre que la rodeaba por todas partes. Pero ¿qué hogar quería? Sólo tenía uno: el de su padre. Pero estaba muy lejos. Al pensar en su padre, invadióla de pronto una profunda nostalgia. Evocó con destacada intensidad la alegre visión de su cuarto en la ciudad americana donde vivía. Aparecieron ante sus ojos las limpias y claras cortinas de las ventanas y las alfombras azules del piso. ¿Por qué lo dejó? ¿Por qué había abandonado aquel sitio tan excelente? Para vivir la guerra en su propio país. Su padre la previno: «Te arrepentirás. Llegará un día en que desearás no haberte marchado. No estás acostumbrada a las molestias e incomodidades». Y se dijo mentalmente que ahora no podía volver. Alargó los labios y se formuló en su mente una resolución: «No volveré». De un soplo apagó la vela y metióse nuevamente en la cama, extendiendo la colcha de seda de rojas flores, tapándose la cabeza y encogiéndose como abrigada en un refugio. Pero ¿qué refugio era ése? Liu Ma había comprado la tela en una tienda. La colcha fue cortada a la medida de una mujer corriente, pequeña y baja. Pero, como ella era alta, cuando Mayli tiró de la colcha para taparse la cabeza dejó descubiertos sus pies, y si la retiraba para taparse los pies quedaba sin abrigo. No podía quedar totalmente debajo de la colcha ni encogiéndose lo máximo posible.

Dominada por la impaciencia, levantóse nuevamente del lecho, sin haber logrado alejar aquel punzante sentimiento de desolación. Sentóse en el borde de la cama y se cubrió los hombros con la colcha, dejándose llevar por la incomprensible desazón que la dominaba. Ahora se decía a sí misma que en su propio país no cabía una mujer como ella. Las campesinas cultivaban la tierra igual que los hombres; si habían asistido a la escuela y tenían alguna instrucción, hacían de profesoras o de enfermeras. Pero ¿qué podía hacer ella, si nunca había realizado ninguna clase de trabajo? Dejó a su padre para volver a su país, que sufría y se desangraba, suponiendo que podría ayudarlo en algo, pero debía reconocer que no servía para nada. Se sentía más y más desvinculada: su mismo padre ignoraba ahora el paradero de su hija.

La única persona que actualmente podía considerar como un conocido suyo era Shan, y dentro de pocos días también se quedaría sin él. Después, sólo quedarían allí con ella la vieja Liu y el perro.

Sintióse la boca amarga pensando en la esterilidad e inconsistencia de la vida que llevaba. ¿Era suficiente, en la actualidad, vivir así, dados los conocimientos y la inteligencia que ella poseía?

Apartó la colcha, volvió a encender la vela y empezó a pasear por el dormitorio para entrar en calor. Quizá los impulsos de su sangre, que circulaba más aprisa por sus venas, hizo reaccionar su cuerpo y su cerebro, y de pronto Mayli vio claramente cuál era su obligación: marchar hacia el Oeste. Si Sheng iba a luchar, ella le seguiría y podría ayudarle.

Una vez formulado ese pensamiento, se afirmó en la decisión de llevarlo a término como si obedeciera una orden. Se desvaneció su soledad y desapareció su tristeza inmotivada. Realmente, había encontrado la mejor solución: seguir al ejército. Pero ¿cómo? En las filas de las divisiones de soldados que irían a Birmania no figuraban mujeres. Sólo las formaban los hombres mejor entrenados. Repetidas veces había oído como Sheng se alababa de que los soldados de su división eran hombres escogidos y seleccionados. Y su ponderación no pecaba de exagerada, por cuanto el Supremo en persona había examinado a cada uno para asegurarse de que eran jóvenes y disfrutaban de buena salud.

En esta ocasión Sheng vio de cerca al Supremo y durante unos días habló de su cara grave y prieta y de sus ojos penetrantes y oscuros.

—Al encontrarme en presencia suya —le dijo a Mayli— y al mirar sus ojos, noté en todo el cuerpo una sensación como si me pincharan con miles de agujas.

Y después le repitió las palabras que le dijo el Supremo: «De todos mis hombres, tú eres el más alto y el de mejor aspecto. Seguramente también debes ser el mejor soldado».

Y Sheng, a continuación, aseguró a Mayli que así sería.

Mayli se lamentaba ahora de no saber nada de lo referente al cuidado de los heridos. No sólo no sabía nada de ello, sino que tampoco tenía el menor conocimiento de las más simples enfermedades. Sería preciso encontrar una buena

influencia que le permitiera ser admitida, visto que sus conocimientos casi eran nulos.

Resurgió en ella la muchacha intrépida y audaz. Su mente trazaba un plan y su voluntad se endurecía y obstinaba. Acudiría al Supremo. Y, si éste la rechazaba, recurriría a su esposa. Mayli se decía que, en el fondo, existía cierta similitud entre ellas. Una y otra habían crecido y se habían educado en país extranjero. Precisamente por eso, ella, mejor que nadie, comprendería los deseos y los sentimientos de Mayli. Ella también era una mujer impetuosa.

Planeó este proyecto decidida a ocultárselo a Sheng, segura de que éste no lo aprobaría. Su manifiesta opinión era de que cuando los hombres van a la guerra no deben pensar en las mujeres, ni tenerlas cerca; mejor aún: ni acordarse de su existencia. Al preguntarle sobre las mujeres-soldados que solían ir con el ejército, Sheng le contestó gravemente que todas ellas, al convertirse en soldados, dejaban de ser mujeres, pues un soldado no tenía sexo y sólo era un ser que debía estar sujeto a una voluntad de acero, de fuerza, y a unos anhelos indomables de luchar y vencer.

Era más que seguro que si hablaba a Sheng de sus propósitos le diría: «¿Y qué harás con tus pies calzados con zapatillas de satén?». Así, pues, a fin de evitar sus ironías, se afirmó en el propósito de callarle sus proyectos y realizarlos a pesar suyo.

Adoptada esa decisión, acostóse de nuevo y en seguida quedó dormida.

—... ¿Dónde está? —preguntó Sheng a Liu Ma, dos días más tarde.

—¿Cómo puedo decírtelo, si no me dejó indicado dónde iba? Cuando se lo pregunté se echó a reír y me indicó que no me lo diría, a fin de que yo no te lo pudiera repetir cuando tú vinieras a preguntarlo. Así no podrás sobornarme. De modo que yo no sé nada. Lo único que puedo decirte es lo que vi: se llevó su maletín y subió a un *rickshaw*.

Sheng escarbaba el suelo con el pie, como un animal furioso.

—¿En qué dirección salió? —gritó.

—Nuestra casa está al final de la calle; no podía seguir más que una dirección —replicó con mucha calma, complacida en extremo al adivinar el tormento del soldado—. La calle dobla al final de la cuadra, como ya sabes; desde aquí no pude ver hacia dónde se dirigía.

—¿Tampoco te dijo cuándo volvería?

—Puso unas monedas en mi mano y me dijo que eran para mis comidas, añadiendo que estaría de vuelta antes de que las hubiese gastado.

—Enséñame cuánto te dio —le mandó Sheng.

Liu Ma introdujo la mano en su pecho y sacó diez dólares de plata envueltos en papel marrón.

—¿Para cuántos días te bastan? —le preguntó con aire autoritario.

—Si me doy buena vida, puedo gastarlo muy fácilmente —contestó Liu Ma—, y, si como escasamente, pueden durarme un mes.

Sheng sintió deseos de aplastar la cara de la vieja contra la pared. La calma que ella aparentaba le exasperaba en extremo. Pero si obraba así no conseguiría saber nada. En consecuencia, limitóse a darle un puntapié al perro que se le había acercado y le olfateaba tímidamente. El pobre perrito aulló dolorosamente.

—Puedes pegar al perro, si quieres —dijo Liu Ma—. Así como así, me es muy antipático.

Sacóse el *hurgaoídos* de plata de su moño y empezó a hurgarse parsimoniosamente la oreja derecha. Su rostro parecía iluminado por una inmensa expresión de placer. Poco rato después bostezó, poniéndose nuevamente el *hurgaoídos* en el moño.

—Hay demasiada tranquilidad durante su ausencia. Me quedo dormida a cada momento.

Sheng no contestó. Contemplaba fijamente el patio desierto. Hundió después con violencia sus manos en los bolsillos y volvióse para irse. Al llegar a la puerta se detuvo y dijo a gritos a Liu Ma:

—Cuando regrese, dile que he ido a la guerra.

Liu Ma estaba sentada con los ojos semicerrados. Al oír las palabras de Sheng los abrió un momento y murmuró entrelazando las manos sobre su vientre:

—¡Oh!

Y volvió a cerrar los ojos, sin cambiar de actitud, con aire beatífico.

... En ese mismo momento Mayli cruzaba las alturas, por encima de las montañas, en el avión del general. Éste iba a su lado.

Se había presentado directamente al cuartel general, y, como era conocida de los centinelas, le fue permitido el paso. Cuando ella entró, el general desayunaba, y ante su cara alterada, Mayli no pudo contener la risa. El desayuno en cuestión no era a base de arroz, pescado seco, jugosas verduras ni confituras de que tanto gustaba, sino que se componía de un espeso potaje extranjero a base de avena, que él mismo ordenó preparar, pues había oído decir que era muy nutritivo.

Como era hombre cortés y sabía de las nuevas maneras de relacionarse con las mujeres, se levantó en cuanto vio a Mayli. Después le dijo:

—La invitaría a usted a desayunar, pero le aseguro que sería muy poco amable invitándola a comer semejante manjar. Ahora comprendo que, si desayunan con esto, los blancos sean tan ceñudos hasta el mediodía.

Todavía con la risa en los labios, Mayli cogió una cuchara y probó el potaje. En seguida hizo una muecas de asco.

—¡Está quemado y es amargo! —exclamó—. Además, está soso. Ese plato debe prepararse a base de azúcar y nata.

—¿Qué nata? —inquirió el general.

—La nata de la leche de vaca.

Él la miró estupefacto, exclamando:

—¿Me supone usted un ternero para hacerme tomar leche de vaca?

Esta respuesta causó tanta risa a Mayli que sus mejillas se enrojecieron. Interiormente, él también se sentía satisfecho de haber provocado semejante risa, pues aún era joven y le complacía hacer reír a una muchacha.

Después, adoptó un aspecto solemne y dio unas palmadas. Se presentó un soldado y le ordenó que llamara al cocinero. Cuando éste entró, le gritó:

—Has dejado quemar el potaje y no le has echado sal ni azúcar. ¿Por qué no me dijiste que debe comerse con nata? ¿No te alabas de conocer perfectamente ese manjar extranjero?

El rostro del cocinero se puso pálido y contestó, tartamudeando:

—Pero... usted no soporta ni el olor de la leche... porque dice que los hombres blancos apestan.

—¿Y es a eso a lo que huelen? Encantado, entonces. Ahora, por el olor, estoy seguro de que reconoceré a nuestros aliados.

Él mismo se rió de sus palabras. Después, apartando el plato con la mano, dijo al cocinero:

—Saca esa porquería y arrójala a la basura. Tráeme arroz. Y no se te ocurra dar eso a los perros. ¡A la basura!, que es el sitio que le corresponde.

El cocinero salió con el plato de avena, regresando al momento con otro de arroz, del mismo que comían los soldados. El general acercóse la escudilla y los palillos y engulló el contenido con evidentes señales de placer. Comía muy aprisa, pero a Mayli le parecía que tardaba una eternidad. Dejó que colmara su apetito. En el momento oportuno le dijo:

—Supongo que antes de partir para el Oeste se verá con el Supremo.

El general, sorprendido, alzó la cabeza de la escudilla, preguntándole:

—¿Quién se lo dijo?

—Lo sé —replicó con una leve sonrisa—, y también quiero ir.

El general dejó los palillos sobre la mesa.

—¡Usted! —exclamó—. ¿Pero qué se propone?

—¿Acaso no hay mujeres en el ejército? —inquirió Mayli apoyándose con ambos brazos sobre la mesa, sin apartar la mirada de los ojos de su interlocutor.

—Sí, pero solamente las enfermeras. Acompañan a los médicos. Nosotros no tenemos nada que ver con eso.

—Yo también puedo atender a los heridos —dijo Mayli.

El general meneó la cabeza y, finalmente dijo:

—Eso no me incumbe. Yo no puedo dar semejante permiso. ¿Qué dirían mis hombres si supieran que la llevo conmigo? ¿Ha pensado usted en ello? Usted es joven y bonita. Además, hay que contar con mi esposa. ¿Sabe usted que haría? Me arañaría el rostro, me sacaría los ojos. No; nosotros vamos a luchar.

Mayli pareció inclinarse ante esos argumentos, y no contestó. Después de un

silencio suspiró y dijo amablemente:

—Quizá esté en lo cierto. Pero quisiera pedirle que me lleve con usted cuando vaya a la capital a hablar con el Supremo.

—¿Tiene usted alguien allí? —le preguntó en tono receloso.

—Tengo algo que hacer —contestó humildemente—. Vine aquí con el propósito de unirme a alguna división o hacer algo útil. Pero no sirvo para nada. En cambio, en la capital tal vez podré servir para algo. Puedo atender a los huérfanos, puedo hacer de intérprete. Tengo la certeza de que mi padre no se opondría a mis deseos.

El general aprobó su determinación. Conocía al padre de Mayli y le pareció una idea sensata que esa muchacha atrevida y hermosa estuviera cerca de las personas de su rango, a fin de que velaran por ella. Indudablemente éste era el mejor favor que podía hacer a su padre.

—Con mucho gusto —dijo finalmente.

Y así es como Mayli viajaba ahora en el avión y al lado del general hacia la capital. Tenía el propósito de salir de madrugada al siguiente día. Pero, viendo que ella no pensaba volver a su casa, empezó a sentirse intranquilo, sobre todo cuando se dio cuenta de que los jóvenes capitanes aprovechaban los más fútiles pretextos para entrar y mirar a Mayli. Empezó a temer que su esposa se enterara y se presentara ante él. ¡Trabajo le costaría hacerle creer que era la hija de un amigo suyo y para él tan sagrada como una hija propia! Su mujer era tan celosa que sólo creía en sus suposiciones, sin hacer el menor caso de lo que le decía. En consecuencia, renunció a todos sus planes para ese día, y aún no habían transcurrido dos horas desde su desayuno que ya estaban en pleno vuelo.

Mayli iba a su lado. El avión cruzaba el cielo serenamente, por sobre una espesa capa de nubes. Sentía un placer especial pensando que Sheng ni remotamente podría suponer dónde estaba en ese momento. ¿Qué le diría cuando volviera a encontrarla? Mayli sonrió contemplando el cielo, precisamente en el momento en que el general se volvía para mirarla.

Ante su sonrisa, el general le gritó, en medio del roncar del motor:

—¡Me parece que soy un dragón! ¡Un dragón cabalgando sobre las nubes!

Mayli rió. Una ráfaga de viento irrumpió con violencia por un agujero de la cubierta y cortó la risa en sus labios.

CAPITULO V

El Supremo y su esposa no eran desconocidos para Mayli. Su padre había hablado mucho con ellos. Ella fue amiga de su madre y el Supremo era amigo personal de su padre, a quien solía acudir en demanda de ayuda y consejo. En consecuencia, Mayli se preparó convenientemente para la entrevista, no sólo en cuanto a su aspecto e indumentaria, sino también en lo que debía decir. La entrevista fue conseguida con gran facilidad. Mayli mandó una carta que fue contestada al momento con otra escrita en inglés, de puño y letra de la esposa, y decía: «Venga mañana a desayunar con nosotros». Así, a la mañana siguiente, después de haber dormido profundamente toda la noche en su habitación del hotel, y descansada del largo vuelo, se levantó, vistióse su vestido favorito, alisó su cabello anunciándolo en un suave moño sobre la nuca, y puso un algo de rojo en sus labios y un leve toque de negro en el borde de sus pestañas. Se adornó con Unos sencillos aros de oro en las orejas y salió del hotel para subir a un *rickshaw* que la esperaba ante la puerta.

—A casa del Presidente —dijo simplemente.

Por lo común, el Supremo era llamado el Presidente, y todos le conocían por ese nombre.

El hombre que arrastraba el *rickshaw*, sin la más leve señal de asombro, le dijo:

—Medio dólar de plata hasta la barca.

Ante el signo afirmativo de Mayli, se ajustó la tira de cuero a la cintura y arrancó al trote suave de sus bien acostumbradas piernas. Las calles que conducían a la ribera del río estaban en ruinas y apenas si se veía una casa indemne. Los bombardeos habían sido devastadores en la ciudad de Chung-King. Nadie parecía hacer el menor caso de tanta ruina. La guerra duraba tanto tiempo que incluso los niños ya se habían acostumbrado a ella y jugaban, corrían y ayudaban a sus padres en pequeños quehaceres. Algunos de ellos no había visto nunca un tejado entero que les cobijara y veían caer las bombas con la misma naturalidad con que contemplaban una tormenta, con sus truenos y rayos, o el paso de un huracán. En esas mismas calles la gente seguía realizando sus negocios de compra y venta. En otras se reparaban los desperfectos y seguían sin interrupción las actividades comerciales, mientras los niños corrían y jugaban, metiéndose entre los pies de los cargadores y los conductores de *rickshaw*, que se reían y lanzaban pueriles maldiciones. La gritería cotidiana de la gente llenaba el aire desde las primeras horas de la mañana. Todo rebosaba vida y actividad y en parte alguna se acusaba temor o tristeza.

Mayli sonreía a satisfacción por encontrarse viva y en camino de tan importante entrevista. Su estado de ánimo era el más propicio para hablar con el prójimo, y en esta ocasión la persona que tenía más próxima era el conductor del *rickshaw*. El cual, como adivinando los deseos de Mayli, le preguntó respetuosamente si era de la

ciudad, a lo que ella contestó:

—Vengo de muy lejos.

El hombre tenía ganas de hablar, como todos los de su oficio, y le contó que estos tiempos eran buenos para su trabajo.

—Le aseguro que más prefiero arrastrar un *rickshaw* que ser un hombre de sabiduría —dijo sonriente—. Y los eruditos también lo preferirían. Conozco uno muy sabio, que tiene diplomas de colegios extranjeros y, no obstante, también va corriendo con su *rickshaw* porque gana más con él que cuando hacía de funcionario. Hoy día, valen más unas buenas piernas que una cabeza llena de sesos y una barriga repleta de sabiduría.

Y siguió hablando en forma semejante. Le contó que su familia había logrado salvarse después de dos veranos de continuados bombardeos. Incluso el menor, que era un pequeñín, el año anterior había aprendido a correr con sus pasitos tambaleantes hasta la cueva de las rocas, cuando sonaba la señal de alarma anunciadora de la llegada de los japoneses desde el cielo. A fin de que su mujer no fuera precisada a caminar tanto, arrastrando a los niños, mientras él trabajaba, había levantado una cabaña junto a la boca de la cueva, en la que vivían cómodamente.

—No obstante, no debemos vivir así —comentó Mayli—. Algún día acabará la tragedia.

—Todo llega a su fin —replicó alegremente el conductor—, y lo único que importa es preocuparnos de llegar vivos a ese momento.

Hablando así, llegaron hasta el río. Mayli le pagó lo convenido, más una propina. Subió al barco, que esperaba los últimos pasajeros y que abandonó seguidamente la orilla, pues el aspecto y la indumentaria de la pasajera infundieron respeto al dueño de la barca. Mientras éste remaba cruzando el río, Mayli permanecía apoyada en la borda, contemplando la malparada ciudad. La luz caía sobre las aguas fangosas, proyectando un reflejo color de perla que, por contraste, daba a la ciudad un aspecto más oscuro y ruinoso.

Los pocos y madrugadores pasajeros que iban en la barca observaban con curiosa insistencia a Mayli. En la orilla opuesta esperaba un automóvil oficial. El chófer era un joven soldado. La saludó militarmente y abrió la portezuela del coche. Conducía el vehículo con mucha rapidez por el quebrantado camino, ocasionando las naturales sacudidas. Llegados a un determinado punto, Mayli se apeó y subió en una silla de mano que la esperaba, y en la que fue conducida a la cima de una colina. Tras estas sucesivas formas de viaje llegó ante una sencilla casa de ladrillos que no tenía el menor aspecto de palacio y que era la residencia del Presidente y su esposa. En la puerta había unos centinelas; seguramente estarían informados de su llegada, pues en seguida le franquearon el paso. Mayli atravesó un pequeño jardín y penetró en la casa, donde un criado la introdujo en una habitación sencilla, amueblada en una mezcla de estilos chinos y extranjero, pero sin acusar la menor ostentación. Se sentó, pero la espera fue muy corta, pues pocos instantes después oyó unos pasos

leves y rápidos y apareció la esposa, con su aspecto simpático y agradable. Alargó las manos hacia Mayli, con la máxima naturalidad. El contacto de aquellas manos finas y pequeñas era enérgico, firme.

—¡De modo que tú eres la hija de mi antigua amiga! —exclamó—. Deja que te mire. Sí, te pareces a ella. Idénticos ojos y la misma nariz. Tu madre era muy hermosa.

Se sentó en un largo sofá, al que empujó suavemente a Mayli. Sus movimientos eran ágiles y tenían una gracia especial.

Mayli, sorprendida de sí misma, se sentía cohibida y no atinaba, por primera vez en su vida a pronunciar palabra. Nunca se había encontrado en una situación semejante. Permanecía sentada, observaba a la esposa del Presidente y parecía como si las palabras se negaran a llegar hasta su lengua.

La presidenta vestía con sencillez, pero sus vestidos eran costosos. El que llevaba era de seda azul oscuro, con mangas cortas. Sobre el vestido llevaba una chaqueta de terciopelo del mismo color. El tono oscuro de su indumentaria realzaba la palidez de su cara. Su rostro era muy fino. Cada uno de sus rasgos se destacaba precisamente por su delicada finura, pero lo que lo hacía más interesante era la expresión de inteligencia de sus ojos y la volubilidad de los gestos de su boca. Sostenía la cabeza muy erguida sobre su cuerpo pequeño y gracioso. Aunque no era muy joven, aparentaba ser de aquellas personas que parecen disfrutar de una eterna juventud.

Mayli conocía gran cantidad de anécdotas sobre su carácter. En su presencia podía creerlas todas, porque sus palabras y sus gestos denotaban no sólo una fuerza y un poder, sino también un carácter sumamente apasionado.

—Cuéntame algo de tu padre —dijo sonriendo—. Mi esposo tiene una opinión muy favorable de él. En muchas ocasiones ha seguido sus consejos. Estoy celosa de él.

Y dejó salir de sus labios una alegre y sonora carcajada.

—A veces no quiere escucharme —dijo, con una mueca, simulando enojo—. ¡Ay! Actualmente es una desventaja ser mujer. ¿No piensas igual?

—No me imagino que lo sea para usted, —sonrió Mayli.

—¡Pues lo es! En realidad no te lo puedes imaginar. ¡Quisiera hacer tantas cosas! ¡Es tan urgente realizarlas! Pero más pronto o más tarde viene el Presidente y me dice: «Acuérdate de que eres una mujer».

Y volvió a reír francamente.

Era la primera vez que Mayli no sentía apetencia de hablar, sino de escuchar esa risa y de contemplar los vehementes gestos de aquel rostro bellísimo.

Se oyeron unas pisadas y la dama permaneció callada. Se levantó y dijo:

—Es él.

Mayli también se levantó y, sin previo anuncio de guardias ni sirvientes, se encontraron ante el Presidente. Su figura era muy pequeña. Tenía aspecto de soldado y su cara —según opinó Mayli— no se parecía a ninguna otra. Lo primero en que se

fijó fueron sus ojos, que parecían emitir destellos y miraban con tanta intensidad a los suyos que le pareció que atravesaban su cerebro como dos punzantes cuchillos. No obstante, parecía como si no la hubiese visto; más bien daba la impresión de que estaba escudriñando sus pensamientos, como si eso fuera lo único que le importara de su persona.

—Es Mayli, la hija de Mr. Wei. ¿Recuerdas que te hablé de su madre?

El Presidente se acercó diciendo:

—Lo recuerdo.

La expresión de su cara era simpática, y estrechó la mano de Mayli. La de él era dura, fuerte y delgada, cruzada en todos sentidos por nervios, igual que su cara. Más que una mano de un hombre de carne y huesos, parecía una mano de acero, y, al estrecharla, Mayli sintió en su propia mano, suave y cálida, el contraste de un frío contacto. Tampoco su voz era la de un hombre vulgar. Tenía un tono agudo y fino, que también parecía tener algo del sonido metálico del acero y llegar de muy lejos. Se volvió hacia su esposa, diciendo:

—Debemos desayunar. Los generales esperan mis órdenes. Debo dárselas en seguida para que regresen cuanto antes a sus bases.

Se encaminó hacia la mesa, seguido por su esposa y Mayli.

¡Qué distintas eran las manos de esos dos seres! Las de la mujer, cálidas y acogedoras; las del marido, duras y frías. Pero ambas igualmente enérgicas.

Se sentaron ante una mesita baja, y les sirvieron el desayuno, que en parte era chino y en parte extranjero. La esposa tomó café, pan y huevos. El marido se sirvió arroz y otros platos salados. Ésa era una de las diferencias que existían entre ambos. El hombre pertenecía completamente a su país y a su pueblo; en cambio la mujer tenía una personalidad más indefinida, pues, si no fuese por su físico, no podría decirse que era china. Tan pronto hablaba en inglés como en chino, pasando en el transcurso de un diálogo, y sin transición alguna, del idioma propio al extranjero. Sus pensamientos volaban asimismo de un extremo a otro del mundo. Por el contrario, él era íntegramente chino y sólo usaba este idioma, y cuando su esposa hablaba demasiado rato en inglés, se encerraba en el más absoluto mutismo, como si no se diera cuenta de su presencia. Su esposa, que le observaba en los menores gestos, se apresuraba a cambiar de idioma, y si él no le hacía caso le tocaba suavemente el brazo o le preguntaba algo con el propósito de sacarlo de su mutismo.

Él hablaba muy poco; ella no callaba nunca. Acosaba a Mayli con infinitas preguntas y sin aguardar la respuesta formulaba otra nueva. No obstante, parecía tener la intuición de lo que se le contestaría. Dos o tres palabras le bastaban para deducir el significado de lo que iba a decirse.

—¿Creían los americanos en la posibilidad de ser atacados por el enemigo? —le preguntó.

Y, antes de que Mayli se dispusiera a contestar, ella misma contestó al punto:

—Desde luego, los americanos no piensan nunca en nada. ¡Están tan ocupados!

Y frunció el ceño, mientras mordía la corteza de un trozo de pan.

—¡Nos faltan tantas cosas! Necesito dinero para mis huérfanos de guerra. Es absurdo que no tengamos aeroplanos. Yo siempre digo al Presidente...

Éste levantó la cabeza, y mirándola con expresión amable e indulgente, la interrumpió diciendo:

—Los aviones nos han sido prometidos.

Su esposa le miró risueña.

—¡Oh! ¡Siempre crees!

—Desde luego, creo en nuestros aliados.

—«Los que pidan recibirán». ¿No dice eso la Biblia?

—Hemos pedido.

—Hay muchas maneras de pedir —insistió ella—. Nosotros sólo hemos pedido amablemente, como las personas correctas. Otros no son tan caballeros, pero reciben mucho más que nosotros.

Esta disputa parecía cosa corriente entre ellos. La misma expresión de resuelta terquedad que acusaba el rostro del Presidente endurecía la boca de su esposa. Se produjo un silencio que ninguno de los dos interrumpió. Pero, no obstante la rigidez que ambos acusaban en sus respectivos puntos de vista, Mayli se dio cuenta de que él comprendía mejor a su esposa que ella a él. El cerebro de éste era impenetrable. Había algo entre ellos que llameaba y deslumbraba como la luz de un relámpago. Súbitamente acudió a la mente de Mayli el recuerdo de Sheng. El Presidente también había sido un joven desconocido, hijo de una humilde familia, como la de Ling Tan. No había recibido ninguna instrucción, y ascendió sólo por sus propios esfuerzos. Su casamiento con esa mujer asombró a todos —Mayli recordaba haber oído hablar muchas veces a su padre de este acontecimiento—, pues ella era hija de una familia muy rica y había sido educada en los mejores colegios. Pero él nunca cedió su autoridad, ni aflojó su altivez. Todo el mundo comentaba los frecuentes altercados que se producían entre ellos. Se decía que si esa orgullosa mujer antes consintió casarse con él, considerándolo como igual, ahora no permitiría que la excluyera de participar en sus asuntos. Sin embargo, siempre que había intentado inmiscuirse en los asuntos de Estado, su marido le había recordado que no era más que su esposa. En una ocasión en que estaba reunido el consejo de Gobierno, donde no se admitía la presencia de mujeres, ella quiso estar presente en él, pero los centinelas le negaron el paso, a pesar de conocerla perfectamente. Indignada, les preguntó:

—¿Por orden de quién se me prohíbe entrar?

—Por orden del Presidente —le contestaron.

Nadie sabe la furia con que luego debió reprochárselo, pero en aquel momento tuvo que ceder, aunque a disgusto.

También circulaba una historia acerca de una carta escrita por ella a un antiguo admirador cuyo rival de su marido, en una ocasión en que ella, en un acceso de cólera, quiso vengarse. Según se decía, mientras escribía la carta, llegó

inesperadamente su marido y por temor ocultó la misiva. Al mandarle que le enseñara lo que escribía, ella se opuso, con lo cual provocó su ira hasta el punto que gritó, desenvainando el sable:

—No es tu marido quien te lo ordena, sino el hombre que está al frente de la nación.

Ella le entregó la carta. Después de leerla, la arrojó sobre la mesa con un gesto de desprecio. El enojo se había convertido en la más absoluta frialdad.

—Nada me importa lo que escribas a ese hombre —le dijo—. Pero me sulfura que no me obedezcas.

Las historias se repetían en una larga cadena. También se decía que, a veces, cuando su excesivo orgullo no le consentía ceder, ella le dejaba, alejándose por algún tiempo. Cuando eso ocurría, había quien se alegraba de su marcha, pues decían que tenía demasiado dominio sobre él. Pero, días después, olvidado o sin olvidar el motivo de la querrela, él enviaba por ella, o ella regresaba sola. Y así seguían las particulares relaciones de ese matrimonio.

Muchos se preguntaban cómo era posible que no se cansaran de las constantes disputas y de ese continuo tira y afloja. No obstante, cabe reconocer que la esposa, a pesar de todo, poseía una ventaja sobre su marido. Él estaba apegado a ella. Nunca había sido dominado por nadie en forma igual. Su esposa era culta, inteligente y hermosa; además estaba al tanto de todo. Conocía el mundo mucho mejor que él y sus labios sabían expresar las más finas sutilezas. Sabía leer en su alma, y, conocedora de todos sus secretos, conseguía elevarla. Él necesitaba creer que su empresa era grande y que su actuación era noble. Su naturaleza le impulsaba a seguir el camino de Tao; ella le satisfacía en esta necesidad. Si se sentía impulsado a orar, ella rogaba a su lado de la misma manera que discutía a su lado los más diversos problemas. Y en el fondo la admiraba porque lo mismo sabía ser la esposa del hombre como la mujer del soldado.

Mientras los observaba, Mayli sentía algo de su poder de atracción. En cierto modo era como si penetrara en su círculo, del que estaba excluido todo el mundo, pues esa mujer y ese hombre vivían absolutamente solos, apartados de todos, doquiera se hallaran.

Escuchándoles se le hacía evidente a Mayli que para nada tenían en cuenta su presencia, tanto si hablaban de cualquier cosa sin importancia como si discutían graves problemas de la guerra.

La esposa comentaba ahora un pequeño incidente que le había ocurrido en uno de los orfanatos que dirigía.

—Ayer me dijo un niño: «Señora, ¿debo aprender a leer?». «Claro que debes hacerlo», repuse; «todos los niños deben aprender a leer». «¡Pero si no tengo tiempo!», me replicó angustiado; «debo ir a luchar contra el enemigo. ¡Señora, por favor, enséñeme primero a disparar un fusil!».

Y, después de reír, recordando aquella escena, añadió gravemente:

—Habría que enseñarles simultáneamente a leer y a disparar. Hemos sufrido tanto precisamente porque sólo nos enseñaron a leer, y no sabíamos disparar un fusil. — Después de una pausa continuó con acento todavía más grave—: Terminada la guerra, tal vez en un mundo nuevo y mejor, podremos confiar en nuestros aliados, pero ahora no podemos: han faltado demasiadas veces a su promesa.

El Presidente no hizo hincapié en esas palabras, a fin de evitar una nueva discusión. Había terminado su desayuno y levantándose apuró el último sorbo de su taza de té, dispuesto a marcharse.

—Todavía no pienso como tú —dijo— y precisamente por eso, porque creo en nuestros aliados, mando mis mejores divisiones a Birmania. Si conseguimos luchar juntos, y ganamos las operaciones que dejarán abierta la gran ruta, entonces reconocerás que estabas equivocada.

Inclinó brevemente la cabeza ante Mayli y salió. Las dos mujeres quedaron solas ante la mesa. Durante un instante permanecieron en silencio, como si con la salida de él se hubiesen evaporado todas las energías. La esposa continuaba con los codos apoyados sobre la mesa. Sus ojos acusaban intensa pesadumbre. Sus pensamientos también parecían haber salido en pos de él. Finalmente levantó los ojos y mirando a Mayli dijo:

—Esta campaña me asusta. Allá irán nuestras mejores tropas, las que deberían defender nuestro suelo. Se lo he dicho miles de veces. ¿Qué pasará si el enemigo se echa sobre nosotros mientras esas divisiones están en Birmania? El estima en mucho a todos esos muchachos y al confiarles esa misión es como si la confiara a sus propios hijos.

Ahora hablaba en inglés, como lo hacía siempre que no estaba presente su marido.

—Lo que más temo —añadió— es el efecto que le produciría el fracaso de esa campaña.

—¿Por qué ha de fracasar? —preguntó Mayli.

La esposa sacudió la cabeza. Su rostro acusaba ahora una profunda tristeza.

—Hay razones —dijo—. Muchas razones. ¡Sí yo fuera un hombre! Entonces yo misma conduciría las tropas y quizá evitaría los motivos que tanto me inquietan. Quisiera estar enterada, día por día, de lo que allí sucede. Así, al final de la campaña, tanto si ganamos como si perdemos, sabríamos la verdad de los hechos y no podrían engañarnos más.

El corazón de Mayli saltó de júbilo al oír esas palabras.

—Yo puedo ir en su lugar —dijo—. Observaré lo que allí ocurra y se lo comunicaré fielmente.

La esposa irguió la cabeza y clavó sus expresivos ojos en la cara de Mayli, y dijo:

—Es muy peligroso. Debo pensar en tu padre.

—Ya sabe usted que ahora nada significan los padres ni las madres —contestó Mayli tranquilamente—. Sólo hay una cosa importante: cumplir con su deber. Si las

mujeres luchan junto a los hombres en el ejército y caminan centenares de millas a su lado, yo también puedo hacer como ellas.

—Realmente, puedes. Si yo estuviera en tu lugar también lo haría. Pero ¿cómo irás? En esas divisiones no hay mujeres. ¿Sabes algo de medicina?

—No —repuso Mayli—, pero podría cuidar de los que saben. Déjeme ir como encargada de las enfermeras. Yo cuidaré de que no les falten alimentos ni refugio y a su lado practicaré y aprenderé. Haré que se les proporcione cuanto necesiten y no las dejaré ni un momento.

—Sí —dijo la esposa, meditando—. Podrías hacerlo perfectamente.

—Y me encuentre donde me encuentre —apresuróse a añadir Mayli— siempre observaré detenidamente todos los acontecimientos y se los comunicaré: seré sus ojos y sus oídos.

—Sí, podrías ser mis ojos y mis oídos.

Reflexionó unos instantes. El sol, que entraba por la ventana, caía sobre la piedra de jade de su anillo, rompiéndose en brillantes destellos. Era una fabulosa joya cuya venta habría podido alimentar a sus huérfanos durante muchos días. Pero ¿a quién podría ocurrírsele venderla, si esa piedra era como si formara parte integrante de su persona? La fuerza de esa mujer precisamente radicaba en el sugestivo marco que la rodeaba, y todos los que la conocían sabían que quitarle cualquiera de los atributos que constituían su atractivo equivalía a quitarle una parte de su poder. Mientras miraba aquella piedra, Mayli tuvo que contenerse para no pronunciar las palabras que acudían a sus labios. ¡Cuánta superioridad e indulgencia se requieren para comprender las debilidades humanas! Y, no obstante, era preciso admitir que a veces la belleza puede ser más imprescindible que la vida de otros.

La esposa miró a Mayli como si hubiese leído sus pensamientos. Estuvo unos momentos considerándola, y luego dijo:

—Confía en mí: irás. Ahora déjame. Me ocuparé de los detalles y prepararé tu camino.

CAPITULO VI

Mayli no volvió a verles. Al salir de la casa regresó al hotel, donde un día después recibió una carta de la esposa del Presidente en la que le decía: «Lo que planeamos ha sido resuelto. Esta misma noche saldrás en avión para Kunming. Espero que tu madre, si nos contempla desde el cielo, no nos censurará».

Mayli no se movió del hotel en todo el día y se pasó casi todo el tiempo durmiendo. Sólo se levantó para comer. Luego, volvió a acostarse. Finalmente, a eso de medianoche, fue conducida a un determinado paraje solitario y se encontró junto a un pequeño avión. Sentíase con renovadas fuerzas y dispuesta a afrontar cualquier peligro. En el aparato sólo había otro pasajero. Era un oficial que vestía un uniforme desconocido para ella. Era joven y de cara ancha y sencilla. Le habló llamándole por su nombre, lo cual dio a suponer a Mayli que estaba informado sobre su persona. Después de las primeras frases de rigor, él no volvió a dirigirle la palabra y callaron durante todo el viaje.

A la mañana siguiente, cuando volvió a entrar en su casita, la encontró sumida en el mismo sosiego en que la dejó. Tras lo precipitado de su viaje y la excitación de la visita realizada, le parecía cosa extraordinaria hallarse en un lugar tan reposado, cuya realidad le parecía inexistente. En el patio los bambúes se erguían inmóviles, sin ser agitados por el menor soplo, y la pequeña fuente parecía un tranquilo espejo bajo el cielo intensamente azul. En cuanto se acercó a la puerta de su dormitorio el perrito la reconoció, empezando a ladrar con loca alegría. Liu Ma salió de la cocina con una escudilla de arroz en la mano.

—¿Estás de vuelta? —preguntó. Y dejando la escudilla empezó a prepararle té y comida. Se acabó la quietud en la casa. Entre el alborozo del perrito, el de Liu Ma y el de la misma Mayli, que se sentía con ánimos renovados y cantaba y llamaba repetidas veces a la vieja, el ámbito de la casa se llenó de gritos y risas.

Mayli no disimuló a Liu Ma su ansiedad por saber si Sheng se había presentado durante su ausencia.

—¿Vino el soldado mientras yo estuve fuera? —preguntó a gritos a Liu Ma, que estaba en la cocina.

A lo cual la vieja contestó gritando desde la cocina:

—Naturalmente. Te aseguro, ama, que lo sentí por ti.

—¿Por qué?

Mayli había llenado un recipiente con agua caliente y se lavaba junto a la ventana. Su piel suave parecía exhalar vapor y se enrojecía.

—¡Cierto que rugía como un tigre! —gritó Liu Ma—. Sus gritos debían oírse por todo el barrio. ¡No puedes imaginarte su enojo por no saber dónde estabas!

—¡Y tú no podías decírselo! —comentaba alegremente Mayli.

—¡Nada! ¡Nada! —rezongaba la vieja ante el fogón, tosiendo a causa del humo.

Ahora que volvía a encontrarse al lado de su señora, se sentía de nuevo pletórica de vida. En su excitación por el afán de esmerarse, todo se le caía de las manos. Quería hacerlo todo a un mismo tiempo. Un huevo se deslizó entre sus dedos y se estrelló en el suelo; llamó al perrito para que lo comiera.

Mayli, por su parte, no recordaba que nunca se hubiera sentido tan contenta. Recordaba su reciente visita a aquellas dos personas tan atrayentes. Sobre todo la esposa, de quien sería como un corresponsal, le había causado una impresión imborrable. Ninguna tarea la habría complacido más que la que le había asignado. Se sentía capaz de desempeñarla perfectamente y tenía sobrada confianza en sí misma. Se puso a comer con gran apetito. Liu Ma le había preparado un succulento plato de arroz con huevos y pescado. Acompañaba la comida con alguno que otro pedacito de corteza de pan de sésamo, cuyos mendrugos arrojaba al perro. Pero sus pensamientos estaban muy lejos de allí: a miles de millas, por sobre campos y montañas, en el campo de batalla.

«Triunfaremos —se decía a sí misma, como si soñara—. Nuestras fuerzas contendrán al enemigo y todo el mundo reconocerá que somos valientes y que gracias a nuestro esfuerzo los japoneses no podrán seguir avanzando. Cuando nuestros aliados comprueben lo que puede esperarse de nuestra ayuda, nos honrarán y seguramente cumplirán las promesas que nos han hecho». Sus pensamientos seguían de forma parecida, sorteando dificultades, disminuyendo las penurias en el campo de batalla y dando grandes victorias a los ejércitos de su país. Por algo formaba parte de esa tropa, Sheng, que era uno de los soldados más valientes. ¿Acaso Sheng y ella juntos no podrían llegar a ser como el Supremo y su esposa?

Rióse de sí misma. No era soñadora ni tenía por costumbre dejarse llevar por la imaginación, como ahora había hecho. Y riendo dio un tirón a las orejas del perro.

—¡Bribón! —dijo mirándole—. ¡Te pondrás enfermo si comes demasiado pan!

Se levantó y comenzó a pasearse inquieta por el patio. Dudaba de si informaría a Sheng de su partida o dejaría que la descubriera él mismo. Cosa de una hora estuvo pensando sobre el particular, sin decidirse. En cierta manera la complacía la idea de decírselo, porque ¿cómo podría prohibirle lo que la señora del Presidente le había concedido? Pero también pensaba, no sin malicia, en la gracia que le causaría ver la cara de sorpresa que pondría Sheng si la encontraba junto a él, cuando comenzara la marcha. Las enfermeras serían conducidas en camiones hasta donde fuera posible y Mayli ya se imaginaba pasando por el lado de Sheng en uno de ellos y éste mirándola sorprendido, esforzándose en seguir con la vista el rápido camión.

Ante la idea de darle semejante sorpresa, se decidió a ocultarle su viaje. Nada le diría tampoco de su regreso. Después se acordó del general. Sabía que éste había vuelto antes que ella, pues el Presidente dijo que sus generales debían regresar en seguida a sus bases. ¿Y si hubiese descubierto su nombre en las listas de los que partirían y lo hubiese comunicado a Sheng? Era preciso ir al cuartel general y rogarle

que, si todavía no había hablado, le guardase el secreto.

Bastó que se formulara ese pensamiento para que en seguida se preparara para salir. Peinóse, poniéndose en el moño unas bayas rojas, muy aromáticas. Se puso un vestido de lana roja y una larga capa negra. Finalmente perfumó sus manos y mejillas y se dispuso a salir.

—¿Adónde vas? —gritó Liu Ma desde la cocina.

—Tengo trabajo —contestó Mayli—. Si acaso viene el soldado, dile que no he vuelto.

Liu Ma sintióse complacida, pero su alegría se habría desvanecido al momento si hubiese sabido que su despreocupada ama iba a entrevistarse con un hombre y en las propias habitaciones de éste. Según una de sus máximas, en cuanto una mujer atravesaba una pared, se abría un camino detrás de ella. Con lo cual quería significar que las mujeres deben estar encerradas entre muros, pues, de lo contrario, si pueden transitar por todas partes, abusan de su libertad.

Ya en la calle, Mayli subió a un *rickshaw* y se dirigió al cuartel general. Temía encontrar a Sheng, pero afortunadamente no estaba allí. Dio su nombre al centinela y el general la recibió en seguida. Había regresado el día antes y se encontraba solo.

No le desagradó la idea de charlar unos momentos con Mayli, a pesar de que era uno de esos hombres que sólo piensan en la mujer propia. Eso no obstante, nunca desechaba la oportunidad de hablar con mujeres jóvenes y bonitas.

Apartó los papeles que estaba estudiando. Se arregló el cuello y alisó el pelo, mirándose en el cristal de la ventana. Cuando oyó unos pasos en el corredor, se levantó. Mayli entró con un andar ligero, sin darse cuenta de que inconscientemente imitaba a la esposa del Presidente en su manera de andar, en sus gestos e incluso en su sonrisa cálida y cordial.

El general la saludó con una reverencia, pero ella le alargó la mano al modo extranjero que le era tan natural. Después de vacilar un instante, él también alargó la suya, estrechando con un movimiento rápido la de Mayli, que sonrió con agrado ante su gesto vacilante.

—Había olvidado que entre nosotros no es corriente estrecharse las manos —dijo con franqueza—. ¡He vivido tanto tiempo fuera de mi país!

—Siéntese —la invitó, haciéndolo él también.

El perfume de Mayli saturaba la habitación y él lo aspiró profundamente. Su esposa era una buena mujer y le había dado dos hijos. A pesar de que le había sido impuesta por sus padres, él la quería. Ahora observaba con cierta inquietud la cara fresca y hermosa de Mayli, que, después de sentarse echándose la capa hacia atrás, apoyaba los brazos sobre el escritorio y le miraba franca y naturalmente a los ojos. Esa mirada sincera le intimidaba algo, pero también le complacía. Las mujeres actuales, se decía, aunque puedan ocasionar ciertas dificultades a los hombres, debe reconocerse que son encantadoras. Aunque él nunca había deseado casarse con una de ellas, reconocía que no dejaría de gustarle que su esposa fuese igualmente

seductora. Fuese como fuese, no dejaba de constituir un placer contemplar una de esas mujeres y sobre todo cuando no mediaba responsabilidad alguna respecto a sus actos y a sus palabras.

—Como siempre, vengo a pedirle su ayuda —dijo Mayli con el propósito de halagarlo.

Con Sheng nunca se había comportado así. Con él siempre era cruel e insensible, y a cada momento le atormentaba con sus palabras hirientes y mordaces. Su instinto le enseñaba que ante el general le convenía aparentar una sumisa inferioridad.

—Para mí, siempre es un placer poder ayudarla.

—¿Conoce usted la lista de las enfermeras que van a Birmania?

—No, todavía no la he visto. He tenido demasiado trabajo.

—Entonces, llego a tiempo —dijo Mayli, que, inclinándose un poco, todavía se acercó más al general, diciéndole insinuante—: Usted sabe que fui a ver al Presidente y a su esposa. ¿Le hablaron de mí?

—A ella no la vi y con el Presidente sólo hablé de asuntos militares.

—Me han confiado el cuidado de las enfermeras —dijo Mayli.

—Su esposa hace lo que se propone. Pero ¿no le parece que usted es demasiado joven para asumir tanta responsabilidad?

Mayli sonrió maliciosamente y respondió:

—Aunque joven, soy fuerte. Puedo andar muchas millas, resistir el calor y comer cualquier cosa.

—Vamos, lo que se dice un buen soldado —comentó el general—. Bueno, y ¿qué más? Debo informarle que su misión no está directamente bajo mi mando. Tendrá que presentarse a otro y comunicarle su nombramiento.

Después de revolver entre los papeles, al fin encontró el que le interesaba y separándolo leyó en voz alta:

—Pao Chen. —Y añadió—: Es su superior.

Mayli repitió mentalmente el nombre para recordarlo y luego añadió:

—Pao Chen. Pero no he venido para eso.

El general se irguió, mirándola sorprendido.

—¿Pues a qué ha venido? Fíjese en todo ese papeleo. De cada hoja debo preparar un acta. Dispongo de poco tiempo. Sería conveniente que me explicara el motivo de su visita.

—Seré muy breve. Se trata de muy poca cosa y, sin embargo, me es difícil decírselo. Sencillamente: le ruego que no informe a nadie de mi partida.

Ahora que había expuesto su deseo, reconocía que le era imposible pronunciar el nombre de Sheng. Se puso de mil colores y empezó a parpadear ante la fija mirada del general, que le preguntó asombrado:

—¿Por qué ha de ser mantenido en secreto?

Viendo que no tenía ni la más remota idea del motivo que le impulsaba a hacerle esa petición, se sintió forzada a precisar:

—Ese joven comandante... El que usted ascendió últimamente... Ese de quien le hablé...

—¿Linf Sheng? —preguntó.

—Sí. Ése. No quisiera que él supiese que voy...

—¡Ah! —exclamó el general.

—Tiene ciertas esperanzas respecto a mi persona —continuó diciendo Mayli, sintiendo fuego en sus mejillas—. Y... creo que es mejor que no nos encontremos. Ambos tenemos grandes deberes que cumplir... No quisiera...

—¿Y usted no tiene ninguna esperanza respecto a él? —preguntóle el general sonriendo.

—No. Ninguna. En absoluto —apresuróse a contestar Mayli—. Me debo a mi tarea y quiero desempeñarla sin ninguna clase de preocupaciones. Además, estoy segura de que si sabe mi partida hará lo imposible para impedirla.

—Nada puede hacer, puesto que está usted autorizada por la misma esposa del Presidente —dijo con cierto retintín el general.

—Usted no le conoce —observó Mayli con mucha seriedad—. Está convencido de que puede imponerme lo que debo o no debo hacer.

—En otras palabras: la ama —dijo el general con sonrisa indulgente.

—Pero estos tiempos no son para pensar en esas cosas —replicó Mayli con mucha vehemencia.

Al oír este comentario, el general se echó a reír.

—Tendrá que resolver sus propios problemas. Yo salgo para una campaña difícil. Creo, como usted, que es mejor evitarle todo conflicto sentimental. Quizá descubrirá su presencia en caso de ser herido. Y si eso no sucede no hay motivo para que llegue a saber que usted está cerca de él.

—Eso es lo que quiero.

Conseguido su propósito, consideró inútil continuar por más tiempo allí, no fuese cosa que el general se arrepintiera del favor que le había concedido. Así, pues, se levantó y dijo, inclinándose sonriente sobre la mesa del escritorio:

—¡Ha sido usted muy bueno y amable conmigo! Le prometo cumplir con mi deber, y si alguna vez necesita de mí, no dude que haré cuanto pueda para atenderle.

El general se levantó, haciendo una pequeña reverencia. Entró un soldado anunciando que los comandantes de las divisiones estaban aguardando, en cumplimiento de las órdenes dadas por el general de que se presentaran a esa hora.

—¡Eso es! —dijo el general—. Que pasen.

Mayli, al oírlo, se apresuró a rogarle:

—Primero permita que salga.

—De acuerdo. Olvidaba que él se encuentra entre ellos.

Y, dirigiéndose al soldado, el general le dijo:

—Dígales que aguarden un momento.

El soldado salió. Mayli repitió las gracias y abandonó el despacho. Para evitar que

Sheng la viera, alzó el cuello de su capa y se alejó.

Al volver junto a los comandantes, el soldado les indicó con sonrisa maliciosa que debían esperar unos instantes, porque el general tenía una visita que debían ignorar.

Todos se miraron sorprendidos y en silencio, por respeto a su superior. Cuando el soldado se hubo separado de ellos, Sheng dijo:

—Nunca habría creído que fuese como éstos.

—Y no lo es —contestó el segundo comandante—. La gente inferior siempre está dispuesta a hacer semejantes acusaciones.

De la habitación donde estaban, se veía, en el extremo del corredor, la puerta del despacho del general. El soldado, al retirarse, la había dejado entreabierta. El tercer comandante estaba frente a la misma.

—Es una mujer —dijo.

Todos miraron en dirección al despacho y sorprendieron una figura alta y elegante que, cubierta con una capa, se alejaba aprisa.

Aunque la visión duró cosa de un segundo, y no había tiempo suficiente para reconocer de quién se trataba, Sheng lo adivinó en seguida. Eran muchas las mujeres que usaban capas. Pero ésta la conocía perfectamente. Y toda duda quedó desvanecida, porque quiso la casualidad que alcanzara a ver la mano que sostenía levantado el cuello de la capa y viera los reflejos de su anillo de jade.

¿Cómo describir los sentimientos, mezcla de ira y temor, que le invadieron súbitamente? ¿Habría permanecido allí durante esos días? Su propio general...

La voz del soldado interrumpió sus cavilaciones.

—Pueden pasar —dijo.

Sheng siguió a sus compañeros y entró en el despacho del general, que estaba sentado ante su mesa, con las mejillas encendidas y los ojos brillantes. Los tres se cuadraron al mismo tiempo, permaneciendo en pie en espera de sus órdenes. Sheng notó en seguida el suave aroma de un perfume.

—... El soldado no ha venido —dijo Liu Ma a Mayli cuando volvió a su casa.

—Mejor —le contestó ésta sin preocuparse.

Estaba contenta, y, al mismo tiempo, inquieta. Se quitó la capa y cambióse de vestido, poniéndose otro más ligero y cómodo. Empezó a pasearse del patio al interior de la casa, dominada por una extraña inquietud. Si Sheng se presentaba no le diría nada, a fin de evitar toda discusión. Inquietó al perrito y molestó a Liu Ma hasta hacerla perder la paciencia.

—¿Te parece que eres una niña? —la riñó—. ¡Y ojalá lo fueras! Así podría azotarte. Cásate pronto, sea con quien sea. Me vienen intenciones de aconsejar al soldado que apechugue con tu carga.

Y yo, contentísima de quedarme descansada.

—Tampoco quedarías descansada —le dijo Mayli, risueña—. Estarías conmigo para cuidarme, y bien sabes que él y yo siempre reñimos.

—¡Así seremos dos en contra tuya, demonio, perversa! —exclamó Liu Ma.

En realidad, la vieja empezaba a sentir cierta simpatía por Sheng, habiendo llegado a pensar que su ama haría bien casándose con él. ¿Quién, que no fuera militar, querría casarse con una mujer tan libre e indómita? Un hombre corriente desea una esposa apacible y sumisa, lo que por ahora parecía difícil que ella llegara a ser alguna vez. Cuando menos así lo suponía Liu Ma. Por eso había determinado en su interior demostrar a Sheng que había cambiado de pensar y estaba dispuesta a ayudarlo. Le esperaba impaciente, extrañándose que todavía no se hubiese presentado, como cada día, pidiendo noticias de Mayli.

Sheng no se presentó en todo el día. Liu Ma, cada vez más ansiosa, a la mañana siguiente, por la tarde, no pudiendo contenerse, preguntó:

—¿Se habrá ido a la guerra aquel soldado? Nunca dejó pasar tantos días sin venir.

—¿Qué nos importa si ha ido o no? —le contestó Mayli, tirando de las orejas del perro—. ¿Verdad, monín, que no nos importa?

—Yo me había acostumbrado a este rábano largo —comentó Liu Ma.

—Es que los rábanos te gustan más que a mí.

Sin embargo, ella también se preguntaba por qué Sheng no había vuelto. Y, a partir de entonces, no volvió a hablar de él, si bien tampoco hubo lugar a ello, porque, a la mañana siguiente, le llegó un aviso de que debía presentarse ante Pao Chen.

Después de desayunarse, mientras Liu Ma retiraba el servicio y Mayli encendía un cigarrillo, ésta le dijo:

—Liu Ma, debo hablarte.

—Dime —contestó la vieja, envolviendo sus manos en el delantal doblado sobre el vientre.

—Debo marcharme —dijo bruscamente—. Esta mañana he recibido orden de presentarme. Tengo que realizar cierta gestión que no puedo explicarte.

Liu Ma no contestó. Su mandíbula inferior pareció caerse en un gesto de asombro y quedóse rígida mirando a Mayli.

—Todavía no sé el día de mi partida, pero hoy recibiré instrucciones. Tú seguirás aquí esperando que yo vuelva y cuidarás del perro y la casa. Si te encuentras demasiado sola, puedes buscar una mujer que te acompañe.

No en balde Liu Ma había vivido largos años: estaba acostumbrada a toda suerte de cambios. No obstante, el de hoy no lo aprobaba; pero como no podía exponer a su señora su manera de pensar, limitóse a insinuar una ligera protesta.

—¿Para qué llamar a otra mujer, a quien tendría que dar de comer, además de soportar su charla y su presencia? Prefiero estar sola con el perro. Cuando menos, nos conocemos.

—Puedes hacer lo que mejor te plazca —dijo Mayli de buen humor—. Lo único que te pido es que conserves esta casa, que, para mí, es un hogar.

—No sé si debo comprometerme —replicó Liu Ma—. Ésta no es mi tierra. Tampoco sé si volverás. Puedes cambiar de planes y yo quedarme aquí esperando hasta mi muerte. Y si llego a morirme aquí, me encontraré sola con él perro.

—¡Bueno, bueno! ¡Qué pesada te pones! Te he dicho que si quieres puedes quedarte. Si prefieres irte, cierra las puertas con llave, recoge el perro si quieres y, si no, déjalo. Es decir, haz lo que te parezca.

Con estas palabras ahuyentó el descontento de la vieja, pero ésta siguió con sus ganas de molestarla y continuó con sus impertinencias. Retiró el servicio de té haciendo el máximo ruido. Poco después le dijo:

—No me explico que te manden a cumplir ningún trabajo. Ni en sueños me lo hubiera imaginado.

—Puedes preguntárselo a la esposa del Presidente —dijo Mayli—. Yo misma no sé cómo puedo haber merecido su confianza. Pero es así y debo cumplir con mi deber.

—Está visto que no te conoce bien —observó Liu Ma—. Eres una niña que no arraiga en ningún sitio. ¿Y qué harás? ¿Cargar un fusil y acompañar a tu soldado?

Estas palabras molestaron a Mayli, agotando su paciencia. Colérica se volvió hacia Liu Ma y le dio una bofetada, gritando:

—¡Cierra el pico, ave de mal agüero! No sé si me destinarán al mismo punto que él. ¡Tu puerca y malévola imaginación sólo puede hacerte pensar en cosas deshonestas!

Liu Ma, de momento calló, pero poco después replicó chillando:

—Soy una mujer honrada y si algo deseo no es lo que dices. Quisiera verte casada y que fueras una mujer seria y corriente, en lugar de verte corriendo libremente de aquí para allá. La mujer decente se casa con un hombre honrado y vive en su casa, no preocupándose más que en ser la buena madre de sus hijos.

—Estás soñando. Estos tiempos no son propios para casarse, tener hijos y vivir entre cuatro paredes.

Liu Ma se aterró ante esas palabras. No por su significado, sino por la fuerza con que Mayli las pronunció. Y, pensando permanecer en paz con su ama, volvió a su quehacer, pero manteniendo en su boca un gesto de concentrado enojo, como demostración de su desacuerdo.

Mayli no volvió a hablar. Se decía a sí misma que al disponerse a cumplir la orden recibida y salir para el Oeste obraba honradamente y que, si lo hacía, no era para acompañar a Sheng, sino con el sincero propósito de servir de alguna utilidad.

Se encaminó hacia donde había sido llamada, y al encontrarse ante la puerta hallóse con otras mujeres, todas jóvenes y de rostros graves. Fueron introducidas en una gran habitación. Dos hombres, sentados en sendos escritorios, les tomaban los nombres e iban distribuyéndolas en dos grupos, uno a la derecha y otro a la izquierda. Al llegar el turno a Mayli, la hicieron pasar directamente a una estancia contigua, en la que encontró al mismo hombre que, unos días antes, había sido su compañero de

vuelo al regresar de la capital, asombrándose ahora de que, entonces, sólo se hubiese limitado a saludarla. Y, como en aquella ocasión había preferido callar, Mayli no quiso demostrar que le recordaba. Permaneció de pie mientras él seguía mirando unos papeles que poco después dejó sobre la mesa. Levantó los ojos y le dijo:

—Usted ya está informada de sus obligaciones.

—Sólo de una parte —contestó Mayli.

—Aquí las encontrará todas —y cogiendo una hoja de papel la tendió a Mayli—. Léala y dígame si hay algo que no comprenda.

Mayli la leyó atentamente y no halló nada incomprensible. Daba la sensación de que todo lo que debía escribirse había sido minuciosamente detallado, sin omitir la menor nimiedad. Mientras leía, él permaneció inmóvil.

—¿Está claro? —preguntó a Mayli cuando ésta acabó de leer.

—Sí, muy claro.

—Deberá preocuparse de que se cumplan todas esas instrucciones. Si alguna falla, le llamaré la atención. Usted colaborará con el médico principal: Chung Liang-mo. Ambos serán responsables de cuanto se refiere a los enfermos y heridos, y las enfermeras dependerán de ustedes dos. Él cuidará de los asuntos médicos y de su alimentación, atenciones y necesidades. Si en algo no están de acuerdo, acudirán a mí y yo decidiré. Pero supongo que no habrá necesidad.

Mayli inclinó la cabeza en señal de asentimiento. Su interlocutor agitó la campanilla que estaba encima de la mesa y acudió un soldado, al que ordenó:

—Avisé al doctor Chung que venga.

Se sentó y esperó, callado e inmóvil, que se presentara el doctor, que no tardó en hacerlo. Mayli esperaba su llegada con cierta impaciencia, pues, tratándose de su colaborador, si desde un principio la primera impresión era desagradable, temía que su labor resultaría mucho más penosa. Pero, cuando llegó, le resultó simpático.

Chung Liang-mo era bajo, pero de recia contextura. Su cabeza y cara, redondas. Su boca parecía afable y sus ojos expresaban profunda serenidad e inteligencia. No pareció cohibido ante la presencia de Mayli, ni tampoco incorrecto. Saludó a Pao Chen como si les uniera una amistad, y se sentó. Su llegada pareció despertar los ánimos de Pao Chen, que dijo:

—Te presento a tu colaboradora, Wei Mayli, de quien ya te han informado. Ella ya ha recibido instrucciones; tú, también. Por lo tanto, creo que lo mejor será que os pongáis de acuerdo. Pasad a la habitación contigua y yo seguiré trabajando.

El doctor Chung se levantó sonriendo y dijo amablemente a Mayli:

—¿Vamos?

Ella se levantó y pasaron a una habitación contigua, donde se sentaron. El doctor sacó de su bolsillo una hoja de papel igual a la que Mayli había recibido y se la ofreció, diciendo:

—Yo leeré la suya y usted la mía. Así sabremos en qué consisten nuestros mutuos deberes.

—Aquí tiene la mía.

Acabada la lectura, el doctor dijo:

—Pao Chen es extraño. Prefiere escribir las cosas en lugar de explicarlas. Pero su juicio es tan claro que es difícil que incurra en error. Prefiere actuar a hablar. Sería difícil dar con un hombre mejor que él para el desempeño de la parte que le corresponde en esta campaña.

Consideró amablemente la cara de Mayli y continuó diciendo:

—Es usted muy joven, según parece. ¿Le ha ocurrido algún contratiempo o alguna pena?

—No. Pero estoy dispuesta a sufrirlos.

—Tendremos muchos —dijo el doctor, pensativo—. Esta campaña será muy dura y difícil. El Presidente pide a nuestras tropas un esfuerzo muy duro y doloroso. No debemos ceder. Ésta es la consigna. Debemos morir, pero no podemos rendirnos.

—Ésa debe ser la orden dada por el Presidente —dijo Mayli recordando su cara de soldado, en la que ardían dos ojos llameantes.

—Probablemente tendremos muchos heridos —continuó diciendo el doctor—. Por nuestra parte, debemos prepararnos para poder trabajar día y noche, si precisa, sin dormir ni descansar, tan pronto como haya empezado la lucha.

Mayli asintió con un gesto, diciendo llanamente:

—Puedo pasarme sin comer ni dormir durante buen espacio de tiempo. Sólo quisiera saber una cosa: ¿cuándo partiremos?

—A esa pregunta no creo que nadie pueda contestarle. Sólo el Supremo. Partiremos cuando él lo ordene. Pero todo está a punto. Una división ya ha salido. Las otras dos lo harán próximamente. Nosotros lo mismo podemos salir con ellos, que más tarde.

Mayli sentía impulsos de hacer una nueva pregunta. ¿Era la división de Sheng la que marchó? Si fuese así, se comprendería el motivo por el que no había ido a verla últimamente. Pero no se atrevió a preguntarlo. Continuó sentada y en silencio, con la mirada fija en el rostro redondo y sosegado del doctor, el cual le decía poco después:

—Ni siquiera sabemos de cierto dónde nos envían. Algunos hablan de Indochina. Otros opinan que vamos a Birmania, a unimos con los blancos. Hay quien afirma que iremos a los dos sitios. Pero mientras no estemos en marcha, nada sabremos de cierto.

Mayli pensaba: «¿Y si nosotros vamos a un sitio y Sheng a otro?». Permaneció callada durante un buen rato; luego se levantó.

—Así, pues —concluyó diciendo el doctor—, es conveniente que esté preparada para partir en cualquier momento.

—Lo estaré —afirmó Mayli.

CAPITULO VII

Poco después se reprochaba su debilidad. ¿Con qué derecho pensaba en sus conveniencias o en su corazón, en unos momentos en que la ruta de Birmania, arteria gracias a la cual su país se comunicaba con el exterior, estaba amenazada por el enemigo? No podía pensarse en el amor. Y recordaba que así se lo había dicho a Sheng en varias ocasiones, pero sin que ella misma lo creyera. Pero ahora, ante aquellos hombres que hacían planes sólo pensando en la vida de los demás, se decía que realmente debía ser así. Durante breves momentos fue débil y miedosa. ¿Tendría la suficiente fuerza y entereza para vivir constantemente entre heridos y quizá muertos, viajar a pie centenares de millas por caminos duros y quebrados, por sitios desprovistos de carretera, a través de la selva? Pero, aun en el supuesto que fallara, era ya demasiado tarde para volver atrás. Y si así lo hiciera tampoco podría soportar la espera en medio del ocio de su vida. Le parecía que la ciudad, sin Sheng, quedaría vacía. Y, aunque no se encontraran, era un aliciente suponer que, no muy lejos de ella, Sheng integraba la gran fuerza que representaba esa expedición contra el enemigo.

—¿Qué instrucciones me da? —preguntó Mayli al doctor Chung.

—Le ruego que cada día se presente en mi oficina. Me ayudará a preparar las cajas de medicamentos y todos los complementos. Sólo debemos llevarnos lo indispensable.

—Vendré mañana por la mañana.

Desde entonces acudió diariamente allí durante once días; trabajaba todo el día y regresaba a su casa ya cerrada la noche. No volvió a hablar de Sheng, excepto una vez en que Liu Ma le preguntó, asombrada, dónde andaría. Mayli le contestó tranquilamente que sin duda lo habrían destinado a Indochina, como tantos otros que ya habían partido para allá. Mientras hablaba sentía los ojos de Liu Ma clavados en su cara, como si escrutaran sus pensamientos, pero resistió su mirada sin turbarse, completamente impasible. Sin duda esa aparente tranquilidad engañó a Liu Ma, pues no volvió a hablarle de Sheng.

... Ahora su vida iba adaptándose al molde que la regiría en lo sucesivo, seguramente durante muchos meses. Madrugaba. Antes desconocía qué cosa era una preocupación diaria. En cambio, ahora, tenía trabajo durante todo el día, desde la mañana muy temprano hasta muy entrada la noche. Una vez desayunada se ponía un vestido oscuro y se dirigía hacia la oficina donde se preparaban las provisiones, oficina que distaba más de una milla de su casa. Por temprano que llegara, el doctor Chung siempre se le había anticipado. Su pelo duro y espeso, peinado y cepillado

hacia arriba, dejaba despejada su cara simpática y afable. Con las manos rojas de frío empezaba a apilar y distribuir paquetes de medicamentos, mucho antes de que llegaran sus ayudantes. Después, las habitaciones atestadas de cajones y papeles no tardaban en ser invadidas por hombres y mujeres —enfermeras, soldados y empleados— que comprobaban listas, separaban y envolvían drogas y productos que empaquetaban en trozos de hule o en papel encerado que luego metían en cajas que eran herméticamente cerradas. Las cajas iban formando altas pilas que crecían de día en día. Cada caja debía ser cuidadosamente llenada, pues ninguna debía pesar más de lo que un hombre puede llevar sobre su espalda. El primer día, Chung recomendó a Mayli que inspeccionara todos los utensilios que debían usar las enfermeras, entregándole una lista de los mismos y diciéndole en inglés:

—Revíselo usted misma. Y, si falta algo, mire de completarlo.

Siempre que debía hablarle, lo hacía en inglés, pues su lengua nativa era un dialecto de una región de la provincia de Fukien. Hablaba correctamente el inglés, por haber vivido más tiempo en el extranjero que en su propio país. También dominaba el francés y el alemán. Su figura pequeña y regordeta, que le daba aspecto de hombre vulgar, no inducía a suponerle tantos conocimientos. Sólo sus manos se destacaban del resto de su persona. Eran manos finas y delicadas de cirujano. Al principio, cuando Mayli todavía no sabía los milagros de que eran capaces, no hacía nada para evitar que se dañaran. Pero después que las hubo visto actuar infinidad de veces y con prodigiosa eficacia, siempre se empeñó en protegerlas. Cuando veía que cogía algo basto o excesivamente pesado corría a quitárselo de las manos bajo cualquier pretexto y seguía haciendo lo empezado por él. El doctor Chung no ahorra esfuerzos. Cumplía con los trabajos más humildes y ajenos a su ciencia. Levantaba las pesadas cajas como un *coolí*^[2] y se las cargaba sobre su espalda para comprobar si estaban en condiciones de soportar el duro traqueteo de la marcha. Lo mismo clavaba clavos que recogía los vidrios de las botellas rotas, con los que se había cortado más de una vez. Estaba en todo y se ocupaba de todo y siempre se le veía amable, silencioso y trabajando.

Poco a poco las provisiones quedaron ordenadas y la serie de hombres y mujeres que acudían a diario para trabajar bajo la más completa disciplina, estuvieron listos para partir. Mayli ya conocía personalmente a cada una de las enfermeras. Algunas se destacaban por su habilidad, otras eran más torpes; pero todas se habían alistado por voluntad propia, satisfechas de haberlo hecho y convencidas de que la labor que realizaban era útil y provechosa.

Las que conocía más a fondo eran las cuatro que estaban directamente bajo sus órdenes. Una de ellas, Han Siu-chen, era una estudiante cuya familia fue asesinada durante el saqueo de Nanking. Ella se salvó por encontrarse en un colegio del interior. A pesar de su desgracia era una muchacha alegre, pero odiaba profundamente a los japoneses y estaba ansiosa por participar en la venganza. Sus manos regordetas estaban cubiertas de sabañones. Su piel era fina, y sus mejillas, escarlata. Sus manos

fueron lo primero que llamó la atención de Mayli en ocasión de haberle ordenado que envolviera unas vendas. Al darse cuenta de que la gasa estaba manchada de sangre, le preguntó:

—¿De quién es esta sangre?

La joven, avergonzada, mostróle sus manos, llenas de grietas que sangraban.

—Ven y deja que te las unte con un poco de aceite —dijo Mayli—. ¿Cómo puedes trabajar con esas manos?

Desde aquel día, cada mañana Mayli untaba con aceite y vendaba las manos a Han Siu-chen, lo cual motivó que llegara a conocerla a fondo. Mientras la curaba, entre risas y rubores, le decía que lo de sus manos no tenía la menor importancia.

La segunda era una muchacha de Tient-sin, menuda, delgada y pálida. Pertenecía a una rica familia de la ciudad. Sus padres habían huido del enemigo. Su madre murió a consecuencia de la miseria y sus dos hermanos perecieron en la guerra; en consecuencia, quedaron ella y su padre. Éste era viejo y débil, y, no pudiendo sostener a su hija, le aconsejó que se fuera y, a ser posible, vengara a sus hermanos. Convencido de que su hija no le abandonaría, se envenenó. Dispuesta a cumplir la voluntad de su padre, decidió hacer los posibles para vengar a su familia y ayudar a su país. Se llamaba Tao An-lan.

La tercera era muy hermosa y se llamaba Sung Hsieh-ying. No había sufrido daño alguno a consecuencia de la guerra y sólo había presenciado el bombardeo de la ciudad. En ella nació y en ella se había criado y vivía. Amaba a su país con gran fervor y sentía un gran afán de viajar y cambiar de ambiente, que atribuía al amor que sentía por su tierra.

La última enfermera era una joven viuda que sufrió tales humillaciones del enemigo, que ni siquiera quería mencionarlas. Se había alistado en el ejército del Noroeste; fue hecha prisionera, pero logró escaparse. Después de largas correrías llegó a esa ciudad y, enterada de que partían divisiones hacia el Oeste, se alistó en ellas. Se llamaba Mao Chi-ling.

Cada una de esas mujeres había aprendido a cuidar enfermos y heridos. Unas tenían más práctica que otras, pero todas poseían determinados conocimientos. Además de esas cuatro, que se habían agrupado alrededor de Mayli considerándola como una especie de guía, había todas las demás, que cada día la trataban con mayor respeto, reconociéndola como una superior y sirviéndose de ella como enlace entre ellas y sus jefes de alta graduación. Semejante confianza provocó un cambio enorme en Mayli. Durante toda su vida nunca se había preocupado de los demás, pero ahora sentíase responsable del cuidado y de la solución de los problemas de todas esas mujeres. Durante todo el día trabajaba sin cesar, y por la noche se despertaba a menudo a consecuencia del temor y las preocupaciones inherentes a su cargo. Como desconocía por completo las condiciones del país donde se dirigían e ignoraba las dificultades que podían presentarse en el camino, empezó a preguntar a cuantos sabía que habían viajado por el Oeste. Y lo mismo interrogaba a un chófer de camión, que a

un mensajero *coolí*, como a un soldado o cualquier otra persona, mientras pudiera informarla acerca de las características de aquellas tierras.

—¿Qué clima tienen? —preguntaba.

—Es tan caluroso que, comparado con la temperatura, el té caliente parece frío —le dijo uno.

—Llueve tanto que la ropa se te enmohece encima —le contó otro.

—Los insectos se te echan encima como si fueras un presente del cielo —le precisó otro conocedor.

—Las serpientes aparecen de improviso, amenazadoras en las senderos, y saludan al transeúnte como si se tratara de la diaria ración de arroz —le informaron en otra parte.

—Las vides venenosas lo invaden todo con sus ramas —le indicó otro.

—El sol quema el cerebro y tuesta la piel —añadió alguien.

—La fiebre se mete en tu interior por todos los poros y hace bailar tus huesos como dados en un cubilete.

—Los ríos parecen estrechos y tranquilos, vistos de lejos. Pero cuando estás cerca de ellos crecen hasta convertirse en mares y se tragan a cualquiera en un abrir y cerrar de ojos. Los dioses de los ríos son temibles y perversos. Todos han sido comprados por el enemigo —le dijo un viejo que cayó en uno de aquellos ríos y un cocodrilo le devoró una pierna.

Mayli recogía todos esos informes y, deduciendo la parte de fantasía que podían tener sus relatos, se convenció de que el país que tendrían que atravesar era muy dificultoso, lleno de peligros y propenso a ocasionar enfermedades. En consecuencia, debía prevenirse contra sus acechanzas en la forma más conveniente. De las medicinas debía encargarse el doctor Chung, y ella se preocuparía de todas las demás necesidades. Dispuso que cada mujer fuera provista de un par suplementario de botas de cuero y compró a las campesinas de esa región anchas bandas de un grueso género que tejían ellas mismas, y que se arrollaba alrededor de las piernas a fin de preservarlas de las picaduras de los insectos. A base de un tosco cáñamo preparó unos velos para protegerse contra las moscas venenosas y los mosquitos. Dio a cada una de las mujeres una cajita que contenía legumbres secas deshidratadas, carne salada y azúcar cristalizado. Todo debía ser pequeño y de poco peso, pues en el caso de que cayera el que llevaba las provisiones, otros debían recoger su carga. Nadie podía llevar un peso mayor del que podía soportarse, pues el mismo respirar el aire de la jungla equivalía a una pesada carga. Se decía de los soldados extranjeros que, por llevar excesivas provisiones a fin de disponer de mayores comodidades, luego no podían andar con bastante rapidez para alcanzar al enemigo.

Un viejo soldado que había tomado parte en una de las últimas batallas en el Sur, se quejaba de que les obligaban a llevar consigo una muda de ropa para cambiarse.

—¿Seremos como esos gallinas extranjeros que llevan un equipo completo de verano y otro de invierno, zapatos para la lluvia, un impermeable, ropa de cama,

comida, un sombrero para el sol y otro para la lluvia y casi, casi la casa entera? Yo sólo preciso un arma, el mayor número posible de balas, un par de sandalias de paja complementario y es más que suficiente. La comida me la procuro a medida que avanzamos, y la lluvia no me espanta.

En realidad, todos los soldados pensaban igual. No les gustaba cargar sino con lo estrictamente necesario. Cada uno quería a su fusil más que a sí mismo, y ocultaba sus municiones incluso a sus propios camaradas, porque era costumbre robárselas mutuamente, incluso por parte de aquellos que consideraban el robo como el más grave pecado.

Por fin llegó el día esperado por todos con tanta impaciencia. El general —que era el que con más ansiedad esperaba la orden de marcha— consideraba que estaban a punto desde los últimos once días y no cesaba de jurar y maldecir de las razones ocultas que retrasaban la partida y que permitían al enemigo asegurar y consolidar posiciones.

En las islas del Sur, los blancos habían sido derrotados sucesivamente, viéndose obligados a tener que ocultarse en las cuevas de las montañas, como las bestias.

Inesperadamente llegó la orden de partir y en menos de una hora todos estuvieron informados de que la tan deseada marcha empezaría al amanecer. Esa noche Mayli no pudo dormir. Por lo menos se levantó tres veces para comprobar que todo estaba a punto. Su uniforme, que era semejante al de los soldados, estaba tendido sobre una silla, con su pistola en el cinto. Junto a la cama, se veían las pesadas botas que debía calzar y el maletín, cuyo contenido comprobó de nuevo.

A medianoche se abrió la puerta de su dormitorio y Liu Ma entró sigilosamente. Llevaba un pequeño bolso en la mano, que tendió a Mayli.

—Puedes perder un botón —dijo en tono solemne—. A veces el menor contratiempo puede provocar una gran molestia.

Mayli cogió el bolso y miró su contenido. Consistía en unas cuantas agujas chinas, cortas, y en diferentes clases de hilos de seda de la mejor calidad, arrollados alrededor de papelitos, a modo de carretes; una pequeña tijera de acero, bien afilada; dos dedos de metal; también extranjeros. De dónde había sacado Liu Ma semejante tesoro, es cosa que nadie podría decir.

—No me había acordado de esas cosas —dijo Mayli—. Pero ciertamente son indispensables.

—¿Cómo se te habría ocurrido llevar contigo estas bagatelas si soy yo la que coso tu ropa? —comentó.

Y a continuación Liu Ma empezó a llorar ruidosamente, y con sollozos entrecortados añadió:

—Me das muchos disgustos, pero, no obstante, ¡qué penoso me será vivir sin ti!

—Te prometo que volveré. Tú debes quedarte y esperarme. Verás como pronto regresaré. Te lo aseguro.

—Sólo el cielo puede cumplir sus promesas —contestó Liu Ma, alejándose

secando sus ojos con el borde de la manga.

Mayli volvió a acostarse y se quedó a oscuras, meditando. Ante la inminencia de la partida, tal vez sin regreso, su mente se sumergía en un mar de confusiones. ¿Por qué marchaba? Su decisión había obedecido, en parte, a un deseo de huir de su soledad, en vista del amor que sentía por Sheng, y en parte también, por el verdadero afán de ser útil a su país. Ahora, ambos motivos se confundían en uno solo. Se daba cuenta de que Birmania era la única comunicación que a China le quedaba con el resto del mundo. Sólo si esa puerta se mantenía abierta podían recibir ayuda contra el enemigo.

... Ese propósito de mantener expedita la ruta de Birmania era en realidad el propósito que animaba a todos los componentes de las tres divisiones que partirían a la mañana siguiente. En el corazón de cada hombre y de cada mujer estaba presente y les infundía valor el motivo que justificaba el sacrificio de sus vidas. El unánime propósito les mantenía más unidos. Cada uno de ellos sentía esa comunidad, sin necesidad de exponerla en palabras.

Los preparativos de la salida fueron similares a los de toda partida: confusión y mezcla de mil distintos ruidos y barullos; alboroto de idas y venidas atendiendo los últimos detalles. Quejas por tener que llevar cargas demasiado pesadas; disputas por la testarudez de unos cuantos. Los camiones fueron cargados de conformidad con la velocidad máxima que debían desarrollar. Una vez listas las provisiones, las mujeres subieron a los camiones y luego los hombres, que se distribuyeron lo mejor que pudieron. Cada camión era guiado por un hombre al que se habían dado las oportunas instrucciones sobre los planes de ruta y del punto de concentración al final del trayecto.

Mayli, de uniforme y con su pequeño equipaje sujeto a la espalda con una correa, estaba al frente de las enfermeras esperando la orden de salida. Todas vestían del mismo modo que ella, y la grave expresión de sus caras les daba un extraño parecido.

Junto a Mayli había sus cuatro ayudantes, en cuyos corazones latía idéntica ansiedad y el mismo temor, además de una igual voluntad de conseguir la victoria. La cara redonda de Siu-chen tenía una expresión infantil junto con una gran seriedad. Chi-ling, la viuda, parecía triste y algo cansada, como si ya estuviese en plena marcha. En cambio, Hsieh-ying, la muchacha que desconocía toda clase de penalidades, sonreía alegremente y sus ojos brillaban de satisfacción, mientras se mordía los labios sin cesar.

—¡Las enfermeras! —gritó de pronto un militar—. Vengan por aquí. ¡Por aquí!

Un teniente de baja estatura hacía ondear una hoja de papel y gritaba dirigiéndose a las muchachas. Mayli se adelantó, seguida por todas las demás. Les ayudaron a subir a los camiones que estaban esperando. Primero subió Mayli, que se sentó al lado del mecánico. Era un tipo alto, de cara vulgar y ojos pequeños bajo unas negras

cejas, espesas y erizadas.

Pocos momentos después, y luego de oírse alguna que otra orden, estaban a punto de salir. Mayli iba en el camión que llevaba la delantera de los cuatro que componían la columna. Cuando el chófer apretó el pedal para arrancar, el coche ni se movió. Apretó de nuevo con ambos pies, pero sin conseguir nada. El conductor empezó a maldecir al cielo y al camión, a la vez que se golpeaba la cabeza con ambas manos, chillando:

—¡Hijo de mala madre! ¿No he llenado tu barriga de aceite extranjero y de agua? ¿No quemé ayer incienso a los dioses implorando por ti? ¿Qué más quieres ahora?

Bajó del coche y dio unas cuantas patadas en la parte trasera del camión. Después cogió otra vez el volante y volvió a intentar arrancar. Sus esfuerzos fueron inútiles. El motor daba una especie de gruñido, después un silbido y seguía gruñendo, pero sin moverse.

Mayli, que había viajado mucho en automóviles extranjeros, sabía que debía moverse una manija y se la mostró al chófer, diciéndole:

—¿Por qué no tira usted de ella?

El conductor la miró haciendo una mueca, pero hizo lo que se le indicaba. El camión se puso en marcha inmediatamente, pero el mecánico no dio la menor muestra de haberse dado cuenta de su descuido. En cambio, siguió lamentándose mientras el vehículo daba tumbos por el áspero camino.

—A mi parecer, esos inventos extranjeros nunca llegan a ser perfectos. No me explico cómo los extranjeros, si son tan listos para hacer estas cosas, no han llegado todavía a poner una palanca automática en cada coche para que pueda pensar por sí mismo en todas sus necesidades. ¿Cómo puede pretenderse que mi maldita cabeza piense por mí y por el camión? ¿A usted le parece justo que toda la responsabilidad sea para el que lleva el volante?

Entretanto, Mayli se dio cuenta de que el coche iba sin la tapa del motor, quedando éste expuesto al polvo y a la lluvia.

—Es una imprudencia haber sacado la tapa del motor, ¿no le parece? Si llega a llover o encontramos demasiado polvo, quizá no podamos continuar el viaje.

—¿Y usted cree que voy a bajar y levantar la tapa cada vez que tenga que mirar el motor? El día no da tiempo para tanto. ¡Preferí arrancarle la cubierta!

Habló de la manera más jovial y despreocupada y mientras guiaba el camión como si se tratara de un animal salvaje en plena furia, no dejó de hablar animadamente con Mayli, la cual pronto dejó de contestarle, pues debía prestar toda su atención en conservar el equilibrio, cogiéndose al asiento y afirmando los pies, a fin de no ser arrojada fuera del coche en una de las incesantes sacudidas a las que el mecánico le sometía. En un momento dado y haciendo guiños, pero sin aminorar la marcha desenfundada, el chófer le dijo:

—Me parece que lo mejor sería que pusiera un soldado al otro lado; así, entre los dos, usted iría como entre almohadones.

—Quizá..., quizá..., podría ir un poco más despacio —replicó Mayli, entrecortándose.

Pero el mecánico sacudió la cabeza, gritando en medio del ruido del motor:

—Si voy más despacio, este maldito hijo de mala madre se creará que ha llegado la hora de descansar. Ahora que ya le he dicho que tiene que correr, es necesario que lo mantenga corriendo hasta que yo me canse o me sienta hambriento y tenga que detenerme para comer. Además, por la tarde nunca trabaja tan bien como por la mañana. ¿Es que los extranjeros no trabajan por las tardes?

Mayli encogióse resignadamente de hombros, sin atinar a replicar nada. Limitóse a sonreír, pues no valía la pena de malgastar charlando el poco aliento que le quedaba.

¡Qué alegría sintió al llegar al mediodía!

Sin previo aviso, el conductor paró bruscamente el camión, frenando de golpe y sujetándola por los hombros para evitar que fuese violentamente despedida por la ventanilla, que carecía de vidrio. El silencio que sobrevino a la brusca parada fue para Mayli un gran consuelo. Continuó sentada durante unos momentos, a fin de reponerse algo. El mecánico había descendido de un salto y se dirigía a la posada en busca de comida. Mayli, sintiendo ganas de reír, también bajó del camión.

—Estoy como si hubiera caminado cien millas —dijo a Hsieh-ying, que había acudido a ayudarla.

Todas se agruparon a su alrededor y Hsieh-ying dijo:

—Esta tarde cambiaremos de sitio. He visto el poco cuidado con que guía el mecánico este camión. No se fija para nada en el estado de la ruta. En cambio, el mío es un estudiante y ya verá con qué cuidado evita los obstáculos.

En realidad, a Hsieh-ying, mujer sencilla, le simpatizaba la rudeza y el vigor del soldado que conducía el camión en que había viajado Mayli, y, aunque ésta lo adivinó a través de sus palabras, aceptó el cambio con una sonrisa.

Después del almuerzo, a base de arroz con carne y repollo, Hsieh-ying subió al camión guiado por el soldado de cara amplia. Mayli, en cambio, sentose junto al joven delgado y pálido que la saludó inclinando la cabeza y sin sonreír.

En efecto, ese mecánico era completamente distinto del duro e impulsivo de la mañana. Conocía perfectamente los coches y guiaba el suyo con mucho cuidado, haciéndole marchar con la mayor suavidad. Aunque esta parte del camino estaba en iguales condiciones que la recorrida por la mañana, ¡qué distinto era el viaje!

Mayli no pudo menos que decirle:

—Conduce usted el camión como si fuesen conocidos.

—Y lo somos, casi, casi —contestó el mecánico—. Soy ingeniero. Estudié en un colegio americano.

—Entonces, ¿por qué hace de chófer? —inquirió Mayli, asombrada.

Y, sin darse cuenta, le habló en inglés, en cuyo idioma él contestó:

—Estaba en América, donde cursaba el último año de mi carrera. Pero cada día

sentía más impetuosos deseos de participar en esta lucha. Llegué a Chung-King y, después de esperar meses y meses sin conseguir nada, aproveché la oportunidad.

—¿No consiguió nada? —subrayó Mayli.

El chófer hizo un gesto despectivo con la boca.

—Quiero decir que no tuve medios para llegar hasta el gran camarada —dijo.

—¿Qué medios?

—La palanca, mejor dicho, dinero para lograr que se abran las puertas o encontrar influencias políticas, en fin..., una de esas cosas o las dos a la vez.

—¡Pero si no precisa nada! —observó Mayli, asombrada—. Yo no tengo ninguna de esas dos cosas y, no obstante, he hablado con el Presidente y con su esposa.

El muchacho se encogió de hombros y siguió guiando con los ojos fijos en la ruta. Después de un buen rato de guardar silencio y siempre con la vista fija en el camino, volvió a hablar:

—Nuestro país es el más hermoso del mundo. Fíjese en estas montañas. Son las más importantes que he visto. Le aseguro a usted que me sentía enfermo por regresar.

En efecto, cuanto les rodeaba era de una gran belleza. Las faldas de las montañas, desprovistas de árboles, estaban cubiertas por las hierbas de invierno y lucían sus múltiples tonalidades. Al anochecer adquirían un color púrpura y se destacaban aún más contra el cielo, que aparecía teñido de áureos reflejos. En los valles se veían grupos de granjas que formaban pequeñas aldeas al pie de los montes. Las suaves pendientes de las colinas estaban cubiertas de campos sembrados. Los campesinos, vestidos con sus habituales ropas azules, salían a las puertas de sus casas y se quedaban contemplando el paso de los camiones, mientras los niños corrían hasta el borde de la carretera agitando sus manitas. En los valles que formaban las colinas se veían plantaciones de bambúes que todavía estaban verdes.

Y de trecho en trecho se divisaba, a lo lejos, la cúpula de algún templo con sus torres puntiagudas levantadas hacia el cielo:

—He vuelto por todo esto —dijo el soldado todavía hablando en inglés—. He regresado por esta tierra y por esta gente. No por ninguno de los hombres que dirigen el país.

—¿Es usted comunista? —le preguntó Mayli.

—No sé qué quiere usted significar con la palabra comunista. Lo que le digo es que soy un hombre del pueblo.

Calló durante largo rato y después añadió:

—Soy del pueblo, para el pueblo y por el pueblo.

Mayli recordó estas palabras familiares extranjeras, sin explicarse la razón por la que ahora él las usaba. Y, como el mecánico no aclaró qué quería decir, Mayli se quedó sin comprenderle.

Transcurrió cosa de media hora en silencio. Después de haber disminuido la velocidad, atravesaron las puertas de un pequeño pueblo.

—Esta noche acamparemos aquí —dijo el soldado, descendiendo del camión.

Mayli también bajó y, antes de alejarse, vio cómo el mecánico examinaba el motor del camión con casi expresión de ternura, exactamente como si se tratara de un ser viviente.

«Mañana le preguntaré su nombre», se dijo Mayli, admirándose de no haberlo hecho antes. Pero, en realidad los nombres no significan nada. Marchaban todos juntos y formaban una sola unidad. Eso era lo importante. El nombre de cada cual no significaba nada.

CAPITULO VIII

Mayli estaba convencida de que no dormiría. Nunca había tenido que dormir en el suelo. Las cuatro enfermeras apilaron un montón de paja y se tendieron encima. Una vez comprobado que todas estaban acostadas, Mayli también se acostó echándose sobre el montón de paja, bien envuelta en una manta. Se albergaban en el patio interior de un templo. Los hombres dormían en la parte anterior. La habitación que les había correspondido era tan pequeña que la mayoría de las mujeres prefirió dormir afuera, y ella también prefirió quedarse con estas últimas. La noche era tibia. El silencio sólo era interrumpido por el leve susurro del correr de un arroyo que bajaba de las colinas y atravesaba el patio del templo. El suave, pero monótono ruido del agua, que corría mansamente, la obsesionaba y le impedía dormir, a la vez que no la dejaba concentrarse en los pensamientos que le había sugerido la primera jornada de marcha.

«No dormiré en toda la noche», pensaba. Pero ¿qué importaba dormir o no? ¿Qué importancia tenía lo que pudiera ocurrir a una persona? Mientras estaba acostada, se decía a sí misma que por primera vez en su vida parecía carecer de significado lo que pudiera ocurrir a Sheng o a ella. Uno y otro se veían arrastrados por la misma inmensa corriente que se dirigía hacia el Oeste. Lo mismo podían encontrarse como no volver a verse nunca.

Y eso tampoco parecía tener la menor importancia. Seguir adelante, avanzar al encuentro del enemigo y derrotarlo era ahora el único objetivo de sus vidas.

Por la mañana fue la primera en despertarse. De momento no recordaba dónde se hallaba. El aire de la mañana gris era muy frío y húmedo. El estridente canto de un gallo rompió el silencio. Al mirar a su alrededor vio que las luces del templo ya estaban encendidas. Siguió acostada unos momentos, escuchando el rezo monótono de los sacerdotes. El acento de sus cadencias era extraño, porque la música que en él se ejecutaba era tan antigua que su origen se remontaba mucho más allá de lo que pudiera recordar el más viejo de los sacerdotes. El acento de sus cadencias era extraño, porque procedía de la India, y sus notas reflejaban precisamente el espíritu de la India legendaria. Mayli no había visitado nunca ese país, cuyo nombre nada significaba para ella; apenas si recordaba, de cuando niña, una mancha de color del mapa de Asia que había en el colegio. En estos momentos, bajo la niebla gris de la madrugada, esos cantos le recordaban la India, el país hacia donde todos ellos dirigían sus rostros.

En la antigüedad los chinos se encaminaron a la India en busca de un dios más benigno. Un emperador dijo a sus súbditos: «Según me han dicho, en la India hay un dios que desconocemos. Id a buscarlo y traedlo para que viva con nosotros». Partieron en su busca y así encontraron a Buda.

Ahora los que marchaban hacia la India eran soldados en lugar de sacerdotes. Miles de soldados avanzaban a pie, seguidos por la pesada artillería, arrastrada por medio de cuerdas y correas atadas a sus hombros, y acampaban en cualquier sitio al lado del camino. Andaban unas treinta millas diarias. Habían salido dos días antes que los camiones y éstos todavía no los habían alcanzado.

Chi-ling, que estaba acostada al lado de Mayli, alzó la cabeza y preguntó:

—¿Ya está despierta, capitana?

—Sí, ya estoy despierta.

Apartó las mantas y se sentó. Todas alzaron la cabeza, pues ya estaban despiertas, aguardando que Mayli se levantara. Y así lo hicieron en seguida, enrollando las mantas rápidamente y en silencio y metiéndolas en sacos. En poco tiempo estuvieron a punto de salir.

Mayli, que fue de las primeras en tener preparado su equipo, se encaminó a la cocina del templo, donde había dos sacerdotes, inclinados sobre el gran horno de barro, que mantenían el fuego con hierba seca. Sobre la hornilla había un gran caldero con agua. El sacerdote más anciano le indicó sin mirarla —pues se trataba de una mujer— que cogiera una vasija y para lavarse la llenara con el agua del caldero. Mayli llenó un recipiente de estaño hasta el borde y se lo llevó detrás de unos bambúes, donde se lavó y peinó. Había conservado su cabello largo, como siempre lo llevara, pero ahora se preguntaba si sólo le servía de estorbo. Y pensó en Sheng y en lo mucho que le gustaba su cabellera. «Me gusta saber que una mujer es mujer, cuando la miro», le replicó cierto día en que para molestarle le amenazó con cortarse el pelo. Pero este pensamiento fue fugaz y, sujetándose el cabello con una mano, llegóse donde guardaba sus cosas, sacó las tijeras que Liu Ma puso en el bolso y cortólo a la altura del cuello. Las enfermeras la miraban en silencio. Volvió a la cocina, donde el viejo sacerdote seguía acurrucado avivando el fuego, y ante sus asombrados ojos arrojó el pelo a las llamas. El sacerdote le sonrió mostrando sus encías descarnadas y sin dientes.

—Puedo afirmar que, por primera vez en mi vida, el desayuno de los sacerdotes será cocido con el fuego de los cabellos de una mujer —dijo con voz aguda y chillona de eunuco.

Mayli sonrióle y salió. En el patio, sacudió la cabeza y sintió frío en el cuello. Se sentía más ligera y más libre. Desde entonces mantuvo la cabeza más erguida que antes.

... A medida que avanzaban, la Gran Ruta iba subiendo cada vez más por entre las montañas. El día antes ya se había dado cuenta de que la pronunciada pendiente iba ascendiendo continuamente y que, después de otra jornada de marcha, seguía empinándose por encima de cumbres de montañas muy altas. Desde la última etapa habían seguido caminos menos importantes, a fin de evitar ser descubiertos por el

enemigo y alcanzados por las bombas. Al llegar cerca de la frontera recibieron orden de dirigirse hacia el Sur para circular nuevamente por la Gran Ruta. ¿Quién no había oído hablar de la Gran Ruta? Todos sabían en qué forma fue construida por hombres y mujeres, que utilizaron como únicas herramientas el pico y la pala que antes sólo les habían servido para labrar los campos. Los que carecían de esas herramientas sirvieron como peones.

Mayli seguía viajando en el segundo camión, gracias a lo cual y a los diálogos sostenidos con el joven ingeniero empezó a comprender muchas cosas que antes desconocía.

Después de cumplir con su tarea se acercó al chófer, que estaba repasando el camión. Se sentía orgullosa de que sus muchachas no hubieran motivado el menor retraso en la marcha. Mientras estaban aguardando la orden de partida, en la entrada del templo, apareció el doctor Chung. Al ver a Mayli, sonrió confundido, recordando que vestía con descuido y que su pelo, enmarañado e hirsuto, no estaba cepillado.

—Verse forzado a madrugar —refunfuñó con fingido enfado— es la peor maldición que puede caer sobre un hombre.

—Pues siempre creí que usted madrugaba más que yo —observó Mayli.

Como respuesta bostezó sonoramente, sacudiendo su cuerpo y desperezándose. Sacó un cacho de pan de su bolsillo y, mordiéndolo en su corteza, se sentó sobre un fardo de provisiones. Las enfermeras ocuparon sus respectivos vehículos y Mayli se sentó al lado del ingeniero, que esperaba ante el volante y con el motor del camión en marcha. Iba peinado y limpio. Miróla y sonrió levemente, diciendo:

—Me llamo Li Kuo-fan, pero en América me llamaban Charlie.

—¿Charlie? Le sienta mejor que Li-Kuo-ían. Seguiremos con Charlie, ¿verdad? Yo me llamo Mayli y mi apellido es Wei.

Inclinó la cabeza afirmativamente, pero no repitió su nombre en voz alta. El camión arrancó. Los ojos de Charlie, extremadamente fijos, brillaban muy excitados. Por fin, dijo:

—Hace tiempo que esperaba este momento. Desde que esta ruta fue abierta, anhelaba recorrerla. Ahora lo haré. En el fondo, quizá es éste el motivo de mi regreso.

El camino ascendía de una manera brusca, pero, sin embargo, la pendiente era llana y bien trazada, de modo que su ascensión no resultaba demasiado costosa. La carretera cruzaba escarpadas montañas y dibujaba un acusado y limpio sendero entre sus altas cumbres.

Los hombres que la construyeron eran buenos conocedores del terreno; sus pies lo habían hollado infinitas veces. Y, antes que ellos, otros viajeros habían trazado aquellos primitivos senderos, tan repetidamente recorridos, que los sabían de memoria.

Desde remotas generaciones, los campesinos que recogían hierba en las faldas de las montañas habían ido abriendo los más atrevidos senderos para transitar por esas abruptas cuestas. Y lo mismo habían hecho generaciones y generaciones de

comerciantes, tras sus mulas cargadas en marcha hacia poniente, donde iban a vender sus mercancías y a comprar otras para ser vendidas en su tierra, buscando los caminos más accesibles, en su empeño de escalar la cordillera de la región Oeste.

—Se consultó a varios ingenieros extranjeros sobre el tiempo requerido para abrir esta Gran Ruta —dijo Charlie—. En consonancia con los medios de que se disponía, contestaron que precisarían bastantes años. Pero el Presidente contestó que no era cuestión de años, sino de meses. «Nos serviremos de nuestras propias herramientas», dijo. Y así fue; al abrirse la Gran Ruta al tráfico, sólo habían transcurrido unos meses desde que se iniciara el trabajo.

Su mirada no se apartaba de la carretera.

—Me siento orgulloso de ella —dijo.

Mayli le miró y vio sus ojos llenos de lágrimas. Calló, emocionada, no sabiendo qué decir.

Mediada la mañana llegaron a un punto donde el día anterior una bomba enemiga había caído en mitad de la carretera, abriendo un hoyo profundo. Hombres y mujeres, que si no eran los mismos eran similares a los que la habían construido, estaban atareados reparándola.

Cuando el camión se detuvo, Mayli se apeó para desentumecer un poco las piernas y recomendó a las enfermeras que hicieran lo mismo, pues tardarían un rato en reanudar la marcha.

¿Quién era aquella gente vestida con gastadas ropas azules, que trabajaba afanosamente?

Se acercó a una mujer que estaba sentada en el suelo machacando piedras con otra más dura. Era joven; el polvo de las piedras le cubría la cara y pelo y hacía que este último pareciera gris. De sus cejas colgaban minúsculas partículas pétreas. Sobre sus hombros formaban una espesa capa. A su lado, dormía una criatura metida en un viejo cesto tapado con un roto cubrecama.

Ante Mayli, la mujer alzó tímidamente la vista, dudando de si se trataba de una compatriota o de una extranjera.

Mayli le preguntó con amabilidad:

—¿Ha comido usted ya?

En el Norte, esa pregunta equivalía a una forma corriente de saludo; pero, como la mujer lo ignoraba, respondió:

—He trabajado toda la noche y como mientras trabajo.

En vista de que Mayli hablaba el chino, en su cara polvorienta apareció una amplia sonrisa que mostró una fila de dientes blancos y similares.

—¿Y el niño? —inquirió Mayli, asombrada.

—Duerme muy bien. Duerme aquí mismo —respondió la mujer, riendo.

—¿Y su familia?

—Se compone de mi marido y los dos viejos. Todos trabajamos aquí. También trabajábamos en la ruta cuando la hicieron.

—¿Y usted hacía el mismo trabajo?

—Yo machaco la piedra; mi marido acarrea tierra. Las muchachas trituran piedras. —Y señaló a una joven que estaba parada contemplando a Mayli.

—¿Quién es su marido?

La mujer señaló con la cabeza a un hombre que cavaba con el pico. Luego llenaba unos cestos de bambú, atados a cada punta de una vara, y, cargándolos sobre sus hombros, iba a echar su contenido en el hoyo.

—Vivimos cerca —siguió diciendo la mujer, haciendo una nueva señal con la cabeza—. Cuando nos reclaman para trabajar en la carretera, acudimos todos. El enemigo hará todos los hoyos que quiera, pero nosotros los colmaremos en seguida.

Y, así diciendo, rió, mostrando sus dientes, que brillaban en su cara polvorienta, pero sin dejar de picar piedra.

Hombres y mujeres trabajaban con ardor y parecían habituados a este trabajo. En menos de una hora cubrieron con tierra y piedra una parte del hoyo, por la que pudo pasar el tráfico.

—Ésa es la gente a que yo pertenezco —dijo Charlie cuando estuvieron en marcha.

—¿Sus padres eran como esos campesinos? —preguntó Mayli.

El chófer apretó los dientes y contestó brevemente:

—Mis padres son el mismo pueblo.

Era imposible que aquel espíritu reservado fuera explícito. Durante todo el día apenas si hablaron palabra.

El camino pasaba ahora a una altura tan impresionante que, si Mayli hubiera sufrido de vértigo, no las tuviera todas consigo. Más que correr por él, se sentía la sensación de volar por los aires. Algunas de las enfermeras se sentían indispuestas a consecuencia de la excesiva altura. Se produjeron algunos vómitos. Pero nadie se quejó para no perturbar la marcha, que bastante difícil se presentaba.

La carretera corría por un largo saliente de la montaña. Mayli miró atrás y vio que An-lan estaba pálida y descompuesta. Realmente, infundía terror ese saliente cortado a pico. Gritó preguntando a la enfermera si no estaba en condiciones de seguir el viaje.

Tenía la boca reseca y no pudo contestar. Hizo simplemente un gesto afirmativo con la cabeza.

—¿Qué pasa? —preguntó Charlie.

—An-lan está verde de pánico —contestó Mayli—. Pero aquí no es prudente detenernos.

—En efecto —añadió Charlie, sin dejar de fijarse en el paso peligroso.

Realmente era el trozo de trayecto más arriesgado de la ruta. Y buena prueba de ello los restos destrozados de coches y camiones despeñados al fondo de aquellos precipicios, sea en uno u otro lado de la montaña.

La gente del país se aprovechaba de esos valiosos despojos, de los que sacaban

todas las partes metálicas aprovechables. El metal era sumamente apreciado, sobre todo en un pueblo de los alrededores donde se detuvieron un día y que era famoso desde hacía siglos por la fabricación de sus tijeras; durante esta guerra, su industria se vio beneficiada indirectamente.

Era mediodía cuando se detuvieron en él. Mayli y las enfermeras deseaban ver las tijeras, que resultaron tan bien modeladas y fabricadas con tanto arte y habilidad que quisieron comprar un par, lo que hicieron después del almuerzo. Mayli dio con una pequeña y afilada que ostentaba unas mariposas labradas. No la necesitaba, pero no pudo resistir la tentación de adquirirla.

—¡Qué hojas tan afiladas! —dijo al tendero, que se dedicaba exclusivamente a la venta de tijeras.

—Eso se debe a que son fabricadas con acero extranjero.

Y poniéndose unas gafas con montura de oro y cogiendo las tijeras se dispuso a explicar a Mayli las características de su fabricación.

—¿Y cómo consiguen este acero?

—¡Qué impacientes son las mujeres! —dijo el tendero como riñéndola—. Ya se lo diré. El acero es sacado de los vehículos caídos en los precipicios de la Gran Ruta. Esos camiones han sido construidos en el país de Mei, donde el hierro es mezclado con otros metales, consiguiendo así un acero mucho más duro que el nuestro. Me gustaría saber el secreto de su fabricación. Actualmente, hemos podido fabricar así las mejores tijeras, y eso que las de nuestro pueblo son famosas desde hace siglos.

—He vivido en el país de Mei. Ellos lo llaman Estados Unidos de América —comentó Mayli sonriente—. Conozco sus enormes hornos, donde funden el metal.

Y siguió contando al tendero, que la escuchaba maravillado y con los ojos muy abiertos, cómo había visitado las grandes fundiciones de acero en una ocasión que visitó a una compañera de colegio que vivía en Pittsburgh.

—Puedo asegurarle que es digno de verse. Los hornos son más grandes que una casa y el metal sale de ellos como agua. En cuanto a las aleaciones, no sé nada. Sólo me fijé en la grandiosidad del espectáculo que tenía ante mis ojos.

Mientras el tendero escuchaba a Mayli envolvió la tijera en un papel fino, y meneando la cabeza dijo con aire meditabundo.

—Los extranjeros saben todo lo que puede hacerse con los metales y sobre todo con el acero. Vuelan en sus aviones como si cada cual dispusiera de uno. A veces los veo volar por encima de nosotros.

Salen de detrás de las montañas y son tan imponentes que espantan a los mismos demonios. ¡Y cómo dispara el enemigo cuando vienen! Pero ¿qué clase de hombres manejan esos monstruos? En un principio creía que, por lo menos, medían diez pies de altura y eran fuertes como águilas. Ahora que he visto los del campo de aviación del pueblo vecino, he comprobado que son jóvenes, vivarachos y bulliciosos como cualquier muchacho. Bajan del cielo y descienden a la tierra porque tienen hambre —dijo riendo y quitándose las gafas—. Son como chiquillos haciendo juegos mágicos

—concluyó amablemente.

Parecía inteligente. Mayli se sintió humilde ante aquel hombre que había pasado la vida entre sus tijeras y que nunca había salido de su pueblo. Se despidió del viejo y salió con su compra, reflexionando sobre sus palabras.

Al día siguiente por la tarde y mientras pasaban por un sitio peligroso, aparecieron de improviso en el cielo, y detrás de las montañas, diecisiete aviones japoneses. El día era claro y el cielo despejado. Era imposible ocultarse en ningún refugio. A su lado, a ambos lados de la carretera, se abrían precipicios de más de mil pies de profundidad y, más arriba, las altas crestas de las montañas parecían escalar el cielo. No contaban con ninguna cueva, ni con alguna roca lo bastante grande para ocultarse detrás. Por otra parte, no había tiempo para esconderse. Los aviones se precipitaban sobre ellos como dragones furiosos. Lo mismo daba detenerse que acelerar la marcha.

—Aunque nos detuviéramos y nos refugiáramos bajo los camiones, no nos serviría de nada —dijo Charlie gruñendo y apretando el acelerador.

El camión aumentó la velocidad, tambaleándose de un lado para otro. Los fatídicos aparatos descendían casi verticalmente y el intenso rugido de sus motores atronaba los valles. Mayli se asió enérgicamente al asiento y afirmó los pies en el suelo del camión. Se daba perfecta cuenta del peligro y sabía que de un momento a otro toda la columna podía convertirse en fragmentos de acero, madera y carne humana despeñándose al fondo de un precipicio. Súbitamente aparecieron, descendiendo de las alturas, cuatro aviones que se lanzaron sobre los de los japoneses. Volaban velocísimos. Tan pronto se remontaban como descendían, esquivando el fuego de las ametralladoras enemigas. La lucha duró poco, pero pareció interminable. El enemigo, abandonando su objetivo primitivo, se lanzó al ataque contra los cuatro aviones. Pasaron unos momentos que parecieron siglos, y, cuando ya habían caído en el fondo de los valles seis aviones japoneses, los restantes emprendieron la fuga sin haber arrojado una sola bomba.

Charlie, entonces, paró el camión. El enemigo había huido en la dirección que debían seguir y, en consecuencia, era prudente detenerse unos momentos. Los demás camiones hicieron lo mismo.

Charlie, con la voz temblorosa y los ojos brillantes, dijo:

—Son los Tigres Voladores.

La escena había durado unos diez minutos escasos. No obstante, Mayli tenía la impresión de que había durado horas. Sentíase el cuerpo dolorido. Se miró las manos y vio que sangraban, se las había dañado con los costados metálicos del asiento. Antes de ocuparse de ellas fue distraída por el nuevo rugido de un avión que pasó volando muy cerca de ellos. Era un aparato pequeño y a una de sus ventanillas se asomó sonriente un joven americano. Agitó la mano y ascendió de nuevo para desaparecer detrás de las montañas. Mayli recordó las palabras del viejo tendero: «Chiquillos haciendo juegos mágicos».

... Pero todavía fue más extraño lo que les sucedió el último día de viaje siguiendo la ruta de Birmania. Sus ojos estaban hechizados de las múltiples bellezas que rodeaban las montañas y los valles y de las imponentes cascadas que caían desde cientos de pies de altura. Era imposible abarcar a la vez toda la grandiosa hermosura del paisaje. Por las noches acampaban en algún puesto encaramado en la escarpada cima de un peñasco o en algún templo situado en el fondo de un pequeño valle. A medida que avanzaban, fueron dejando atrás las elevadas montañas, que iban convirtiéndose en apacibles colinas. El aire no era tan frío. Reaparecieron las plantaciones de bambúes y los helechos y lirios que crecían en los bordes de los sembrados. Y pronto llegaron a las llanuras que conducían a Birmania, donde aconteció un suceso inesperado.

Una noche acamparon en un pueblo casi tan pequeño como una aldea. Mayli había conseguido alojar a las enfermeras y disponía de unos momentos para satisfacer sus ansias de ver cosas nuevas. Se encaminó hacia el templo. Los hombres acampaban en tiendas, en las afueras de la población. Mientras permanecía parada en una calle, vio acercarse a un grupo de muchachas que pertenecían a otra división. Se había enterado, al entregar el informe diario a Chung, que otro regimiento acampaba en el pueblo, cuyos soldados estaban abatidos por la malaria. Por la noche debía visitarlos y ver qué podía hacer con ellos. Estaban en el lado opuesto del pueblo, a fin de evitar los posibles contagios. ¿Malaria?, había preguntado Mayli, asombrada. Chung, viendo que ella desconocía esa enfermedad, le explicó el mal y sus efectos, más temibles y eficaces que la acción del enemigo. Atemorizada, Mayli le preguntó qué debía hacer para preservar a sus enfermeras, a lo que le contestó que debía evitar que fueran picadas por los mosquitos.

Mayli previno en seguida a sus compañeras. Mientras les daba instrucciones, se les acercó un sacerdote que les aconsejó que antes de acostarse quemaran incienso, a fin de ahuyentar a los demonios que traían la enfermedad y que no podían resistir el incienso quemado en honor de los dioses. A continuación acudió con un puñado de incienso que echó sobre un improvisado fuego de papeles encendidos. Realizado ése acto preventivo, Mayli salió a la calle y contemplaba el movimiento de la gente del pueblo, cuando vio venir a las muchachas desconocidas, entre cuyas voces creyó reconocer el timbre de una que le era conocido. Se fijó en sus caras y distinguió a la hermana menor de Sheng, la pequeña Pansiao, a quien, muchos meses atrás, había dejado en el colegio de las montañas, donde enseñó durante un tiempo. A pesar de estar convencida de que se trataba de ella, se preguntaba si era posible que se encontrara en aquel lugar. Al pasar junto a ella, Mayli llamóla en voz baja:

—¡Pansiao!

La muchacha reconocida se detuvo y, volviéndose hacia Mayli, se la quedó mirando con ojos muy abiertos. En efecto: era Pansiao.

—¡Oh! —gritó—. ¿Eres tú?

Salió del grupo y, cogiendo ambas manos de Mayli, las oprimió contra su pecho, sin dejar de mirarla y sonreír, diciéndole:

—¿Dónde fuiste al dejamos? ¡Si supieras cuánto te encontré a faltar! Por culpa tuya hui del colegio, por lo que nos dijiste. ¿Te acuerdas que no quisiste que leyéramos Paul Revere?

—Claro que me acuerdo —dijo Mayli riendo—. Ven conmigo adentro.

Pansiao, dirigiéndose a sus compañeras, que contemplaban la escena asombradas, les dijo con alegría:

—Es mi amiga. Es mi maestra. Es decir, lo fue.

—Entren todas —dijo Mayli.

Las muchachas la siguieron y se sentaron en los peldaños de mármol del templo. Pansiao explicó cómo había huido de *miss* Freem, escapándose de la escuela de la montaña.

—Seis compañeras decidimos escapar porque estábamos cansadas del colegio —dijo—. Unas seguimos un camino; otras, otro. Fue muy fácil. Viendo que mucha gente se dirigía al Sur, la seguí. El ejército estaba cerca. Me presenté para alistarme. Me acogieron muy bien y me dieron de comer.

Su aspecto era fresco y candoroso, con sus rojas mejillas y sus suaves ojos castaños, pareciendo todavía más niña que cuando Mayli la conoció. Ahora estaba mucho más delgada y sus músculos se habían endurecido. Mayli no dejaba de mirarla, sonriendo con ternura. Además del cariño que sentía, por ella no dejaba de recordar que era hermana de Sheng y que ella fue la primera a quien oyó pronunciar su nombre.

—Tu hermano también está camino de Birmania. ¿Ya lo sabes? —le preguntó.

—¿Quieres decir mi tercer hermano? —preguntó Pansiao palmoteando.

—Sí, a él me refiero.

Pansiao se acercó a Mayli.

—¿Tú no te has...?

—No, no me he casado —contestó Mayli ruborizándose. Y recordó el afán con que Pansiao se propuso casarla con su hermano.

—Él tampoco se ha casado, ¿verdad? —preguntó con cierto temor.

—No, tampoco —dijo Mayli, sintiendo que su rostro se ponía de mil colores ante la mirada escrutadora de la muchacha.

Decidió hablar de otras cosas y preguntó a Pansiao:

—¿Dónde irás ahora?

—No lo sé. No nos han dicho nada.

—¿Te gustaría unirte con nosotros y marchar hacia el Oeste?

—¡Oh! ¡Me gustaría ir contigo!

—Entonces, intentaré conseguirlo —contestó Mayli, diciéndose que le sería muy agradable tener a su lado a la hermana de Sheng.

Alargó la mano y cogió la de Pansiao, diciéndole:

—Ahora vete, y vuelve mañana con tus cosas. Esta noche hablaré con mis superiores y les pediré que te dejen venir con nosotros..., conmigo.

—¡Ah! ¿Y si no lo permiten? —preguntó Pansiao con temor.

—No lo creo —contestó Mayli sonriendo y con la convicción del que está acostumbrado a conseguir lo que se propone.

Pansiao se levantó dando un brinco.

—Ahora mismo prepararé mis cosas —dijo, e inclinándose ante Mayli, le rogó implorante—:

¡Déjame volver esta misma noche!

¿Quién podía negarse a semejante cariño?

—Bien. Ven —dijo—. En realidad, será mejor, pues nosotros madrugamos mucho.

CAPITULO IX

Mientras transcurrían esos días, Sheng y sus hombres permanecían impacientes y malhumorados, esperando junto a la frontera de Birmania. Habían hecho todo el recorrido a pie, a una media de treinta millas diarias. Habían subido la cordillera, helándose durante las noches y sufriendo un calor tórrido durante el día. Cada soldado llevaba su fusil con la bayoneta calada, un paquete con la comida para tres días, una cantimplora con agua, un casco, un par de zapatos de repuesto, un pico, veinte balas y dos granadas de mano. Junto a ellos les seguían los hombres cargados con las vituallas, y, a pesar de que cada uno llevaba una carga de ochenta libras de arroz, Sheng no tuvo nunca necesidad de forzarlos a la marcha ni se retrasaron en ninguna ocasión. Iban a la vanguardia, y otras tropas ya se habían situado en posiciones al Norte y al Sur de las que ellos ocupaban. Sheng había observado cuidadosamente los sitios por donde había pasado, estudiando las características del terreno y la gente, y se fijó con especial cuidado en los puntos donde abundaban los alimentos y en los que estaban faltos de ellos. Incluso en los pueblos en los que escaseaba la comida, también se la facilitaban. Y en todas partes habían sido bien recibidos y les habían ofrecido cuanto teman.

La columna de Sheng llegó a la frontera de Birmania el día previsto y sólo con un retraso de seis horas. Los soldados estaban cansados y cubiertos de barro; sin embargo, sólo deseaban entrar en lucha con el enemigo. No sería la primera vez que combatirían contra los japoneses. Conocían perfectamente a sus enemigos. Todos disponían de fusiles modernos de acuerdo con las órdenes del Supremo de que todos los soldados habían de ser equipados de nuevo. Esos fusiles eran considerados por la tropa como obsequios personales y por eso los cuidaban con el mayor esmero. Algunas noches durmieron en el barro, pero resguardaron sus fusiles. Lo mismo ocurría con la artillería pesada, que, después de haber atravesado los desfiladeros de las montañas, brillaba como recién limpiada, dispuesta a entrar en fuego al primer momento. Había otra fuerza que animaba a esos soldados. A su salida, el general reunió a todas sus tropas en el secreto más absoluto, a fin de que ningún espía pudiera revelar los planes de campaña al enemigo, y les explicó el motivo por el que lucharían. No constituían un ejército que salía simplemente a combatir sin saber dónde ni por qué. El general, situado al frente de sus soldados, les había arengado en tono solemne:

—Marchamos como demostración de la fe que nuestros jefes han puesto en la alianza de las naciones que se han unido para combatir al enemigo común. Nuestro Presidente ha dispuesto que todas nuestras fuerzas sean lanzadas a la lucha para aniquilar la tiranía que se pretende imponer al mundo. Nos corresponde ocupar nuestro sitio en el esfuerzo conjunto que arrastra a todas las naciones libres a esta

contienda mundial.

Los jóvenes soldados no olvidarían nunca esas palabras. Sabían que debían resistir, a costa de sus vidas si era preciso, porque de esta resistencia dependía el honor y la salvación de su país, además de la palabra que su jefe había empeñado ante los extranjeros que eran sus aliados. Para Sheng era casi dolorosa la visión de esos jóvenes soldados que diariamente cumplían sus deberes con renovados bríos, movidos por el orgullo que les daba el saber que habían de sostener el honor de su patria. Porque él sabía que, a pesar de las palabras claras y seguras del general, nadie, ni él mismo, estaba seguro de lo que había dicho, antes al contrario, todos estaban agobiados por las dudas y los recelos. Poco antes de la partida y encontrándose solos, el general había confesado a Sheng:

—¡Quisiera tener la misma fe de nuestro jefe y estar convencido de que no vamos a traicionar a nuestros soldados!

Esas palabras habían torturado la mente de Sheng durante toda la marcha a través de valles y desfiladeros. Cada día, al atardecer, reunía a la tropa y la exhortaba al cumplimiento de su deber. Él también les repetía la imperiosa necesidad de luchar al lado de sus aliados, a fin de que todos los que hasta ahora les habían considerado débiles e inferiores comprobaran la fuerza que tenían y los recursos con que contaban.

Muchas veces, durante su vida, recordaría estos atardecidos. Antes de caer la noche se detenían en el lugar donde se encontraban, pues era imposible, en plena oscuridad y sólo alumbrados por las estrellas o la luna, seguir avanzando hasta encontrar un refugio apropiado por entre aquellos desfiladeros que parecían extenderse hasta el infinito. Si la suerte les favorecía, a veces llegaban hasta un templo o una aldehuela situada en plena montaña. Al anochecer, después de haber comido y descansado unos momentos, los soldados, antes de dormir, se agrupaban alrededor de Sheng. Con palabras sencillas, éste comentaba lo sucedido durante el día, observándoles los detalles que deseaba ver superados en la próxima jornada. Atendía todas las preguntas y quejas que se le formulaban. Y, finalmente, como corolario, volvía a recordarles la misión que se les había confiado, poco más o menos en estos términos:

—No hemos de considerarnos unos vulgares soldados. En otros tiempos, el soldado era tenido en muy poca estima, pues era un simple mercenario que se vendía al que mejor pagaba. Nosotros somos hombres de otra clase. Yo mismo soy hijo de un agricultor. Mi padre, tiempo atrás, disfrutaba de una buena posición y tanto mis dos hermanos mayores como yo siempre tuvimos lo necesario. Las cosechas eran siempre muy abundantes en aquellas tierras, regadas por las aguas del río que ahora está en poder del enemigo. Ahora estoy aquí y nada poseo. Mejor dicho, sólo poseo el grado que he conseguido. Yo os aseguro que lo mismo cuando era guerrillero en las colinas que ahora que lucho como soldado, no he sido dominado más que por un solo propósito, y una única esperanza: matar tantos enemigos como pueda. Si he llegado al

sitio que ocupó, ha sido porque la suerte me ha favorecido. Pero no porque creáis que soy mejor que cualquiera de vosotros. Todos somos hermanos e iguales en esta guerra. Por ser jóvenes y fuertes y porque no tememos a la muerte, hemos sido elegidos expresamente por el Supremo como sus mejores soldados, a fin de que demos a los blancos de lo que somos capaces. Pase lo que pase, ninguno de vosotros debe pensar en retroceder, aunque le cueste la vida.

—Eso ya lo sabemos; no tema —contestaban los soldados—. Puede llevarnos donde quiera, que le seguiremos.

—Si yo cayese —decía Sheng gravemente—, cada uno de vosotros deberá obrar por cuenta propia, de acuerdo con las enseñanzas que ha recibido y comportarse de la misma manera que lo haría un jefe. Es mucho más importante de lo que imagináis, para conseguir el éxito, la forma en que os comportéis durante la lucha. Debéis recordar que nuestros aliados han de ver representado en nosotros a nuestro pueblo. Si así lo hacemos, nos permitirán ocupar el lugar que en el mundo nos corresponde.

Con palabras más o menos parecidas, cada día exponía a sus hombres la misión que les incumbía ante sus aliados extranjeros y les recordaba que debían cumplir debidamente, en la parte que les correspondía, para derrotar al enemigo. Algunas veces, cuando pernoctaban en una aldea o en un templo, aumentaba el número de oyentes. Los sacerdotes, con sus túnicas grises o de color azafrañado, permanecían en silencio escuchando atentamente. Los campesinos muchas veces acudían con sus hijos, por la mañana, y abandonaban la aldea para seguirlos, emocionados por las palabras de Sheng y convencidos de la necesidad de hacer algo en beneficio de su país. Sheng no les prohibía seguirlo. Tiempo atrás, él había hecho lo mismo. Y era más seguro que, si un ejército como el suyo hubiese pasado por su aldea, se hubiera unido a él. Esos jóvenes campesinos no estaban entrenados y por eso los agregaba al cuerpo de los acarreadores.

Tal había sido la marcha, hasta llegar al otro lado de las montañas y situarse junto a la frontera con Birmania.

Sheng había supuesto que en cuanto llegaran a este país empezaría la lucha. Y siempre que sus soldados le preguntaban qué instrucciones había para el momento en que llegaran a la frontera, él les había contestado que lo sabrían cuando la alcanzaran.

—Cuando lleguemos, el comandante extranjero, bajo cuyas órdenes debemos colocarnos, nos indicará sus instrucciones. Pero no habrá descanso ni esperas; el enemigo está en Tailandia y ya ha conquistado el Sur. Supongo que el hombre de Mei nos mandará un mensaje señalando nuestra misión.

La confianza del Supremo era tan ilimitada en sus aliados extranjeros que no vaciló en confiar sus mejores tropas al mando de uno de ellos. ¿Quién no conocía a ese hombre? Todos los soldados de la compañía de Sheng habían oído su nombre; pero ninguno lo había visto personalmente. Pedían a Sheng detalles de su persona, que nunca les pudo dar porque tampoco lo conocía. El general les había dicho simplemente: «Vamos a luchar bajo las órdenes de un hombre del país de Mei».

Sheng lo había oído el mismo día en que vio a Mayli por última vez, abrigada en su capa cuando salía de su despacho. En aquel momento su cabeza estaba trastornada por ideas muy distintas; pero, no obstante, se fijó lo suficiente en las palabras del general, para preguntarle:

—¿Por qué el Presidente nos pone bajo el mando de un extranjero?

—En esta guerra hay muchos detalles que es imposible comprender —repuso el general—. Cada cosa tenemos que explicárnosla a nuestro modo. Quizá los hombres de Ying sepan discutir con él mejor que nosotros.

Y al decir esas palabras su boca se contrajo en una amarga mueca. Poco después añadió:

—Los hombres de Ying sólo tienen un lenguaje: el suyo.

Los demás oficiales que se hallaban junto a Sheng callaron ante semejantes razones, pero se decían que ciertamente era muy extraño que tuvieran que luchar a las órdenes de un extranjero. Pero nada podían hacer, sino aceptar las disposiciones impuestas por el Presidente.

—¿Ese blanco —pidió Sheng unos instantes después— podemos confiar en que será un buen hombre?

—Solamente lo he visto dos veces —replicó el general—, y apenas hablé con él. Me pareció buen sujeto. Es alto y delgado, no muy joven. Se comporta con sus soldados como si fuera un compañero, sin aparentar superioridad, y lo mismo hizo con nosotros. Los que le conocen íntimamente dicen que durante las batallas se quita la guerrera y se mete entre las filas de sus hombres. No es como los hombres de Ying, que tienen la pretensión de que incluso los moribundos deben cuadrarse ante un superior. Por lo menos, así lo dicen.

—¿Y cómo entenderemos a ese extranjero? —preguntó otro oficial.

—Habla nuestro idioma —repuso el general.

A continuación se inclinó sobre el escritorio, miró fijamente las caras de sus jóvenes subordinados y añadió:

—Creo que podremos confiar en él y seguirle.

Pero no representa la autoridad máxima. Él también está a las órdenes de otro. Nosotros estaremos bajo las suyas.

Los oficiales se sintieron intrigados, fijándose en su expresión e intentando adivinar el significado de sus últimas palabras. Esperaban que dijera algo más para comprenderlo mejor; pero, dando un puñetazo sobre la mesa, sólo agregó:

—Ya les he informado. Ésas son mis instrucciones.

Salieron del despacho y Sheng ya no tuvo nueva ocasión de verle.

En estos momentos se preguntaba ansiosamente cómo se desarrollaría la campaña de Birmania. Durante esos días de marcha no había recibido ninguna noticia. ¿Dónde estaría el enemigo? ¿Resistirían todavía los blancos? Si conseguían mantenerse en Rangún, en la bahía de Bengala, quizá podrían avanzar, mientras los chinos cubrirían el camino de Lashio y todo el Norte. En consecuencia, los japoneses se verían

precisados a situarse a cientos de millas de Bangkok.

Pero, llegado a la frontera de Birmania, Sheng se encontró igualmente sin noticias. El país estaba tranquilo, como si no hubiese guerra. Llevó a sus hombres hasta un pequeño poblado fronterizo, cuyos habitantes les contemplaron entre asombrados y temerosos, pues eran las primeras tropas que veían.

La población acusaba manifiesta mezcolanza: chinos, birmanos y miembros de distintas tribus. No obstante, era fácil distinguirlos. Los birmanos tenían la tez más oscura que los chinos, caminaban con más ligereza y sus maneras acusaban una cierta jovialidad. Chinos y birmanos vivían en perfecta armonía, aunque se notaba un cierto recelo mutuo. Los chinos eran más astutos e inteligentes que los birmanos para los negocios, lo cual molestaba a los últimos, pues, aunque vieran que los chinos trabajaban más y se enriquecían, no por eso les consideraban con mayor estima, antes al contrario. Y, aunque la gente de los dos pueblos concertaba matrimonios mixtos y aunque vivieran casi juntos y a veces en la misma casa, los birmanos mantenían una secreta envidia contra los chinos, viendo cómo se enriquecían. En cambio, éstos sentían cierto desprecio respecto a los birmanos, sobre todo por considerarlos demasiado amigos de los placeres.

Sheng notó muy pronto este estado de cosas. La tarde de su llegada, mientras paseaba por las calles del pueblo, tuvo oportunidad de comprobarlo al detenerse ante una tienda y preguntar el precio de una confitura.

Durante los días de la marcha sólo había comido arroz, pescado seco y algunas verduras, cuando las había encontrado en los lugares por donde pasaban, y por eso ahora le apetecía comer algo dulce. El tendero, que era birmano, le miró con ceño y dijo el precio en voz tan baja que Sheng, no oyéndole, le preguntó llanamente:

—¿Quiere vendérmelo o no?

El birmano, en un chino perfecto, le replicó:

—Nada me importa quién coma mis golosinas, mientras me las pague. Pero ¿cómo sé yo si me la pagará? Los chinos ya me han estafado otras veces.

Ante estas palabras, Sheng, ofendido, arrojó con violencia una moneda sobre el mostrador. El birmano cambió en seguida de actitud, volviéndose amable y servicial. No podía permanecer enojado mucho tiempo. Envolvió el dulce y se lo entregó a Sheng, diciéndole:

—No se moleste. Cuando un hombre ha sido mordido dos veces por el mismo perro, sería más que tonto si no esperara que la tercera vez ocurriera lo mismo.

—¿Qué perro? —inquirió Sheng sin comprender—. ¿Ha sido mordido usted?

El birmano se encogió ligeramente de hombros:

—Cuando se haya internado en el país comprenderá lo que le he dicho. Los birmanos somos aplastados por los chinos y los ingleses, de la misma manera que un mendigo lo hace con sus piojos, entre su pulgar y su índice.

—¿Ingleses? —preguntó Sheng, que oía por primera vez esta palabra extranjera.

—Los chinos les llaman los hombres de Ying —contestó el tendero—. Los

ingleses nos gobiernan para aprovecharse, y los chinos acaparan nuestro comercio. En realidad, les odiamos por igual.

Dicho esto emitió una sonora carcajada y, rascándose la cabeza, escupió en el suelo, restregándolo después con el pie, sintiéndose muy satisfecho.

Sheng cogió el paquete y salió pensativo de la tienda. Una vez en la calle lo desenvolvió y empezó a mordisquear la golosina, saboreándola.

Realmente, las tiendas de la calle que aparentaban mayor prosperidad, por lo general, pertenecían a los chinos. Se detuvo ante otra tienda y compró un par de calcetines de algodón, para sustituir los que se le habían roto a consecuencia de la marcha. En el mostrador había un hombre de mediana edad. Como era chino, Sheng empezó a hablarle y en seguida supo que era de la otra parte de la Gran Ruta y que hacía muy poco tiempo que se había establecido allí.

—Ha prosperado usted muy pronto —dijo Sheng, mirando a su alrededor.

La tienda, aunque pequeña, estaba bien surtida.

—Aquí puede prosperar todo el mundo. La gente gasta el dinero con mucha facilidad. Es amiga de las chucherías brillantes y del lujo. Además, son poco amantes del trabajo. Disfrutan en comer, dormir y reír siempre. Son como niños...

«Pero niños perversos y peligrosos», comentó Sheng por la noche, pues al llegar al campamento uno de sus soldados le había preguntado:

—¿Está usted herido, Hermano Mayor?

—Seguro que no —había contestado Sheng—. ¿Por qué me lo pregunta?

—Lleva una mancha de sangre en la espalda.

Sheng se quitó la guerrera y vio una gran mancha roja que, examinada detenidamente, le demostró que alguien, que mascaba roja semilla de betel, le había escupido encima mientras paseaba por la calle. Sheng se desató jurando y maldiciendo, pero no tuvo más remedio que lavar la mancha, pues era la única guerrera que poseía.

Por la noche se puso a estudiar el mapa de Birmania. Varias veces lo había examinado, pero en esta ocasión lo hizo con más detenimiento. Durante los últimos días había comprobado que cuando entrasen en Birmania no serían bien recibidos. «Odiamos a los ingleses y a los chinos por igual», le había dicho el birmano. «¿Qué significaría eso?», se preguntaba Sheng ensimismado.

Estuvo sentado mucho rato, examinando el mapa y fijándose en los nombres impresos. Como ahora ya sabía leer perfectamente, comprendía el mapa. Birmania se podía dividir en dos partes distintas, pues aparecía formada por dos mitades completamente diferentes. La mayor parte del Norte, donde el gran río Irawaddy alcanzaba su mayor anchura, estaba formada por montañas y colinas que corrían como largas cadenas de Norte a Sur. Según el mapa, en esas colinas habitaban diversas tribus que vivían en la selva. Sheng se preguntaba cómo serían esas tribus y si les recibirían como amigos o como enemigos, y echaba pestes contra los mapas, que a pesar de indicar que en el Norte de Birmania las montañas contenían petróleo o

que en determinadas regiones podían encontrarse piedras preciosas, esmeraldas, rubíes y la clase más fina y apreciada de jade verde, en cambio, no daban ninguna referencia sobre la gente que vivía en esas regiones, y si era pacífica o belicosa.

En la parte sur, en la que el Irawaddy se abría ampliamente, el terreno aparecía bajo un aspecto completamente distinto. El suelo era llano y cultivado. En él se cosechaba el arroz más blanco y mejor. La parte sur del país se extendía unas mil millas a lo largo del mar. Centenares de islas estaban diseminadas junto a la costa. Pero Sheng no sabía nada de sus habitantes, ya que el mapa tampoco hablaba de ellos.

Finalmente arrolló el mapa y, envolviéndose en las mantas, se tendió en la oscuridad, pensando en la próxima campaña.

El pueblo donde estaban acampados casi se encontraba en la línea divisoria de las dos partes de Birmania. Mas para Sheng era evidente que, tanto si avanzaba hacia el Norte como si hacia el Sur, penetrarían en un país desconocido.

En plena noche despertó súbitamente, acometido por un repentino temor. El temor de la suerte que les aguardaba en esta tierra desconocida, en medio de tanta selva profunda y enmarañada y con sólo unos pocos caminos transitables. Aunque llegaban como aliados de unos hombres que gobernaban el país desde hacía muchos años, estos hombres eran odiados por sus habitantes. Y es que, en realidad, ningún pueblo puede amar a sus gobernantes extranjeros.

También pensó con ansiedad en la llegada del general. Decidió visitarle en cuanto se presentara, para prevenirle de los peligros que había descubierto. Poco le importaba, en este momento, el comportamiento que el general hubiese observado respecto a Mayli. La hora no era propicia ni adecuada para pensar en rivalidades entre hombres, por culpa de una mujer.

Los mosquitos zumbaban a su alrededor, y aunque la noche era muy calurosa, tuvo que cubrirse totalmente con la manta. Se le había informado que los mosquitos transmitían la malaria, y a pesar de que lo dudaba, pues durante toda su vida había sido picado por mosquitos desde la primavera hasta que desaparecían con el invierno, era preferible precaverse. También entraba en lo posible que los mosquitos de un país tan distante fuesen distintos de los de su casa y resultaran venenosos.

Abrigado en su manta y sudando copiosamente, no podía conciliar el sueño y pasaba las horas evocando recuerdos de su vida en la casa paterna. Recordaba a sus hermanos, a Jade, a su madre, a la pobre Orquídea, tan cruelmente asesinada, y a Mayli en su casita de Kunming. Parecía como si aún la viera junto a la ventana de su dormitorio. Esta imagen permanecía tan fija en sus pupilas cerradas que, por unos momentos, su cuerpo joven y vigoroso vibró intensamente. Este recuerdo le torturaba dolorosamente y se dijo que le era indispensable alejar a Mayli de su pensamiento. Tal vez no la vería nunca más; era conveniente admitir semejante posibilidad. Nada ganaba sufriendo con su recuerdo, puesto que tan lejos se hallaba de su lado. Lo más oportuno era olvidar su vida pasada y sólo aplicar su cerebro y todas sus energías a la

lucha que se avecinaba. Había jurado no pensar en mujeres hasta la victoria definitiva y casi todos sus soldados habían hecho el mismo voto. Si alguno de sus hombres, que no compartía el mismo criterio, era sorprendido rondando a una mujer, se sentía cohibido.

Repitiéndose el juramento, Sheng recuperó la tranquilidad y pronto volvió a dormirse.

A la mañana siguiente fue informado de la llegada del general y antes de entrevistarse con él se dirigió a una casa de baños, donde dedicó una hora a su higiene. Todos los empleados del establecimiento eran birmanos o mestizos. Eran jóvenes vigorosos y apuestos, que reían alegremente, pero que desempeñaban su trabajo de una manera descuidada. Cuando Sheng entró, se le acercó un muchacho muy joven que llevaba una flor detrás de la oreja. Tenía los dientes rojos de mascar semilla de betel, y su piel, untada con aceite, brillaba. Cubría su cabeza un turbante de seda a rayas rojas y amarillas.

Cuando entró en el baño lleno de vapor, se lo quitó y su largo cabello cayó sobre sus hombros. Ante la sorpresa no disimulada de Sheng, retorció el turbante y golpeándose con él la cabeza, dijo en un chino chapurreado:

—Pertenezco a la Hermandad.

Sheng no se atrevió a preguntar a qué Hermandad se refería.

A continuación el joven se quitó la chaqueta de algodón y su cuerpo apareció tatuado. Sheng supuso que también se trataría de un signo de la Hermandad y no le interrogó sobre su significado. Los brazos delicados y esbeltos del birmano eran extraordinariamente fuertes y, a pesar de su aspecto femenino, levantaban con gran facilidad los cubos de agua caliente.

—¿Puedo preguntarle cuál es esta Hermandad? —atrevióse Sheng a pedirle, después de haber sido frotado con un cepillo y sufrir las duchas de agua caliente y fría que el joven le echaba.

El bañista tardó un rato en contestar; finalmente dijo:

—¿Ha oído usted hablar de Thakín?

—No he oído hablar de nada. Acabo de llegar.

El bañista permaneció callado larga rato.

—¿Y por qué han venido ustedes, los chinos, a ayudar a los ingleses? —preguntó después con acento zumbón.

La pregunta cogió tan de sorpresa a Sheng, que de momento no supo qué contestar. Se quedó perplejo ante el muchacho, preguntándose si también la gente más humilde pensaría tan rencorosamente.

—Solamente hemos venido con el propósito de arrojar a los japoneses, que son nuestros mutuos enemigos.

El mozo oprimió los labios y no dialogaron más.

Sheng pagó el baño y dio una propina al bañista. El birmano volvió a ponerse el turbante en la cabeza y la flor en la oreja. Sheng salió en busca del general. Lo halló

sentado ante una mesa de una pequeña habitación de la posada que utilizaban como cuartel general. Estaba enormemente cansado y debía atender múltiples asuntos a la vez. Al ver a Sheng le indicó con un gesto que aguardara un momento a fin de acabar de leer una carta. En la estancia había otros oficiales esperando. Toda su atención estaba concentrada en la carta. Acabada la lectura, la dobló y la guardó en el bolsillo y, dirigiéndose a los oficiales, murmuró:

—¿Quién de ustedes es el primero?

—Yo seré el último, Hermano Mayor —dijo Sheng.

—Entonces, siéntese.

Sheng se sentó en un banco que estaba junto a la pared, y, entretanto, esperó a que los demás entregaran sus informes y formularan sus peticiones.

Al cabo de una hora le llegó el turno. El general daba evidentes señales de agotamiento. Se echó atrás en su silla, suspiró y dijo a Sheng:

—Cierre usted la puerta, pero antes ordene que me traigan té.

Sheng pasó la orden a un soldado, que, poco rato después, regresó con una tetera con té hirviendo. El general sirvió dos tazas, indicando a Sheng que tomara la suya. Apuró su taza casi de un sorbo, volvió a llenarla y la bebió con la misma avidez. Sheng esperaba informarle de sus asuntos, pero el general no le preguntaba nada, limitándose tan sólo a consumir el contenido de la tetera. Se desabrochó el cuello de su uniforme y su cara cada vez acusaba mayor desconcierto e inquietud. Parecía muy preocupado. Finalmente sacó la carta de su bolsillo y dijo a Sheng, tendiéndosela:

—Francamente, no lo entiendo.

La carta era del jefe americano. Seguramente un secretario suyo la escribió en chino, y ordenaba al general que retuviera sus divisiones en la frontera hasta que recibiera nuevas órdenes.

—No lo entiendo —volvió a repetir, cuando Sheng la hubo leído—. Suponía que en cuanto llegáramos recibiríamos orden de partir nuevamente, y, en cambio, me llega este mensaje: Esperar una nueva orden. ¿Qué orden será y quién la dará?

Sus miradas se cruzaron.

—Si me permite aventurar una suposición, le diré que supongo que la orden vendrá de los que están por encima del americano —dijo Sheng calmadamente.

—Yo también supongo lo mismo —añadió el general con voz tajante.

CAPITULO X

Nadie puede imaginarse cuán difícil resulta tener a unos hombres ansiosos de entrar en combate y mantenerlos quietos en una espera indefinida. Aquella noche Sheng habló muy poco con el general, pues comprendió que su superior tenía la misma información que él, es decir, nada. Salió preocupado y pensativo, dejando al general ante la mesa como una estatua de piedra.

Durante los siguientes días no pasaba momento sin que alguno de sus soldados le preguntara cuándo saldrían nuevamente. Se le acercaban con cualquier pretexto y con la máxima cortesía, pero siempre andaban formulando la misma pregunta: «¿Cuándo combatiremos?». Sheng no podía contestar más que la verdad, esto es, que él tampoco lo sabía. Los soldados le miraban asombrados y alguno, más atrevido, se atrevía a indicar:

—¿Por qué no se informa, Hermano Mayor? ¿No podría preguntárselo al general?

—Tampoco lo sabe —contestaba Sheng simplemente.

Los soldados se alejaban mohínos, y rezongando, pues no se les había enseñado que debían permanecer callados ante sus jefes. Cada uno de ellos se respetaba a sí mismo y se consideraba capacitado para luchar por su propia iniciativa. Esos soldados no podían comprarse al precio que el enemigo pagaba a sus tropas, calladas y sumisas. Los hombres de Sheng sólo luchaban bien cuando sabían por qué luchaban. Estaban acostumbrados a hablar y comentar entre sí y siempre que les ocurría algo lo exponían a sus jefes, pues se consideraban hombres libres que luchaban como tales.

Precisamente por considerarse libres, ahora se sentían enojados y maldecían de la demora injustificada y protestaban contra sus superiores. Todos estaban de acuerdo en que debía marcharse hacia el interior de Birmania, sin pensar ni entretenerse en cortesías, esperando la llegada de la invitación de los ingleses, con lo que sólo se producían inútiles dilaciones.

—¿Qué maldito motivo nos detiene? —oyó decir un día Sheng a uno de sus soldados. Era mediodía, después de la comida, y los muchachos se paseaban entre los barracones, perdiendo el tiempo. Algunos soldados se entretenían remendando sus sandalias de paja, otros se afeitaban entre sí o fumaban cigarrillos. La mayoría no hacía nada, sencillamente nada. Sólo se oían voces rudas y risas. De pronto surgió una voz más potente que las demás, se produjo un murmullo y todos callaron escuchando. Después de hablar, el soldado se quedó parado, con la mirada fija en el suelo, pisoteándolo con furia. Sheng se quedó mirándolo. Era alto, fornido y hablaba con el acento gutural propio de los hombres del Norte.

—Usted no está más impaciente que yo —le dijo Sheng.

—Usted tiene un cargo importante, Hermano Mayor. Yo, en cambio, no soy más

que un soldado. Si yo fuera tan importante como usted, no esperaría más.

La cara del soldado se contrajo sonriendo y en sus brillantes ojos asomó una expresión entre irónica e impaciente.

Sheng, alejándose, dijo:

—No soy tan importante para hacer lo que más me gustaría.

Cada día aumentaba el resentimiento entre los soldados impacientes. Se producían discusiones por la menor bagatela, no sólo entre ellos, sino también con la gente de la población. Buena parte de aquellos muchachos olvidóse de sus votos y empezó a comportarse indebidamente con las mujeres y a convertirse en clientela de las prostitutas, que, ante el aumento de demanda, subieron las tarifas. Se quejaban por el menor motivo. Por otra parte, las pocas noticias que llegaban del Sur, por los que habían podido escapar, eran más que desconsoladoras. Al parecer, los ingleses seguían replegándose en masa a lo largo del río Salween y los japoneses ya lo habían cruzado en su parte inferior, apoderándose de la ciudad de Martaban. La plaza de Paan todavía seguía en poder de los ingleses, que la conservaban a base de sostener un nutrido fuego sobre los barcos japoneses, pero era muy probable que no pudieran seguir reteniendo esta posición.

Sheng escuchaba los comentarios al lado de sus soldados, cuyos rostros se ensombrecían oyendo noticias tan poco satisfactorias.

—Martaban no es realmente muy importante —dijo un día un mercader ambulante a Sheng, mientras le vendía una toalla—. Pero Martaban es el puente que los japoneses necesitan para llegar hasta Tailandia. Si consiguen ese puente podrán unirse sus dos ejércitos y formar uno solo y muy potente.

Sheng aprovechó la oportunidad e interrogó extensamente al mercader. Era un nativo de la India y formaba parte de las castas inferiores. Había viajado mucho y era tan perfecto cosmopolita, que sabía adoptar el aspecto de los naturales del país donde se hallaba. Era inteligente y de una comprensión rapidísima.

—¿Por qué los ingleses no nos permiten meternos en Birmania? —le preguntó Sheng con manifiesta franqueza.

El hindú se inclinó hacia delante, entrelazando las manos sobre sus desnudas rodillas, y respondió:

—Los ingleses no quieren que los birmanos vean a los chinos armados con fusiles extranjeros y luchando bajo las órdenes de sus mismos jefes.

La expresión del rostro del mercader pareció como si se hubiera convertido en una máscara del odio, y dijo casi en un susurro.

—Los ingleses perderán Birmania. El mismo pueblo irá contra ellos. Ésta es la gran oportunidad para que todos nosotros nos libremos de su yugo.

Y, mientras decía estas palabras, la saliva se escurría por entre sus dientes apretados, como si fuera espuma. Sheng sintióse impresionado y retrocedió unos pasos, a la vez que le preguntaba:

—Usted no es birmano; ¿cómo, pues, siente tanto odio y desprecio contra los

ingleses?

—El pueblo de aquí no odia bastante a los ingleses. ¡Si usted conociera la India, sabría cómo los odiamos!

Sus manos se estrecharon con más fuerza a sus rodillas; parecía un auténtico poseído.

—Pero, según veo, los birmanos tampoco quieren a la India —le dijo Sheng—. También quieren separarse de ustedes.

El mercader alzó rápidamente los hombros y su mirada expresó un profundo desprecio.

—Es que recuerdan a Saya San —contestó.

—¿Saya San?

A modo de información, el mercader produjo un chasquido con dos dedos de una mano, como dando a significar la poca importancia que confería a este personaje.

—No era nadie, ni nada representaba —añadió a continuación—. Era un ignorante de Tharrawaddy. Empezó bastante bien: mató a un funcionario. Pero sus partidarios, que eran muy ignorantes, desde entonces han ido contra mi país. La causa la ignoro, pero puedo afirmarle que es injustificada.

Y con sus dedos hábiles y largos volvió a arrollarse el turbante que antes había desatado. Y dijo:

—Los birmanos son muy ignorantes. Saben leer y escribir, pero a pesar de ello son ignorantes. Estiman más la risa que la libertad.

Hizo una mueca que puso al descubierto sus dientes blancos y brillantes, y prosiguió:

—También odian a los chinos, aunque tampoco sé el motivo. Ni los mismos dioses saben nada de los birmanos. Pero algo sé positivamente: esa gente no ayudará a los ingleses.

La expresión de su cara volvió a normalizarse. El enojo desapareció. La única vez que repitió la palabra ingleses la dijo con voz apenas perceptible, como si revelara parte de un pensamiento secreto, y sus ojos llamearon iracundos. Pero ya no volvió a decir palabra alguna y, después de cargarse el bulto a la espalda, continuó su camino.

Todos los soldados oían también informaciones y comentarios parecidos. Viendo que la tropa prestaba oídos a estas murmuraciones, el general llamó a sus oficiales y les dijo:

—Si permitimos que eso continúe, conseguiremos nuestra derrota antes de luchar contra el enemigo.

Era un atardecer del mes de febrero. Pero el calor era tan bochornoso como en el mes de junio, cuando todavía estaban en sus casas. En el techo de la habitación donde se hallaban reunidos, apareció una lagartija que salió de las rendijas de una viga. Corrió a lo largo de la pared y con su lengua fina atrapaba los mosquitos con pasmosa celeridad. Sheng escuchaba al general, pero no apartaba la vista de la lagartija.

En el grupo había un nuevo oficial a quien Sheng no había visto hasta entonces.

El general seguía diciendo:

—He pedido a nuestro hermano que viniera a fin de que nos informara directamente sobre nuestros aliados extranjeros y nos aclarara una serie de dudas. Tal vez así podremos comprender la espera y aguantarla con más paciencia.

Cuando el general hubo pronunciado estas palabras, el oficial se levantó. Era muy apuesto, de cara suave y rasgos delicados. No parecía hombre de instintos bélicos, pero, sin embargo, al fijarse en sus labios, se descubría un trazo firme que revelaba un carácter íntegro y enérgico. Sus manos eran delicadas y cuando hablaba las movía sin cesar.

—Soy vuestro colega más joven de Kwangsi —dijo. Su voz era grave y muy segura de sí misma—. Mis hombres y yo hemos llegado a pie. No disponemos de camiones y ni siquiera tenemos una mula. Hemos arrastrado, como hemos podido, nuestra artillería. Así atravesamos los estados de Saam, pues éramos portadores de un mensaje de nuestro Presidente. Nos presentamos ante el jefe de los ingleses para notificarle nuestra llegada. Le dirigí un saludo en nombre de nuestro Presidente y le transmití sus palabras: «Si Birmania desea nuestra ayuda, inmediatamente le mandaremos miles de soldados».

—¿Y qué contestó el inglés? —preguntó el general.

—Me contestó con mucha cortesía y afabilidad y, según tradujo el intérprete, dijo que ya tenía conocimiento de que Habían llegado muchas tuerzas chinas a Birmania y que estaban esperando instrucciones. Se complacía mucho en saberlo, así como también le complacía saber que podía contar con muchos más refuerzos en caso de necesitarlos.

—¿Y no dijo nada más? —preguntó el general.

—Nada más —contestó el oficial—, fuera de las palabras que empleó para designarnos como puesto para acampar el territorio de las montañas, alegando que nuestras armas eran más apropiadas a esta zona. Allí tendremos que aguardar.

Todos habían seguido con mucha atención las palabras del oficial, pero cuando oyeron la palabra «aguardar» se rompió su inmovilidad y una expresión idéntica apareció en sus rostros. Eran muchachos fuertes, entrenados y bien dispuestos a la lucha, y «esperar» representaba para ellos un verdadero tormento.

—Pero, según me han informado, en el Sur están empeñados en una batalla muy dura —observó el general—. ¿Acaso los ingleses quieren luchar solos?

—También cuentan con tropas indias, pero están bajo las órdenes de oficiales ingleses.

—Y, mientras nosotros seguiremos esperando, se perderá el Sur de Birmania —añadió el general.

—Me han asegurado que, mientras sea posible, se defenderá Rangún —expuso el joven oficial.

—El Norte debe ser defendido, cueste lo que cueste —subrayó el general— y no solamente «mientras sea posible». Suponiendo que caiga el Sur, hay que evitar que el

Norte de Birmania también caiga. De lo contrario, nuestro país estará totalmente rodeado por el enemigo.

Se produjo un largo silencio. Los oficiales seguían sentados, con sus miradas perdidas en el vacío y con expresión lúgubre. La lagartija cayó al suelo y huyó asustada de su misma caída. El joven oficial volvió a ocupar su asiento. Poco después empezó a hablar de nuevo, sosteniendo la mirada fija sobre sus manos, fuertemente asidas alrededor de sus rodillas.

—Pregunté al inglés la causa por la que no habían solicitado que acudiéramos en seguida, ya que los planes de nuestra expedición fueron trazados por nuestros superiores en cuanto llegaron de la India. Me contestó que entraríamos en acción cuando todo estuviera a punto. Sus compatriotas luchaban en el Sur para ganar tiempo, a fin de que se nos preparasen bases y se construyeran aeródromos. Lo que podía entenderse como guerra principal se desarrollaría más tarde y seguramente de acuerdo con los planes concebidos anteriormente.

El general interrumpió el relato con una sonora carcajada y luego exclamó:

—Por nuestra parte, podemos luchar perfectamente sin esos potentes y lentos preparativos. ¡Incluso estamos acostumbrados a luchar sin preparación de ninguna clase!

Golpeó la mesa con los puños y, levantándose de pronto, empezó a pasear de un lado a otro de la habitación. Recordaba el mismo aspecto y efectuaba movimientos parecidos a los del Presidente. Paróse bruscamente y miró con fijeza a los oficiales, que le contemplaban en silencio, diciéndoles:

—Las noticias concretas que tengo son que nuestras tropas han tenido contacto con el enemigo en el extremo norte de Thailandia, donde intentaba cruzar el río al oeste de Chiangmai. Todavía no es el interior de Birmania. También sé que los japoneses están acumulando tropas en Chiangmai.

—¿Todavía están allí? —preguntó Sheng.

—Sí —contestó el general—, y deberíamos ser nosotros quienes los echáramos. Pero ¿cómo hacerlo, si el punto es tan distante?

Les miró impaciente y les dijo con dureza:

—No tengo nada más que decirles, absolutamente nada más... Yo mismo no sé nada. Pero, si dentro de pocos días no llegan instrucciones, pediré al Supremo que me releve del mando de esas tropas. Protestaré, por de pronto, de la espera a que nos someten. Y, ¿será posible que tengamos que esperar sentados como gallinas que empollan sus huevos, mientras cae Rangún?

Se dirigió hacia la puerta, saludando con un ademán. Todos se levantaron, alejándose gravemente y muy preocupados por las palabras pronunciadas por el general. ¿Dónde encontrarían otro superior que pudiera igualarse al que el Presidente les había designado? Aunque joven, podía considerarse como un veterano, pues había tomado parte en muchas guerras y se había especializado en la lucha en la montaña. Los soldados lo consideraban como el más valiente y de más empuje. Era muy difícil

encontrarle sustituto.

Sheng regresó a su campamento. Su aspecto era tan sombrío que sus subordinados no se atrevieron a hablarle.

El general, una vez quedó solo, empezó a pensar en sus hombres. A veces podía ser duro y cruel, pero por sus soldados sentía tanta ternura como si se tratara de sus propios hijos. Sus vidas eran preciosas para él. Los conocía a todos: soldados y oficiales. Cuando pronunciaba sus nombres, inmediatamente recordaba sus rostros. No vacilaba ni un momento en arriesgar sus vidas si se trataba de conquistar terreno del enemigo; pero, en cambio, la pérdida de un solo individuo, en el supuesto que pudiera ser evitada, le ocasionaba profundo dolor. En más de una ocasión había llorado sus muertes a escondidas. Le era insoportable pensar que aquellos cuerpos sanos y fuertes, de los que se sentía orgulloso, yacían destrozados o mutilados. Y siempre decía que sólo no le importaba perder vidas cuando podía cobrárselas con creces sobre el enemigo.

Se sentó para beber té. Padecía siempre de una sed espantosa. Debido al clima, se tenía la sensación de que en cuanto uno acababa de tragarse una bebida, ya fluía a través de los poros en forma de sudor. Llegó hasta la puerta y la cerró con llave, luego avanzó hasta un rincón de la estancia y de un pequeño armario oculto en la pared sacó un aparato de radio muy pequeño. Para él era lo mejor de cuanto poseía. El instrumento no necesitaba alambres ni maquinaria para ser conectado con el éter. Él ni tan sólo tenía idea de la existencia de semejante cosa, hasta el día que se lo trajeron como botín, junto con otras cosas cogidas al enemigo, en una de las batallas en que tomó parte. No supo cómo hacerlo funcionar hasta el día en que, hallándose en casa del Presidente, vio un aparato igual y aprendió a manejarlo. Había dudado entre retenerlo para sí o entregarlo, pues había gran escasez de ellos. Pero, finalmente, pensó que le sería de mucha utilidad en la próxima campaña y decidió guardarlo para sí.

Ahora lo puso sobre el escritorio, abrió los mandos y conectó con varias ondas. Gracias a la magia de este aparatito olvidaba todas sus preocupaciones. Sentía como si su alma se desprendiera de su cuerpo y empezara a vagar por entre las nubes, a merced del viento. Tan pronto oía la suave armonía de una música dulce y melodiosa como el sonido de unas voces que hablaban en idiomas que ignoraba. A veces también, oía gemidos, silbidos y balbuceos que no parecían humanos. Y, de cuando en cuando, llegaban hasta él palabras que comprendía perfectamente, pues eran expresadas en su propio idioma o en japonés. Este idioma le era familiar, porque, durante su adolescencia, había vivido cinco años en el Japón, el plan de estudios. Precisamente por conocer a fondo este pueblo le temía y odiaba profundamente.

Desde Thailandia, a través del cielo del atardecer, le llegó el sonido de una voz áspera y metálica que gritaba en sincopadas sílabas: «¡Rangún arde! Sus defensores están en plena derrota y han incendiado la ciudad. Durante todo el día nuestras fuerzas del aire han bombardeado implacablemente todos sus objetivos militares y

todavía duran los incendios provocados por nuestras bombas. Los ingleses han encerrado a centenares de *coolies* en los muelles, a fin de evitar su huida ante el temor de los bombardeos, condenándolos así a una muerte cruel, puesto que no les queda posibilidad alguna de escapar. En cambio, todos los súbditos británicos y los oficiales han sido puestos a salvo, trasladándolos hacia las montañas, obligando a los naturales del país, cuyas vidas nada valen para ellos, a que custodiaran las oficinas de la ciudad. Afortunadamente, nosotros venimos a librarlos de su esclavitud. Nuestras tropas sólo están a dieciocho millas de Rangún. ¡Habitantes de Rangún, no huyáis! Pronto gozaréis de la libertad».

El general desconectó la radio. ¿Serían ciertas esas informaciones? Volvió a abrirla, dando vueltas al mando en busca de otras emisiones, pero siempre le perseguía la misma voz.

«Seguimos abriendo nuevos caminos en el norte de Birmania. Nuestras tropas avanzan a la vez hacia el Norte y el Sur. El enemigo será copado. Pueblo de Birmania, recuerda estas palabras: ¡Serás libertado de tus tiranos! ¡Somos de una misma raza, somos vuestros hermanos! Los blancos nunca os han considerado como iguales. A nosotros nos tienen prohibida la entrada en sus países. ¡Ha llegado la hora de que también Asia sea para los asiáticos!».

Volvió a cerrar el aparato. No podía seguir escuchando aquella voz. Demasiado temía que hubiera buena parte de verdad en lo que hablaba. Precisamente ese temor era el que le tenía insomne todas las noches. ¿Sería posible que, después de haber luchado tanto por su libertad, ahora la perdieran tan estrepitosamente? Se sentó abatido a la mesa, extendiendo sus manos entrelazadas sobre la misma, y así permaneció inmóvil durante mucho tiempo. Si los japoneses no hubieran demostrado tanta crueldad, si no se hubiesen apoderado de cuanto pudieron y hubiesen empleado otros medios en lugar de la destrucción sistemática y el exterminio, entonces quizá podría creerse en sus palabras. Pero, después de lo que habían realizado y demostrado ser, ¿quién podía confiar en ellos? No quedaba más alternativa que seguir luchando y ganar esa guerra. Y si a continuación de ésta seguía otra, tendrían que luchar nuevamente. Pero ahora el enemigo era el Japón y era preciso derrotarlo. Sumido en semejantes reflexiones, se levantó y encerró el aparato. Abrió la puerta y preguntó a un soldado:

—¿No espera a nadie más?

Era muy tarde y se sentía extremadamente cansado, pero por la noche solían visitarle los espías que, desparramados por el país, recogían informaciones que luego le transmitían.

—Hay dos hombres que le esperan, mi general.

—Que pasen.

Dos hombres penetraron en la habitación, cerrando sigilosamente la puerta. Reconoció a dos de los que había mandado al interior de Birmania hacía unas semanas. Vestían igual que los campesinos del país, habían oscurecido su piel y

cubrían sus cabezas con turbantes de algodón. Les saludó sonriente y les dijo:

—Han escogido el mejor momento para visitarme. Precisamente necesito hacerles unas preguntas. Si vienen del Sur podrán contestarme. ¿Es cierto que Rangún está ardiendo?

—Es cierto. No hay duda posible —respondió el más viejo—. Cualquiera podía suponer lo que allí va a pasar. Hace pocos días que salimos de Rangún, donde llegamos a pie y, a trechos, en carro. En cuanto llegamos nos dimos cuenta de que la ciudad no tardaría en caer. No se había hecho ningún preparativo para defenderla, ni creo que jamás pensarán en retenerla en su poder. Los barcos japoneses entran como quieren y de todas partes acuden soldados enemigos, sin que les detengan ni la sed ni el calor. Resisten como diablos a las dos cosas y no beben en las fuentes porque temen que estén envenenadas. Pero a pesar de todo siguen avanzando.

El general escuchaba mirando fijamente a los dos espías. Conocía el terrible ímpetu del enemigo. El secreto de su fuerza residía precisamente en el valor inconsciente con que realizaba todos sus actos. El indomable empuje japonés era como una roca sin grietas ni rajaduras. Era imposible partirlo.

—Los japoneses entrarán riendo en Rangún —dijo tristemente el más joven—. Malaya está perdida y ahora sus fuerzas podrán unirse a las de aquí.

—No puede decirse todavía que todo está perdido —dijo el general en voz baja—. No todo está perdido. Por algo estamos aquí esperando.

—Realmente, es verdad que ustedes están esperando —dijo el primero, que era enjuto y parecía que tenía la piel pegada a los huesos—. Seguirán esperando, pero la ciudad ya habrá caído... —Y, volviéndose a su compañero, le preguntó—: ¿Debemos decirle lo que hemos visto?

—¿Acaso no es nuestra obligación? —replicó el otro.

—No me oculten nada —añadió el general.

Así le informaron, hablando uno y luego el otro, que en el camino de Rangún a Mandala todo el mundo estaba tan seguro de la victoria japonesa, que a lo largo de muchas millas habían destruido los camiones y los coches de fabricación extranjera.

Al oír estas palabras el general se cogió la cabeza con ambas manos, con un gesto de desesperación impotente, rugiendo:

—Y, entretanto, nosotros andando miles de millas a pie, arrastrando la artillería pesada.

Los dos espías se miraron y el más joven se apresuró a decir:

—Quizá sea mejor que los hayan quemado. Así los japoneses no los podrán aprovechar para trasladar sus tropas a Birmania.

—¿Cómo, los quemaron? —preguntó el general hundiendo las manos en su pelo.

—Los rociaron con gasolina extranjera.

—¡Gasolina! —exclamó el general—. ¡Es horroroso!

Los dos espías se miraron como sintiéndose culpables, como si realmente hubieran sido ellos los autores del incendio. Bien sabían ellos que la gasolina era más

preciosa que el oro, pues no podía conseguirse más que a copia de grandes esfuerzos, debido a la distancia del lugar de donde procedía.

—¿Cuántos vehículos había?

—Por lo menos unos doscientos.

—Todos nuevos —agregó el otro espía sombríamente—, con seis ruedas cada uno. En un pueblo pequeño vi cómo quemaban veintitrés; iban cargados de ametralladoras y neumáticos.

El general rechinó los dientes y se mesó los cabellos, maldiciendo a los incendiarios.

—¡Podían haberlos conducido a otra parte, los malditos!

—Pero es que los japoneses estaban casi encima de ellos. Ya sabe usted que se han dado instrucciones de que nada debe caer en manos de los enemigos. Hemos recibido orden de no dejar ni una escudilla de arroz. Una barra de acero, una rueda, una pieza de hierro, un arma, todo puede ser de utilidad y no hay que dejarlo abandonado. Puede estar usted seguro de que los que quemaban los camiones sentían tener que hacerlo. Yo he visto cómo algunos lloraban y también lloraban los campesinos que presenciaban la quema.

Estas palabras no convencieron al general.

—Si yo hubiese estado allí, habría salvado los camiones —rezongó con terquedad.

Los dos espías, temerosos de su cólera, pidieron permiso para retirarse.

Había transcurrido ya mucho rato desde esta escena. El general estaba acostado en la cama, sin poder conciliar el sueño, cuando de pronto se oyó gran alboroto en el patio de la posada. Se levantó precipitadamente para ver a qué obedecía. Estaba semidesnudo, pues por temor a los mosquitos no se había desnudado del todo y se había encerrado dentro de las cortinas del lecho. Prefería sufrir las consecuencias del calor a los mosquitos. Se entretuvo un momento para arreglarse la ropa interior y salió enfurecido contra los que habían venido a interrumpir su descanso.

—¡Malditos sean! —gritó. Pero paróse en seco. El patio estaba lleno de mujeres que, al verlo aparecer en paños menores, se quedaron asombradas mirándolo. La gran lámpara que el posadero sostenía en alto daba de lleno sobre su figura. Junto al posadero estaba Mayli, con la cara contraída por la risa contenida. El general se hallaba tan perplejo que sólo atinaba en asir sus ropas, permaneciendo parado y como olvidado de sí mismo. Mayli, que poco antes se sentía extremadamente cansada, ahora, ante este incidente jocoso, olvidóse de la fatiga y, con los ojos brillantes, entre burlones y maliciosos, le saludó haciendo muecas.

—Acabamos de llegar, señor —le dijo con ironía—. ¿Dónde nos alojarán?

La pregunta pareció volverle a la realidad y, sintiendo el sofoco, de un brinco subió los peldaños que le separaban de su dormitorio. Vistióse de uniforme en un momento y, todavía abrochándose la hebilla del cinturón, volvió a la puerta como si nada hubiese ocurrido. Las miró severamente y gritó:

—¿Ya habéis llegado? ¿Dónde está el jefe?

—Temo que el doctor se haya perdido —contestó Mayli amablemente—. Se habrá equivocado de camino. Habíamos ido siguiéndole hasta unas quince millas antes de llegar. No hemos vuelto a verle, y hemos continuado solas.

—¡Ah! —exclamó el general. Y llamó a su ayudante y le ordenó que acompañaran a las mujeres al templo de Confucio, que ya estaba preparado en espera de su llegada.

Mientras las mujeres se alejaban, el general continuó en pie. Mayli iba a la delantera. Al llegar a la puerta se volvió y su mirada se cruzó con la del general. Éste adivinó, a la escasa luz de la lámpara, que en sus ojos retozaba la risa. En cuanto hubieron salido, volvióse a su dormitorio, imaginándose la figura que haría al salir semidesnudo y precipitadamente al patio. Y se echó a reír a carcajadas. Se sentó en la cama y siguió riendo un buen rato. Por fin, sintióse aliviado y volvió a acostarse, convencido de que ahora dormiría. Ya estaba casi dormido, cuando acudió a su mente el ruego que Mayli le había hecho de que mantuviera en secreto su partida, a fin de que Sheng no supiera el paradero de ella. Ahora ambos estaban aquí y muy cerca uno de otro. ¿Informaría a Sheng de la llegada de Mayli o se la callaría? Por un momento, consideró las dos soluciones, imaginando el placer de sorprender a Sheng y la molestia a ocasionar a Mayli, por haberse reído de él. Pero, después, se dijo: «No, estamos en plena guerra y no debo olvidarlo ni siquiera un momento. Tal vez sea mejor que no se encuentren». Tomada esta decisión, bostezó dos o tres veces, se desperezó y el polvo acumulado en la cortina de batista del lecho le cayó encima. Echó una serie de maldiciones a cuanto le había acaecido durante el día y se quedó profundamente dormido.

CAPITULO XI

Mayli estaba muy atareada ocupándose de las mujeres. Ella, que durante su vida no había trabajado nunca, ahora se daba cuenta de la verdadera satisfacción que produce estar ocupado en algo. Aunque, a decir verdad, la mitad de esta satisfacción era debida al sentimiento de orgullo que le producía el tener bajo su responsabilidad la vida de estas mujeres. Le complacía mandar a los demás, y en secreto se reía de sí misma porque se reconocía esa debilidad. Para justificarse ante sus propios ojos, ponía especial cuidado en que nadie pudiera quejarse de que sólo servía para mandar a las demás, pero que nunca se la veía trabajando en ninguna tarea. Por eso, sí debía ordenar el arreglo de una habitación o la limpieza de un patio, ordenaba a sus muchachas:

—¡Veamos si entre todas me sacan esta porquería!

Y, al mismo tiempo que daba la orden, empezaba poniéndose al trabajo.

Fuese cual fuese la tarea en que se ocupara, Pansiao siempre estaba a su lado, y era feliz con sólo disfrutar de su compañía. Nunca se quejaba de nada. Era una de esas muchachas que son niñas durante toda su vida. Así, se daba el caso de que ignoraba completamente para qué servía la guerra, cosa que tampoco le importaba saber. Había casi olvidado su casa paterna y a sus mismos padres. Cuando Mayli se dio cuenta de eso, se impuso la obligación de hablarle de cuando en cuando de Ling Tan y de Ling Sao, de sus hermanos, de Jade y de los niños. La carita redondeada y graciosa de Pansiao se iluminaba con una sonrisa cuando Mayli le hablaba de los miembros de la familia, pero pronto desaparecía aquella sonrisa para dar paso a una seria y atenta expresión de gravedad.

—¿Te acuerdas? —le preguntó un día Mayli mientras lavaban su ropa en un estanque—. Cerca de tu casa también hay un pequeño estanque. Según me contaron, fue hecho por una bomba. Cuando yo lo vi, vivían peces en él.

—¿Un estanque en casa? —preguntó Pansiao, confusa y perpleja—. Yo no lo recuerdo. ¿Yo lo había visto?

—Quizá no lo hayas visto —dijo Mayli—. Pero de la pequeña fuente del patio, con sus peces dorados, te acuerdas, ¿verdad?

Pansiao no contestó. Dejó de frotar la chaqueta contra la piedra en que la había envuelto y miró a Mayli dulcemente.

—¿No te acuerdas del patio, de la mesa y de la pérgola de cañas y de lo fresco y agradable que se estaba en verano?

—Sí, lo recuerdo —dijo lentamente, mientras sus ojos expresaban pesar—. No llego a precisar exactamente sus caras —añadió en voz baja—. La que mejor recuerdo es la de mi hermano, porque siempre montábamos juntos en el búfalo, cuando lo llevábamos a pacer por el monte. En cambio, la de mi madre no puedo

recordarla, por más que me empeñe. Sé que era delgada y fuerte y que siempre hablaba en voz muy alta. Me es imposible recordar nada anterior a la noche en que huimos de casa y nos refugiamos en el colegio de la profesora extranjera.

Los ojos de Pansiao parecían como si quisieran alcanzar algo remoto, y Mayli comprendió que realmente la memoria de la muchacha se había apagado o interrumpido en el momento de emprender la fuga.

—No te esfuerces en recordar —le dijo amable—. Algún día volverás a verlos a todos, y los viejos recuerdos volverán a ti.

Pansiao se puso a reír repentinamente, con risa infantil.

—Desde luego, volveré a recordarlo todo —dijo, y siguió lavando la chaqueta. Sus golpes sobre la ropa mojada hacían saltar gotitas de agua. Si caían en sus finas pestañas, relucían como diminutas perlas o rodaban por sus mejillas como lágrimas.

Poco después, siguió diciendo:

—A quien recuerdo perfectamente es a mi tercer hermano, a Sheng ¿sabes? Cuando niño era muy malo y tenía muy mal genio. Todos debíamos ceder ante él. A mí me daba miedo, y eso que cuando corríamos solos por las colinas siempre recogía bayas para mí. Muchas veces me decía que huiría de casa.

Mayli retorció la chorreante guerrera azul y volvió a sumergirla en el agua del estanque. Al cabo de un instante, preguntó:

—¿Huir? ¿Para qué?

—No me lo dijo nunca —contestó Pansiao riendo—. Ni él mismo lo sabía. Quizá sería para asustarme simulando que tenía un plan, pero, en realidad, no tenía ninguno.

—Lo mismo da —replicó Mayli—. Ahora todos tienen el mismo plan: luchar hasta vencer al enemigo y expulsarlo de nuestra tierra.

—Sí —contestó Pansiao alegremente—. Pero tanto su expresión como el tono de su voz denotaban que no tenía conciencia exacta de lo que la guerra significaba.

En medio del caos en que vivía, había aprendido a repeler lo que odiaba o temía, de forma que cuanto sucedía a su alrededor le era indiferente o le pasaba inadvertido. Trabajaba siempre y ejecutaba con gusto y alegremente todo lo que Mayli le ordenaba. Ayudaba a cocinar, lavaba y remendaba y atendía con especial cuidado a los enfermos, conquistando en seguida la simpatía y el cariño de todos con su gracia. Pero, en cuanto se pronunciaba la palabra guerra, aparecía en su rostro una expresión de ausencia, como si se hallara dormida, y sus ojos vagaban huidizos de uno a otro lado. Otra característica suya era la de no saber distinguir entre lo correcto y lo que era preferible no hacer. Si veía algún objeto que le gustaba, se lo apropiaba. Mayli descubrió esta particularidad un día que salió con ella y tres compañeras suyas para comprar hilo de coser, medias de algodón y algunas pequeñas menudencias. Mientras transitaban por las calles de la ciudad, se detuvieron ante una pequeña tienda para mirar unas flores de papel para el cabello que se exhibían en el escaparate. No pensaban comprarlas, pues ninguna utilidad tenían ahora esos adornos. Pero se quedaron contemplándolas buen rato, pues no en vano eran mujeres. Además, eran

dignas de ser contempladas, pues estaban muy bien hechas. Pequeñas mariposas colgaban sobre las flores como si estuvieran revoloteando, sostenidas por unos alambres dorados. Sus alas estaban rodeadas de plumitas azules de martín pescador. Después de haber contemplado durante buen rato las flores, continuaron su camino. Pocos pasos habían andado, cuando oyeron que les seguía un gran griterío. Se volvieron y vieron que la dueña de la tienda corría tras ellas, chillando y señalando a Pansiao.

—¿Qué le pasa? —preguntó Mayli a la tendera. Pero ¿cómo comprender lo que le decía, si no entendía su idioma? La mujer no dejaba de gesticular, tirando del vestido y los botones de Pansiao. Las demás mujeres corrieron a proteger a su compañera. Pero, en el momento en que tiraba del botón de la chaqueta de Pansiao, aparecieron dos de aquellos adornos.

—¡Pansiao! —exclamó Mayli, sorprendida—. ¿Qué has hecho? No he visto que las pagaras.

Los labios de Pansiao se estremecieron. Replicó:

—Pero si yo no tengo dinero. ¡Nunca me han dado dinero a mí!

—Entonces, ¿por qué te has llevado esas flores y nos has avergonzado a todas? —la riñó Mayli.

Las tres enfermeras guardaban silencio gravemente, pues una de las consignas que les habían recomendado con mayor insistencia, lo mismo que a los soldados, era que no debían coger nada sin pagarlo. Sólo la joven viuda alargó la mano y acarició el brazo de Pansiao, preguntándole con voz conciliadora:

—Dinos, ¿por qué cogiste esos adornos?

Pansiao se puso a llorar y dijo entre sollozos:

—¡Son tan bonitos! Yo no tengo nada bonito, nada tengo que sea mío.

—¿Quién necesita cosas bonitas, ahora? —murmuró An-lan en tono amargo.

Pero Hsieh-ying interrumpió con violencia:

—¿Por qué no puede tener esas insignificancias miserables, si las desea? ¡Veamos! —añadió volviéndose a la tendera—, ¿qué valen esas malditas flores?

Sacó de su bolsillo unas cuantas monedas y la tendera le indicó una de plata, que era la más pequeña. Hsieh-ying se la entregó, mirándola con enojo. Sus espesas cejas negras, que le daban un aspecto de seriedad, ofrecían notable contraste con su cara risueña, de sonrosadas mejillas. La tendera, quizá impresionada por la expresión ceñuda de Hsieh-ying, se alejó precipitadamente. Pansiao seguía sollozando y la viuda cogió las flores y las puso en su cabello.

—No llores más. Ahora son tuyas. Por cierto que te sientan muy bien.

Pansiao levantó las manos y, al encontrar las flores en su pelo, cesó de llorar inmediatamente. Concluido el incidente, prosiguieron el camino.

Mayli no volvió a hablar del asunto, pero desde aquel día vigiló a Pansiao y en más de una ocasión la sorprendió apropiándose pequeños objetos o cosillas fútiles: un peine, un carrete de hilo, etc. Un día encontróse a faltar el pequeño bolso de costura

que le había regalado Liu Ma. Fuese al encuentro de Pansiao y le dijo:

—¿Quieres devolverme mi bolso? Lo necesito para remendar la guerrera.

Pansiao corrió en busca de él y se lo entregó con la mayor naturalidad, demostrando a Mayli que la muchacha realmente no tenía noción de que cometía un delito quedándose con lo que no era suyo. En consecuencia, previno a todas sus compañeras que si les faltara algo no culparan a Pansiao, pues cometía tales actos con la más absoluta inocencia, incapaz de comprender que cometía una mala acción. Y les recomendó que se limitaran a pedirle lo perdido o a quitárselo sin que ella lo notara: la guerra había herido o mutilado a muchos en su cuerpo; a Pansiao la había herido en su mente.

Cuando nadie la culpaba, Pansiao era feliz, alegre y estaba dispuesta a hacer cuanto le ordenaran con la mejor voluntad. Pero cuando oía hablar de la guerra, sus ojos se velaban en una expresión de ausencia.

Entretanto, los días iban transcurriendo rápidamente. Las mujeres estaban acampadas lejos de los hombres y Sheng y Mayli no tuvieron ocasión de encontrarse ni supieron nada de su mutuo paradero. Sin embargo, cada cual soñaba con el otro, aunque sus sueños eran sólo de añoranza y exentos de todo deseo, porque la guerra, por sí misma, altera de tal modo el corazón que ensombrece cualquier otro sentimiento: en su transcurso los acontecimientos, sean amargos, sean placenteros, pierden su intensidad y sutileza. Y por este motivo ni Sheng ni Mayli tuvieron la menor intuición de que estaban separados por una milla de distancia.

Aunque las mujeres están más predispuestas a esperar que los hombres, la misma inquietud que dominaba al ejército empezó a cundir entre las enfermeras. El doctor Chung, a fin de hacer más llevadera la espera, empezó a visitar a los enfermos de la ciudad, que por cierto eran bastantes. Cada mañana inspeccionaba el equipo de las enfermeras y comprobaba las condiciones higiénicas de los emplazamientos ocupados por los soldados y las enfermeras. Mayli le ayudaba y, si alguna de éstas se sentía indispuesta, informaba al doctor y la sustituía. Un día, mientras charlaban, Chung le dijo:

—No puede usted imaginarse cuánto me irrita y contraría tener poco trabajo, sobre todo cuando veo lo mucho que podría hacerse en esta ciudad, prestando cuidados médicos a muchos infelices. ¿No se ha fijado usted en la cantidad de niños que tienen los ojos enfermos? ¿Y en cuántos escrofulosos y mendigos llenos de úlceras? No podemos hacer uso de los medicamentos destinados a nuestros probables heridos, pero podríamos recomendar algunos remedios a base de hierbas, aunque sólo fuera para mitigar tanta miseria como aparece por todas partes.

—Es una buena idea —contestó Mayli.

A partir de aquel día, todas las mañanas, durante tres o cuatro horas, Mayli permitía la entrada a todos los enfermos de la población. El doctor los visitaba, y

dentro de sus posibilidades, hacía cuanto podía para mitigar sus males. Las enfermedades más corrientes eran la disentería y la malaria. Las de los ojos y las llagas podían curarse a base de pocos medicamentos. A veces se encontraban en el caso de una pierna que debía ser amputada, o de un tumor canceroso. Otras, con alguna mujer que tenía la matriz enferma a consecuencia de un parto retrasado o cosa similar. En estos casos el doctor se sentía tentado de hacer uso de las medicinas reservadas para el ejército, intentando así salvar una vida. Pero había un motivo que le hacía triunfar de sus tentaciones: los pacientes se negaban a ser operados.

—¿Cortarme la pierna? —exclamaba un hombre cuya pierna estaba gangrenada—. He venido aquí para que me curen, pero no a dejar una pierna.

Todos afirmaban que no podían ser enterrados con un miembro menos, pues, en este caso, sus antepasados no los reconocerían.

Mayli también acabó contagiándose de la inquietud e impaciencia del doctor Chung.

—Eso no es trabajo —decía el doctor con aire mohíno todos los días, después de haber lavado ojos y limpiado úlceras—. Para eso no era preciso moverse de casa. Creía haber salido para tomar parte en una guerra...

—Pero ¿por qué no avanzamos?

—Yo también me pregunto lo mismo —contestó el doctor balanceando la cabeza.

Pao Chen no hablaba ni escuchaba a los que le dirigían la palabra. Desde la mañana a la noche permanecía sentado ante la mesa de su dormitorio, redactando quejas que cursaba al general, al Presidente, a los periódicos e incluso al americano. A veces escribía sentado en cuclillas sobre la cama. Por tal motivo, le llamaban «el Buda escritor».

Una noche, Li Kuo-fan, conocido como Charlie, acercóse a Mayli y le dijo:

—Mañana salgo, pero estaré de vuelta dentro de unos quince días, poco más o menos.

—¿Y si nos marchamos antes de su vuelta? —preguntó Mayli.

—No hay peligro —contestó con aspereza—. Me parece que estamos atascados como camellos en medio de una tempestad de nieve.

Desde que se conocieron, había nacido entre ellos una especie de amistad, y ahora, siempre que le era posible, se llegaba hasta el campamento de las enfermeras, se acercaba a Mayli y hablaban mientras ella seguía con su trabajo.

—¿Dónde va? —le preguntó Mayli.

Se llevó las manos a la boca y murmuró:

—Me envían...

Mayli hizo un gesto de asombro, mientras él seguía diciendo:

—El general está cansado de una espera tan larga. Ayer dio orden a cincuenta de nosotros para que salgamos de exploración.

De pronto, se sonrojó y dijo en inglés:

—Vigile a su hermanita.

—¿Mi hermanita? —repitió Mayli, asombrada, y al mirarle vio que tenía los ojos puestos sobre Pansiao, que cosía, sentada en un banco. Entonces comprendió el sentido de sus palabras y, con un gesto significativo, dijo simulando enfado:

—Así, pues, viene usted rondando por eso... ¡Y yo pensando que venía a verme...!

—Yo no me atrevería a poner mis ojos sobre usted —le contestó con rudeza—. Usted es una señora y yo soy hijo de gente vulgar y ordinaria.

Mayli pisoteó el suelo, arrojando con el pie polvo sobre Charlie. Quitóse el delantal y lo sacudió en la cara de Charlie, alejándose riendo. Cuando éste estuvo fuera meditó en lo que le había manifestado y se dio cuenta de que él también estaba inquieto e impaciente. Miró a Pansiao, y ésta, como si hubiese sentido su mirada, alzó los ojos y se sonrojó.

—¿Ves a Charlie Li cuando viene? —le preguntó.

—A veces, sí —contesto Pansiao, poniéndose de mil colores.

—¡Ah, ah! —exclamó Mayli alegremente, y, acercándose a la muchacha, le golpeó suavemente las mejillas, riéndose.

—Es que se parece algo a mi tercer hermano —musitó Pansiao para justificarse.

—No, no se parecen —dijo Mayli—. No se parece en nada a Sheng. Él es mucho más apuesto que Charlie.

—¿Sí? —preguntó Pansiao—. Entonces debo haberlo olvidado. —Y suspiró. Mayli tiró cariñosamente de la nariz de Pansiao y volvió a reír.

Diecisiete días más tarde, Charlie Li se acercó a rastras al puesto fronterizo donde un soldado inglés estaba de centinela. Engañarle era muy fácil. Ninguno de los ingleses que había encontrado durante esos días sabía apreciar la diferencia entre un chino, un birmano o un japonés, a no ser por la indumentaria. En varias ocasiones le habían pedido que se quitara los zapatos y mostrara los pies. Su dedo gordo no se separaba de los demás, y, en consecuencia, le permitían el paso, pues vestía como un birmano y birmano parecía. Sin embargo, los japoneses habían encontrado forma de burlar este inconveniente, recurriendo a medios que permitían que los dedos de los pies se mantuvieran unidos. Charlie se encontró cuatro veces con los enemigos, y en dos tuvo que matar para salvarse. En cambio, a los ingleses había conseguido burlarlos completamente, a base de su disfraz y haberse ennegrecido la cara para semejarse al tipo de los birmanos. Llevaba una túnica de sacerdote. Estaba a punto de pasar cuando el soldado le detuvo, apuntándole.

—¡Manos arriba! —le ordenó—. ¿Qué llevas ahí, en el pecho?

Charlie extrajo una escudilla para las limosnas, a la que había recurrido durante todo su viaje.

—Thabeit —dijo con sonrisa maligna.

Era el nombre birmano de la escudilla para limosnas.

—Sigue tu camino, mendigo —dijo el inglés, permitiéndole el paso.

Y así Charlie pudo salir, de modo tan sencillo, de la otra parte de la frontera dominada por los ingleses, y continuar su camino de regreso, mientras la cólera roía su corazón pensando en la sencillez con que un enemigo podía haber hecho lo mismo que él. ¡Qué estúpidos eran los blancos! Confiaban mucho en sí mismos, pero eran incapaces de distinguir a un amigo de un enemigo. Y volvió a acometerle la antigua duda de si sería posible vencer con tales aliados.

Con el ánimo sombrío y el entusiasmo enfriado llegó al pueblo de donde saliera. Era cerca de medianoche, dirigióse directamente hacia el alojamiento del general. Se decía a sí mismo que, en caso de que ya estuviera durmiendo, lo haría levantar; pero, al acercarse, vio luz en la ventana de su habitación y pronto distinguió su figura sobre un mapa que había sobre la mesa. A su alrededor estaban Sheng, Pao Chen, Yao Yung y Chen Yu.

—¡Alto! —gritó el centinela que estaba junto a la puerta.

—No me des el alto, que traigo noticias —dijo Charlie.

—¡Dame la contraseña!

La contraseña se cambia cada día. ¿Cómo podía saberla Charlie? En lugar de atenerse a lo que se le ordenaba, llamó a gritos al general.

—¿Qué significan esos gritos? —preguntó el general.

Charlie se acercó a la luz. El general le reconoció y dio la orden de que pasara. Al entrar en la habitación todos rieron de su aspecto. Realmente, parecía un sacerdote birmano.

—Parece como si jugáramos —dijo Cheng sonriendo, burlón—. Los espías van llegando por turno, uno tras otro.

—De los cincuenta que salieron, han llegado dieciséis —subrayó el general—. Y, ahora, vengan las informaciones que traiga.

El general se sentó detrás de la mesa, invitando a sentarse a los comandantes. Charlie, mirando alternativamente los rostros de cada uno de sus oyentes, relató lo que había presenciado.

—Fui a Rangún, por ser el centro de la batalla.

El general encendió un cigarrillo, mientras asentía con un gesto. Los músculos de su cara se acusaban tensos bajo la piel.

—Usted ya sabe, señor, que Rangún es una ciudad gobernada por los blancos —siguió diciendo Charlie con voz tranquila y echando chispas por los ojos—. Tiene muchos y grandes establecimientos de comercio, pero todos son de los blancos. También hay muchos colegios, pero son destinados a los que más tarde serán empleados y administradores al servicio de los hombres blancos.

—Bien —afirmó el general.

—Pero los blancos ya no están allí. Han huido de la ciudad y se han refugiado en el monte, durante unas semanas (según dijeron a sus servidores); hasta que la guerra haya concluido.

Las carcajadas de los comandantes interrumpieron sus palabras.

—¡Unas semanas... y la guerra terminada! —comentó Chen Yu, con desdén.

—Continúe —ordenó el general.

—En la ciudad hay un templo con un altar de oro donde se guardan dos cabellos de la cabeza de Buda —prosiguió Charlie—. ¡Durante todo el día los peregrinos suben y bajan sus escaleras sin cesar! Para ello se quitan los zapatos, pues incluso los peldaños son sagrados. Según dicen, ahora no asisten ni la mitad de los que antes acudían.

—Dejemos el altar —dijo el general, encendiendo otro cigarrillo— y díganos cómo está el puerto. ¿Está bien defendido?

—No está bien defendido; mejor dicho: apenas cuenta con defensas. Las que yo he visto son débiles y más que insuficientes. El puerto es muy grande. Se me ha dicho que, cuando se acerca la siega del arroz, hay más movimiento de gente en ese puerto que el que se produce durante un año entero en el de Nueva York. Esta región es de un valor enorme para los blancos por su arroz, su petróleo, sus metales y sus maderas finas, como la teca, que es mucho más dura que el roble, y...

—¿La ciudad no tiene ninguna defensa? —insistió el general, interrumpiéndolo.

—Ninguna —confirmó Charlie—. He oído otras muchas cosas nada buenas. A lo largo de los muelles han puesto altas alambradas, con puertas que se cierran con grandes candados. De momento, pensé que eran defensas contra el posible desembarco enemigo, pero no me explico cómo pude suponer semejante tontería, pues hasta los blancos deben estar enterados de que los japoneses no llegarán por mar, sino por tierra. Pero después supe que estas alambradas no servían de defensa contra el enemigo. Estaban destinadas a los *coolies* que descargan los barcos. Los blancos, temerosos de que cuando la ciudad fuese bombardeada, esos infelices e ignorantes trabajadores huyeran al monte y no quedara nadie para descargar los buques, ordenaron la construcción de esas alambradas, y, cuando los japoneses volaban sobre la ciudad, las puertas eran cerradas con candados, a fin de que los *coolies* que trabajaban en los muelles no pudieran escapar.

—¿Y se morían? —preguntó Sheng.

—Sus cuerpos son de carne y hueso como los nuestros —contestó Charlie.

Todos permanecieron callados durante unos momentos. Finalmente, el general dijo:

—Continúe.

—La gente del país vive muy miserablemente y una gran parte sufre enfermedades del pecho. Oí decir que allí moría más gente por tener los pulmones podridos que a causa de las bombas, y eso que en el último mes, en un solo bombardeo murieron más de mil personas.

—Continúe —replicó el general—. Continúe. ¿Podemos hablar de los hombres que están muriendo actualmente? Dígame: ¿ha visto provisiones para nuestro ejército en los aeródromos?

—A cientos de toneladas. Procedían de América. Aeroplanos embalados, aguardando a ser transportados a través de la Gran Ruta.

El general encendió otro cigarrillo. Esta vez su mano temblaba.

—¡Nunca llegarán! —masculló—. ¡Todo se perderá! El material indispensable que hemos estado esperando durante tantos meses... se perderá. Los japoneses tomarán Rangún antes de que haya llegado a nuestro poder. ¡Seguro que antes habrán tomado Rangún! —afirmó—. Sus aviones vuelan incesantemente sobre la ciudad como los cuervos en torno de un animal muerto y dispuestos a devorarlo. Rangún es el corazón de Birmania.

—Dejará de serlo dentro de muy pocos días —dijo Charlie en voz baja—. Puede concederles un poco más de tiempo y se habrá perdido. Los blancos no la retendrán.

El cigarrillo del general resplandeció vivamente a consecuencia de la profunda chupada que le dio.

—¿Por qué no la retendrán?

—Los hombres blancos no la retendrán —dijo Charlie, dejando de hablar con la suavidad con que hasta entonces lo había hecho—, porque se disponen a retroceder.

Los comandantes prorrumpieron en maldiciones. El general estrujó el cigarrillo.

—Así afirmé que sucedería —dijo irónicamente—. No debemos sorprendernos.

—Y nosotros, ¿continuaremos? —preguntó Yao Yung, joven delgado, que había dejado una esposa y tres hijos.

—Esperad —dijo el general con voz tan recia que todos quedaron sorprendidos—. ¿No ha quedado ningún blanco en la ciudad?

—Muy pocos. He oído decir que uno de ellos sigue en los muelles con sus hombres y que le acompañan su esposa y sus dos hijos. Mientras está con los trabajadores, éstos siguen descargando los buques.

—¿Son cobardes los blancos? —preguntó el general.

—No, no lo son —dijo Charlie lentamente—. No son cobardes, pero ¿serán tontos...? No han sabido prepararse y han abandonado a la gente en la más completa confusión. —Se inclinó hacia delante, enlazando sus manos sobre las rodillas—. Los japoneses van haciendo propaganda por medio de la radio y repiten en lengua birmana que vienen a libertarlos de los blancos y del dominio que tienen sobre ellos; les aconsejan que no deben temer a los japoneses, porque sólo quieren ayudarlos. ¿Qué han replicado los blancos a esta propaganda malévolas? También han radiado unos mensajes asegurando que lo que decían los japoneses eran falsedades con las que querían conquistarse el pueblo y predisponerlo en contra de los blancos. También les aconsejaban que no creyeran los rumores. Pero todo lo decían en inglés y la gente no lo entendía.

Los comandantes sonrieron amarga e irónicamente.

—Yo preferiría que fueran cobardes, pero listos —dijo Sheng—. Los cobardes sólo piensan en huir, pero los tontos se quedan para contemplar sus propias torpezas.

El general callaba, con la cabeza entre las manos.

—¡Pueden retirarse! —les dijo finalmente—. ¡Váyanse todos y déjenme! ¡Quiero meditar! ¡Pao Chen! Quédese, por favor. Escribiré un mensaje para el Supremo. Volveré a insistir para que resuelva lo que debemos hacer.

Los comandantes se levantaron, se cuadraron ante el general y salieron de la habitación. Charlie les siguió, pero al llegar junto a la puerta el general le dijo algo significándole su agradecimiento.

—No me olvidaré de usted.

—Entonces, mándeme de nuevo —contestó Charlie alegremente, volviendo a saludar, mientras su ajada túnica de sacerdote se agitaba en el aire.

El general sonrió y le dijo.

—Vuelva a ponerse el uniforme. ¡No engañará a nadie que sepa la diferencia que hay entre un sacerdote y un soldado!

CAPITULO XII

El general estaba muy inquieto, sobre todo porque desde hacía muchos días no se había podido poner en relación con el Presidente y consultarle. El aparatito de radio que trajo consigo a Birmania se había descompuesto y no hubo manera de arreglarlo. Así, pues, llamó a Pao Chen y le dijo:

—Escriba al Presidente las palabras que le diré, a fin de ver si puedo convencerlo y hacer que se dé cuenta del alcance de lo que exige de nosotros. Le diré que el aparato de radio no funciona y, como no ha sido posible recomponerlo, me es imposible escuchar sus órdenes. Que estoy dispuesto a luchar donde indique y que no tengo el menor miedo, pero que en nombre de nuestro pueblo y por el bien de nuestra causa me autorice a luchar en nuestra propia guerra en lugar de hacerme esperar a entrar en batalla atado a unos aliados que no hacen más que retirarse, sin que se preocupen de que podamos reunimos con ellos. Pregúntele si tiene el propósito de que entremos en Rangún cuando se haya perdido. El debe decidir y darnos instrucciones. Yo no estoy autorizado a tomarlas por iniciativa propia. Si he de permitir que nuestras mejores divisiones se consuman y desaparezcan en la selva, intentando salvar a los blancos, o si debemos luchar por nuestra propia cuenta y por lo que a nosotros concierne. Ponga la máxima fuerza en estas palabras, Chen. Dígale que los blancos no nos permitirán comprar arroz. Que nos diga dónde está el americano. Comuníqueme que estamos aquí esperando, como monos sentados sobre sus largas colas, mientras los japoneses se apoderan de lo que les da la gana. Unos dieciséis mil están en la selva, junto a Thailandia, dispuestos al ataque. Esta región, por sus selva, es el peor y más difícil campo de batalla que hay en el mundo. ¿Nos incumbe a nosotros luchar en él, en lugar de defender nuestra propia tierra, para que los blancos puedan conservar su imperio? Dígale que en la parte opuesta de Thailandia hay otros veinte mil japoneses, y entre estos dos ejércitos disponen de otra potente vanguardia. En las montañas de Shan, cuyas cimas se elevan a seis mil pies de altura, y sus valles, formados por espesas e impenetrables selvas, tendremos que luchar en condiciones desfavorables. Dígale también que, según nuestro servicio de espionaje, los blancos abandonan intactas sus provisiones de gasolina. No se ha destruido nada, o casi nada, y los daños son de tan poca importancia, que en pocos meses o semanas los japoneses se aprovecharán de todo.

La pluma de Pao Chen corría veloz sobre el papel y el sudor se deslizaba por su cara.

—¡Describale usted el cuadro tan negro como pueda —añadió el general en tono apasionado—, y, por mucho que lo haga, quedará muy pálido ante la realidad!

—La descripción que le hago es muy sombría —regañó Pao Chen.

Durante unos instantes ambos permanecieron callados. Sólo se oía el leve roce

sobre el papel de la pluma extranjera con que escribía Chen.

—¿Quiere usted que se lo lea? —preguntó.

—Sí —respondió el general.

Se puso ambas manos sobre la cabeza, dispuesto a escuchar, cuando se abrió violentamente la puerta y apareció corriendo otro de los espías que acababa de regresar. Tenía herida la mano izquierda, que llevaba envuelta en una manga arrancada de su guerrera. Sus ropas estaban rasgadas y sus pies sangraban.

—¡Rangún! —gritó convulsivo—. ¡Rangún ha caído!

El general se levantó de un brinco.

—¡Póngalo en la carta! —chilló—. ¡Rangún ha caído y a nosotros todavía se nos prohíbe pasar la frontera!

Y se quedó inmóvil, mordiéndose el labio inferior. Pero Chen agregó sus palabras al final de la carta. El general se la arrebató de sus manos y llamó a gritos a su ayudante.

—¡Permítame! —gritó también Pao Chen—. ¡Permítame que la lleve yo mismo al Supremo! Entregaré la carta en su nombre y hablaré por usted.

El general quedóse unos momentos parado. Su cara echaba chispas.

—Bien —dijo—. Coja usted la avioneta y parta en seguida. Esperaré su regreso un tiempo prudencial; después avanzaré en una u otra dirección.

El Presidente levantó la vista de la carta escrita por Pao Chen por orden del general. La había leído detenidamente y sin prisa. Su esposa estaba a su lado leyéndola también. Llevaba un bonito vestido de seda verde, muy largo y ceñido a su cuerpo menudo, y encima una chaqueta de terciopelo negro sin mangas, corta y cerrada en la cintura. El cuello del vestido era alto y el color verde hacía que se destacara más su piel sumamente transparente, sus rojos labios y el negro intenso de sus cabellos, suaves y muy lisos. Estaba realmente hermosa, aquella noche. Pao Chen la contempló como no podía dejar de hacerlo cualquiera que la mirara, pues su belleza era indiscutible.

Ninguno de los dos habló. La esposa, que cuando se trataba de cosas sin importancia era parlanchina como un niño, sabía callarse cuando era prudente no hablar. Se sentó con las manos entrelazadas. Llevaba su valioso anillo de jade, que parecía formar parte de su persona. En sus orejas también lucía unos pequeños aros de jade. Miró fijamente a su marido. En sus ojos residía su mayor belleza. Su mirada era tan franca y enérgica, tan desprovista de todo temor, que los que la habían visto no podían olvidarla jamás. El Presidente levantó la cabeza y se produjo un cambio de miradas con su esposa. Luego dirigiéndose a Pao Chen, que permanecía en pie, le dijo:

—No puede suponer que ignorara lo que acaba de decirme... Usted lo sabe y yo también. Pero, además de esta batalla, debo pensar en otra. Pienso en nuestro futuro,

tanto como en nuestro presente. En esta guerra nosotros sólo contamos como uno entre muchos.

Al oír estas palabras, su esposa levantó una mano con ímpetu.

El Presidente la miró profundamente. Su esposa guardó silencio.

—Sé lo que hago —afirmó con sequedad.

La mujer se levantó y, con aire de gracioso orgullo y los ojos brillantes, salió de la habitación. Su esposo la siguió atentamente con la mirada. La expresión de sus ojos era suave, pero continuaba silencioso. Una vez hubo salido, el Presidente se volvió hacia Pao Chen y le dijo:

—Vuelva a su puesto. Yo mismo iré para disponer lo que deba hacerse.

Pocos días después, todos los campamentos situados junto a la frontera estaban alborozados.

—Ha llegado el Presidente —se decían unos a otros. En menos de una hora, todos los soldados sabían que a mediodía había llegado un avión conduciendo al Supremo y a su esposa, juntamente con el americano. Todos se dispusieron a recibirles debidamente... Cada cual sacó lo que mejor tenía. Se cepillaron uniformes y se limpiaron fusiles. Todos se lavaron vigorosamente la cara y las orejas y se peinaron con cuidado. Las muchachas se preguntaban sobre el aspecto de la visitante y si realmente era tan hermosa como se decía.

Hsieh-ying preguntó a Mayli:

—¿Es verdad que es tan hermosa?

—Yo creo que sí —contestó Mayli sonriendo.

—Seguramente que no lo es más que tú —comentó Pansiao.

—¡Mucho más! —dijo Mayli, sin dejar de sonreír.

—Yo la vi —dijo con orgullo Siu-chen— cuando vino a visitar nuestra escuela. Hace mucho tiempo; era antes de la guerra. Nos dijo que debíamos ser limpias y aseadas y que debíamos cuidar nuestra ropa y llevarla bien cosida y sin la falta de ningún botón y otras cosas por el estilo. Lo llamaba la «nueva vida». Realmente, era muy hermosa. Recuerdo que me miró las manos, y, como las tenía agrietadas como en todos los inviernos, recomendó a la directora que me comprara una crema extranjera. Pero nunca lo hicimos; costaba demasiado.

A media tarde todos estaban a punto para la revista. Mayli se mantenía erguida al frente de las enfermeras cuando pasó el Presidente acompañado de su esposa y el americano, hombre delgado y canoso. El general les acompañaba. Todos estaban serios y graves. La esposa del Presidente se detuvo frente a las muchachas, y les dijo llana y cordialmente:

—Son ustedes unas muy lindas muchachas y me consta que están dispuestas a servir a la patria. —Y, dirigiéndose a Mayli, añadió—: ¿Está contenta?

—Sí, señora —contestó.

Y, en voz baja, la esposa del Presidente agregó:

—Venga a verme dentro de media hora.

Las muchachas oyeron perfectamente el aviso y sintieron envidia. Las que más se relacionaban con ella y la querían también sintieron una especie de celos. El privilegio otorgado a Mayli disgustó a casi todas.

Media hora después, ésta se hallaba en el cuartel general hablando con la esposa del Presidente de los acontecimientos que había presenciado. La charla duró más de una hora. Estaban solas y, en consecuencia hablaban libremente.

—Te indiqué que fueras mis ojos y mis oídos —comenzó—. Así, pues, cuéntame cuanto has visto y oído.

Escuchó con gran interés, y de cuando en cuando formulaba algunas preguntas precisas. Al fin se llevó las manos a la cabeza y suspiró profundamente. Mayli esperaba por si quería preguntarle algo más; pero, después de un largo silencio, la dama le dijo simplemente.

—Vuelve al campamento. Has cumplido perfectamente mi encargo, pero tus informes son terribles. Mucho más terribles de lo que podías imaginarte.

En este momento entró el Presidente y, en cuanto vio a su esposa, dijo alarmado:

—¡Tú no te encuentras bien!

—Realmente, me siento enferma.

El Presidente se inclinó sobre su esposa, a la vez que con un gesto indicaba a Mayli:

—¡Salga corriendo! ¡Vaya en busca del doctor!

Se disponía a salir, pero fue detenida por su voz, que protestaba con energía:

—No quiero el médico. Volvamos a casa. Salgamos en seguida. Que preparen el avión cuanto antes.

Se levantó y empezó a andar como aquejada por un gran dolor. El Presidente dio instrucciones al soldado que estaba de guardia y Mayli se alejó.

Poco después se oía el estrépito del motor del aeroplano. Pronto lo vieron elevarse hacia el cielo y alejarse en dirección oeste. Mayli dio permiso a las enfermeras para que rompieran filas y en seguida se produjo un barullo general de conversaciones, risas y comentarios admirativos para ambos visitantes, a los que consideraban mucho más que unos simples jefes. Las muchachas veían simbolizada en esta pareja sus ensueños de amor, que seguramente podrían vivir personalmente.

Incluso Mayli se sintió emocionada. Y durante la noche pensó en Sheng, en forma distinta de lo que hiciera hasta entonces. El Presidente, cuando joven, también había sido un hombre sencillo, con escasa instrucción, que no conocía ningún idioma extranjero, pero estaba acostumbrado al duro trabajo y a soportar toda clase de penurias. También se hablaba mucho de su turbulenta juventud. No siempre había sido grave ni ostentado el rango actual. Suspiró pensando en el paradero de Sheng y, levantándose de la cama, se acercó a la ventana contemplando el trozo de cielo estrellado que se veía sobre los tejados. Súbitamente tuvo la intuición de que Sheng

estaba muy cerca de ella.

Y, en efecto, no muy lejos de allí, a la misma hora, Sheng estaba acostado de espaldas sobre un jergón, en el suelo de una barraca y entre una larga fila de soldados dormidos. Creía tener ante sus ojos la imagen de Mayli. Él también había permanecido al frente de sus hombres, mientras el Supremo pasaba revista a las tropas. Al pasar junto a Sheng, la esposa del Presidente le miró fijamente y él no pudo resistir aquella mirada. Sus ojos le recordaron los de Mayli. No quería dejarse dominar por la desesperación ni la inquietud. ¿Qué sentido tendría aquella mirada? Lo más probable era que nunca más volvería a verla.

Después de la revista, el Presidente reunió a todos los jefes.

—Mañana —les dijo— avanzaréis con vuestros hombres sobre la frontera. No esperaremos más.

Y luego sus ojos profundos se detuvieron sobre Sheng.

—A usted, joven, le recuerdo perfectamente. Recuerdo su nombre y la aldea de sus padres. Si le mandé aquí, es porque le considero uno de mis mejores soldados. Tengo indicado a su general que, si se presenta una misión difícil, usted es el más apropiado para desempeñarla.

Sheng sintióse invadido por una ola de orgullo.

—Sabré corresponder a esa confianza —contestó.

Mayli también cruzó la frontera con sus compañeras.

«Ya estamos en suelo extranjero», pensó, sintiendo un escalofrío. ¿Quién podía predecir lo que les aguardaba? La mañana era clara, el cielo estaba completamente sereno, sin una sola nube. La marcha se hacía a pie, pues los caminos de esa región de Birmania eran angostos y tortuosos y era imposible transitar por ellos con vehículos. En primera línea iban los soldados, detrás los conductores de baterías y provisiones y luego seguían las enfermeras, Mayli los veía serpentear a lo largo de los caminos en dilatada fila, con sus uniformes azules que, vistos de lejos, parecían formar una sola mancha de color. Ella, lo mismo que las demás muchachas, también vestía uniforme azul. El mismo general en nada se diferenciaba de los soldados, salvo la divisa esmaltada con la blanca estrella de China. Tras las muchachas seguía otra larga y ondulante línea de soldados que avanzaban lentamente.

Mayli sonrió a sus compañeras. Bajo el sol matutino, sus rostros aparecían frescos, juveniles y enérgicos con su piel bronceada y sus ojos brillantes. Ninguna llevaba pintados los labios ni las mejillas. En esos días habían sido olvidados esos detalles. Ella misma había dejado —ni siquiera recordaba dónde— el lápiz extranjero que solía usar. Su cara no tenía más contacto que con el agua y el jabón. Y así hacían todas. Algunas veces por la noche, untaba sus mejillas, curtidas por el viento y el sol, con un poco de grasa de camero. Y, a pesar de este único maquillaje, sabía perfectamente que nunca había tenido mejor aspecto ni se había sentido tan fuerte. La misma An-lan había perdido algo de su natural palidez. Aunque sonreía tan raras veces como antes, sus ojos no revelaban aquella acostumbrada expresión de

sufrimiento y desconsuelo.

Al encontrar la mirada de Mayli, le dijo con acento reflexivo:

—Por primera vez, nuestro ejército pisa tierra extranjera.

—En efecto —contestó Mayli, sorprendida y preocupada.

Realmente, era la primera vez que los chinos se alejaban de su suelo para luchar contra el enemigo. Durante la marcha pensaba en este particular. Detrás de ellos quedaba China, y frente a ellos se extendía Birmania. Levantó la vista para contemplar las verdes montañas. Como dividida a cuchillo en dos partes, la superior se separaba de la inferior.

A mano derecha, el terreno se elevaba cada vez más y se hacía más agreste. Por la parte norte, los abruptos y quebrados montes se convertían rápidamente en imponentes montañas. En cambio, hacia el Sur, la tierra se convertía en una amplia llanura que descendía hacia el mar. El camino daba continuas vueltas y formaba recodos. Parecía como si el pie humano, después de siglos de recorrerlos, hubiera elegido definitivamente los senderos más indicados, abandonando los demás. El país era muy rico. Todavía los campos de arroz estaban verdes y los campesinos trabajaban inclinados sobre los arrozales. De cuando en cuando aparecía entre el verde de los sembrados, y reluciente como una llama, la túnica azafrañada de algún sacerdote que trabajaba al lado de los labradores. Abundaban los sacerdotes y la mayoría eran jóvenes. Los rostros de la gente eran alegres y parecían predispuestos a la risa. Los labradores levantaban la vista al verles pasar y abandonaban un momento el trabajo. Los niños les miraban absortos, chupándose los dedos. Cuando pasaban por una aldea, salían todos sus habitantes y se quedaban contemplándolos hasta que habían desaparecido los últimos soldados. A mediodía hacían alto, pero nunca en un pueblo, pues disponían de vituallas. Por otra parte, tenían órdenes severas del general de no tocar ni coger nada de los birmanos. Si algo se quería debía comprarse y en ningún caso poner la mano sobre lo que no les pertenecía. Incluso tenían prohibido admitir obsequios.

—Recordad que honraréis a la patria con lo que hagáis, pero que también podéis deshonorarla con vuestros actos —les había dicho el general.

Así, pues, a mediodía, cuando se daba la voz de alto, se sentaban en pleno campo y comían su ración de arroz frito, remojado con el pálido té de sus cantimploras. A esa hora, el sol era extremadamente ardiente y el camino se hacía pesado. Mientras estaban acampados, se les acercaba una turba de chiquillos que llegaban de los campos cercanos y permanecían a cierta distancia mirándoles comer.

Un día, Mayli les tendió un puñado de arroz. La chiquillería retrocedió asustada.

—¡Qué bonitos son! —comentó Chi-ling suspirando—. Yo también tenía un hijo.

Se levantó y se puso de espaldas a los niños, con el pretexto de arreglarse el cinturón. Nadie le contestó. ¿Para qué? Durante esos días nadie preguntaba nada y, por otra parte, ¿quién no había perdido algún ser querido?

Luego llegó la orden de reanudar la marcha y todos se pusieron en pie,

prosiguiendo la larga caminata. Empezaron caminando veinte millas diarias, luego pasaron a veinticinco y últimamente recorrían treinta. La tarde transcurría tranquilamente y el sol corría a su ocaso, a medida que avanzaban hacia el Sur en dirección al río Sittang. Todos sabían que los aliados seguían retirándose para alejarse de los enemigos y que las tropas chinas se unirían a ellos por el flanco izquierdo para envolver a los japoneses. ¡Envolver a los japoneses! Se hablaba de ello con la misma ligereza que si se tratara de asistir a una fiesta o cosa semejante y, sin embargo, Mayli se sentía horrorizada al pensar que llegaría este caso. Pero disimulaba su temor.

La primera noche pasada en tierra extraña les dominaba una profunda inquietud. A la puesta del sol acamparon en un valle poco hondo, situado entre colinas de poca altura. A pesar del cansancio, nadie pudo dormir. El cielo parecía de color de perla. Una hora después volvióse color de púrpura. Por los alrededores brillaban las trémulas luces de las aldeas, parecidas a mariposas de luz. Mayli se reunió a las muchachas. Las mantas estaban tendidas, pero nadie estaba dispuesto a dormir. La inquietud de los soldados se había transmitido a las enfermeras. Permanecían sentadas en silencio. Unas con la cabeza hundida entre los brazos cruzados, apoyados sobre las rodillas; otras se levantaban y seguían en pie o paseaban de un lado a otro. El silencio nocturno era interrumpido por el zumbido de los mosquitos y de alguno que otro chasquido acompañado de una maldición.

«¿Por qué nos domina este nerviosismo?», se preguntaba Mayli. La única que dormía como un tronco era Pansiao. Hecha un ovillo, se había envuelto en la manta y, tapada hasta la cabeza para protegerse contra los mosquitos e insectos, había quedado dormida en el acto. Mayli oía su respiración profunda y regular como la de un niño.

De pronto oyó que alguien la llamaba. Las enfermeras le indicaron que fuera del círculo que formaban había un individuo. Mayli se levantó y fue a su encuentro. Era Pao Chen.

—El general me envía para rogarle —dijo como en un susurro— si habría manera de que entre usted y las demás muchachas idearan algo para distraer a los soldados. Quizá podrían cantar. O simplemente charlar con nosotros. Los muchachos están inquietos y sienten cierto desasosiego, porque dicen que el aire está lleno de malos espíritus.

La petición era tan inesperada que Mayli tardó unos momentos en contestar. Sin embargo, reaccionó en seguida y dijo:

—Sí, cantaremos. Siu-chen sabe algunas canciones extranjeras y Hsieh-ying baila muy bien la danza de la espada, y... Sí, sí. Algo haremos. Diga al general que será complacido.

Pao Chen inclinó la cabeza y se alejó. Mayli se puso en el centro del círculo formado por las muchachas y dio unas palmadas para que todas le prestaran atención. Con voz clara y fina, pero que en aquel momento resultaba más premiosa que la imperiosa de un hombre, les expuso la petición.

—¿Quién puede exhibir alguna habilidad? No tengan temor alguno. Piensen que

si podemos reconfortar a los soldados, hacerlos olvidar sus penas y su fatiga, si podemos hacerles reír, seguramente después podrán dormir tranquilos. La que esté dispuesta, que se adelante. ¡Todo sea por el bien de nuestro país!

En el grupo se produjo un repentino parloteo y un murmullo de risas apagadas. Las muchachas también se complacían ante la idea de divertirse y reír durante unos momentos. Y Mayli sonrió pensando en esas jóvenes: de no mediar, la guerra, estarían en sus casas o en colegios. En cambio, ahora, formaban parte de un ejército y corrían al encuentro del enemigo. Y ella, que tan reacia era a las lágrimas, en este instante sintió que su garganta se le anudaba al oír las alegres risas y que sus labios temblaban aunque sonrieran.

—¡Vamos, vamos! —gritó—. ¿No quieren decidirse?

Se presentaron unas cuantas.

—Yo sé algunas canciones extranjeras —dijo Siu-chen.

—Yo bailo la danza de la espada —añadió Hsieh-ying.

—Yo ejecuto un juego de prestidigitación que me enseñó mi hermano —continuó Chi-ling.

Y así sucesivamente, unas veinte enfermeras se pusieron al lado de Mayli, cada una dispuesta a atender el ruego que se les había formulado. Todas juntas se dirigieron hacia el campamento de los soldados. En el centro habían dispuesto un espacio circular, situándose a su alrededor. Pao Chen, en cuanto las vio llegar, aplaudió y los demás le imitaron.

A la luz de la luna, Pao Chen les habló con palabras emocionadas y de un modo tan perfecto que parecía como si leyera lo que estaba improvisando, inspirado por el acto inapreciable de las muchachas.

—Hermanos —dijo—, esta noche nos encontramos muy lejos de nuestros hogares y de nuestra tierra. Es evidente que ninguno de nuestros antepasados nunca llevó a cabo lo que ahora nosotros intentamos realizar. Vamos a llevar la guerra a una tierra que pertenece a otro pueblo. Es algo tan extraño e inesperado, que por eso nos produce inquietud y alarma, y a veces nos entra la duda de si estamos completamente seguros de que lo que hacemos está bien. Por eso necesitamos tranquilizar nuestro espíritu y volver a sentirnos alentados. Avanzamos bajo el mando del Supremo y debemos obedecerle. Sea como sea, vamos a luchar contra el mismo enemigo. El que todavía sigue bombardeando nuestros hogares y mata a cientos de miles de nuestros compatriotas. Aunque estemos en tierra extranjera, no pretendemos conquistarla ni dominarla. Cuando hayamos vencido a los japoneses, volveremos a nuestras casas, sin llevamos nada que no sea nuestro. Por eso debemos estar tranquilos y confiar en la justicia de nuestros actos. Y ahora, a fin de que nuestros corazones puedan aliviarse más fácilmente de los pesares que les agobian, nuestras hermanas cantarán algunas canciones para nosotros y estarán a nuestro lado durante unas dos horas. No interesa saber cuáles son sus nombres; recordemos que son hermanas nuestras. Eso basta.

Pronunciadas estas palabras, inclinó levemente la cabeza y se apartó a un lado.

Mayli avanzó y expuso el programa con suma sencillez. Tampoco citó el nombre de ninguna de las muchachas, ni siquiera el suyo. ¿Para qué? ¿Qué importaba el nombre de la que cantara o danzara? A su alrededor estaban los soldados. Todos tenían un nombre, y nadie se lo pedía.

—Una de nosotras —dijo— cantará; otras charlarán con ustedes y seis de nuestro grupo representarán algo de lo que años atrás ejecutaron muchas veces en sus pueblos y algo de lo que últimamente han ejecutado en diferentes aldeas que han recorrido durante esta guerra, para hacer propaganda de los motivos por los cuales luchamos.

Cuando empezó a hablar, Sheng, que estaba sentado en las últimas filas, entre los soldados, quedó sorprendido y se levantó súbitamente. ¿Era posible que aquella voz fuera tan parecida a la de Mayli? Permaneció atónito escuchando, sin comprender una sola palabra. La distancia era excesiva y, además, los mosquitos zumbaban a su alrededor. Tampoco, a la luz de la luna, distinguía claramente los rasgos de la muchacha. Llevaba el mismo uniforme que la tropa y parecía un mozo. La brisa agitaba sus cortos cabellos, y, aunque su rostro a veces quedaba descubierto, no llegaba a precisar distintamente sus facciones. Volvió a sentarse, diciéndose que era un absurdo suponer que podía tratarse de Mayli. ¿Cómo podía ser la misma, si la había dejado a centenares de millas de distancia, en su casita de Kunming? Y recordó la última vez que la viera. No alcanzó a verle la cara, pero reconoció su mano por el anillo de jade. Salió del despacho del general. Y también recordaba el comentario de aquel soldado y su mirada tan significativa: «Tendrán que esperar largo rato, Hermanos Mayores: el general está con una hermosa mujer». ¡Y era ella! Y al amanecer de la mañana siguiente había partido con sus hombres, sin haber tenido tiempo de hablarle. Un hombre que marcha a la guerra es mejor que no interrogue a una mujer cuyas respuestas pueden resultar poco satisfactorias. En circunstancias así, es preferible no complicarse la vida.

La muchacha había dejado de hablar y en voz dulce y clara empezó a cantar una canción extranjera. Nunca había oído cantar música extranjera, excepto en algunas pocas ocasiones y por medio de los aparatos de radio vistos en la ciudad. Charlie estaba sentado a su lado, y como sabía que entendía este lenguaje extranjero, se inclinó hacia él, preguntándole:

—¿Qué canta esta muchacha?

—Una canción que debió de aprender en la escuela —contestó Charlie. Y empezó a traducirla—: «Bébeme tan sólo con tus ojos» —dijo.

—Bébeme tan sólo con tus ojos —repitió Sheng lleno de asombro—. ¿Qué significa eso?

—Eso quiere decir —comentó Charlie— que cuando los ojos de una mujer miran los tuyos no necesitas beber vino.

Sheng no dijo nada más. Escuchaba las incomprensibles palabras y la voz clara y melodiosa. Se estremeció. «Ciertamente —se decía— cuando Mayli me miraba a los ojos era como si yo hubiese bebido vino: una corriente de calor corría por mis

venas».

Cuando el canto concluyó, Sheng se puso en pie.

—¿Dónde vas? —le preguntó Charlie, viendo que se iba.

—A ocuparme de lo mío —contestó Sheng secamente. Y se abrió paso entre los soldados que estaban escuchando, unos sentados y otros echados en el suelo. Cuando se hubo alejado un buen trecho, extendió su manta bajo un árbol, se tendió sobre ella, envolviéndose hasta la cabeza y quedóse inmóvil, sufriendo cruelmente su desamparada soledad.

CAPITULO XIII

Le despertó el choque de un cuerpo contra el suyo. Antes de incorporarse, otro cuerpo le cayó encima, y luego otro, y otro. Por fin consiguió sentarse. Estaba furioso.

—¡Imbécil! —gritó, y alargando un brazo atrapó una pierna. El hombre cayó sobre él y lucharon durante breves momentos. Por fin ambos se levantaron a la vez.

—¡Maldita sea tu madre! —gritó el hombre. Y se miraron ferozmente—. ¡Un oficial! —gritó viendo la insignia de Sheng—. ¡Dormido, cuando han dado orden de marchar inmediatamente! Nuestros aliados han caído en una trampa. Están acorralados. ¿Dónde están sus soldados?

Sheng estaba como aturdido. Se restregó la cara con las manos y, sin decir una sola palabra, empezó a correr a más no poder tras de sus soldados, que también corrían. ¿Cuánto tiempo había dormido? Seguramente poco más de una hora. El cielo estaba tan brillante como sus estrellas, y el silencio de la noche caía profundamente sobre el valle. Todavía le parecía oír el sonido de la música. «¡Soy un buey!» —se dijo lleno de vergüenza—. «¿Cómo pude quedarme dormido?». En eso vio a uno de sus soldados y corrió todavía más, hasta alcanzarlo.

—¡Oye, tú, Cangrejo! —gritó.

El aludido era apodado así a consecuencia de una herida recibida en una batalla a raíz de la cual su pierna izquierda quedó algo más corta que la derecha, de modo que cuando andaba parecía como si lo hiciera de costado.

—¿Qué significa todo eso? —le preguntó Sheng al ponerse a su alcance.

Se apartaron a un lado y dieron un rodeo para llegar antes al campamento.

—¿Cómo quiere que lo sepa? —contestó el Cangrejo—. Yo soy un soldado insignificante y nadie me informa de nada. Lo único que puedo decir es que mientras las enfermeras representaban una comedia en la que una estudiante era capturada y mataba a seis japoneses con un veneno que llevaba escondido, antes de llegar al final, se presentó corriendo un mensajero en nombre del general, indicando que debíamos salir en el término de una hora. Parece ser que los blancos han sido atrapados en el Sur, más allá del río. Los endiablados japoneses han envuelto sus avanzadas, su vanguardia y su retaguardia. Carecen de víveres y de agua, y, si nosotros no llegamos a tiempo, morirán como ratas.

Como única respuesta a tales palabras, Sheng aceleró la carrera y dejó atrás al Cangrejo, que continuó su camino cojeando. Poco después alcanzo el cuartel general, donde encontró reunidos a los demás comandantes, dispuestos a partir. Si antes el general abrigaba alguna duda, ahora su rostro no acusaba ni la menor sombra de ella: Estaba en pie, detrás de su mesa cubierta de papeles, que iba leyendo a medida que daba órdenes con voz tajante.

—Usted, Pao Chen —decía—, formará con sus hombres las filas del centro. Yao Yung y Chen Yu formarán los dos flancos. —Levantó los ojos y vio a Sheng y, mirándolo como si en su mirada brillara un destello de risa, añadió en el mismo tono —: Usted, Sheng, parece que estaba dormido en un matorral espinoso.

Sheng se llevó las manos a la cabeza. En su precipitación había olvidado, donde estaba durmiendo, su gorra en el suelo, y varias hojas secas de bambú le habían quedado prendidas en su cabello. Se alisó el pelo con los dedos. Su cara se había puesto de mil colores.

—¡Soy un búfalo! —masculló—. Si todo está tranquilo a mi alrededor, me quedo dormido como un animal.

—Se acabó la tranquilidad —dijo el general con voz recia—. Usted irá a la vanguardia. Debe partir al frente de sus soldados antes de una hora. Los llevará hacia el Sur, y luego hacia el Oeste. Cruzará el río por el primer vado que encuentre. Todo debe hacerse con la máxima rapidez, pues es casi seguro que los puentes de más abajo han sido destruidos. Los japoneses han copado a los blancos.

—Cumpliré sus órdenes fielmente —contestó Sheng y, después de cuadrarse, salió corriendo del cuartel. Todavía tenía el pelo revuelto y llevaba prendido en él las hojas secas de bambú.

Al salir de la puerta, por poco tropieza con el doctor Chung, cuyo rostro estaba tan pálido como el manojito de papeles que llevaba en la mano.

—¿Está el general? —preguntó a Sheng.

—¿Dónde quiere que esté, pues? —gritó Sheng por encima de su hombro y volviéndose a medias.

En la oscuridad, una mujer seguía con paso rápido y ágil al atribulado doctor. Sheng no se volvió a mirarla. La mujer era Mayli, y al oír aquella voz se detuvo para fijarse en la figura de aquel que pasaba corriendo. El doctor se volvió hacia Mayli, gritando:

—¡No se detenga, no hay tiempo que perder! ¡Tenemos que recoger todas las instrucciones, claramente detalladas! No llegaremos a tiempo.

Y Mayli, que se había quedado ensimismada mirando aquel soldado, arrancó sus pensamientos de la imaginación fugaz que había despertado sus sentimientos. Realmente, no había tiempo que perder. Además, ¿no podía haber en el ejército cientos de muchachos con una voz parecida a aquélla? ¿Por mí sería precisamente la de Sheng?

—No me detengo —contestó con energía, y corrió a juntarse con el doctor Chung.

Antes de medianoche empezó la marcha. En las filas imperaba la duda de si llegarían a tiempo de socorrer a los blancos. Pero toda divergencia o preocupación había sido dejada de lado y el pensamiento unánime era que estaba en juego el honor de su pueblo, responsable en este momento de ayudar y salvar a los que siempre se habían comportado como amos suyos.

—Esta vez nos necesitan —les había dicho bruscamente el general, dirigiéndose a todos con expresión de desdén en los ojos y voz áspera—. Antes no servíamos para nada, pero ahora que se encuentran acorralados por los japoneses nos necesitan. Bien, tenemos que demostrarles lo que somos.

Animados por estas palabras, se movilizaron debidamente y empezaron la marcha. La distancia que les separaba del lugar donde se dirigían no podía ser recorrida en un solo día. Por lo menos se requerían tres. Los caminos eran difíciles y había pocas carreteras. Los blancos, mientras habían gobernado el país, habían construido escasas vías de comunicación. La tropa debía pasar por los antiguos caminos, estrechos y duros, cubiertos de barro seco y piedras y abiertos por los profundos surcos dejados por las ruedas de los carros. A veces, el camino se convertía en sendero, que debían seguir en fila india. Por dos veces tuvieron que atravesar la jungla, sin seguir sendero alguno, y gracias que fue en pleno día, pues de lo contrario, no hubieran podido hacerlo a causa de las serpientes y otras fieras de la selva. No sólo debían vigilar lo que corría por el suelo, sino también lo que pudiera caer del cielo. Los aviones japoneses volaban sin cesar, apareciendo entre las nubes a fin de descubrir todo movimiento encaminado a ayudar a los blancos.

—Estamos más seguros dentro de la selva, entre las serpientes —dijo Sheng a sus hombres.

Los soldados se vistieron las guerreras verdes y se pusieron ramas de árboles sobre sus cabezas, a fin de que, vistos desde arriba, pudieran ser confundidos con las malezas. Mayli también ordenó a las enfermeras que se pusieran ramas verdes sobre el pelo. Al verlas con estos adornos improvisados, pensó que resultaban más bonitas. Eran tan jóvenes y entusiastas que incluso se reían de este engaño para evitar la muerte. Algunas seleccionaban la clase de ramas que debían ponerse, a fin de que les sentaran mejor. Pansiao recogió unas flores de color rojo de una planta trepadora y las distribuyó entre las ramas verdes. Ante su cara redondeada y alegre, bajo las flores rojas, las demás compañeras no pudieron dejar de sonreír.

Sheng iba a la vanguardia, alentando a sus hombres con el ejemplo. Mayli, en cambio, con sus enfermeras, formaba parte de la retaguardia, y no se encontraron en ningún momento. Ambos ignoraban que integraban el mismo cuerpo de ejército y que tomarían parte en la misma batalla. A pesar del cansancio y de la fatiga, ambos pensaban muchas veces en la voz que oyeron, tan similar a la que conocían, pero alejaban este recuerdo, pues no podían llegar a suponer que estuvieran tan cerca. La guerra les arrastraba como un engranaje. Cada noche, cuando la tropa acampaba, Mayli debía preocuparse para que no faltara comida a las enfermeras y para proporcionarles la relativa seguridad de pasar una buena noche. Sheng, en cuanto sus soldados habían comido los pasteles de arroz y las legumbres secas y repuesto su provisión de agua, debía estudiar detenidamente el mapa y enviar los espías en descubierta, a fin de saber algo sobre las posiciones del enemigo y la situación de los blancos. La gente del país ya tenía noticia de que los ingleses estaban acorralados y

en todos los rostros se veía una expresión de alegría. Este júbilo fatídico, Sheng lo consideraba como un síntoma enemigo, pues, en definitiva, también se dirigía contra los que acudían en socorro de los blancos. Esta satisfacción, sobre todo, se exteriorizaba contra los desventurados naturales de la India que vivían en el país, porque los birmanos les odiaban profundamente. Afirmaban que los hindúes habían ido a Birmania para quitarles el trabajo y quedarse con el arroz. Sheng notaba ese odio en todas partes. En alguna ocasión salvó a un hindú e incluso a una familia entera de ser víctimas del odio de los birmanos. Uno de estos hindúes, en señal de gratitud, dejó a sus compañeros y siguió a Sheng. Pero al finalizar el día, éste se dio cuenta de que el agradecimiento del buen hombre le representaba una carga más que una ayuda. Llamó a Cangrejo y le ordenó que se hiciera cargo de aquel joven y le incorporara a sus compañeros.

—Llega a incomodarme con sus ojos siempre fijos en mí, tratando de adivinar lo que necesito para apresurarse a traérmelo o corriendo a mi lado en cuanto me muevo, suponiendo que debe ayudarme —dijo Sheng.

Y, realmente, el hindú lo hacía así. Sheng le había salvado en el preciso momento en que un birmano, después de rociarle en petróleo, se disponía a prenderle fuego. El Cangrejo se hizo cargo de él, y, a base de esfuerzos, lograba hacerse entender y le señalaba trabajo. El otro obedecía con la fidelidad de un perro.

El general había designado a Charlie Li como ayudante de Sheng, pues hasta cierto punto éste seguía siendo el guerrillero de las colinas y no estaba acostumbrado a actuar en una guerra en toda regla. Por otra parte, Charlie parecía un natural del país dondequiera que pusiese los pies, y sabía leer en la cara de las personas de la misma manera que los campesinos leen en las nubes y en el viento si va a haber lluvia o no. Por eso solía recorrer los alrededores vestido de mendigo, y por la noche volvía al lado de Sheng y le informaba de su descubrimiento. Iba mucho más adelante que los soldados y se mezclaba entre la gente, y, como había aprendido bastante de su lenguaje, comprendía la mitad de lo que decían y adivinaba lo que callaban.

—Ni después de una generación llegaremos a disipar el odio que nos estamos creando entre los birmanos por habernos metido en esta guerra al lado de los blancos, en lugar de hacerlo al lado de nuestros hermanos de raza —decía Charlie, apenado—. Según ellos, nosotros somos traidores a la parte del mundo a que pertenecemos. Los japoneses van diciendo por todas partes que somos los únicos que ayudamos a nuestros dominadores de siempre, y que si no fuera por nuestra culpa la guerra ya habrían terminado y los blancos se habrían visto obligados a marcharse.

Cuando Sheng y Charlie querían hablar, siempre se apartaban de los demás. Esta noche estaban sentados en un banco carcomido, cerca del borde de la selva, donde habían acampado a fin de hallarse lo más lejos posible de la aldea. Así podían ver a todo el que se acercara. El campamento estaba debidamente vigilado por los centinelas, que sabían perfectamente los peligros a que estaban expuestos. Sheng estaba sentado con las manos entrelazadas alrededor de las rodillas y con los ojos

muy abiertos, vigilando por todos lados, mientras decía a Charlie:

—Si yo no hubiese sufrido lo que sufrí, y que nunca podré contar a nadie, en manos de los japoneses; si no hubiese visto lo que vi en la ciudad cercana a nuestra casa y lo que pasaba en la aldea donde vivieron todos mis antepasados, entonces quizá yo también podría creer que esta gente tiene razón al decir que hemos traicionado a nuestros propios hermanos. Pero, por desgracia, he visto cosas que jamás podré olvidar. No conozco a los blancos. Nunca he tenido ocasión de hablar con uno de ellos. Pero a los malditos japoneses los conozco, los he visto muy de cerca y hasta que muera serán mis enemigos. Y todavía después de muerto les seguiré odiando.

Su voz resonaba gravemente en medio de la noche. Y continuó en el mismo tono:

—No puedo decir que amo a los blancos. Ya he dicho que ni siquiera los conozco. ¿Tan tonto sería que dijera esto? No he venido aquí a sentarme en este banco, ni estoy pisando esta tierra que no es la nuestra para salvar a los blancos. Pero, si ellos son enemigos de mi enemigo, entonces son mis amigos.

—El país está cubierto de espías —dijo Charlie, escuchando inquieto—. Entre los mismos sacerdotes, de cada diez, nueve están a favor de los japoneses, y entre la gente del pueblo no encontrarás ni uno solo que esté dispuesto a levantar una mano contra ellos.

—Entonces también son enemigos míos —replicó Sheng gravemente. Se levantó, mirando a su alrededor a través de la oscuridad. Aspiró el aire de la noche y dijo—: Hasta el aire huele mal en esta tierra extraña. Debe ser el olor putrefacto del enemigo que llega hasta nosotros.

—Es la selva —contestó Charlie—. Está apestada.

Permanecieron en silencio largo rato, reservándose sus mutuos temores.

—Voy a dormir —dijo finalmente Sheng con voz seca y dura.

—Bien. Yo también dormiré un par de horas y luego continuaré mi ruta. Ya volveré a tu lado. No te preocupes ni me busques. Pero antes de la próxima noche mis pasos me llevarán al lugar donde te encuentres.

—Dentro de tres días deberíamos estar allí, salvo que los blancos hayan retrocedido —dijo Sheng.

—¡Retroceder! —exclamó Charlie—. No pueden. No les queda ni un solo camino. Además, ellos no pueden viajar sin carreteras por las que puedan pasar con sus fuerzas motorizadas.

Los dos se echaron a reír, pero sin el menor acento de alegría. Y se separaron.

La última jornada de marcha transcurrió en silencio. Los blancos se hallaban a un tercio de milla, esperando ser liberados. El general se había comunicado con el americano por medio de un mensajero, pero no confiaba demasiado en él. El americano allí era más extraño que los chinos. Durante todo el día estuvo pensando que sólo podía confiar en sí mismo. Esta clase de guerra estaba por encima de las posibilidades de los blancos, que sólo conocían bien a los de su raza. Y sentía un

profundo desdén por esos hombres que, después de abandonar sus países para ir a luchar entre hombres extraños, ni tan sólo sabían diferenciarlos entre sí. Mientras caminaba al lado de sus soldados, varias veces asomó a sus labios una amarga sonrisa. «Los blancos —se decía a sí mismo en una mezcla de temor y desprecio— son incapaces de distinguir una cara amarilla de otra». Si un japonés se detuviera delante de uno de ellos y le dijera que es un amigo, se lo creería, sin notar el engaño. Sus espías le habían informado de centenares de casos parecidos. Los japoneses no llevaban uniforme, sino solamente un par de pantalones cortos y calzaban zapatos o sandalias con suela de goma, confundiendo con la gente del país, que poco más o menos vestían de la misma manera. Para los blancos, todos eran iguales. Ni tan sólo conocían ningún idioma de los suyos. A pesar de haber dominado aquellos países durante siglos, todavía no habían llegado a diferenciar entre las caras y los idiomas.

—Y éstos son los que vamos a salvar —mascullaba el general.

Su desprecio fue creciendo en tal forma que cuando, a la caída de la tarde, volvió a recibir órdenes del americano, en las que precisaba dónde debía dirigirse y qué debía hacer, rompió los papeles y los arrojó lejos de sí.

«Sólo puedo confiar en mis conocimientos», pensó.

A través de su voz y de su mirada se traslucía un profundo desdén, y sus soldados se daban cuenta de ello. Estaban a punto de unirse con sus aliados, pero sin confiar en ellos, a pesar de la mejor voluntad que ponían para que así fuera. Muchos de ellos abrigaban grandes esperanzas, pero los escépticos sabían que no podían elegir otro camino, a pesar de todo. Debían luchar con los blancos o contra ellos; y luchar en contra equivalía a unirse a los japoneses, cosa que no podían hacer. Además, recordaban las palabras pronunciadas por el Presidente la última vez que se pasó revista. Su voz sonora había rasgado el aire como un látigo:

«Sostenéis nuestro honor como si sostuvierais un estandarte. Ahora demostraremos a los blancos lo que los chinos son capaces de realizar. Si nos desenvolvemos bien, no podrán menos que admitir que somos sus eficaces colaboradores en esta guerra contra los japoneses. ¿Dónde podríamos encontrar aliados contra aquellos que se apoderan de nuestra tierra, sino en los hombres de Ying y Mei? Yo confío en que la victoria final será suya. Por lo tanto, debéis obedecer al que os he designado como vuestro jefe, no porque necesitéis ser mandados por un hombre blanco, sino porque él servirá de intermediario entre vosotros y los hombres de Ying, que son más duros y menos benévolos que nosotros. Sin embargo, todos debemos estar unidos. ¡Demostrad a vuestro superior qué clase de hombres sois! ¡Nuestra nación tiene los ojos puestos sobre vosotros! Soldados, no la defraudéis. ¡Yo lo ordeno!».

Mientras él hablaba, su esposa había permanecido detrás de ellos, y, cuando el Presidente gritó las últimas palabras, levantó su menudo puño, apretando fuertemente los dedos.

El general la recordaba tal cual estaba en aquel momento, pero ¿no había también

en ella algo de extranjera? Eran muchos los que sostenían que el Presidente estaba influido por ella y que por tal motivo mantenía la alianza con los blancos, pues su esposa había vivido la mayor parte de su infancia y adolescencia en el extranjero, habiendo crecido y habiéndose educado en una tierra que no era la suya. También se decía que hablaba mejor el inglés que el chino. Y, en realidad, cuando hablaba su propio idioma daba a las palabras un acento ligeramente extranjero y usaba términos anticuados, en la actualidad fuera del uso corriente y que sólo se veían en los libros clásicos, dando así la impresión de ignorar los nuevos, breves y sutiles que ahora eran corrientes. Aunque, al fin y al cabo, si se tenía en cuenta que era una dama cuyos dedos estaban cargados de joyas y que vivía apartada de la gente humilde, era lógico que ignorase esas formas.

Irguió la cabeza como para ahuyentar semejantes pensamientos. Él era un soldado, un simple soldado, y ante él surgían, esperándole, los deberes que como soldado debía cumplir. Podían caberle dudas en cuanto a sus amigos, pero podía asegurar que conocía perfectamente a sus enemigos. Miró su reloj de pulsera. En el próximo amanecer debería encontrarse situado junto al río y a la vista de los blancos, suponiendo que estos blancos todavía vivieran.

... A causa del cansancio y la inquietud, Mayli no pudo dormir durante toda la noche. La inminencia de la batalla era notoria. Nadie ignoraba que mañana empezaría la lucha. Pero, para ella, este comienzo tenía un significado distinto que para los demás. Por primera vez se encontraría ante moribundos y heridos a quienes atender. ¿Sabría desempeñar su obligación? Ahora se avergonzaba de la inutilidad de su vida anterior. Siempre había vivido sin la menor preocupación y con las máximas comodidades, lejos de su propio país e ignorando sus problemas. Pasó su infancia en el extranjero y aun ahora no se sentía absolutamente asimilada a su pueblo. Los demás, en cambio, eran algo de ese mismo pueblo. Llevaban la misma sangre, eran pobladores de una misma nación. Ella no era una parte de ese pueblo, ella no era como los demás, que cada cual parecía una parte del otro. En este momento hubiese querido no saber hablar otra lengua que la de su país. Habría querido borrar de su mente incluso los recuerdos de su vida en Norteamérica. «Si vuelvo a disponer de tiempo —se decía—, lo dedicaré a leer y releer los libros de mi pueblo, la poesía antigua, la vieja filosofía. Quisiera poder encontrar mis raíces».

Luego pensó que quizá nunca más dispondría de ese tiempo. Podía morir. Ante la idea de la muerte lloró silenciosamente, tapándose la boca con las manos a fin de acallar los sollozos. Estaba acostada entre las demás muchachas y temía ser oída. Pero no pudo evitarlo. Pansiao, que dormía a su lado, fue despertada por el leve sollozo. Permaneció quieta durante un rato y escuchando atentamente; luego extendió un brazo hasta alcanzar la mejilla de Mayli. Notó que estaba húmeda. Pasmóse tanto de que Mayli llorara, que ella también echóse a llorar. Mayli tuvo que reñirla, pues

sólo así podría evitar que ese llanto injustificado cundiera entre las demás mujeres y provocara el pánico.

Se incorporó ágilmente y, agarrando a Pansiao por la trenza que le colgaba sobre la espalda, la sacudió ligeramente, murmurando:

—¡Basta! ¡Deja de llorar o voy a castigarte como a una niña!

Pansiao dejó de llorar, asustada por el acento enérgico de Mayli, que volvió a acostarse ahuyentando sus propias tristezas.

«Veo claramente que no debo pensar en nada más que en cumplir con mi deber», se dijo, sintiéndose más tranquila.

CAPITULO XIV

A la mañana siguiente, antes de la salida del sol, ya estaban todos despiertos, en un estado de ánimo parecido. Comieron las raciones frías y se dispusieron a empezar el lento avance. Los alrededores estaban ocupados por fuertes destacamentos enemigos, de modo que se marchaba sigilosamente, procurando hacer el menor ruido posible. No se oía ni una voz, pero de cuando en cuando les llegaba el estallido o el silbido de los disparos que se producían a muy corta distancia. El general les había prevenido de que los japoneses lo mismo podían estar agazapados en los árboles, como monos, que ocultos en la selva, como bestias feroces. En consecuencia, procuraban mantenerse en campo abierto.

—Cada cual debe vigilar por sí mismo y por los demás —les había ordenado—. Todos deben recordar que aquí no contamos con ningún amigo, ni entre los hombres ni entre las bestias.

En realidad, ninguno de ellos se sentía seguro. En su propia tierra, todos se hubieran sentido capaces de luchar sin descanso, pero no estaban acostumbrados a pisar tierra extranjera. Cuando peleaban en su terruño, parecían impulsados por una gran fuerza que penetraba en sus cuerpos, dándoles valor y entusiasmo. En cambio, aquí, en ese país desconocido, no se sentían poseídos por la energía que debía impulsar a sus cuerpos. Les parecía como si tuvieran otro enemigo bajo sus pies. Marchaban a la batalla, pero sus corazones estaban mudos. Y sin entusiasmo la lucha resulta más difícil. En el fondo, todos tenían miedo. Lo único que podía infundirles calor eran las órdenes dadas por sus superiores, pero de éstos uno era americano. Hasta entonces, nunca habían tenido que recurrir a las órdenes recibidas para sentirse valerosos, cual si se tratara de soldados mercenarios. Las mujeres estaban tan quietas como los hombres, y les seguían en silencio. Mayli no encontró ninguna palabra para animarlas. Antes de partir, sólo consiguió, con ayuda de los soldados, alumbrar un poco de fuego para prepararles un té caliente. Las muchachas la saludaron con pálidas y apagadas sonrisas, pues todas estaban ensimismadas en sus propias penas, acrecidas por la inquietud y el temor que acusaban todos los rostros. Chi-ling recordaba a sus hijos muertos; An-lan, a su anciano padre, y todas volvían sobre sus tristes recuerdos. Incluso las que no tenían muchas penas que llorar, estaban también obsesionadas por el desarrollo de este día, que sería lúgubre para todas, pobres mujeres desamparadas y sin refugio donde cobijarse y expuestas a perderse en un país extraño.

La salida del sol animó algo los espíritus. Hasta ahora habían conseguido avanzar sin ser atacados por los japoneses. Si conseguían unirse a los aliados antes de que los aviones les descubrieran, podían tener la esperanza de que, juntos, podrían formar una nueva línea desde donde atacar, en lugar de retroceder sistemáticamente.

Sheng caminaba infatigable, con sus largos pasos de campesino. Ansiaba llegar cuanto antes al lado de los blancos y conocer la clase de armas que utilizaban. Desde el principio había luchado con un fusil, pero estaba convencido de que, si contara tan sólo con algunas de las armas modernas y formidables de los blancos, haría buen uso de ellas y acabaría la retirada para empezar el avance. Muchas veces había soñado poseer aunque fuera un solo mortero. Ahora bien, si los blancos disponían también de algunos tanques y aviones, ¿no podría entonces cambiar la suerte y dar una buena sorpresa a los japoneses?

Cuando llegó al lugar señalado para aguardar al resto del ejército, se sentía con renovadas esperanzas, y junto con sus soldados y hablando animadamente con ellos esperó alrededor de una hora. Todos notaron el cambio que se había operado y eso, acompañado de su charla, animó en gran manera a la tropa. Se oían distintamente los disparos y, fijándose en su ruido, se dieron cuenta de que no debían ser de armas muy grandes, cosa que les sorprendió, preguntándose si los acorralados blancos estarían sin cañones.

Poco después apareció, como por milagro, Charlie Li, más que cansado, agotado. Había explorado los alrededores desde las tres de la madrugada y, a pesar de haberse lastimado la planta del pie, accidente que dificultó mucho su labor, logró descubrir sitio exacto donde estaban los blancos.

—Los japoneses les atacan por la noche —dijo a Sheng—. Los blancos siguen resistiendo.

—¿Tienen ametralladoras? —preguntó Sheng.

—Algunas —contestó Charlie—. Las he visto. Todos, hombres y pertrechos, están amontonados en un valle poco profundo, situado a dos millas escasas de aquí. Pero los japoneses están encima de ellos. No obstante, algunos consiguen escapar. He visto unos cuantos grupos de blancos que habían conseguido huir por sus propios medios.

—Eso quiere decir que también han perdido esta batalla —afirmó Sheng agriamente—. Cuando se gana nadie huye.

No obstante, seguía sosteniendo su naciente esperanza. De pronto, llegó el general con el resto de las fuerzas. Después de comentar con su superior las últimas noticias facilitadas por Charlie Li, comenzaría el ataque. Los japoneses pretendían ocupar los tres grandes ríos; por eso cruzaban los valles, avanzando por tres lados distintos. Eso, en cuanto se refería a los caminos principales. Pero al mismo tiempo habían formado una espesa red, bloqueando todos los caminos que arrancaban, formando innumerables ramificaciones de las carreteras, pues sus elementos motorizados no podían circular por los caminos angostos. Sin carreteras desaparecía su poderío. Las carreteras y caminos aprovechables eran en poca cantidad, de manera que los japoneses conseguían su propósito con fuerzas muy escasas. Acostumbraban a usar la siguiente estrategia: parte de sus fuerzas se mezclaban con los habitantes de las aldeas de los alrededores del punto que se proponían bloquear. En esa forma

solapada se hacían dueños de la ruta, con la misma; ayuda de los birmanos. Y los vehículos mecanizados quedaban parados como enormes leviatanes^[1] arrojados fuera del mar. Eran como grandes barcos naufragados, abandonados en la playa. Llevaban tanta carga que los hombres no podían con ella. Pero era imposible dejarlos abandonados en plena ruta, a merced de los japoneses. Entonces, los hombres se decidían a luchar con denuedo para retirar los; obstáculos acumulados en el camino, formados generalmente por grandes troncos de árboles. Y mientras los blancos intentaban el costoso esfuerzo, el enemigo acudía con la aviación y disparaban los emboscados en la selva, eliminando a todos los hombres que, en lugar de huir, se habían empeñado en salvar la columna de transporte.

El general estaba informado de estas emboscadas por sus espías y no cesaba de insistir interiormente en la necesidad de apresurarse, no obstante reconocer que todas las apariencias inducían a creer que esta campaña era un caso perdido. Pero no exteriorizaba su pesimismo. Subió a una pequeña prominencia, frente a sus hombres reunidos y dispuestos a obedecer, y les dijo con voz firme y enérgica:

—¡Soldados! Ya sabéis que debemos cumplir con un deber. No nos preguntemos qué va a ser de nosotros, pues aquí estamos para salvar a nuestros aliados y convertir una derrota en victoria. ¡Soldados! No olvidéis que esta guerra es la misma en la que venimos luchando desde hace cinco años en nuestro propio país. Nuestro enemigo es el mismo.

Y si lo derrotamos aquí, está derrotado también en nuestra tierra. ¡Jóvenes soldados! Debemos derrotar a los japoneses y devolver la Gran Ruta a nuestro país. ¡Luchad en defensa de lo vuestro!

Un profundo murmullo se produjo entre las filas de los soldados. Eran gritos reprimidos de entusiasmo, pues no podían manifestar ruidosamente la alegría que les había producido las palabras del general. Inmediatamente, como si se tratara de un solo cuerpo, empezó el avance general hacia el Oeste. Charlie Li iba delante de todos, señalando el camino a seguir. El general no volvió a pronunciar ninguna palabra. Sólo se limitaba a contestar escuetamente las preguntas de Charlie, cuando éste le preguntaba sobre un sendero a seguir en dirección al valle donde los blancos estaban acorralados. Siguieron avanzando mientras se hacía completamente de día. El sol dejaba caer sus rayos cada vez más ardientes. Hasta entonces, el aire había sido cálido, pero ahora se había convertido en fuego ardiente. Y lo que antes consideraban calor, ahora, en comparación, resultaba un fresco más que agradable. En todos los rostros aparecían gruesas gotas de sudor, pero el general mantuvo el ritmo de la marcha.

—Se encuentran al oeste de las próximas colinas —dijo finalmente Charlie en voz baja. Ahora el ruido de los disparos se oía muy cerca y el suelo parecía retumbar a su alrededor. El general hizo; una señal de aprobación y prosiguió el camino. El soldado que le seguía a unos pasos de distancia oyó la indicación de Charlie, y en seguida la comunicó a su compañero, que a su vez la transmitió a otro, y así

sucesivamente fue recorriendo todas las filas. Todos los corazones fueron invadidos por una sensación de espanto y de esperanza. Alcanzaron lo más alto de la colina y emprendieron el breve descenso. La columna avanzaba en pos del general. Poco después distinguieron un automóvil, seguido por otro a corta distancia. Los coches se detuvieron. El general miró con sus prismáticos y vio que sus ocupantes eran blancos. Pero sus rostros estaban descompuestos y horrorizados.

—Están asustados —dijo a Charlie, extrañado—. ¿Por qué nos tienen miedo? —le preguntó, ofreciéndole los prismáticos para que pudiese comprobar lo que le decía.

Charlie, después de haber mirado, empezó a reír y dijo:

—Nos han tomado por japoneses. El enemigo lleva uniforme verde, cuando lo lleva. ¿Pero a quién se le ocurriría, sino a los tontos, llevar un uniforme que no fuera de ese color en un país totalmente cubierto de verdor?

—Dejemos que tiemblen un poco antes de que se den cuenta de quiénes somos —dijo el general secamente—. Por suerte, llevamos nuestras insignias en las gorras. Si no pueden reconocernos por las caras, cuando menos que lo hagan por nuestros escudos chinos.

Y continuaron avanzando, confirmándose las palabras del general. Cuando llegaron cerca de los blancos y éstos distinguieron sus insignias, la expresión de sus rostros cambió en un abrir y cerrar de ojos. Lo que antes era terror se transformó ahora en inmensa alegría. Se levantaron agitando los brazos y gritaban algunas palabras que el general creyó distinguir como el grito de guerra chino: ¡*chung kuo wan shui!*

Nadie podría darnos la razón de por qué, a veces, la más pequeña insignificancia puede libertar el espíritu de un hombre de las más torturantes preocupaciones. Lo cierto es que el general, al oír pronunciar a aquellos blancos el grito de guerra que condujo a sus soldados a centenares de batallas, sintió conmoverse sus fibras más íntimas y su corazón se sintió aliviado, como pájaro que escapa de su jaula, y también gritó con voz potente:

—¡*Chung kuo wan shui!*

El general corrió hacia los blancos.

—Pregúnteles dónde están los japoneses —ordenó a Charlie.

—¿Dónde está el enemigo? —les preguntó Charlie, en inglés.

—¡Allá, allá! —exclamaron, indicando un punto hacia la retaguardia.

Aquellos blancos no eran soldados; iban sin armas. Eran individuos de la población civil que debían de haber huido con el ejército.

—Los japoneses están hacia allí y nuestros soldados siguen resistiendo —repitieron con grandes exclamaciones.

El general les escuchaba atentamente, aunque no pudo saber qué decían hasta que Charlie se lo tradujo. Entretanto, la columna había seguido avanzando. Al pasar junto a los blancos, Sheng se detuvo un instante, contemplando la cara de sus aliados. Era la primera vez que veía a un blanco a tan poca distancia. ¿Cómo eran esas caras

barbudas, flacas, de largas narices huesudas y ojos hundidos? ¿Blancas? Nada de eso. Eran negras de suciedad y tostadas por el sol. Su color era rojo subido, como la tetera de barro de su madre.

Mucho más atrás, lejos de Sheng, también avanzaba Mayli con sus muchachas. Su andar no era tan elástico y su pelo estaba completamente húmedo a causa del sudor. Al ver los rostros sonrientes de aquellos blancos, agitó la mano y les gritó en inglés:

—*Hello, shere!*

Sabía perfectamente el poder mágico que estas palabras obrarían. Sucios como estaban, con sus vestidos andrajosos y sus velludos brazos descubiertos, se inclinaron ceremoniosamente ante ella y le contestaron alegremente:

—*Hello, hello, hello para ti! ¡Vive Dios! ¡Qué chica más linda!*

Mayli prosiguió la marcha sin detenerse, pero una ráfaga de entusiasmo juvenil inundó su pecho y precipitó los latidos de su corazón. Recordó por un instante los buenos tiempos pasados en América, bailando, flirteando y charlando de cosas triviales con jóvenes apuestos. ¡Qué divertida era la juventud, cualquiera que fuese el país a que perteneciera! Pero, naturalmente, no en tiempos como los actuales.

—¿No son muy fieros esos hombres tan peludos? —le preguntó Pansiao con ansiedad.

—No —le contestó—. No tienen nada de fieros. Pero tienen hambre y están cansados, y quizá acaban de escaparse de la muerte.

Ella también sentía hambre y estaba terriblemente cansada. Suspiró y sintió vehementes deseos de que la guerra terminara.

El general, después de haber visto huir desordenadamente a esos hombres agotados que eran sus aliados, pensó que más le valiera no haber nacido. ¿Dónde estaba la gloria de la batalla? Sus labios no pronunciaron una sola palabra, pero su corazón pareció haberse vuelto de piedra. Aquello no eran unos aliados, sino una nueva carga que se añadía a la ya representada por hallarse en un país extraño entre gente desconocida y hostil y frente a un enemigo en evidentes condiciones de superioridad en cuanto a armamento y medios de lucha. Había abrigado la esperanza de que, uniendo sus soldados a los blancos, habría conseguido mayor fuerza y eficacia que luchando solo. Pero, ante el panorama que se le ofrecía, se dio perfecta cuenta de que, al acercarse a ellos, en lugar de haber reforzado sus fuerzas, las había debilitado.

No obstante, cuando entró en sus filas, lo hizo animosamente, no prestando atención alguna a las escasas y débiles demostraciones de alegría. Charlie Li servía de intérprete entre él y el americano, dado que el general sólo hablaba chino. Volviéndose hacia sus soldados, dijo:

—Ahora a comer y a descansar. Veremos cuándo nos tocará empezar la batalla.

Entre tantos inconvenientes, un factor parecía favorable. Los japoneses, después de atacar durante toda la noche, cesaron el fuego. La aviación tampoco había

aparecido en el brillante cielo del mediodía. Aprovechando este momento de tranquilidad, los hombres se habían echado en el primer lugar que les pareció propicio. Algunos se habían acostado con la cara apoyada en el suelo; otros, de espaldas, cubriéndose los ojos con la gorra, y otros permanecían sentados con la cabeza inclinada sobre las rodillas y las armas al lado. Los chinos observaban detenidamente, silenciosos y con ciertas reservas, a sus aliados. Algunos de ellos, viéndose observados, levantaban pesadamente un brazo en señal de saludo; otros les sonreían o pronunciaban roncadas palabras de bienvenida, pero la mayoría continuaban simplemente acostados o sentados en silencio, pues el cansancio ni siquiera les permitía hacer demostraciones de júbilo.

El general siguió avanzando por entre ellos y pronto vio salirle al encuentro un hombre delgado, en quien reconoció al jefe americano. Ambos se detuvieron a pocos pasos uno de otro, saludándose militarmente. El general quedó más que sorprendido al oír que el americano le hablaba en chino.

Y recordaba haber oído decir que ese hombre hablaba su idioma, pero nunca había creído que fuese cierto. Su lenguaje no era completamente correcto; pero, sin embargo, se comprendía perfectamente lo que decía.

—Tengo mucho gusto en saludarle —dijo el americano—; pero temo que llegue usted demasiado tarde —agregó lacónicamente—. No es culpa mía si llegamos tarde —contestó el general con frialdad—. Nos tuvieron muchos días esperando en la frontera.

—No podíamos asegurar fácilmente arroz suficiente para tantos hombres.

—Podíamos habernos procurado nuestro propio arroz —dijo el general—, y, según creo recordar, así se lo comunicamos.

—Sean cuales sean los errores cometidos —añadió el americano—, me parece que ahora lo más oportuno es olvidarlos y pensar solamente en que somos aliados. Si alguna esperanza nos queda, es la de colaborar juntos en lugar de querellarnos. ¿Están preparados para atacar?

—No pensamos en otra cosa —replicó sarcásticamente el general.

Se había dado cuenta de que no simpatizarían, y podía asegurar que el americano pensaba lo mismo. Claramente lo demostraba la voz.

El americano, después de mirar a su alrededor, dijo con calma:

—Sus soldados tienen buen aspecto. Es agradable ver a alguien que ofrezca buen aspecto en estos momentos que atravesamos.

—Mis soldados están acostumbrados a toda clase de sacrificios —dijo el general con orgullo—. Pueden cubrir treinta millas diarias, llevando lo necesario, y además buscarse comida.

—Entonces —dijo pausadamente el americano—, me permitiría aconsejarle que empiece a atacar cuanto antes hacia el Oeste. Los japoneses están atrincherados en la ciudad. Desde aquí puede ver la pagoda, que asoma por encima de las colinas. Mientras ustedes atacan, nosotros podremos reorganizar nuestras líneas con los

ingleses.

Calló unos instantes, como vacilando, y luego continuó como si dudara:

—Le aconsejaría que acampara a sus soldados a cierta distancia de los nuestros. Quizá algo más allá del arroyo. Es preferible evitar las disputas.

—¿Disputas? —replicó el general con arrogancia—. ¡Mis soldados no las provocarán! Charlie intervino, sonriendo:

—En el fondo, quiere decir que los blancos no verán con agrado que estemos a su lado. Después de todo, debemos recordar que pertenecemos a otra raza y es conveniente que sepamos mantenernos en nuestro sitio.

Un intenso rubor cubrió el rostro sudoroso del general.

—A nosotros también nos parece mejor —dijo.

El americano le miró gravemente y, en tono conciliador, continuó:

—Ante nosotros tenemos un terrible deber que cumplir, si antes no nos matan a todos. Así, pues, debemos aceptar las cosas como son y olvidar nuestras mutuas faltas. Estamos de acuerdo en que usted pueda opinar como le parezca; pero, en nombre de Dios, no lo recuerde ahora y piense solamente en que debe ayudarnos. Después, cuando la batalla haya concluido y sea ganada, usted podrá vengarse, si quiere, pero ahora...

Levantó las manos y las dejó caer en seguida. Después sacó su pañuelo del bolsillo y se enjugó el sudor de la frente; se quitó el casco y pasó el pañuelo por encima de su cabeza casi calva. Y continuó:

—... tal vez sólo disponemos de unos minutos, mientras el ataque no empiece de nuevo.

—Ciertamente —dijo Charlie, mirando al general—. Tiene razón.

Éste permaneció un momento inmóvil, como luchando consigo mismo. Después saludó secamente y, dirigiéndose a sus soldados, que estaban aguardando, gritó:

—¡Soldados! ¡A la izquierda! ¡Marchen!

Y, dirigiéndose hacia el arroyo, lo atravesaron chapoteando y cubriéndose de barro. Luego treparon por la orilla opuesta.

El americano les observaba con expresión de tristeza en su cara fatigada. Los huesos de sus hombros parecían salir de la carne y adherirse a la camisa empapada de sudor. Los brazos le colgaban a lo largo del cuerpo, como si le pesaran. ¿Qué pensaría en aquel momento?

Cuando Sheng pasó cerca de él, le miró, con curiosidad. ¡Ése era el americano! Le pareció viejo, demasiado viejo para la guerra. Un anciano así debería quedarse en casa con sus nietos. ¿No había jóvenes en América? Además, estaba muy flaco. Su cinturón de cuero casi le daba dos vueltas a la cintura. Los nervios de su cuello delgado sobresalían: destacadamente, y su cara estaba tan chupada y consumida que las orejas parecían dos grandes pantallas. Ahora bien: grandes orejas son señal de bondad y sabiduría, cuando menos así lo decía su padre.

El americano se fijó en la mirada escrutadora de Sheng y le sonrió,

preguntándole:

—¿Ha comido usted?

—¿Cómo es posible que entienda lo que me pregunta? —interrogó, sorprendido, deteniéndose.

—¿Cómo no me entendería usted si le hablo en su propia lengua? He vivido veinte años en China.

—Casi tantos como los que yo tengo —dijo Cheng sonriendo.

—Es usted muy joven. Un muchacho. Yo podría ser su abuelo.

—Ciertamente, es usted demasiado viejo —le dijo cortésmente—. Debería estar descansando en su hogar.

Al oír la palabra hogar, un destello de luz brilló en sus ojos azules, sombreados por el maltrecho casco que llevaba para protegerse contra los rayos del sol.

—Vale más que no hablemos del hogar ni pensemos en él. ¿Quién tiene hogar ahora?

—¡La casa de mi madre todavía sigue en pie! —dijo Sheng con orgullo.

—¿Dónde está? —preguntó el americano.

—Cerca de Nanking —contestó Sheng.

Y reanudó el camino. El americano permaneció en pie, contemplando la larga fila de soldados. Al pasar los últimos —que eran los que acarreaban las provisiones y los equipos de sanidad— seguidos por el doctor y las enfermeras, llamó al doctor Chung y le dijo:

—Usted podría quedarse, doctor. Nos haría un gran favor si quisiera atender a nuestros heridos antes de que las moscas hayan acabado de devorarles la poca carne que les queda sobre los huesos.

También para Mayli el encuentro con los aliados fue como una visión de hombres hambrientos y aniquilados. Sus caras estaban negras de suciedad y sudorosas. Llevaban largas barbas, pues tiempo hacía que no se afeitaban. Sus ojos estaban profundamente hundidos en sus cuencas. Los heridos yacían junto a unos arbustos. Entre ellos había algún muerto y algunos moribundos. Mayli sintió un nudo en la garganta al ordenar a las enfermeras:

—Aquí está nuestro trabajo. Trasladaremos los heridos a la sombra de aquel árbol grande. Después, cada una de vosotras irá por agua. No la vamos a hervir, pero le echaremos un desinfectante. En seguida empezaremos a atender a los que estén más débiles. Hsieh-ying, tú que eres más fuerte, recoge el combustible que puedas; encenderemos fuego y les prepararemos algo de comer. Diez se ocuparán de los heridos y dos ayudarán a Hsieh-ying. Pansiao se quedará conmigo y me ayudará.

Tranquila y ordenadamente distribuyó a cada cual su trabajo, mientras Chung preparaba un espacio bajo el árbol, extendiendo un gran trozo de hule que sacó de su maletín. Se puso una bata y se dispuso a curar a los heridos. Por primera vez Mayli discutió con él, porque se resistía a dejar abandonados hombres que aún respiraban. Chung decía:

—Dejemos que mueran tranquilamente. Ésos son los que no tienen salvación. Fíjese en éste: ya tiene los ojos vidriosos. Nuestra misión consiste en salvar a los que tienen probabilidades de vida.

—¿Cómo sabe usted los que vivirán o no?

Pero él seguía imperturbable, señalando con el dedo a los que juzgaba con probabilidades de vivir y a los que abandonaba como caso perdido. Mayli sentía asomarse las lágrimas a sus ojos, mientras iba ejecutando las instrucciones que recibía.

Sin embargo, se permitió dar un poco de agua a un moribundo y aceptó que otros le hicieran entrega de cartas manchadas y retratos de sus seres más queridos: madre, esposas, hijos. Aunque algunos estaban próximos a expirar, todavía reunían las escasas fuerzas que les quedaban para buscar entre su ropa andrajosa algún pedazo de papel, a veces ensangrentado, que ponían en manos de Mayli, murmurando convulsiva y sincopadamente sus últimos deseos:

—Dícales... dícales... Y antes de acabar la frase quedaban muertos o postrados.

Sin darse cuenta, empezó a sollozar. Pero no lloraba profundamente, como era su costumbre, sino que sus sollozos eran tan apagados que más parecían un llanto interior. Sentía algo como un alambre que le oprimía la garganta. Sus manos temblaban. Reunió las pobres hojas de papel que para aquellos hombres habían sido como símbolos de lo que más querían en la tierra. No quería llorar, pues sabía que éste era apenas el primer día de los que empezaban y que seguramente serían peores. Su sensibilidad todavía se manifestaba, pues aún no sabía ser indiferente a las miserias ajenas. Las enfermeras estaban mucho más tranquilas, por ser prácticas en el oficio y tener la experiencia adquirida sirviendo en su propio país. Para ellas, no obstante, esos blancos eran gente extraña, mientras que a Mayli le recordaban jóvenes bien parecidos, pictóricos de vida, alegres, bulliciosos, despreocupados y acompañados por sus familiares en hogares felices. Había bailado con jóvenes como éstos y algunos incluso habían demostrado amarla. Para ella no eran extraños. Era lamentable, era doloroso verlos abandonados allí, a merced del enemigo, engañados arteramente, acorralados y sin comunicación posible con el mundo, con su mundo. No podía sentir desprecio por ellos, ni indiferencia, sino pena y conmiseración. Lo que más la conmovía era comprobar la ilusión con que la oían hablar en su propio idioma.

—Por lo menos hacía mil años que no oía hablar inglés a una muchacha —dijo suspirando un mozo rubio.

Entornó sus ojos azules y, estrechándole con fuerza la mano, imploró:

—¿No podría cantar...? Cualquier cosa.

Y ella, a pesar de la opresión que sentía en su garganta, se esforzó cuanto pudo y empezó a cantar la primera canción que se le ocurrió, la misma que había cantado unas cuantas noches antes:

*Bébeme tan sólo con tus labios
y yo brindaré con los míos...*

Empezó a cantar muy bajo, pero el canto pareció aliviarla. Inconscientemente levantó la voz, que también se hizo más clara. El muchacho expiró sonriendo y escuchándola; antes dijo:

—¡Es una canción inglesa! ¿Cómo... pudo...?

Perdió la voz y se aflojó su mano. Mayli continuó reteniéndola, mientras las lágrimas brotaban de sus ojos y le surcaban lentamente las mejillas. Siguió cantando hasta terminar la canción. Luego abandonó la mano del muchacho. Era una mano fina y delgada, pero con las uñas sucias y rotas. La piel, a pesar de estar ennegrecida por el polvo y la suciedad, parecía transparente. Mayli abandonó su cabeza sobre las rodillas y lloró libremente, sin importarle ser vista ni oída. En este momento le parecía que en el mundo sólo había miseria y dolor.

En el mismo instante sintió que alguien se incorporaba a su lado. Dos manos la cogieron con fuerza por los hombros, obligándola a levantarse. Se volvió sorprendida.

—¡Sheng! —dijo en un susurro.

—¡Así, eras tú! ¡Eras tú la que aquella noche cantaba la misma canción!

CAPITULO XV

Así fue como se encontraron Mayli y Sheng, junto al inglés muerto. Si el encuentro hubiese ocurrido en otro tiempo, tal vez se habrían sorprendido; pero, en el extraño país donde se encontraban, cada día ocurría algo de que sorprenderse. Y cuando es posible que ocurra lo más imprevisto, sin que nadie pueda predecirlo ni determinar dónde uno mismo se hallará dentro de una hora o en tal día, nada extraño era que ni Mayli ni Sheng se sobresaltaran ni experimentaran una profunda sorpresa, pasada la emoción del primer momento. Se cogieron las manos y así permanecieron sosteniéndolas fuertemente entrelazadas, mientras se miraban ávidamente el rostro. El uno sentía exactamente lo mismo que el otro: una inefable sensación. No sentían alegría, pues a su alrededor había sólo muerte y desolación; pero, sin embargo, sentían como una corriente de una fuerza desconocida que, filtrándose de su manos, llegaba hasta sus corazones. Y en el mismo instante él olvidó sus celos y todas las dudas que tanto le habían hecho sufrir.

Sheng contempló el rostro sudoroso de Mayli, cuyo cabello colgaba húmedo sobre la frente y el cuello. Llevaba un tosco sombrero de paja, como el usado por los campesinos. Alrededor del sombrero estaban sujetas las ramitas cuya sombra caía sobre sus ojos. También se fijó en que había adelgazado mucho y que su uniforme azul de algodón, húmedo por el sudor, se adhería a su cuerpo. No llevaba medias y calzaba sandalias de paja. Llevaba la guerrera arremangada hasta el codo.

Mayli contemplaba a un joven alto y delgado, recio como el cuero y que vestía un sucio uniforme. El sudor que brotaba siguiendo sus finas líneas caía como gotas de lluvia por sus mejillas oscuras.

El sol era inclemente. En aquel espacio casi no había árboles, excepto la espesa y corta vegetación de la jungla. Los heridos se habían arrastrado hasta los escasos sitios donde había algo de sombra y esperaban que les sirvieran un poco de agua. Cerca de los dos, un hindú, cuya cabeza permanecía en la sombra, empezó a gemir quejumbrosamente, pidiendo agua:

—¡Pañi, pañi! —gemía lúgubre.

Se volvieron al oírle y vieron que tenía un hombro completamente desgarrado y que sangraba. Sheng soltó las manos de Mayli y se acercó al moribundo. Abrió la cantimplora de agua, esa agua que ahora era algo de inapreciable valor, y la acercó a los labios del hindú, levantándole la cabeza y apoyándola en su brazo a fin de que pudiera beber.

—¡Oh! ¿Qué estás haciendo? ¡Tampoco vivirá! —gritó Mayli con voz apagada—. ¡Guarda el agua para ti!

Pero Sheng dejó que el hindú agotara hasta la última gota. Luego volvió a dejar la cabeza del herido sobre la tierra abrasada y en el mismo momento dejó de vivir.

—¡Has tirado el agua! —dijo Mayli con la misma entonación de voz.

—Se me habría atragantado al bebería, si se la hubiese negado —contestó Sheng.

Tapó la cantimplora vacía, la puso de nuevo en su sitio y, acercándose a Mayli, volvió a cogerle la mano, reteniéndola entre las suyas.

—¿Dónde has estado? —le preguntó.

—Aquí, con las enfermeras.

—Y yo que siempre pensaba en ti imaginándome que seguías viviendo en aquella casita, con aquel Perrito endiablado al que querías más que a mí.

—Y yo que creía que estarías en cualquier parte menos tan cerca de mí —repuso Mayli con una sonrisa en los labios.

—Realmente eras tú la que cantaba aquella noche en que empezamos la marcha —suspiró: Sheng—. Yo suponía que era imposible.

Iban hablando en medio de los heridos, insolados y moribundos que yacían a su alrededor, convencidos de que esos cortos instantes debían terminar seguidamente, pues uno y otro eran reclamados por sus mutuos deberes. Las muchachas les miraban a hurtadillas y llenas de curiosidad. Dándose cuenta de ello, desprendieron sus manos.

—Haré lo posible para verte esta noche —dijo Sheng.

—Te esperaré ansiosa.

Y de súbito le pareció que sería imposible aguardarle hasta la noche, en un día así. ¿Quién podía saber si viviría al final de la jornada?

—¡Cuídate! —le suplicó con ojos implorantes—. ¡No seas demasiado confiado! ¡Procura que; la noche te encuentre con vida!

—¿Crees que puedo morir? Esta noche, después le ponerse el sol, vendré a verte.

Y se alejó a grandes pasos, cruzando el espacio sembrado de hombres yacentes. Mayli estaba contemplando su figura alta y esbelta, cuando sintió una mano pequeña que estrechaba la suya.

—¿Quién es este joven, hermana?

Era Pansiao. Unos días antes había empezado a llamarla hermana y se lo permitió, apiadada de lo triste y solitaria que estaba. Volvió la cabeza y, ante los ojos asombrados de Pansiao, se echó a reír.

—¿Cómo pude olvidarte? —exclamó—. ¡Y, sin; embargo, te olvidé por completo! ¡Pequeñita! ¡Es: tu hermano, chiquilla, tu tercer hermano! ¡Nos hemos encontrado!

Pansiao probó si veía al joven que acababa de marcharse, pero ya había desaparecido.

—¿Corro tras él?

Mayli negó con la cabeza y dijo:

—No hay tiempo que perder. Tenemos mucho que hacer. Pero volverá esta noche, después de la puesta del sol. Tú irás conmigo.

Mientras iban hablando vieron un inglés que se arrastraba a gatas, intentando

llegar a la escasa sombra que proyectaba el camión destruido.

—¿Puedo ayudarle en algo? —dijo Mayli.

Al oír aquellas palabras inglesas, el hombre consiguió levantar la cabeza haciendo un gran esfuerzo, y apareció ante los ojos de Mayli una visión que alejó de su mente cualquier otra idea o pensamiento, borrados por el horrible aspecto de aquel hombre. Había perdido toda la parte inferior de la cara: no tenía boca, nariz ni mandíbulas. Sólo le quedaban los ojos, que la miraron con expresión agónica. Mayli se agachó y, ayudada por Pansiao, le sujetaron por los sobacos y le arrastraron hasta la sombra del camión, dejándole tendido en el suelo y, sacando de su cajita una aguja, le dio una inyección en el brazo, mientras él le cogía seguidamente una mano. En cuanto sintió que la presión de sus dedos cedía y que sus ojos febriles y llameantes se volvían turbios y apagados, le puso la mano sobre el suelo y lo dejó.

Quizá había otros a quienes salvar.

... Lo más penoso de este día fue que, mientras iban prestando sus servicios, la retirada proseguía. Era preciso ir trasladando a los heridos y a los moribundos. Mayli veía que la batalla rugía a su alrededor, de modo incesante, pero no se preocupaba y seguía trabajando de firme, ayudada por las demás enfermeras, mientras el doctor practicaba las curas u operaba en un camión cubierto por un toldo. De cuando en cuando les llegaba la orden de retroceder nuevamente. Una batalla no es cosa que pueda verse y dominarse en su totalidad. Se compone de infinidad de pequeños movimientos y de grandes masas de hombres y mujeres, cada uno de los cuales es una ínfima parte del conjunto global que, por separado, no se puede apreciar ni comprender. Cada cual debe moverse cuando le dan la orden y en el sentido de que se le indica, pero ni sabe por qué lo hace ni debe preguntarlo.

Durante todo el día —que era terriblemente caluroso— Mayli estuvo acudiendo de unos heridos a otros, pero seguidamente llegaban más para morir o seguir luchando por la vida. Cuando se sentía a punto de desfallecer de cansancio, miraba a Chung y veía que no podía descansar, puesto que el médico seguía trabajando sin cesar. El doctor llevaba una toalla alrededor de la cabeza, a fin de impedir que el sudor le cayera sobre los ojos y le dificultara la visión. Pero le brotaba de las mejillas y de los brazos desnudos e incluso caía goteando de sus dedos mientras ejecutaba sus intervenciones quirúrgicas o anudaba venas y arterias. Cuando vendaba las heridas, las gasas estaban húmedas a causa del sudor de las mujeres que las preparaban. Era imposible enjugarse los rostros y las manos bajo ese calor cruel y continuado. Bebían continuamente cuánta agua encontraban, habiendo agotado incluso la di los baldes con que recogieron la sucia de los arre yos casi secos, y en la que el doctor Chung echó los frascos de desinfectantes y un poco de sal, antes de permitir que la usaran. Sólo se puede vivir entre la muerte cuando no se teme el peligro, pues a cada momento podía llegarle a uno la última hora, ya sea desde el cielo o desde cualquier

matorral. ¿Por qué entonces privarse del agua y sufrir el tormento de la sed? Mayli se preocupaba celosamente de sus muchachas, atenta a la forma en que soportaban la jornada y, según le parecía, la soportaban sin excesivo sacrificio. Pansiao, que era por la que más había temido, era la que mejor estaba. Bajo el terrible calor, y entre muerte y sangre, iba y venía, acudía acá y allá, sin que ni por un momento desapareciera de su carita su natural expresión de alegría y animosidad, como si el espectáculo no la afectara para nada. Una vez que se encontró cerca de Mayli, le dijo sonriendo:

—No puedo dejar de pensar en esta noche.

Realmente, era una niña. Mayli no le contestó limitándose a sonreírle. Aunque se sintiera aterrorizada, Pansiao permanecía como aislada y sólo pensaba en la alegría que le esperaba por la noche. En su simplicidad, parecía como si se hubiese hecho el propósito de explicarse el significado de cuanto sucedía a su alrededor. Veía morir a hombre sin experimentar pesar ni sentimiento, porque esto ya había presenciado muchas veces y, en definitiva, la muerte formaba parte de su vida. Parecía como si no advirtiera el hedor, la sangre y las heridas, absorta sólo en algo que le pertenecía exclusivamente. Hoy, era su hermano. El día anterior pudo haber sido un trozo de dulce que encontrara en una tienda y que comprara por un penique; otro día, un gatito encontrado perdido en el camino y mañana sería cualquier nimiedad que absorbiera su atención.

Siu-chen, la muchacha que había estudiado en un colegio del interior y que quedó huérfana a consecuencia del bombardeo de Nanking, lloraba mientras trabajaba. De vez en cuando, con sus manos sucias y manchadas de sangre, enjugaba sus ojos y su cara. Mayli no temía por ella mientras pudiera llorar, como tampoco temía por Hsieh-ying mientras no dejara de jurar y maldecir en voz baja al cargar sobre sus espaldas los pesados cuerpos de los heridos. Si pesaban poco, los llevaba simplemente en brazos, como si fueran niños. Mayli se complacía escuchando sus vociferaciones mientras iba y venía de acá para allá.

—¡Oh! ¡Madre mía, y la madre de mi madre! ¡Cuántas vidas perdidas! ¡Oh! ¡Si estos malditos demonios se pudriesen! —gritaba a continuación—. ¡A éste le conozco, al que le falta la pierna! ¡Capitana! —gritaba a Mayli—. ¿No lo recuerda? ¡Es el mismo que conducía el camión! ¡Era muy brusco, pero muy bueno...! Venga acá, pobrecito, deje que le lleve al doctor.

Chung le advertía que no le trajera hombres así pues no podía sustituir las piernas de nadie. Pero Hsieh-ying chillaba que, aunque maldijeran a su propia madre, ella recogería a todos los heridos que la miraran con los ojos en los que hubiera un Poco de vida, tanto si eran blancos como de color, y lo mismo si tenían piernas como no. A los únicos que no recogería sería a los muertos. Así, pues ¿cómo habría abandonado a éste, sí además eran conocidos? Pero el infeliz ahorró a ambos toda posible discusión, pues mientras ella vociferaba ante el doctor, murió calladamente.

Era en verdad sorprendente, durante este fatídico día, mientras los japoneses no cesaban un momento de acosarlos desde el cielo y desde sus posiciones, y a pesar de la terrible fatiga, que todavía tuvieran tiempo y energías para discutir entre ellos. Unas veces entre Chung y Hsieh-ying, luego dos compañeras cualesquiera que, debiendo trabajar en estrecha colaboración, encontraban fútiles pretextos de divergencias. A medida que aumentaba sobre ellos la lluvia de metralla, crecía la depresión de los ánimos y el sentimiento de terror, de terrible cansancio, de horroroso calor y hambre, llegando a convertirse en una obsesión. Lo peor era el implacable resplandor del sol, que se hacía más intenso a medida que el día avanzaba. No obstante, Mayli se decía que, mientras las enfermeras tuvieran ánimos para gritar e insultarse, estaban salvadas. Sólo la preocupaban cuando las veía tristes y silenciosa». An-lan y Chi-ling eran las únicas que permanecían calladas. Ambas habían trabajado durante todo el día, sin parar. Por la tarde, al serles distribuido algo de comida, Chi-ling, sacudiendo la cabeza, la rechazó y no quiso comer. Mayli se acercó a su lado y le dijo:

—¡Come! ¡Te lo mando!

Pero Chi-ling sacudió nuevamente la cabeza.

—No puedo —contestó—. Aunque usted me lo exija. Vomitaría en seguida.

Ante esta respuesta, Mayli la dejó sola, pero sin dejar de vigilarla un momento, mientras reanudaba el trabajo al lado de An-lan. Estas dos chicas se habían hecho muy amigas, como si en su mutuo silencio hubiesen encontrado el medio de compenetrarse y reconfortarse.

El día siguió arrastrándose en forma igual, pero cada vez más pesado. A mitad de la tarde nadie ignoraba que la batalla estaba perdida. La derrota se adivinaba en el aire, en el polvo, en el calor. Nadie hablaba, pero, no obstante, todos los sabían perfectamente, y esta convicción se deslizaba entre ellos como un viento maléfico. El general tuvo idea inmediata del desastre, sin necesidad de que sus mensajeros le informaran. Hizo todo lo posible para que sus soldados allanaran el camino para la retirada, pero los japoneses eran tan hábiles y astutos que, cuando habían conseguido barrer un camino de obstáculos, les bloqueaban por otra parte. Era un incesante acorralamiento, del que no podían deshacerse. Maldecía a los grandes elementos motorizados extranjeros, porque equivalían a trastos inútiles cuando sus motores no funcionaban. El motor, igual que el corazón humano, era el punto más delicado y vulnerable. Y cada vez los japoneses arrastraban los camiones muertos y los tumbaban en la carretera, atrincherándose tras ellos. Después prendían fuego a los sitios por donde sus contrarios debían retirarse.

—¡Estamos atados a los camiones! —rugía el general dirigiéndose a sus comandantes—. ¿No sería mejor confiar en nuestras propias piernas y dejar los camiones aquí para que se pudran?

Por otra parte, gracias a los vehículos, era facilísimo localizarles y echarles una lluvia de fuego.

Finalmente, llegó la noche y cesó la lucha, aunque todos estaban convencidos de que los japoneses, sirviéndose de la oscuridad y ayudados por la gente de los pueblos, que los ocultaba y disparaba a su lado, bloquearían el camino que habían de seguir al siguiente día.

Los proyectiles que disparaban los birmanos eran de lo más inverosímil. Los japoneses gastaban buenas municiones y de reciente fabricación, estallaban con rapidez y estaban recubiertas de un fino metal que desgarraba la carne en una amplia extensión. Pero estas municiones no las facilitaban a los naturales del país. Esa misma tarde, próxima ya la hora del crepúsculo, y antes que se diera la orden de alto el fuego, Sheng sintió súbitamente un agudo escozor en la parte superior del brazo izquierdo. Se encontraba en una bifurcación del camino principal y buscaba un lugar apropiado donde pudiera acampar la tropa. Antes de que pudiera darse cuenta del motivo de este dolor, les cayó encima una lluvia de agujas metálicas y, agachando las cabezas, salieron huyendo del lugar. Cuando estuvieron a salvo, siguiendo otra vez el camino principal, y lejos del peligro que representaban los árboles, llevóse la mano al brazo y, con gran asombro, descubrió que llevaba un clavo hundido en la carne, tan limpiamente como si un carpintero lo hubiese clavado con un martillo. Cogiéndolo por la cabeza, lo arrancó de un tirón. Era un clavo de dos o tres pulgadas de largo. Se lo quedó contemplando y maldijo a quien lo había disparado.

—¡Fíjense! —dijo a sus hombres—. ¡Vean con lo que pretenden matarnos ahora!

—Este clavo —dijo su ayudante— no ha sido disparado por ningún japonés, téngalo por seguro, sino por uno de esos birmanos que se unen a los japoneses en contra nuestra. Los birmanos no tienen buenas armas, porque desde hace tiempo la ley que les impusieron los blancos les prohibía usarlas. Sólo tienen algunas de las viejas que robaron o guardaron escondidas. Como carecen de balas, disparan clavos o trozos de cualquier metal.

De la herida dejada por el clavo manaba lentamente una sangre oscura. Sheng dejó que saliera a fin de limpiar la herida. Después desgarró una tira del faldón de su camisa y se vendó el brazo, sin dejar de andar en busca de un sitio donde acampar. Esta noche no acamparon junto a un camino, sino en medio de la carretera principal, desde donde dominaban todo el terreno y podían ver a cualquiera que se acercara. Sheng distribuyó sus hombres estratégicamente, en forma de abanico, cerca de la jungla. Los que estaban afuera debían permanecer despiertos y en vigilancia. Los de las filas interiores dormirían hasta medianoche, para ser relevados por sus compañeros.

Cuando se ultimaron los preparativos y los soldados hubieron comido su pobre ración de arroz, quedaron casi agotadas las provisiones, que confiaban reponer con las que debían llegar de la retaguardia. Sheng ordenó al segundo oficial que ocupara su puesto y, siguiendo la carretera, se encaminó hacia donde estaban los heridos, a una milla de distancia, para encontrarse con Mayli. Al acercarse al sitio convenido, el corazón le latía con violencia, y, en lugar de esperarle una figura, vio que eran dos las

que estaban en el extremo del campamento. A la luz de la luna, que casi era tan clara como la del sol, aunque de una claridad más blanquecina, distinguió la cabeza de Mayli y a su lado otra más pequeña —que parecía de una niña—. La muchacha estaba muy cerca de ella y le tenía cogida una mano. Su ansiedad se paralizó de pronto. ¿Por qué venía acompañada de una extraña? ¿Volvería a empezar aquel juego de distanciarse de él, que durante tanto tiempo les había mantenido como en guardia? Ante esta idea, Sheng sintióse profundamente disgustado. «Ahora no nos queda tiempo para ir difiriendo las cosas —se dijo—. Este juego debe acabar. Se lo diré tal cual». Y, después de tomar esta determinación, aceleró el paso. Cuando llegó a su lado, Mayli notó el enfado en su cara. Y esperó callando, mientras le observaba atentamente.

—¿Quién es esa muchacha que has traído? —le preguntó mordaz.

Mayli comprendió la causa de su enojo y se echó a reír.

—¡Sheng! —dijo—. ¿No la conoces?

El muchacho dirigió una rápida mirada a Pansiao, pero sin el menor interés, pues lo que él deseaba era estar a solas con Mayli. Pansiao, por su parte, levantó tímidamente la cara y miró con asombro a este militar alto y de voz agria. ¿Era realmente su tercer hermano? Ella lo recordaba como un muchacho delgado y flexible como una caña, taciturno e irascible, que en la casa paterna siempre había sido como una especie de tormenta. Pero también recordaba que cuando ella era pequeña le permitía conducir el búfalo cuando lo llevaban a pacer a las colinas. Allí, en la calma apacible de los prados soleados, a solas los dos, nunca se había comportado ruda ni groseramente con ella, antes al contrario, siempre le había sido cariñoso y amable. Recogía campanillas dulces, con sus borlitas plateadas recubiertas de verdes vainas y, desenvolviéndolas una a una, las estrujaba y dejaba caer el jugo dentro de su boca, mientras reían alegremente. También recordaba que, a veces, él le cantaba una canción.

—¿Recuerdas la canción de los labradores en primavera, que solías cantar? —preguntóle Pansiao.

Y, elevando un poco la voz, empezó a cantar una estrofa de modo muy agradable.

—¿Cómo sabes esa canción? —le preguntó Sheng—. Es una canción de las colinas de mi tierra.

—Porque soy Pansiao —contestó afrontando la mirada dura y penetrante de Sheng.

Éste la miró detenidamente y, reteniendo la respiración y tirando de su oreja derecha, dijo:

—¡Qué imbécil seré que no sepa reconocer a mi propia hermana... si es que tú eres mi hermana! ¡Pero, aunque me pasara meditando hasta el resto de mi vida, no llegaría a comprender cómo has llegado hasta aquí y qué haces en este agujero!

El gesto huraño y sus maneras bruscas habían desaparecido. Miraba con asombro y ansiedad a Pansiao, y cuanto más la miraba más se convencía de que realmente era

ella.

—¿Cómo se llamaba mi cuñada? —le preguntó.

—Jade —respondió al punto.

—¿Cuántos hermanos tengo?

—Dos —contestó con alegría—: Lao Ta y Lao Er y tú eres Lao San. Nuestra casa tiene un patio en el centro, y en este patio hay un pequeño estanque con peces dorados. En verano está cubierto por la pérgola de juncos, a cuya sombra comíamos todos juntos, mientras los hijitos de nuestro hermano mayor corrían de un lado a otro... —Súbitamente se llevó la mano a la cabeza—. ¡Oh, pobre Orquídea! —exclamó—. ¡Pensar que durante tanto tiempo no me acordé de ti, y que estás muerta...!

—También murieron los dos pequeñitos —añadió Sheng.

Pansiao sollozó y dijo entre suspiros:

—¡Tan bonitos como eran esos niños! ¡Recuerdo que el menor era rollizo y muy fino y cuando lo llevaba en brazos siempre olía a leche de su madre, como un ternero!

En aquel lugar desolado y hostil y durante un breve espacio de tiempo en que dominaba el reposo y la tranquilidad, mientras los soldados dormían cerca de ellos y de cuando en cuando se oía el gemido de algún herido, hermano y hermana se sintieron de nuevo un cerca del otro y unidos por la misma añoranza del lejano hogar.

—Busquemos un sitio donde podamos sentarnos —dijo Mayli.

¿Pero dónde podían sentarse en este lugar?

—No debemos acercarnos demasiado al bosque —dijo Sheng—. Hay muchas serpientes y su picadura es mortal. Debemos situarnos en un punto desde donde podamos dominar nuestro alrededor.

No lejos de allí encontraron un camión destruido, tumbado sobre un lado, y casi deshecho por una bomba enemiga. Se sentaron encima. Pansiao, entre Mayli y Sheng. Los mosquitos zumbaban sin cesar a su alrededor y de lo más profundo de la noche les llegaban los innumerables ruidos y distintos sonidos de la selva. Las fieras emitían agudos gruñidos y de cuando en cuando se oía el crujir de las ramas bajo el paso sigiloso de algún animal. En esta noche calurosa y a la intensa luz de la luna, permanecieron sentados evocando la casa paterna y dejándose dominar por una profunda nostalgia.

... Y, en este preciso instante, también Ling Sao pensaba en su tercer hijo, mientras estaba tendida en la cama sin poder dormir. Por lo general, se quedaba dormida en cuanto apoyaba la cabeza sobre la almohada; pero hoy estaba muy inquieta y desalada por una nueva calamidad que les había caído encima.

Ling Tan tampoco dormía por el mismo motivo. Estaba acostado a su lado, pero despierto. Sus hijos les habían dicho que al llegar a la ciudad para vender unos cestos

de rábanos habían oído que se hablaba de que la guerra de Birmania se había perdido. La noticia había llegado desde millas y millas de distancia, circulando en secreto. De murmuración en murmuración, pasada de un oído a otro, había llegado hasta ellos. Pero eran muchos los que ya sabían la situación y decían que si Birmania se había perdido tardarían muchos años en volver a ser libres.

Esto había motivado que los hijos de Ling Tan regresaran con rostro sombrío, a pesar de traer los cestos vacíos.

—¿Qué están haciendo ahora los demonios? —les preguntó.

Había dejado de ir a la ciudad y sólo se dedicaba a trabajar en el campo.

—Esta vez no son los demonios, sino los hombres blancos de Birmania —le contestó Lao Ta suspirando, mientras se sentaba en un banco junto a la puerta, dejando los cestos en el suelo.

Después sacó su pipa de bambú y la llenó con hierba seca, que era lo que fumaba a falta de tabaco. Después que se casó con la mujer atrapada en la trampa, Lao Ta se había vuelto más calvo y tranquilo. También había engordado, sin duda porque su esposa le preparaba a escondidas los platos más sabrosos, y metía en su escudilla, sin que nadie lo advirtiera, los mejores trozos de carne de que podía disponer. Había logrado que renunciara a sus trampas y ayudara más a su padre, que ya era viejo.

—Ése es tu deber, pues eres el hijo mayor, si quieres comportarte como un buen hijo —le había dicho.

A base de adularlo, lo había conquistado completamente. Y, sin realizar ningún esfuerzo, había conseguido hacer de él lo que quería. En realidad, su poder en la casa era su habilidad. Sabía halagar con tanta dulzura y tan amorosamente que era un placer ceder ante ella. Pero todo lo hacía sin ánimo de beneficiarse personalmente, antes al contrario, su amor y solicitud favorecían por igual a todos los de la familia, y por eso todos la querían. Nunca se propuso situarse en mejor lugar que Jade y, en cambio, siempre alababa su saber y su belleza. Adoraba a los tres hijos de Jade, y sobre todo a los dos mellizos, a cuyo nacimiento asistió. También trataba de servir en lo posible a Lao Er, haciendo justicia a sus virtudes y demostrándole que con su inteligencia habría podido ocupar perfectamente el sitio de hijo mayor.

Había encontrado la manera de no resultar molesta a Ling Sao, y cuando hablaba con ella lo hacía como si fuera un maestro cuya palabra se estima y respeta. Sólo demostraba su único y constante deseo ante su marido: tener un hijo antes de que fuese demasiado tarde. Pero incluso de este deseo hablaba con tanto amor y humildad a Lao Ta que el marido, en lugar de culparla, se sentía conmovido y consolaba a su mujer.

—No te aflijas así por un niño —le decía—. Estoy contento contigo aunque no me des un hijo. De todas maneras, los tiempos son muy malos para los chiquillos.

No obstante, la mujer rezaba mañana y noche a Kwanyin, con el rosario entre los dedos y sin perder la esperanza.

Por eso, como Lao Ta siempre estaba contento, en cuanto una preocupación le

dominaba, lo delataba en seguida, pues su rostro se volvía sombrío.

Cuando explicó lo que él y su hermano habían oído, todos participaron de su abatimiento. Y por la noche estuvieron en vela hasta muy tarde, comentando las malas noticias y hablando de lo que debería hacerse si Birmania había caído.

—¡Esos blancos! —repetía una y otra vez Ling Tan—. Nunca hubiese supuesto que podían fracasar. ¡Con las armas y los elementos tan modernos que tienen! ¿Cómo es posible fracasar?

Y pensaba tristemente en el poco valor que tendría la promesa, si Birmania se perdía.

—Si nuestro único medio de comunicación con el exterior es interceptado, nos esperan largos años de cautiverio —dijo Lao Er con tristeza, mientras su mirada buscaba la de Jade.

—Nuestros hijos serán educados como esclavos —gritó ésta.

Hasta este momento, Jade había callado. Al oírla gritar tan súbitamente, todos se volvieron hacia ella asombrados. Y Jade, echándose a llorar, salió corriendo de la habitación.

Ling Tan miró a su segundo hijo, cuyo rostro expresaba una seria gravedad.

—¿Qué quería decir Jade? —preguntó.

—Teme que nuestros hijos no sabrán nunca lo que es libertad —respondió Lao Er—. ¡Ha creído tanto tiempo que los blancos vencerían rápidamente a los japoneses...! Sabía que nuestra única esperanza era lo de Birmania, y teme haberla perdido.

—Tu mujer siempre sabe demasiado —dijo suspirando Ling Tan—. Sabe tanto como cualquier hombre, hijo mío.

Y, después de reflexionar unos momentos, dijo, dirigiéndose a Lao Er:

—Si queréis que vuestros hijos sean libres, debéis marchar de esta casa.

—¿Cómo? ¿Qué dices? —gritó Ling Sao—. ¿Vamos a permitir que mis nietos se vayan para perderlos como a mi tercer hijo? —Y, llevándose la punta del delantal azul a los ojos, empezó a llorar ruidosamente.

Lao Er corrió a su lado para consolarla.

—Pero, madre —dijo—, ¿por qué siempre quieres adivinar el final de las cosas antes de que hayan empezado? ¿Quién ha dicho que sacaremos a los nietos de tu lado?

—Nadie —contestó sollozando Ling Sao—, pero si Jade quiere irse, tú la seguirás.

—¿Cómo podríamos llevarnos a escondidas tres niños pequeños? —repuso fríamente Lao Er—. Es sólo un sueño de Jade. No te dejaremos.

Pero Ling Sao no se daba por vencida.

—Si Jade está soñando, entonces todavía lo temo más —dijo.

La esposa de Lao Ta le trajo té caliente para que se confortara, pero no quiso ni probarlo. Poco después, decidieron acostarse. Se separaron sin que ninguno de ellos se sintiera tranquilo.

Ya en la cama, Ling Sao pensaba en lo triste que sería la casa sin los niños. Todavía sería peor que si le avisaran la muerte de su tercer hijo. Poco después pensó que había sido muy perversa suponiendo tales cosas de su propio hijo y, sintiendo una súbita y profunda piedad por Lao San, empezó a llorar en silencio.

Ling Tan la censuró ásperamente:

—¡Deja de llorar, mujer! ¡Con tantas dificultades como hemos pasado, ya podían haberse secado tus lágrimas!

—¡Tendré que acabar mis días sin mis niños! —exclamó sollozando.

—¿Todavía puedes pensar en ti misma? —le preguntó tristemente—. Debes convencerte, vieja. Tú y yo valemos tanto como la muerte. ¿Podemos permitir que los pequeños se hagan mayores bajo la esclavitud? Jade tiene razón al querer sacarlos de aquí.

Al oír estas palabras, Ling Sao volvió a gemir con renovadas fuerzas; Ling Tan, que ya no tenía para su mujer la paciencia y la solicitud de otros tiempos, porque se sentía viejo y muy agotado, resolvió su crisis en la forma más inesperada: extendió la mano y la dejó caer sobre la mejilla de su esposa.

¡Basta ya, mujer! A menos que quieras que yo también me desespere.

La mujer se calmó y, sin comentar el arrebato de su marido, extendió la mano y tocó suavemente la mejilla de Ling Tan, encontrándola húmeda. Enseguida se tranquilizó por completo.

—¿Tú también? —susurró.

—Tranquilízate —masculló Ling Tan.

Pero el tono de su voz desgarró de dolor el corazón de Ling Sao.

—Querido viejo —dijo, renunciando por completo a su voluntad—. ¡Que venga lo que nos convenga, que venga lo que nos convenga! —murmuraba.

Mientras transcurrían las horas de aquella noche calurosa, Sheng se concentraba en sus recuerdos. Pansiao, a su lado, también recordaba, mientras Mayli permanecía callada como si no estuviera presente y los hubiese dejado solos con sus pensamientos.

Pansiao tendió una mano y Sheng la retuvo entre las suyas.

—¡Ahí! ¡Hermana mía! —dijo tristemente—. ¿Por qué estás aquí? Es mucho peor para ti que para mí. ¿Cómo acabarás?

—¡Pero si ya ha sido una gran suerte haber encontrado a Mayli y ahora haberte encontrado a ti! —contestó Pansiao alegremente—. Podría haberme encontrado aquí completamente sola.

Y a continuación le fue contando su historia y cómo había llegado a conocer a Mayli.

—Has ido corriendo como una hoja arrastrada por el río —dijo Sheng—. Llevada de un sitio para otro, sin saber cómo ni por qué.

—Pero ahora estoy salvada —dijo con la mayor naturalidad—. Estoy con vosotros dos.

Sheng y Mayli se miraron, sabiendo perfectamente cada uno de ellos lo que pensaba el otro. Deseaban estar solos, pero ¿cómo podían decepcionar a esa pobre criatura, que tanto confiaba en ellos? ¿Cómo podían decirle que les dejara solos unos instantes? Su corazón no les permitía tamaña crueldad. Y continuaron sentados, escuchando su alegre charla y mirándose por encima de su cabeza.

Sus palabras siempre se referían al mismo tema: la casa paterna, el hogar lejano.

—¿Te acuerdas, hermano, de cuando Jade quería enseñarme a leer? ¡Cuánto me gustaría demostrarle las palabras que conozco y cómo sé leer mi libro! Todavía guardo el libro entre mis cosas.

—Es verdad. Sabe leer bastante bien —dijo Mayli—. La he oído leer unas cuantas veces.

—Aprendí en el colegio de aquella mujer blanca donde te vi por primera vez, hermana mayor —dijo Pansiao a Mayli—. Y en el mismo momento que te vi supe que...

Se volvió hacia su hermano, sintiéndose preocupada.

—... En el momento que vi a mi hermana mayor, pensé que sería una buena esposa para ti.

Sheng rió estrepitosamente al oír las palabras de su hermana.

—Yo también pensé lo mismo —contestó—. Y aún lo pienso. Pero ¿no podrías conseguir que estuviera de acuerdo con nosotros?

Pansiao miró a Mayli con ansiedad. Cogió su mano y la juntó con la de Sheng, por encima de sus rodillas, reteniendo las de ambos entre las suyas.

—¡Vamos! ¡A ver! ¡Ahora vosotros dos! —dijo con grave seriedad, subrayando las palabras—. ¿Os pondréis de acuerdo?

Y, como para complacer a ella, Mayli abandonó su mano en la de Sheng, que la estrechó con fuerza, y sobre las manos de ambos, ardientes y estremecidas, estaban las de Pansiao.

—¿No estarás de acuerdo con nosotros? —imploró mirando a Mayli.

—Eres una niña —dijo Mayli—. ¿Tú crees que el momento es oportuno para hablar de estas cosas? ¿Quién puede saber lo que el día de mañana nos reserva?

—Precisamente por eso nos deberíamos poner de acuerdo —dijo Pansiao con ansiedad—. Si estuviéramos seguros del mañana, no habría prisa. Pero, cuando no puede haber mañana, ¿no es mejor ponerse de acuerdo por la noche?

—Tienes razón —dijo Sheng gravemente.

Mayli se sentía profundamente emocionada por las palabras de Pansiao. Tenía la sensación de que su corazón había saltado de su cuerpo al del joven. ¿No tendría suficientes fuerzas para hacer esa promesa a Sheng? Cuando menos, así tendría una segunda, aunque sólo fuese en su promesa.

Pero como si el Cielo no hubiese querido ni siquiera hacerle esa concesión, antes

de que pudiese contestar se oyeron unos pasos que corrían hacia ellos y en seguida apareció An-lan, pálida a la luz de la luna y jadeando por haber venido corriendo. Sus ojos negros miraban exaltados al vacío. Se dirigió directamente hacia Mayli, como si los otros dos no existieran y, todavía corriendo, gritó:

—¡Oh! ¡Está aquí! ¡La estoy buscando por todas partes! ¡Chi-ling..., Chi-ling..., se ha colgado de un árbol! ¡Está allí! —Y An-lan señalaba el extremo más apartado del campamento.

Mayli se levantó seguidamente y corrió en dirección al lugar indicado por An-lan. Sheng la siguió corriendo. Pansiao se quedó sentada en el mismo sitio, quieta y sin que nadie pensara en ella, de momento. Corrieron hasta llegar al extremo más apartado, más allá de donde dormían los soldados y detrás de las barricadas formadas por los vehículos, y allí encontraron, colgando de la rama de un árbol nudoso, cuyas hojas en forma de abanico se estremecían al leve soplo de la brisa de la noche, el menudo cuerpo de Chi-ling. Sheng sacó su cuchillo y cortó la tira de que pendía la ahorcada, recogiéndola en sus brazos y dejándola tendida en el suelo.

Se había ahorcado sirviéndose del cinturón como lazo. Mayli se le acercó y notó que todavía estaba caliente.

—¡Corre, An-lan! —rogó a la muchacha—. ¡Corre y busca a Chung!

Y empezó a frotar las manos inertes de Chi-ling y a mover sus brazos. Poco después llegó Chung arreglándose la ropa, pues estaba durmiendo casi desnudo. Se agachó y auscultó el corazón de la muchacha, sacudiendo seguidamente la cabeza. El corazón no funcionaba. Estaba muerta.

Apartaron a An-lan, que la contemplaba de rodillas, sin lágrimas en los ojos, pero mirándola fijamente. En su boca se acusaba una mueca de espanto.

—¿No te había dicho nada, An-lan? —le preguntó Mayli cariñosamente—. Eras tan amigas.

—Nada —respondió la aludida—. Esta noche comimos juntas, como siempre, y algo apartadas de las demás, buscando un momento de tranquilidad. Después cumplí con lo que usted le ordenó respecto a los heridos. Hizo su tarea y yo la mía.

—Ya la vi hace cosa de una hora —dijo Chung lentamente—. Vino a informarme que uno de los australianos había muerto, caso que ya tenía previsto. Su herida se había gangrenado y mis medicinas a base de sulfamidas se han acabado. Chi-ling sabía que no viviría, pero para ella era un desconocido.

—Siempre se afectaba mucho por la muerte de los demás —murmuró An-lan—. Varias veces le había prevenido: veremos morir a muchos. ¿Cómo lo haremos si cada vez te pones así?

—¿Y qué contestó? —inquirió Mayli.

—Usted sabe que nunca contestaba a nadie —dijo An-lan—. Tampoco me contestó a mí. Precisamente le repetía las mismas palabras cuando iba hacia el soldado que murió. Poco después llegaría aquí, dispuesta a morir.

—Veamos al muerto —sugirió Chung—. Tal vez encontremos algún indicio.

—¡Pero no podemos dejarla aquí! —dijo prestamente—. Las fieras de la selva la devorarían, o las hormigas, o los gatos... Dicen que también hay tigres.

Sheng se inclinó y cogió en brazos a la muerta.

—Yo la llevaré —dijo. Y volvieron al campamento con el cuerpo de Chi-ling.

Un centinela inglés les detuvo, observándoles desconfiado.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó.

—Una enfermera se ha suicidado —contestó conciso el doctor.

—¡Oh! —exclamó el soldado, bajando el rifle.

Levantó la redecilla contra los mosquitos que pendía del borde de su casco y se quedó contemplando a Chi-ling.

—¡Oh! Pero si esa enfermera pasó por aquí no hace media hora —dijo asombrado—. Yo le dije que no era prudente que saliera sola. Pero no me hizo caso y simuló darme un empujón. Entonces la dejé pasar; es muy difícil discutir con mujeres cuando no hablan inglés.

—¡Déjela en el suelo! —indicó Chung a Sheng—. El centinela la vigilará hasta que volvamos.

Sheng la depositó cuidadosamente en el suelo y Mayli le arregló el vestido. Allí quedó tendida tranquilamente, acariciada por la blanca luz de la luna.

—Descuiden —afirmó el centinela.

Siguieron en silencio hasta el sitio donde estaba tendido el cadáver del soldado. No encontraron ninguna señal o carta de Chi-ling, pero se fijaron en el cuidado con que estaban puestas las ropas del muerto y en su cabello bien peinado. Para tapar la horrible herida gangrenada, habían sido colocadas encima un puñado de hojas de planta aromática.

—¡Esas hojas las puso ella! —dijo An-lan.

Al poco rato, Chung dijo.

—Vamos a buscarla. La enterraremos. Con ese calor, es mejor hacerlo pronto. Otros se cuidarán del joven, pero nosotros debemos ocuparnos de ella; nos pertenece.

Volvieron junto al centinela y allí mismo, cabe al camino, cavaron una fosa con palos y una pala que Sheng logró encontrar. Mayli y An-lan depositaron hojas frescas en el fondo de la sepultura y sobre ellas colocaron el cadáver de Chi-ling. Luego echaron tierra encima y, cuando la fosa estuvo completamente cubierta, Sheng y Chung levantaron un grueso tronco caído y lo pusieron encima, para evitar que las bestias salvajes la desenterraran.

Al concluir, Sheng y Mayli se miraron, y él, con su rudeza acostumbrada, dijo:

—Ahora yo debo ir con mis hombres, y tú a tus deberes.

Pansiao se le había acercado y les miraba en silencio, con una expresión de espanto en sus ojos. Ellos no le prestaron atención, como tampoco lo hizo An-lan, que se había sentado sobre el extremo del tronco con la cabeza entre las manos. Chung se había alejado.

—Nos encontraremos por la noche siempre que podamos —dijo Sheng—. Tú

debes estar siempre vigilando. Yo haré lo posible para encontrarte en cuanto disponga de un momento.

Mayli asintió con un gesto y Sheng se alejó. Cuando hubo desaparecido de su vista, Mayli se volvió hacia An-lan y, poniéndole una mano sobre el hombro, le dijo:

—Ven. Vámonos.

An-lan se incorporó y Pansiao, que permanecía en silencio y aterrada, se juntó a ellas. Mayli cogió una mano de Pansiao y calladamente las tres se dirigieron al campamento para dormir, si es que podían dormir en las pocas horas que faltaban para el amanecer.

CAPITULO XVI

Ni en la noche siguiente, ni en las otras seis que vinieron a continuación, Sheng y Mayli pudieron encontrarse nuevamente. Aquel amanecer, los que no habían sido despertados por los mosquitos, las sanguijuelas, las moscas y toda clase de insectos molestos o dañinos que vivían en la selva, lo fueron violentamente por los aviones japoneses que, en vuelo muy bajo, vomitaban fuego que incluso alcanzo a la retaguardia, donde estaba Mayli con las enfermeras. Ésta se había acostado con el propósito de dormir una hora o dos, y Pansiao se había echado a su lado. Pretextando poder necesitarla en cualquier momento, Mayli ordenó a An-lan que no se apartara de su lado, aunque en realidad sólo pretendía no perderla de vista, pues su silencio la inquietaba.

Mayli estaba convencida de que no lograría dormirse pero se encontraba tan deshecha y agotada y era en realidad tan joven que su organismo pudo más que su mente atribulada, y se quedó dormida en el mismo momento en que se tendió sobre el jergón. Pero también la arrancó del sueño el estallido cercano de las bombas y, levantándose de un salto, arrastró consigo a Pansiao y, a todo correr, se refugiaron en el borde de la selva. En la semioscundad que todavía reinaba, permanecieron muy juntas. Poco antes había caído una lluvia ligera, y el vaho húmedo que se desprendía de las plantas mojadas hacia que, a pesar del calor y la calma de la mañana, sintieran un frío intenso. Tampoco estaban seguras en ese refugio, pues demasiado sabían que los japoneses trepaban a los árboles como monos disimulándose entre las ramas verdes. Por eso Mayli, temerosa, vigilaba incesantemente a su alrededor, pero en lugar del enemigo vio una serpiente cerca de ellas, una serpiente corta y gruesa que erguía la cabeza tras un tronco podrido.

—No te muevas —susurró a Pansiao—. Allí tenemos una serpiente de mala facha que nos está mirando.

Casi sin atreverse a respirar permanecieron muy juntas, mirando con pánico a la serpiente, mientras por el cielo rugían los aviones, subiendo y bajando sin cesar y a cada descenso seguía el estallido de las bombas. El estruendo ensordecedor repercutía en todos los ámbitos de la selva, y al parecer, la serpiente empezó a inquietarse, ondulando su cuerpo de un lado para otro, irguiendo su gruesa cabeza y sacando fuera su lengua de color rojo, delgada como un hilo y partida en dos. Pansiao que no separaba los ojos del horrible animal, estaba intensamente pálida.

—Esto es una serpiente —murmuró—. Más parece un demonio.

Ambas muchachas seguían inmóviles, sin dejar de mirar al reptil, que hundía la cabeza en su cuerpo y luego se movía lentamente de izquierda a derecha y de atrás hacia delante. Tema sus ojos redondos y negros fijos en ellas, a pesar de estar a una distancia de veinte pies. Mayli también empezó a suponer que abrigaba alguna

malévola intención por contra suya.

—No debemos continuar aquí —dijo en voz baja Pansiao—. Alejémonos tan lentamente como si no nos moviéramos.

Y empezaron a marchar hacia atrás, hacia la salida de la jungla, olvidándose en su terror del enemigo que les amenazaba desde el cielo, pero a pesar de sus propósitos, se apoderó de ellas un pánico tan súbito, que, sin meditarlo y sólo impulsadas por un miedo horroroso, corrieron hasta ponerse en medio del camino y sin volverse para mirar a la serpiente.

—¿No podría ser que nos creyera culpables de este ruido? —le preguntó Pansiao, jadeando, cuando se detuvieron.

—Quizá sí —contestó Mayli—. No se me había ocurrido.

Y en medio del peligro de las bombas que estallaban en todos sentidos, Mayli pensó en los habitantes de la selva, habituados a un silencio no perturbado desde el principio del mundo y ahora enloquecidos por un incomprensible estruendo infernal.

En las jornadas siguientes recordó muchas veces el terror que habían sentido huyendo de la serpiente, y algo de ese mismo terror parecía dominar esos días a los ejércitos en retirada. Los japoneses realizaban de cinco a seis incursiones diarias sobre ellos. Y, mientras iban retrocediendo, cada vez dejaban más muertos de los que podían enterrar y más heridos de los que podían atender. No quedaba tiempo para dormir y apenas para comer. Por otra parte, tampoco tenían apetito y la magra ración que les correspondía no era nada a propósito para estimularlo. Habían perdido el contacto con el resto del ejército y estaban obligados a comer lo que buenamente encontraban. En pocos días Pansiao adelgazó y sus mejillas se volvieron pálidas. La característica rudeza de Siu-chen había desaparecido tras su cara demacrada. Ya no les quedaban energías para querellarse o discutir. Las enfermeras que aún vivían hacían cuanto estaba a su alcance en favor de los moribundos y siempre por encima, por debajo y alrededor de ellos, les envolvía ese eterno calor que les daba la sensación de estar metidas entre mantas húmedas. Ni de noche ni de día disminuía de intensidad. Durante el día el sol era como un horno insoportable y anhelaban la llegada de la noche; pero, luego, cuando era oscuro, el calor resultaba tan pegajoso que deseaban nuevamente que amaneciera. Era la época de las lluvias de mayo, esos chaparrones bruscos que se desvanecen tan rápidamente como aparecen y que se producen incluso estando el cielo rutilante de sol. En tiempos normales la gente consideraba estas lluvias como una bendición, pues contribuían al magnífico desarrollo de las cosechas y de los frutales. Pero a ellos, a pesar de representar por unos momentos como un refrigerio en medio del sofocante calor, les ocasionaba a continuación tales escalofríos que debilitaban aún más sus cuerpos exhaustos. Realmente, nada bueno les quedaría como recuerdo de tales días. Se trataba de una serie continua de luchas y esfuerzos para realizar una retirada lo más rápida posible. Ese constante retroceder llegó a convertirse en una pesadilla de terror. El pánico se transmitía de unos a otros, porque la carne temía y la mente estaba muerta.

En esa forma transcurrieron los seis días, sin que Mayli viera una sola vez a Sheng. Ella tampoco lo había buscado, pues la retirada no dejaba tiempo para hacerlo. Al anoecer del sexto día, la espesa lluvia caía durante toda la tarde había convertido la tierra en un lodazal y el cielo estaba cubierto por una espesa capa de nubes, de modo que los aviones enemigos no aparecieron, dando a los perseguidos unas horas de paz. Por primera vez, durante esos días y esas noches, Mayli pudo permitirse unos momentos para lavarse. La lluvia caía lenta y continua. Cogió el último resto de jabón que le quedaba en la mochila y que guardaba celosamente desde que salió de su casa, y pidió a Pansiao que la acompañara hasta un sitio algo apartado, donde, haciéndole sostener en alto una estera de juntos, a manera de pared, lavó cuidadosamente su cuerpo bajo la lluvia. Mientras estaba bañándose, Pansiao asomó su cabeza empapada de lluvia por encima de la estera y le dijo:

—¿Qué haremos? Viene mi tercer hermano.

—¿Viene? —se azoró Mayli—. Entonces me visto en seguida.

Y en un instante estuvo vestida, pues sólo tenía que volver a ponerse el uniforme húmedo y secarse el cabello mojado. Cuando salió de su improvisado baño, Sheng había llegado. En cuanto le vio, se dio cuenta de su mal aspecto y en seguida se fijó en su brazo vendado y sujeto con una soga.

—¡Oh! ¡Estás herido! —exclamó.

—No creo que valga la pena de llamarle herida —contestó Sheng—. Es un agujero que me hicieron con un clavo, hace seis días. Creía estar curado, pero empiezo a suponer que el clavo estaba envenenado.

Y Sheng le contó cómo al sentirse el escozor se dio cuenta de que había sido herido con un clavo.

—¡Deja que te vea la herida! —le dijo Mayli acompañándole hasta el campamento.

Al quitarle la venda que la envolvía vio que la infección estaba muy avanzada. El brazo aparecía hinchado y de la herida salía pus. Las venas que corrían por el brazo y el hombro, cerca de la herida, estaban abultadas.

—¡Oh! ¡Estúpido! —exclamó con enojo y atemorizada—. ¿Por qué no me dijiste nada hasta ahora?

—¿Quién se acuerda de sí mismo? —contestó Sheng.

Realmente, ¿qué podía replicar a esta pregunta? Y volviéndose hacia Pansiao, que los miraba con inquietud, le ordenó:

—Corre en busca del doctor. Dile que se trata de tu hermano.

Mientras Pansiao se alejaba corriendo, Mayli desinfectó la herida. Una súbita timidez dominaba a ambos. No obstante, les parecía delicioso poder estar solos unos momentos, a pesar de las graves circunstancias en que se encontraban. Sabían que se trataba de unos pocos minutos, y, en consecuencia, cada cual pensaba aceleradamente en lo que debía decir a continuación, buscando las palabras apropiadas que pudieran perdurar en sus mentes hasta el próximo momento en que volviesen a encontrarse

solos. Sheng, que siempre hablaba espontáneamente y sin reservas, fue el primero en hablar.

—Si es que llegamos a salir de la trampa en que hemos caído —dijo—, no esperaré ni un solo día en querer saber tus verdaderas intenciones respecto a mí.

Mayli lavaba cuidadosamente la herida de Sheng, y al oír sus palabras levantó la vista para sonreírle, pero la sonrisa murió en sus labios, al observar que el suave contacto de su mano sobre el brazo provocaba una mueca de dolor en su rostro.

—¡Oh! —dijo alarmada—. ¡Eso está muy mal! ¿Por qué no me decías que te dolía tanto?

¡Siéntate, Sheng!

Hizo sentarle sobre una caja de municiones vacía y continuó lavando la herida, mientras le hablaba cariñosamente para animarle.

—Ahora debe dolerte mucho, ¡pobre Sheng! ¡Pero debo hacerlo. Créeme que siento tener que hacerte sufrir así, pero no hay más remedio que sacar todo el pus y el veneno. Cuando llegue el doctor Chung la herida estará desinfectada y veremos lo que nos dirá. Él sabrá lo que deberá hacerse.

Sheng no se movía de su asiento, permaneciendo quieto y callado. Las dulces palabras de Mayli eran un alivio para él y su voz cálida equivalía a un consuelo.

Se sentían tan cerca que parecía imposible que hubieran de volver a separarse, por nada ni por nadie. Ni por la misma muerte. Pero esta impresión sólo duró un instante, Chung acababa de llegar.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Este muchacho ha sido herido con un clavo envenenado.

Durante esos días, Chung había enflaquecido tanto que su cara aparecía chupada y angulosa. Su cuello parecía convertido en unos flojos alambres que sostenían la cabeza. La gruesa barriga de los buenos tiempos había desaparecido y las dos vueltas de su cinturón acusaban claramente el vacío que se había producido. No obstante, manteníase en buena salud y nadie había oído que se quejara de cansancio ni agotamiento. Examinó cuidadosamente la herida y, moviendo la cabeza, dijo:

—Deberíamos aplicar sulfamidas. Pero las hemos acabado. Hace unos días gastamos las últimas.

—Quizá tengan los ingleses —repuso Mayli—. En diez días no he visto un médico inglés.

—Es imposible mantenernos juntos —observó Sheng despectivamente—. Siempre nos llevan ventaja en la retirada.

Era la primera vez que Mayli oía un comentario sobre ese interminable trasladarse de un punto a otro.

—¿Éste es el motivo de que cada día corramos más? —preguntó.

—Todas las mañanas nos ordenan que contengamos el avance de los japoneses —dijo Sheng airadamente—. Lo hacemos a toda costa. Hacia mediodía llega otra orden: la de extender nuestras dilas. Y luego nos pasamos la tarde replegándonos para volver

a nuestras líneas primitivas.

Los tres se miraron con inquietud.

—¿Y cómo acabaremos? —preguntó Mayli.

—Nadie lo sabe —contestó Sheng—. Nuestro general parece volverse loco. Él, que durante su carrera nunca retrocedió, ahora se ve obligado a no hacer otra cosa y en cada salto hacia atrás va dejando más muertos.

—Pero el americano... —insinuó Mayli suspirando.

—El americano no puede hacer nada —interrumpió Sheng—. No sirve, como tampoco servidos nosotros. Es un extranjero que lucha en tierra piraña. La batalla está perdida. Todos lo sabemos. Las mismas tropas de retaguardia saben que estamos derrotados y cada día hay más desertores.

—¿Nuestros soldados? —preguntó Mayli con un hilo de voz.

—Desertan todos los que quieren y pueden, lo mismo si son blancos, amarillos o negros.

Mientras hablaban, Sheng había mantenido su: brazo horizontalmente, a fin de que el doctor examinara la herida. El doctor le indicó que podía bajarlo, diciéndole preocupado.

—No sé qué puedo hacer por usted.

Pansiao, mientras ellos charlaban, no había prestado la menor atención a lo que decían; pero, en cambio, no apartaba los ojos de la herida de su hermano, y dijo:

—Yo me acuerdo de que nuestra madre, cuando nos salían forúnculos, nos los curaba con unos emplastos de levadura húmeda. A veces también los hacía con raíces de nabos silvestres, pero aquí no los hay. En cambio, yo tengo un trozo de pan, que conservaba desde hace días, por si alguna vez tuviera hambre. No tiene moho y sólo le falta un mordisco! Temía comérmelo, pensando que cualquier día lo necesitaría por no tener nada que comer.

—No le hará ningún daño —dijo el doctor— aunque probablemente tampoco le hará ningún bien. De todas maneras, trae el pan, chiquilla.

Pansiao sacó de su bolso un envoltorio de papel impermeable. Lo deshizo y, envuelto en otro papel, apareció el pan seco y enmohecido, entregándolo» doctor Chung. Éste desmenuzó el pan, y después de hacer un emplasto con él, envolviólo alrededor del brazo de Sheng.

—Y ahora no se sirva para nada de este brazo —le dijo—. Debe mantenerlo completamente inmóvil.

—Afortunadamente, no es el que necesito parí manejar el arma —contestó Sheng—. Supongo que podré obedecerle.

Después se levantó diciendo:

—Debo irme. El general nos espera.

No estrechó la mano de Mayli, pero le dirigió una mirada profunda y expresiva.

—Sería conveniente, que mañana volviera. Debí mirarle el brazo nuevamente —dijo Chung.

—Si puedo volveré —respondió Sheng, sin dejar de mirar a Mayli—. Pero, si tardo unos días en volver, no piensen que sea a causa de la herida. El general puede encargarme alguna misión. En cuanto pueda, volveré.

Las últimas palabras las dijo dirigiéndose a Mayli, la cual contestó con una voz vibrante de confianza y valor:

—Puedes estar seguro de que no me dejaré dominar por el temor de que te haya ocurrido algo malo.

Y volvieron a separarse.

... Después de dejar a Mayli, y a través del desorden y la confusión que se acusaba a consecuencia de la retirada, Sheng llegó a la tienda del general. Se detuvo antes de entrar y tosió ligeramente, como anunciando su presencia. El general en seguida ordenó que entrara.

Los demás comandantes estaban allí. Yao Yung, con su larga cara, sentado tristemente en un asiento plegable. Pao Chen, en cuclillas. Charlie Li llevaba unos pantalones andrajosos, sostenidos en la cintura por un cordel.

—Siéntese donde pueda —dijo brevemente el general—. Nos hemos reunido porque Li trae malas noticias. La retaguardia puede darse por perdida. Mejor dicho, la batalla puede darse por perdida, como todos ya saben. No recibimos municiones ni vituallas. Estamos en pleno caos. Con la retaguardia perdida, no podemos mantener el frente. Y, no obstante, el americano me ordena, a pesar de tan desfavorables condiciones, que nos movamos Para salvar a los blancos de una trampa en que han caído. El enemigo los tiene sitiados. Disfrazados y ayudados por los birmanos, han podido deslizarse hasta el río que los blancos debían cruzar. Nosotros hemos de embestir y abrirnos camino entre sus filas hasta alcanzar un espacio libre ante el río. Lo suficiente para que los blancos puedan escapar. El Puente está en manos de los japoneses. Debemos lograr que abandonen las orillas y empujarles hacia el Este lo máximo posible. Entretanto, los blancos cruzarán el puente, luego les seguiremos nosotros y lo destruiremos antes de que los japoneses nos alcancen. Poco más o menos será un trabajo tan difícil como el que hacen los que tallan el marfil.

Habló siempre en el mismo tono, con acento frío. Al terminar, nadie le contestó. Un rato después, Sheng preguntó:

—Si es cierto que la retaguardia está perdida, como dice Li Kuo-fan, ¿qué harán los blancos después de cruzar el río?

—Continuarán retirándose —contestó el general, imperturbable.

Levantó su cara abatida y miró uno a uno a los comandantes.

—No nos engañemos con esperanzas inútiles —dijo—. La ayuda que esperábamos de los blancos no llegará. No puede llegar. No contamos con ninguna ayuda posible.

—¿Dejarán morir aquí a sus propios soldados?, —exclamó horrorizado Yao

Yung, que en realidad era demasiado sensible para el cargo que desempeñaba.

—Sus superiores consideran que tendrán menos pérdidas si les dejan luchar solos para librarse de los japoneses, que si envían más soldados en su socorro, porque saben que también corren el mismo peligro de perderse —expuso el general.

—Entonces, ¿por qué luchar? —inquirió Sheng.

—Cada cual puede contestarse a sí mismo —replicó sombríamente el general—. De todas maneras; ésas son las órdenes. ¿Hay algún voluntario entre ustedes?

El general, a pesar de que recordaba las palabras del Presidente indicándole que toda misión difícil, que otros no se atrevieran a desempeñar, la confiara a Sheng, y a pesar de reconocer que él era el más indicado para llevarla a término y que en aquella ocasión contestó que siempre estaría dispuesto a cumplirla, no quiso tomar la iniciativa de obligar a un hombre a salir al encuentro de una muerte segura y, en consecuencia, formuló la pregunta y aguardó a que sus comandantes contestaran.

Pero todos permanecían callados.

—¿Prefieren decidir entre ustedes o quieren que yo lo designe? —volvió a preguntar el general viendo que ninguno hablaba.

Pao Chen escupió en el suelo, pero siguió callado. Yao Yung pensaba en su esposa y en sus hijos, y no dijo nada. Chan Yu no habló, porque sabía de antemano que el general necesitaba de él, por ser ayudante, y no le dejaría partir. Finalmente, Sheng, después de mirar detenidamente a todos y recordar la promesa hecha al Presidente, avanzó violentamente y dijo:

—¡Bien! Puesto que todos callan y yo soy el único que, según parece, conserva la voz, ¡hablaré! Yo abriré camino a los blancos. Pero quisiera saber una cosa: por qué causa están acorralados. Quisiera estar convencido de que tengo el deber de cumplir esa misión.

—Yo no sé nada —dijo el general—. A mí no me han dicho nada. Sólo me han dado esa orden. Lo único que debo hacer es elegir entre cumplirla o no. Hasta ahora he obedecido. Si usted va, seguiré obedeciendo; si rehúsa...

Sheng se sentía interiormente atormentado. Era evidente que no se les había dicho nada, y nadie sabía lo que hacían los blancos ni por qué. Los chinos luchaban fieramente a su lado para sostener sus líneas y, de pronto, sin avisarles, retrocedían treinta millas, la etapa de un día de marcha. Ahora, súbitamente, los blancos habían vuelto a ser acorralados Y nadie sabía cómo había ocurrido.

Mientras meditaba esas razones, parado frente al general, el brazo le dolía agudamente y el dolor le repercutía en el hombro y la espalda.

—Si no fuera por el Presidente y por lo orgulloso que está de nosotros —dijo lentamente el general— habría dado la orden de retirarnos, volviendo la espalda a esa batalla perdida. Perdida ya antes de nuestra llegada a esta tierra. Pero yo no puedo presentarme ante el Presidente sin haber realizado todo el esfuerzo que nos ha exigido.

Al oír estas palabras, Sheng suspiró profundamente y, reclinándose en el palo

central de la tienda, dijo:

—Iré y será parte del «esfuerzo que nos ha exigido». Del esfuerzo que debe consumirse, si es que así debemos desperdiciarlo.

—Cuando los demás se retiren, usted se quedará conmigo —dijo el general—. Le daré las últimas instrucciones.

—Quisiera pedirle que este joven me acompañara —rogó Cheng poniendo la mano sobre el hombro de Charlie.

El general hizo un gesto de asentimiento y los demás se retiraron. Cuando estuvieron solos, el general empezó a darles sus instrucciones. Ambos escuchaban atentamente y de cuando en cuando Charlie señalaba con el índice en el mapa un camino o un sendero más corto o más accesible, puesto que, como harían la marcha a pie, sin ningún vehículo que les entorpeciera la ruta, podrían seguir los senderos más estrechos pero que acortaban la distancia al río.

—Después de día y medio de una marcha muy dura —dijo el general— podrán llegar al punto indicado. Descansarán hasta el ocaso del sol. El ataque se hará de noche. Los hombres deberán marchar lo más desparramados posible, a fin de no dar la impresión de ir en columna. Pero sobre todo deben estar perfectamente seguros de encontrarse todos juntos en el sitio y tiempo indicado.

—Nadie se retrasará —dijo Sheng.

—¿Cuándo podrá salir? —preguntó el general.

Sheng no contestó en seguida. Se sentía el brazo y el hombro dolorido, pero estaba resuelto a hacer caso omiso del dolor, por intenso que fuera. Si vacilaba, no era a consecuencia de su herida, sino porque dudaba si debía o no tomarse el tiempo necesario para volver al lado de Mayli y comunicarle la misión que se le había encomendado. Se decía que tal vez ella no toleraría que marchara en las condiciones en que se encontraba, pues no podía ocultarle que tenía fiebre y que su brazo se hinchaba. Y temía sobre todo que su voluntad cediera ante el fuerte dominio que ella tenía sobre él. Le había insinuado que tal vez pasaría unos días sin volver a verla... pues... entonces, que transcurrieran unos días.

—En menos de una hora estaremos dispuestos para partir —dijo después de haberse determinado.

—Arriesga su vida en la empresa —le dijo el general—, no tengo para qué darle órdenes. Su sentido común le indicará lo que mejor convenga y el mejor camino a seguir —y luego añadió—: He seleccionado a los mejores soldados de nuestras tres divisiones para que se pongan bajo su mando.

Estas palabras que, en otras ocasiones, habrían dado una enorme alegría a Sheng, ahora las escuchó sin que le causaran la menor impresión. Su cerebro estaba como embotado y parecía que no comprendiera su sentido. Intentó fijarse en el rostro del general, pero lo veía desfigurado.

—¿Me oye? —preguntó el general, sorprendido.

—Haré cuanto pueda —respondió Sheng como si martilleara las palabras y,

haciendo un gran esfuerzo, levantó el brazo derecho y saludó. Luego, dando media vuelta, se dirigió rápidamente a su tienda de campaña.

CAPITULO XVII

Amaneció el siguiente día sin que Sheng hubiese logrado dormir a consecuencia del dolor insoportable de su brazo. Torturado por el dolor y la fiebre, había desgarrado la manga de su uniforme, sintiendo luego un pequeño alivio. La piel estaba tan enrojecida e hinchada que el roce más leve le hacía sufrir horrores. Después se quitó la venda y el emplasto. Puesta la herida al descubierto, empezó a supurar, dándole la sensación de que el dolor se reducía. Poco después se sintió con ánimos para hablar a sus soldados. Se dio el toque de clarín y todos sus hombres acudieron a la llamada.

Ante la tropa, le pareció que el aire fresco y tranquilo de la madrugada calmaba su frente febril. Miró con orgullo a sus soldados. Eran unos recios muchachos. Delgados, tostados por el sol, fuertes y sanos. Sus uniformes estaban descoloridos y ofrecían un tono grisáceo que hacía difícil adivinar de qué color habían sido cuando nuevos. Calzaban sandalias de paja y llevaban un par de repuesto colgado a la espalda. Cada uno tenía su fusil —eran absolutamente distintos y variados— y un saco, para sus pertrechos. Con el fin de protegerse del sol y la lluvia se cubrían con un sombrero de paja de arroz.

—¿Todos dispuestos? —les preguntó a modo de saludo.

La tropa asintió en diferentes tonos de voz. Sin añadir nada más, Sheng se puso a la cabeza y empezó a cruzar el valle seguido por los demás. Parecían un hormiguero. Mezclado entre los soldados y sin que Sheng lo supiera, se encontraba el hindú. El Cangrejo le había ordenado que se quedara, pero él esperó a que empezara la marcha y se deslizó entre las filas de los soldados, a fin de poder estar cerca de Sheng. Algo avanzado a la tropa, iba Charlie con la misión de vigilar y encontrar algunos; víveres.

Cuando hubieron andado unas cuantas millas, y se hizo completamente de día, Sheng concedió un pequeño descanso a la tropa, descanso que aprovechó para darles instrucciones.

—Ahora que ya es de día, nos dispersamos a fin de seguir la ruta lo más separados posible. Nos volveremos a reunir en la aldea Tres Aguas, que está situada al este del río, a ciento dos millas de aquí. Cerca de ella hay un pequeño lago que ahora está casi seco. Cada grupo partirá y, después de caminar un tercio de milla, seguirá hacia poniente y llegará al lago. Los que tomen la dirección norte después deberán caminar hacia el Sur, y al revés los que salgan ahora hacia el Sur. Llegados al lago, se cruzará por donde se pueda y al llegar a la otra parte verán la aldea. Es fácil de reconocer: de un lado tiene un lago, de otro un río de tan poca importancia que ni figura en el mapa, y un estrecho canal. De aquí nace el nombre de Tres Aguas que lleva la aldea. No marchen juntos, antes como si fueran viajeros, peregrinos o soldados extraviados.

Sheng eligió como compañero a un muchacho muy joven que se había unido a ellos en la frontera. Lo eligió precisamente porque era muy callado. El brazo le volvía a doler intensamente, su cabeza ardía y parecía que le daba vueltas. Por eso no quería hablar con nadie. Durante todo el día caminó en silencio y apenas si llegó a decir veinte palabras al muchacho, que, como le tenía miedo, se mantenía a prudente distancia de él, sin decir otras palabras que: «Sí Hermano Mayor», que pronunciaba aunque sólo volviera la cabeza y no le hablara. De más de la mitad de este día, más tarde Sheng no llegó a recordar nada, sólo que marchaba levantando un pie tras otro. No se detenía para comer o descansar, pero en cambio lo hacía siempre que encontraba un sitio con agua, que engullía sin fijarse cómo estaba. Pasaron ante muchas aldeas distintas. Las principales estaban rodeadas de cercas de bambú. Las menores estaban abiertas y casi siempre las casas se levantaban sobre unas estacas a cierta altura del suelo. Muchas de ellas no llegaban a contar veinte casas. Cheng y su acompañante se mantenían apartados de los campos y, si podían, pasaban por las colinas cuyos senderos parecían a propósito para ellos. Cuando encontraban arrozales crecidos, seguían el camino por entre los campos, y otras veces iban casi a la ventura. Más de una vez algún campesino birmano se quedaba mirándoles. Sheng, señalando su brazo herido, indicaba que iban en busca de un médico, y el aldeano le respondió con un gesto de cabeza. Algunos le miraban compadecidos. Y así seguían el camino. Solamente fueron detenidos una vez, por un viejo de mirada penetrante y ojos negros y brillantes. Al ver el brazo de Sheng empezó a lanzar exclamaciones y cogiéndole por el otro brazo le obligó a seguir Sheng, a fin de evitar conflictos, le siguió hasta una aldea próxima, formada por una sola calle, en la que había muchas tiendas. Entre ellas, una o dos herrerías. Al final de la calle se encontraba un monasterio donde el viejo introdujo a Sheng. En una de las celdas encontraron a otro viejo de aspecto venerable, que vestía una túnica. El que le había acompañado, señalándole, dijo en voz alta a Sheng:

—*Pong yi! Pong yi!*

Pero ¿cómo iba a comprender lo que le decía? Limitóse a mirarle con aire estúpido. Entonces, el acompañante dijo algo al más viejo, y éste, levantando la manga desgarrada de Sheng, examinó la herida, suspirando varias veces y moviendo la cabeza como demostración de la gravedad del caso. Después se levantó de la silla y se alejó lentamente hasta entrar en otra celda de la que salió seguida mente trayendo un pote de porcelana blanca que contenía un unguento oscuro. Metió en él su largo y delgado dedo mayor y acercándose a Sheng le sostuvo el brazo mientras le untaba la herida. De momento Sheng estuvo a punto de estallar en lloros y gritos porque parecía como si le hubiesen aplicado fuego, pero pronto esa sensación se convirtió en otra de frescura. Luego pareció como si el brazo se hubiese dormido y, poco después, el dolor había desaparecido por completo. Sheng sintióse profundamente agradecido y, sacando su monedero, intentó darle algún dinero para recompensar el bien que le había hecho, pero ni uno ni otro quisieron admitir su donativo. El viejo que le había

acompañado le llevó nuevamente hasta la entrada de la aldea, y, a pesar de haber insistido nuevamente, el viejo se negó a aceptar ninguna recompensa. Sheng prosiguió su camino diciéndose que incluso en país enemigo podía encontrarse alguien dispuesto a hacer el bien, sólo por la satisfacción de hacerlo. Como que el dolor le había desaparecido, andaba con mucha más tranquilidad. Y recordó que el muchacho que le seguía seguramente estaba hambriento, pues él también tenía apetito. Volviéndose, le dijo:

—En cuanto lleguemos a un lugar donde haya de qué comer, nos detendremos y compraremos algo y guardaremos lo que llevamos encima.

Y prosiguieron la marcha. Ahora Sheng estaba en condiciones de mirar a su alrededor y fijarse en la tierra por donde pasaba. La región era rica y fértil y Sheng vio lo que antes no había visto nunca: arroz recién plantado junto a los sembrados ya crecidos y a punto de cosechar, porque allí no había verano e invierno como en su país, y los campos siempre estaban verdes. Poco trecho después se cruzaron con un birmano que llevaba un cesto con comida y le compraron unas pastas de arroz frito. Compraron cuatro o cinco cada uno. Estaban todavía calientes y se sentaron a comerlas al borde del camino, bajo un árbol de hojas pequeñas y cubierto de finas flores de color rojo que despedían un penetrante perfume que se extendía por el alrededor. Las abejas y toda clase de insectos volaban sin cesar. Sheng se sentó a la sombra del árbol y su compañero lo hizo a una prudencial distancia, guardando respetuoso silencio. Sheng se decía que debería dirigirle algunas preguntas, aunque sólo fuese por cortesía, pero no podía. La fiebre le daba sueño y entre el calor de la tarde y el perfume de las flores —que era denso y pesado—, y a pesar de sólo haber comido un poco, mucho menos de lo que creía reclamarle el apetito que sentía, se tendió sobre la hierba y quedóse dormido.

Le despertó el dolor del brazo que se reproducía. Miró a su alrededor sin darse cuenta, de momento, de dónde se encontraba. Sentíase pesado, como si tuviera las venas llenas de plomo hirviendo hizo un esfuerzo y consiguió levantarse. El muchacho continuaba a su lado, sin haber cambiado de posición.

—¿He dormido mucho? —le preguntó.

—No mucho —le respondió el muchacho—. Pero ya empezaba a preguntarme si debía despertarle.

Sheng no contestó. Se frotó la cabeza y la cara con la mano sana y emprendió nuevamente la marcha, seguido de su acompañante.

Nada más les ocurrió aquel día. Al anoecer llegaron al lago, que estaba seco y convertido en un pequeño estanque. Pudieron cruzarlo siguiendo las sinuosidades formadas por el barro seco y sorteando los charcos. En el extremo opuesto encontraron a sus camaradas separados en grupos, a fin de que no pudiera suponerse que se trataba de una columna de soldados. Cheng descubrió a Charlie, que se adelantó ofreciéndole comida. Había puesto arroz caliente mezclado con huevo sobre una hoja de loto. Y en el suelo, cerca de ellos, había una tetera llena de té caliente.

Sheng se dejó caer en el suelo, con un profundo suspiro de alivio, pues por ahora la aventura salía bien. Al ver la tetera sintió una sed terrible. La cogió y, llevándosela a la boca y reteniendo el aliento, la vació por completo. Charlie le contemplaba en silencio y, en cuanto vio calmada su sed, le dijo con gran aplomo:

—Ahora puedo darte las noticias que tengo. Se ha de forzar la marcha y sin descansar, esta misma noche. Encontraremos a todos los blancos muertos, de no llegar antes de un día y una noche. Te lo aseguro. Es preciso que después de comer nos pongamos en marcha seguidamente.

Sheng escuchó atentamente las palabras de Charlie. El brazo volvía a dolerle y a modo de respuesta exhaló un gemido. Al momento pasó órdenes de que los soldados descansaran, pero no durmieran.

A continuación se alejó solo en dirección al lago, donde hundió la cabeza en el agua para refrescarse, mojándose después la misma ropa. Pero la fiebre no le abandonaba, y una hora después, la ropa estaba completamente seca y él sentíase abrasado...

La división marchó toda la noche, sólo deteniéndose a descansar unos momentos cada dos horas. Sheng, que estaba acostumbrado a esta clase de marchas, sabía que la única forma de mantener un ritmo uniforme era descansando a intervalos iguales. Durante la noche anduvieron juntos, pero en cuanto amaneciera se dispersarían, fijando previamente el punto donde se encontrarían al anochecer. Antes de atacar, dormirían unas tres horas.

El plan se iba desarrollando ordenadamente y sin obstáculos. Pero al día siguiente de empezar la marcha, a Sheng la herida le dolía de un modo insoportable. No sabía si a causa de las lluvias que cayeron inesperadamente y que dejaron la herida limpia de unguento, o por otra causa cualquiera, se reproducía la angustia que tanto le había atormentado antes de que el bondadoso viejo le aplicara la pomada. La cabeza parecía que le daba vueltas vertiginosas. Sheng pensó en la suerte que representaría encontrarse con otro viejo parecido, pero ahora el tiempo apremiaba y no era cosa de pensar en bálsamos. Sólo importaba avanzar, y así lo hizo.

Este día tuvieron una agradable sorpresa. Después de haber andado mucho a través de la enmarañada y calurosa jungla, llegaron a un sitio donde el paisaje cambiaba por completo. Era un bosque de grandes tecas, cuyas hojas caídas cubrían el suelo formando una suave alfombra que representó un alivio para sus pies cansados. Se quitaron las sandalias y siguieron caminando descalzos sobre el blando suelo, bendiciendo este inesperado descanso en la rudeza de la marcha. La única dificultad que ofrecía este dilatado bosque era el gran número de senderos que lo cruzaban. Charlie examinó, cuidadosa y detalladamente, las huellas que se veían en ellos.

—Son huellas de elefantes —dijo—. Aquí cortaron los árboles con que bloquearon los caminos, he impone mucho cuidado al internarnos por estos lugares. Si nos perdemos, siguiendo esos rastros, Podemos pasarnos días y días sin encontrar

el fin.

En consecuencia sólo se orientaron por medio de las brújulas y consiguieron alcanzar felizmente el lindero del bosque. Como la noche estaba cerca, Sheng dispuso que se descansara en el mismo sitio. Se tendieron en las mantas como mejor pudieron, pues en algunos casos dos soldados sólo disponían de una sola. Charlie se quedó de centinela.

—¿Es que nunca duermes? —le preguntó Sheng.

—Duelmo de pie —le contestó Charlie con su habitual sonrisa. Antes de que despiertes estaré de vuelta y te informaré de dónde están concentrados los japoneses y los ingleses.

Y se alejó sigilosamente, acompañado por el muchacho que había seguido a Sheng.

... Sheng no creía poder dormir, a consecuencia; del brazo. No obstante, se durmió profundamente, y al cabo de tres horas, cuando Charlie regresó tuvo que sacudirle para despertarle. Sheng sintió el contacto de su mano sobre el brazo herido y se levanto de un brinco lanzando un fuerte quejido. Permaneció un buen rato temblando en la oscuridad.

—Hermano Mayor, ¿qué te pasa? —preguntóle Charlie asombrado.

Sólo entonces tuvo conciencia de que había despertado. Humedeció sus labios secos. Su cuerpo ardía y su piel estaba tirante.

—Nada —contestó brevemente—. Estaba soñando.

—Bueno, pues déjate de sueños, que ya encontré a los blancos. Han caído realmente en una trampa. Los japoneses están entre ellos y el río y los tienen envueltos por completo. Los puntos donde tienen más fuerza son el Sur y el Este, de modos que si algo puede hacerse es por el Oeste, por la parte del puente. Debes atacar por este lado. El enemigo dispone allí de una línea poco extensa: una media milla a lo largo del río. Creo que si embistes de firme contra esa media milla conseguirás que el puente quede libre y los blancos podrán cruzarlo. Pero el ataque debe ser rapidísimo; de lo contrario los japoneses destruirían el puente y todos quedaríamos acorralados. El río está desbordado a consecuencia de las últimas lluvias y no hay ningún bote.

—¿No? —preguntó Sheng—. Es muy extraño ver un río sin botes.

Charlie se enjugó el sudor de su cara con el faldón de la camisa.

—Los blancos abandonan a sus jefes y huyen —dijo—, pero no todos los que están con ellos son blancos. Algunos son hindúes. Pero todos saben que no tienen escapatoria. ¿Y quién puede censurarles que intenten salvar la vida? Sobornan a los birmanos para disponer de un bote. Les entregan los fusiles a cambio de la embarcación. Cuando han pasado a la otra orilla, abandonan el bote, que desaparece en seguida arrastrado por la corriente.

—¿Les entregan los fusiles en buen estado? ¿A esos birmanos traidores? —

exclamó Sheng lleno de asombro. Y la ira que estalló en su pecho hizo que se despejara su cabeza febril.

—¿Qué les pueden ofrecer para sobornarlos? —preguntó Charlie—. Debes pensar que, al fin y al cabo, son hombres, lo mismo si son blancos que amarillos o negros.

—¡Pero entregar un buen fusil, cuando nosotros apenas si los tenemos! —refunfuñó Sheng.

En su cerebro arrebatado por la fiebre quedaron como fijadas las palabras de Charlie, y como víctima de una obsesión empezó a repetir:

—¡Un buen fusil...! ¡Un buen fusil...! —y así iba repitiendo las mismas palabras.

—¿Estás borracho? —le gritó Charlie, sacándole de su alucinación.

Algo más calmado, consiguió responder, como si despertara:

—No —pero mentalmente pensó que debía parecerlo, a consecuencia de los efectos que le producía el sufrimiento, y lanzó una estridente carcajada...— ¡Estoy borracho! ¡Sí, pero sólo de pensar en lo que hoy me espera! —gritó a Charlie, y volviéndose hacia sus hombres con voz que parecía un rugido, les dijo que debían seguirle al momento, sin detenerse un instante.

No se entretuvo en comer, y los demás le imitaron, atemorizados por el tono de su voz. Iba delante de todos, sintiendo que su cuerpo ardía y era como arrastrado con ardor, mientras su cerebro giraba vertiginosamente. Los ojos parecían encendidos, pero no por eso dejaba de correr dominado por una fuerza que nunca había conocido. Los soldados, al verle en esta forma, se sintieron contagiados por lo que creían entusiasmo de su jefe. Sheng oía el jadeo de sus soldados, que le seguían corriendo, y él continuaba la carrera con el mismo ritmo vertiginoso. Antes del amanecer distinguieron las tiendas del campamento enemigo y ni aun entonces se detuvo para tomar aliento. Bramando como un toro, mandó a sus hombres que gritaran como él, y rugiendo como salvajes cayeron sobre el enemigo, que dormía desprevenido de todo posible ataque. Los soldados seguían a Sheng como si fuera un dios, y la locura y el odio que le poseían se transmitió a sus hombres, que se lanzaron sobre los japoneses a bayonetazo limpio. También intentaron disparar; pero, como la mayoría de los fusiles eran antiguos y no eran de repetición, cada vez debían cargarlos nuevamente, de forma que, para no perder tiempo, se decidieron por los métodos de lucha más primitivos y sólo atacaron al arma blanca para exterminar; a los japoneses. Incluso llegaron a estrangularlos con sus propias manos y a sacarles los ojos hundiéndoles los pulgares en las cuencas. Les arrancaron las orejas, los pisotearon sobre el vientre los mataban a palos y luego echaban sus cuerpos al río. Delante de todos iba Sheng, que parecía poseído de un demonio. Sus ojos ardían y estaban enrojecidas. Profería alaridos salvajes. Los que se hallaban ante su presencia se quedaban mirándole despavoridos y sus propios soldados se miraban entre sí desconcertados: jamás habían visto luchar a nadie con la furia con que Sheng lo hacía. Se servía del brazo herido como si fuera insensible al dolor, pues el sufrimiento le dominaba todo el cuerpo, de la misma manera que un tonel demasiado lleno rezuma vino oscuro. Una

sensación de embriaguez dominaba todos sus sentidos.

Gracias al empuje del ataque, los japoneses fueron liquidados y los blancos, seguidos de los hindúes, pudieron escapar de la encerrona por la brecha que quedó abierta. Las fuerzas de Sheng que habían quedado en retaguardia para apoyar las líneas de ataque les veían pasar apresurados, huyendo como buenamente podían. Había bastantes heridos. Unos seguían a pie, otros montaban en vehículos casi destrozados. Algunos pasaban agitando las manos y gritando en señal de reconocimiento a sus salvadores, pero fueron en reducido número los que tal hicieron. La mayoría corrían sin prestar atención a nada ni a nadie, pensando sólo en sí mismos y en salvar su pellejo. Los que cayeron al agua, en la confusión y el barullo de la huida, no fueron auxiliados por nadie y tuvieron que salir por sus propios medios de los remolinos y cenagales del río.

Sheng llevó el ímpetu del ataque más allá de lo preciso y, dominado por la fiebre que le devoraba, olvidóse del objeto primordial de su misión. Su única obsesión era la derrota de los japoneses. Y, seguido de los suyos, siguió luchando y presionando, hasta sentirse sujeto fuertemente por la cintura.

—¿Te has vuelto loco? —oyó que Charlie le gritaba—. ¿Te has propuesto llegar hoy mismo a la India luchando? ¡Volvámonos, volvámonos! ¡Tus hombres morirán como ratas en la retaguardia! ¡El enemigo contraataca por el Sur, imbécil!

—¿Hemos... hemos rebasado el puente? —le preguntó como balbuceando.

—¡El puente está a una milla y media hacia atrás! —gritó Charlie, dándole un fuerte empujón. Sheng dio la orden de hacer marcha atrás y salió corriendo, seguido de la tropa. Pero al conseguirlo se quedaron inmóviles contemplando la orilla opuesta. El puente había sido destruido y el agua corría libremente por sobre sus escombros. La corriente se había llevado el extremo colgante y ante sus propios ojos vieron cómo el agua arrastraba triunfalmente el último trozo que todavía se sostenía como por milagro.

—El puente... el puente... exclamó Sheng como machacando las palabras. Pero su cerebro aturdido no consiguió completar la frase.

Su acompañante completó el pensamiento, profiriendo un grito agudo y penetrante:

—¡Oh, madre mía! ¡Madre mía! Los blancos han cortado el puente.

Después de oír estas palabras, Sheng sintió que la sangre se agolpaba en su cabeza. Lanzó una horrenda carcajada, que más bien parecía un alarido, y bramó:

—¡Nuestros aliados! ¡Ésos son nuestros aliados!

Y sintió como si le hubieran partido la cabeza de un hachazo... y nada más.

CAPITULO XVIII

Despertó sin saber cuánto tiempo había dormido ni dónde se encontraba. Le envolvía una tenue luz verde que no podía precisar de dónde provenía, pues no era luz diurna ni nocturna. De momento parecía estar sumergido bajo agua. En su cuerpo notaba una sensación de frescor, limpieza y debilidad. Estaba tendido de espaldas y no veía nada más que esa tonalidad verde. Después oyó un agudo silbido que alguien emitió y una voz empezó a hablar en inglés. Pero él nada entendía de aquellas ásperas palabras de extraño sonido. ¿Despertaba de la muerte? Intentó, sin conseguirlo, levantar la cabeza para ver mejor lo que le rodeaba; sólo conseguía abrir y cerrar débilmente sus párpados. Y volvió a escuchar nuevamente las palabras de rudo sonido. Ahora era otro quien hablaba, y su voz le era conocida. Era Charlie. Intentó hablarle, pero no consiguió articular ningún sonido. Se esforzó por mantener los ojos abiertos y se quedó contemplando la luz verde. De pronto un rostro se interpuso en su espacio visual. Era la cara bronceada del hindú. Oyó cómo gritaba de alegría; seguidamente la visión cambió. Ahora tenía ante sí el rostro de Charlie. Nuevamente oyó su voz, y entonces comprendió lo que decía.

—Sheng, ¿estás despierto?

Sheng no consiguió hablar, sólo un débil aliento pasó por sus labios entreabiertos. El rostro de Charlie se le acercó. Se había arrodillado.

—Sheng, ¿me oyes?

Haciendo un esfuerzo enorme consiguió articular como en un balbuceo infantil.

—Sí.

—¿Me conoces? —le preguntó Charlie.

—Sí —repitió Cheng.

—Entonces ya sabemos que vivirás —dijo Charlie.

Sacó un huevo del bolsillo, lo rompió cuidadosamente para que no se derramara su contenido y lo acercó a los labios de Sheng.

—Bebe —le dijo—. He guardado este huevo de gallina para ti.

Sheng sintió cómo la yema del huevo se deslizaba por su garganta. Tragó dos o tres veces y volvió a sumergirse en la flotante luz verde.

Charlie Li se quedó un momento en cuclillas, contemplándole, conservando todavía en la mano la cáscara del huevo. La cara de Sheng seguía pálida, pero ya no parecía una máscara de la muerte como hasta entonces.

—Curará —dijo al inglés que estaba a su lado.

—Gracias a usted —le respondió éste.

—Fue usted quien proporcionó la sulfamida —añadió Charlie amablemente.

El inglés sonrió casi imperceptiblemente.

—Quisiera fumar un cigarrillo —dijo después.

—Si hubiera algún japonés por aquí cerca le mataría para quitarle el tabaco y dárselo a usted —dijo Charlie riendo.

—¿Cómo se las arreglarán los japoneses para tener todos cigarrillos? —preguntó el inglés con displicencia.

—De la misma manera que todos tienen buenas armas —contestó Charlie. Miró con un ojo dentro la cáscara de huevo y luego, agrandando algo el agujero, se llevó el huevo vacío a la boca y limpió con la lengua lo que aún quedaba en el fondo—. No he probado un huevo —añadió— desde hace meses, pero esta mañana Dios debía guiarme. Tropecé con una gallina negra, que estaba poniendo en el borde de un campo sembrado de arroz. Todavía no había acabado, pero yo la persuadí que lo hiciera.

—Hizo de comadrona, ¿no? —rió el inglés haciendo una mueca—. ¡Qué buenos compañeros son ustedes, los *chinks*^[3]!

Al oírse llamar *chink*, Charlie levantó la cabeza y sus ojos relampaguearon. Pero el rostro del inglés manifestaba la misma expresión amable y bondadosa. Había empleado este término impensadamente y sin ninguna malicia. Charlie se levantó y aplastó entre sus dedos la cáscara vacía.

—Aquí está la dificultad de tratar con ustedes, condenados ingleses —dijo, en el mismo tono de voz que antes—. Ni siquiera se dan cuenta de cuando nos insultan.

—¿Insultarles? —preguntó el inglés visiblemente asombrado.

—Nos insultan con la misma naturalidad con que respiran —contestó Charlie con cara tranquila y mirando fríamente.

—Pero ¡cómo! —volvió a preguntar el inglés, sin salir de su asombro.

—Ni tan sólo sé su nombre —le dijo Charlie.

El inglés se levantó del montón de tierra donde, estaba tendido, como movido por un resorte. Sus ojos azules tenían una expresión de honradez, pero eran un tanto inexpresivos.

—Lo siento —dijo—. Me llamo Dougall.

—Yo me llamo Li —repuso tranquilamente Charlie.

No se estrecharon la mano. Se quedaron en suspenso, mirándose. Charlie, completamente normal; el inglés, en cambio, mostrándose visiblemente cohibido.

—Hemos ido juntos durante dos días y medio —prosiguió Charlie—, sin que usted me preguntara cómo me llamo. Como usted no se ha interesado por mi nombre, yo no le he preguntado el suyo. Verá usted: yo no soy verdaderamente un *chink*, como ha supuesto. Si yo lo fuera realmente, me habría comportado con usted respetuosamente, sin dar importancia a la forma como me trataba. Pero yo pertenezco a una nueva clase de *chink*. No me comporto respetuosamente con un hombre por el solo hecho de que sea blanco. Puede usted llamarme comunista.

—Comprendo —murmuró Dougall, y su rostro amable se puso rojo como la grana bajo la rubia barba sin afeitar.

—Ya sé que usted no se propone nada con ese comportamiento, y precisamente

de eso me quejo y es eso lo que he querido hacerle notar.

—Ahora sí que temo no comprender lo que usted quiere decir —replicó Dougall, obstinado. Su rubor había desaparecido y sus ojos azules brillaban tranquilos.

—Ya sé que usted no lo comprende —insistió Charlie sin levantar la voz, que era suave y apacible como la plácida llanura por donde se extendían los campos cubiertos de verdes sembrados—, y seguramente piensa también que no es culpa suya si no puede comprenderme.

—¡Exacto! —dijo Dougall, mordiéndose los labios, resecos y agrietados por el calor.

—¡Son ustedes tan íntegros! —dijo Charlie—. ¡Tan maravillosamente íntegros!

Echóse a reír súbitamente y con las manos se frotó el corto pelo negro.

—¡Oh, Dios mío! ¡Líbranos a los asiáticos de los íntegros hombres blancos! —dijo de repente simulando que rogaba y haciendo un gesto de imploración. Pero, como si algo se hubiese roto en su interior, volvióse bruscamente y se metió en la jungla.

Cuando encontró un lugar escondido entre los altos matorrales de helechos, se abrió un pequeño espacio junto a un tronco caído y, después de mirar detenidamente a su alrededor para ver si había alguna serpiente, se sentó. ¿Dónde paraba el resto de la tropa? Cuando vio caer a Sheng le sujetó por los sobacos y mientras le arrastraba, vio aparecer detrás de unos árboles un hombre delgado y bronceado que sin decir una palabra le ayudó a llevar el cuerpo de Sheng. Era el hindú. No le preguntó cómo había llegado hasta allí. Se alejaron de la orilla, internándose en el bosque. Caminaron durante dos horas, sin detenerse un instante. El cuerpo de Sheng parecía inerte. Charlie no cesaba de preguntarse si estaría muerto, pero no se atrevía a detenerse para comprobarlo. El hindú parecía incansable y mantenía un profundo silencio, de modo que su presencia pasaba como inadvertida. Por otra parte, suponía demasiado bien lo que había ocurrido a la columna. Sorprendidos entre el río y las tropas japonesas, los soldados de Sheng, mal armados y sin jefe, habían sido aniquilados. Si alguno había logrado escapar fue pura casualidad, como le ocurría a él.

Por fin dejaron a Cheng en el suelo, y, en cuanto Charlie vio su cara, comprendió que era hombre muerto si no podía prestarle pronta ayuda. Pero ¿dónde hallarla en país extraño y enemigo? No obstante, ordenó al hindú que vigilara que las moscas no se acercaran a Sheng y se encaminó hacia el borde de la jungla. Después de caminar medio día llegó a un lugar donde los campos estaban quemando. El incendio resplandecía en el horizonte y el fuego se levantaba como crestas de un volcán. Charlie no ignoraba el origen de esos fuegos: los birmanos, como poseídos por una ráfaga de locura, incendiaban sus campos y aldeas. No sabía por qué lo hacían, pero lo había visto otras veces. Era como si el caos que reinaba a su alrededor les hubiese contagiado de su delirio. Después de contemplar unos instantes tamaña ruina y destrucción, se volvió hacia el sitio donde había dejado a Sheng al cuidado del hindú.

En su camino de regreso se encontró con el inglés, que también estaba oculto en la jungla. Cayó de bruces sobre el blanco, y durante unos momentos no vio otra cosa que el cañón de un fusil, pero instintivamente lo agarró, impidiendo que disparara. Dougall le había tomado por un japonés. Rodeándole con sus brazos consiguió derribarlo y juntos rodaron por el suelo, cara contra cara, forcejeando, maldiciendo y jurando. Charlie le gritó que era chino. Entonces Dougall le soltó.

—¡Bueno! —dijo—. Por poco le mato. Creí que era japonés.

Y a continuación prosiguieron juntos el camino, casi sin hablar. Cuando llegaron al lado de Sheng, Dougall lo examinó y, viendo que aún seguía vivo, sacó silenciosamente de su bolsillo un paquetito lacrado que desenvolvió rápidamente. Contenía una serie de drogas, entre las cuales eligió unas píldoras.

—Conviene que las tome —le indicó.

Durante la ausencia de Charlie, el hindú logró descubrir una cavidad cuyo fondo parecía húmedo, y cavando con sus manos consiguió encontrar agua cenagosa que en seguida llenó el hueco. Charlie recogió agua en el cuenco de sus manos y la deslizó junto con la medicina en la boca de Sheng. Todo esto había ocurrido durante la mañana del día anterior. Dougall les prodigó servicios y amabilidades. Preparó un lecho más cómodo donde tender el cuerpo de Sheng, a base de hojas de helecho dispuestas de modo que formaran como un colchón. Lavó su pañuelo y con él filtró agua para darla de beber a Sheng. Se sentó a su lado y le sostuvo el brazo herido para que le diera el sol, cuyos rayos caían oblicuamente sobre ellos atravesando las altas copas de los árboles, y evitando al mismo tiempo que le molestaran las moscas.

—El sol ayudará a curar la herida —le dijo—. A pesar de lo que la ciencia ha progresado, debemos reconocer que todavía nada ha superado al sol como medida terapéutica.

Y así habían hablado de cosas por el estilo, sin que ninguno comentara la retirada.

Charlie se levantó suspirando. Odiaba esos bosques. Era tanta su quietud, que el ruido más insignificante se hacía perceptible extraordinariamente, lo que le producía verdadera irritación.

Algunos animales asomaban furtivamente sus cabezas y se quedaban mirándoles con curiosidad. Un lagarto se deslizó junto a sus pies, después de salir de bajo el tronco en que él estaba sentado. Miró hacia arriba y al ver a un hombre corrió velozmente metiéndose entre la hierba, agitando asustado su cola azul. Las moscas revoloteaban alrededor de su cabeza. En la selva no había paz ni seguridad para los hombres. ¿Qué harían? Intentar salir de allí de una u otra manera y dirigirse nuevamente hacia el Oeste para encontrar al general. Por lo menos habían realizado lo que se les ordenó: libertar los ingleses.

Volvió a seguir el sendero por donde había llegado, sendero que ya casi había desaparecido. Las ramas que doblara para poder pasar habían vuelto a enderezarse por sí solas, y las hierbas que aplastara con el pie se habían erguido nuevamente. Una hora más y hubiera parecido que el pie humano nunca hubiese transitado por esos

parajes. Poco después Charlie se encontraba de nuevo en el lugar donde habían hecho el pequeño claro que les servía de refugio. Sheng estaba despierto. Sus ojos habían recuperado su limpidez. El inglés le había hecho una especie de muletilas con unas ramas, y apoyándose en ellas, Sheng intentaba sostenerse, mientras él le observaba con las manos apoyadas sobre las caderas.

—Estaba pensando en la conveniencia de su vuelta —dijo recibiendo a Charlie con demostraciones de alegría—. El pobre muchacho volvió en sí cuando usted se había marchado. Seguramente el huevo le reanimó. Pero no sabe palabra de inglés ¿no?

—Ni una sola —contestó Charlie.

De pronto, como si el inglés no estuviera presente, Sheng empezó a hablar con voz débil, pero firme y resuelta como siempre.

—¿Dónde están mis soldados? —preguntó.

De momento Charlie pensó que sería prudente ocultarle la verdad. Pero reaccionó en seguida y se dijo que lo mejor era decírselo todo. Sheng debía soportarlo como mejor pudiera, pues, al fin y al cabo, era preciso que reuniera sus energías para intentar el regreso.

—Todos han sido exterminados —dijo simplemente.

—¿Exterminados? —dijo Sheng.

—Los blancos destruyeron el puente después de haber pasado. ¿No lo recuerdas? —dijo Charlie.

Sheng balanceó la cabeza, mientras sus ojos permanecían fijos en la cara de Charlie.

—Los japoneses acudieron seguidamente desde la aldea vecina, acompañados de los sacerdotes de las túnicas amarillas —prosiguió Charlie—. Pude verlos cómo embestían contra nuestros hombres en el preciso momento en que tú mías sin sentido. Te levanté como pude y procuré alejarme de allí. De pronto apareció, no sé cómo ni de dónde, el hindú, que me ayudó a llevarte. Supongo que nos había seguido. Y llegamos hasta aquí, sin poder saber nada de los demás. Sólo vi cómo los japoneses caían sobre ellos a bayoneta calada; pero por entonces, con la ayuda del hindú, corríamos a ocultarnos en el bosque. Durante medio día no nos detuvimos ni un momento para descansar.

Sheng examinó de pies a cabeza la figura alta y escuálida del inglés, que no había entendido ni una sola palabra del relato de Charlie. Permanecía en pie, mirando alternativamente a los dos chinos, sonriendo y gesticulando como un niño intrigado.

—¿Quién es este rábano largo y blanco que nos está mirando? —preguntó Sheng.

—Me encontré con él en el bosque y por poco me mata creyéndome japonés. Pude convencerle de que no lo era y entonces se vino conmigo —le contestó Charlie.

Los dos chinos y el hindú contemplaron a Dougall, el cual soportó pacientemente y sin inmutarse; el minucioso examen de que era objeto por parte de aquellos hombres de otra raza.

—¿No te ha dicho por qué destruyeron el puente después de haberlos salvado? —preguntó Sheng.

—No se lo he preguntado —contestó Charlie.

—Pregúntaselo ahora —le ordenó Sheng.

Y, sin previo aviso, Charlie formuló al inglés, que les contemplaba sin suponer de lo que hablaban, esta pregunta en su propio idioma:

—¿Por qué sus compañeros destruyeron el puente, después de haber pasado, dejándonos así sin ninguna posibilidad de retirada y sin recordar que les habíamos salvado?

Dougall abrió desmesuradamente sus ojos azules.

—Estoy seguro de que no pudimos hacer semejante cosa —contestó.

Charlie tradujo su contestación a Sheng.

—¿No está enterado de lo que ocurrió allí? —inquirió Sheng.

—No sabe nada —respondió Charlie.

—Es un desertor —comentó Sheng después de meditar un rato—. Pregúntale por qué.

—¿Por qué desertó usted de su división? —volvió a preguntar Charlie a Dougall.

La cara del inglés se puso encarnada como cresta de gallo, y dijo:

—Estaba harto. Todos estábamos convencidos de que no había salvación.

Y, mirándose una de sus largas y pálidas manos, cubierta de rasguños y cicatrices y de uñas sucia y rotas, añadió:

—Era sencillamente idiota continuar. Nuestros mismos jefes no sabían cómo desenvolverse, a causa de la precipitación con que debía efectuarse la retirada. Cada cual debía obrar por su cuenta. —Sonrió avergonzado—. Después de todo —continuó en tono sincero y confiado—, ¿qué finalidad tiene todo eso? Si ganamos la guerra, volveremos a ser dueños de este territorio, y si la perdemos... bien. —Se encogió de hombros, manifestando indiferencia—. ¿Qué utilidad nos habrá reportado lucha por este ensangrentado trozo de tierra salvaje y pagana?

Charlie tradujo esas manifestaciones a Sheng, quien debido a su debilidad, limitóse a suspirar.

—Pregúntale qué piensa hacer ahora.

—¿Qué piensa hacer ahora? —repitió Charlie en inglés.

—¿Yo? —preguntó Dougall levantando la cabeza y mirando con asombro a ambos—. Bueno. Pienso continuar sencillamente con ustedes, siempre y cuando no tengan inconveniente. Fue verdaderamente una suerte encontrarle a usted, que habla inglés.

—Dice que vendrá con nosotros.

Sheng entornó los ojos.

—Te hizo tomar unas píldoras blancas que llevaba en un paquete de medicina —siguió diciendo Charlie, intercediendo a favor del inglés—. Y también te acomodó en estos helechos para que estuvieras mejor. Y sostuvo tu brazo para que tomara el sol y

curara más pronto. Si no tuviera buenos sentimientos no nos hubiese prestado su ayuda.

Sheng sonrió con amargura y sin abrir los ojos.

—Si es nuestro aliado —dijo—, que venga con nosotros.

Dos días más tarde emprendieron la marcha hacia el Oeste.

Sheng se sostenía de nuevo sobre sus pies. Se sentía débil, pero dispuesto a vivir.

CAPITULO XIX

El general miraba al americano, haciendo grandes esfuerzos para que la expresión de su cara no acusara la repulsión y el desprecio que sentía y que Pugnaba por salir de sus labios en un torrente de Palabras. Tenía deseos de exponerle sus quejas y decirle que nada de lo que pudiera hacer salvaría a ninguno de los suyos. Quería gritarle lo que todos sabían, y los blancos más que nadie, que la batalla estaba perdida mucho antes de que los chinos intervinieran.

—He sacrificado una división entera —dijo—. No ha regresado ni uno solo de los soldados de la 55 División. ¿Dónde están?

—Sólo el cielo lo sabe —contestó el americano—. Nunca había oído nada semejante: desaparecer una división entera. Y, sin embargo, es verdad.

El general se proponía no perder la paciencia.

—Usted comprenderá que es imposible que un ejército luche solo —dijo imponiéndose hablar en la forma más elemental a fin de que el extranjero le entendiera sin dificultad—. Fíjese usted y dígame qué puede lograrse actuando en esta forma: recibo instrucciones de contener un sector de las líneas. Resistimos. Mis tropas luchan sin pensar en sus propias vidas. A continuación llega la orden de retroceder, a fin de reorganizar las líneas. ¿Y qué pasa entonces? Mientras nosotros sosteníamos la lucha, nuestros aliados han ido retirándose sin darnos aviso, y hemos tenido que abandonar lo que habíamos retenido a costa de cuantiosas vidas. ¿Ésa es la forma de luchar en una guerra que debía ser de conquista?

Las finas mejillas del americano se cubrieron de rubor, pero no contestó.

—Ustedes, los blancos —añadió el general tirándose a fondo—, siempre tienen el propósito de no arriesgar el pellejo.

Se pegó una fuerte manotada en la rodilla y se levantó. Saludó militarmente con sequedad y salió. Una vez traspuesto el umbral, inclinóse levemente al pasar ante la guardia y, juntándose a su ayudante, que le esperaba, se encaminó hacia su cuartel general. Estaba convencido de que no volvería a ver a su mujer y a sus hijos. Esa convicción le produjo un frío tan intenso que sólo pudo compararlo a la sensación que le causó el haber comido en una ocasión un postre extranjero llamado *ice-cream*^[4]. Realmente, ahora sentía la misma sensación en la boca de su estómago. Súbitamente sintió deseos de hablar con una mujer, en la misma forma que lo haría con su esposa. Ésta era mucho más joven que él, pero era muy sensata y de inteligencia muy clara: siempre había sabido resolver los problemas de la vida con muy buen sentido. Pero estaba a miles de millas de distancia. Penetró en el cuartel, pasando ante los centinelas sin darse cuenta de ellos. Una vez dentro de su tienda, se dejó caer en un asiento, cerró los ojos y empezó a pasarse las manos por la cabeza. Estaba desesperado. Sheng no había vuelto y, entretanto, el avance enemigo había

adquirido una celeridad pasmosa. En un principio había progresado a razón de unas diez millas por día. Después pasó a veinte y ahora avanzaba unas treinta y cuatro millas diarias. Guardaba absoluto silencio y mantenía las manos extendidas sobre sus rodillas. Había determinado escalonar sus tropas a lo largo del camino de Lashio; cuando menos, así pensó, protegería esta carretera.

—Visto que ellos nunca se acuerdan de nosotros —masculló en voz alta—, pensemos nosotros por cuenta propia.

De súbito sintió impulsos de llorar y se sintió asombrado de sí mismo. «Es la inacabable retirada, se dijo como justificando su debilidad; se impone entrar en acción. Bueno. Actuaré por iniciativa propia». Desabrochóse el cuello del uniforme. Hacía mucho calor, tanto de día como de noche, y aunque él no lo sintiera excesivamente, porque vivía en un pueblo situado en el fondo de un valle, entre altas montañas, y estaba habituado a un clima caluroso, sin embargo, aquello no era lo mismo. Las serpientes ya constituían un temible enemigo, y los mosquitos otro. Dos noches antes, un escorpión le picó en un tobillo, que todavía estaba hinchado. Gracias a la prontitud y habilidad de uno de sus soldados, que con sus uñas expulsó el veneno de la picadura, pudo librarse de las consecuencias peligrosas. Suspiró profundamente, recordando los hombres perdidos. ¡También había desaparecido Sheng, el valiente y bravío muchacho de las colinas de Nanking! Al pensar en Sheng, se acordó de aquella muchacha y se dijo que debía informarla de lo ocurrido, o cuando menos prevenirla. Aunque volviera a ver a su esposa, no tendría fundados motivos de celos.

Llamó, y en seguida se presentó su ayudante.

—Digan a Wei Mayli que necesito verla —le dijo brevemente, añadiendo a manera de justificación—: Díganle que debería llevar al americano un mensaje en mi nombre. Ella habla muy bien el inglés; en cambio, yo no llego a comprender el chino de ese blanco.

Y un destello de malicia asomó a sus ojos, pensando que realmente enviaría a Mayli para burlarse del americano, ordenándole que le dijera que no entendía su chino, del que él se sentía tan orgulloso. Sonrió y algo de su antigua arrogancia renació en él.

—Sí, desde luego que iré —contestó Mayli secándose las manos en su delantal—. Tardaré solamente el tiempo necesario para cambiarme la guerrera. Está manchada.

El soldado asintió. Mayli se dirigió hacia la habitación donde había estado ayudando al doctor Chung, que asistió a una birmana parturienta que dio a luz un niño muy desarrollado. Su marido era un comerciante chino. Estaba en la puerta esperando, y cuando Mayli pasó, la detuvo.

—Dígame —le preguntó—. ¿Se ha fijado usted si el niño tiene un lunar en el lóbulo de la oreja izquierda?

—¿Y usted cree que vamos a fijarnos en semejantes detalles? —preguntó riendo Mayli.

Pero el marido permaneció muy grave y sin moverse.

—Usted no conoce a las birmanas —dijo solemne y en un chino anticuado. Desde hacía años estaba ausente de su país, pero seguía hablando como de pequeño, antes de marcharse de su pueblo en busca de fortuna—. ¿Cómo sabría que es hijo mío si no llevara encima una marca mía? —le preguntó.

Y volvió la cabeza para que Mayli pudiera comprobar que detrás de su oreja izquierda tenía un lunar poblado de pelos.

—¡Pero sus hijos pueden nacer perfectamente sin esa marca! —exclamó Mayli—. ¿O acaso pretende comprobar la virtud de su esposa por medio de un lunar?

Y volvió a reírse de buena gana, a pesar de la seriedad del comerciante.

—¡Mírelo! Yo no estoy dispuesto a malgastar huevos rojos en el hijo de otro hombre. Mi esposa es bonita y joven, y yo no estoy siempre en casa.

Por fin Mayli consiguió separarse de él, prometiéndole que se fijaría en la presencia o ausencia del lunar. Encontró al doctor Chung en la habitación, mientras iba metiendo los instrumentos en una caja de metal para esterilizarlos.

—Doctor Chung, el general me ha llamado.

El doctor empezó a lavarse las manos en un balde con agua caliente puesto sobre un banco.

—¡Chung! —repitió—. ¿Cree usted que se tratará de algo relacionado con Sheng? Si no se trata de él, ¿para qué mandaría a buscarme el general? Hace unas semanas que no le he visto.

—Sí, verdaderamente. Sheng debería estar de vuelta —comentó Chung—. Es muy raro que de todos los hombres que hemos visto marchar no haya regresado ni un solo... ni un herido. Este silencio es muy extraño. Por otra parte, no llega ninguna orden y hace ya ocho días que estamos aguardando.

Las enfermeras entraron para llevarse la camilla en la que estaba tendida la paciente. Chung, en un principio, dudó si le aplicaría anestesia; pero acabó prescindiendo de ella. Al fin y al cabo, era un niño.

Mayli quitóse el uniforme y se puso otro limpio. Chung volvió la espalda púdicamente. No sabía si por falta de pudor o por inconsciencia, siempre se cambiaba de esa forma; por otra parte, no había para molestarse intentando averiguarlo. En un abrir y cerrar de ojos, Mayli cambióse el uniforme y se disponía a salir apresuradamente cuando llegaron a sus oídos los vagidos del niño. El recién nacido estaba tendido en un rincón, sobre un montón de 9 paja, envuelto en una toalla. Chung recogió el niño y lo levantó en brazos.

—Después del trabajo que nos has dado, te habíamos olvidado —dijo mirándole.

Mayli se volvió corriendo y le dijo:

—Démelo. Diré a Pansiao que cuide de él hasta que yo vuelva.

Y, cogiendo el envoltorio, salió de la habitación. En la puerta se encontró con el paciente padre, que seguía esperando. Al verlo, Mayli se acordó de su encargo.

—Aquí tiene a su hijo —dijo—. Véalo usted.

Estaba convencida de las pocas probabilidades que existían de que el niño

heredara las señales del padre, pero levantó el borde de la toalla, dejando al descubierto la cabecita del recién nacido. Sobre la oreja izquierda se destacaba claramente una: manchita oscura.

—¡Aquí está! —gritó Mayli con alegría—. Es tan pequeña que no se nota mucho todavía. Pero ¿podría ser grande?

El comerciante chino se levantó. Sacó sus anteojos del bolsillo y se los colocó parsimoniosamente.

A continuación examinó el pequeño lóbulo.

—Es mi hijo —dijo por último con solemnidad. Una sonrisa iluminó su rostro—. Es el primero. Yo lo llevaré —dijo con orgullo, extendiendo los brazos.

—Pero todavía deben lavarlo y vestirlo —le observó Mayli.

—¡Yo lo llevaré! Yo mismo puedo lavarlo y vestirlo.

Le entregó el niño y se quedó mirándole. El comerciante se alejó con el pequeño en brazos, cual si llevara un tributo a un emperador. El viento agitaba su túnica mientras avanzaba calle abajo. Cuando doblaron la esquina, Mayli, como volviendo a la realidad, pensó: «¡Cuán fatua y necia es la vida! ¡En medio de la guerra, la destrucción y la muerte, uno puede olvidarse de todos, durante unos instantes, por el simple hecho de que ha nacido un niño!». Y empezó a caminar apresurando el paso, mientras sonreía tristemente.

—... No he recibido ninguna noticia de Sheng —dijo el general.

Mayli estrechó con más fuerza las manos que tenía entrelazadas sobre el regazo. El general hablaba sin mirarla.

—Ignoro las relaciones que hay entre ustedes —continuó—, pero me creo obligado a comunicarle que ninguno de los que componían la división que puse a su mando ha regresado. Puede suponerse que han cruzado el río con los aliados. Pero, en este caso, no me explico cómo todavía no ha vuelto Charlie Li para informarme de que se dirigen hacia aquí para reunirse con nosotros. He decidido situar mis tropas a lo largo de la carretera de Lashio, pero necesito que esa división regrese. De lo contrario, nuestras líneas serían demasiado débiles. De todos modos, he decidido hacerlo.

—En este caso, ¿marcharemos de aquí?

—Nos iremos inmediatamente —contestóle con decisión—. Por eso desearía que usted quisiera visitar como mensajero privado mío al americano. Usted puede hablarle en su propio idioma y en este caso tengo la seguridad de que podrá comprender lo que quiero decirle. Usted le comunicará que empezamos a maniobrar prescindiendo de los demás. Estoy harto y cansado de esta constante retirada. No retrocederemos más. Estableceré mis dispositivos para vigilar y proteger la frontera de nuestro país. Los blancos harán lo que les dé la gana.

Mayli se daba cuenta de que el general se hallaba terriblemente cansado. Su cara

huesuda, que siempre había sido enjuta, ahora aparecía con una serie de cavidades. Las sienas estaban como hundidas y sus mejillas como chupadas y con sólo la Piel adherida a los huesos. Y lo mismo sucedía con las mandíbulas. La retirada había sido tan agitada y las ocupaciones de Mayli tan numerosas que no había tenido ocasión de ver al general durante muchos días. Cada día llegaban nuevas órdenes de trasladar a los heridos. Entretanto, se hallaba a cientos de millas del sitio donde Sheng la dejó; por lo tanto, en el supuesto de que hubiese regresado allá tampoco la habría encontrado.

—¿Debo visitar al americano ahora mismo?

—Sí, ahora mismo. Mañana partiremos.

Se puso en pie. El general levantó los ojos cansados y la contempló en silencio. Y, de pronto, dijo inesperadamente.

—Creo que no volveré a ver a mi esposa y a mis hijos.

—No debe perder la esperanza —contestó Mayli con energía.

—No he perdido totalmente la esperanza... La voy perdiendo con los desengaños.

—Después de una pausa y una vacilación, prosiguió—: Me temo... este muchacho... Sheng... que usted...

—¡Oh, no! —interrumpió Mayli—. ¡No continúe! Yo todavía no he perdido la esperanza Usted no sabe lo fuerte que es. ¡No pueden matarlo!

—Sí —contestó el general—. Es muy fuerte. Yo también lo soy, pero...

—¿Puedo salir? —le preguntó Mayli impaciente. Se sentía nerviosa. El general estaba trastornado a consecuencia de su desesperación. No le tenía miedo, pero reconocía su pesimismo y era capaz de contagiarlo al que estuviera escuchándole—. Iré y volveré cuanto antes —dijo, marchándose.

Mayli sabía el alojamiento del americano. Todos conocían su tienda, similar a la de cualquier soldado. Estaba situada bajo la sombra de una frondosa higuera, a fin de aprovechar la sombra de sus grandes ramas. Se encaminó hacia ella. No temía esta entrevista, a pesar de no haber hablado nunca con él. Se contaban numerosas anécdotas de su vida y, por ellas, Mayli sabía que era más amigo de relacionarse con los soldados que con los oficiales. «El eterno afán de evitar la igualdad», pensó con desdén. «Los blancos pretenden que nosotros debemos continuar siendo sencillos; así siempre podrá; dominarnos».

Cuando llegó ante la tienda, frente a la cual estaba de centinela un soldado blanco, Mayli le dijo secamente en inglés:

—Traigo un mensaje del general chino.

—Bien —respondió el centinela y, sin saludar, entró en la tienda, de donde salió poco después, diciendo—: Pase usted.

Mayli entró. El americano estaba sentado en un taburete plegable, comiendo un melón de corteza verde y pulpa de un amarillo claro dorado. Levantó la vista, sonrió y se puso en pie con la mitad del melón en su mano.

—No puedo estrecharle su mano —le dijo con voz pausada y amable—; pero en

cambio, le ofrezco una tajada de melón.

—No, gracias —dijo Mayli, sentándose en otro taburete.

—Es bastante bueno —añadió el americano volviendo a sentarse.

—Sí, cuando menos lo parece. Pero yo sólo he venido a traerle un mensaje de nuestro general. Me han dicho que le informe que mañana nos marchamos en dirección a la carretera de Lashio.

El americano engulló el jugoso trozo de melón que tenía en la boca y dijo como arrastrando las palabras:

—Sentiré mucho que cambie de plan. Si ejecuta lo que dice, deberá cubrir un frente demasiado largo y por tanto, sólo podrá establecer primeras líneas, que no podrá proteger con una fuerte retaguardia. Estará en evidente desventaja. Haga lo posible para convencerle. Yo debo confesar que no puedo. No acepta mis consejos ni mis órdenes.

—Está muy decepcionado —dijo con amargura—. Todos estamos muy decepcionados.

El americano dejó el melón sobre una mesita y se secó las manos con un pañuelo de una blancura sorprendente.

—Ustedes sólo saben protegerse entre sí —dijo de pronto Mayli—. Lo mismo que los ingleses.

Él la miró rápida y vivamente, entornando los Párpados.

—Somos extranjeros en un país extranjero.

—También lo somos nosotros —replicó Mayli.

—Ustedes no son tan extranjeros como nosotros —insistió él.

Mayli sintió un arrebato de cólera y gritó:

—Ustedes, los blancos, son capaces de sacrificar a todos los demás seres humanos en su beneficio.

—Me permito recordarle que he vivido veinte años en su país.

—Pero sin dejar de ser blanco replicó Mayli, mordaz.

—Así he nacido —replicó el americano.

Mayli dio por cumplida su misión. Levantóse y se volvió; pero, antes de salir, el general americano la detuvo y le dijo:

—A pesar de todo lo que supone, puedo asegurarle que nunca he visto soldados más valientes que estos británicos. Saben perfectamente que no recibirán refuerzos, ni llegarán aviones, ni barcos, ni tropas auxiliares. Ni nada. Y, no obstante, han venido luchando y sosteniendo lo que puede considerarse como una acción para retardar y entretener al enemigo. Sus vidas son el mendrugo que para salvar muchas otras se arroja a los lobos hambrientos que avanzan sin cesar.

—Ustedes siempre han sabido convertirse en héroes —le replicó Mayli con aspereza—. Pero olvida que, en Birmania, en lugar de enemigos podríamos tener amigos si los blancos se hubiesen comportado como seres humanos durante el tiempo de su dominio. Pero prefirieron ser héroes blancos entre salvajes amarillos.

—No olvide que soy americano.

—Sólo puedo recordar que usted también es blanco —le replicó con desdén, e inclinando la cabeza se alejó rápidamente.

Dominada por la furia, caminaba rápidamente en dirección a su campamento, cuando de súbito recordó que debía dar la contestación al general. Al llegar al cuartel estaba reunido con sus comandantes y, no pudiendo atenderla, él mismo salió fuer y, entre los grupos de soldados, Mayli le dijo:

—He entregado su mensaje al americano y le aconseja que desista de su plan.

—No atenderé su consejo —contestó el general.

—Entonces, ¿mañana partiremos?

—Sí, al amanecer.

Mayli asintió con la cabeza y se marchó apresuradamente. Debía atender unas cuantas tareas urgentes, y, como los heridos demasiado graves no podrían llevárselos, era indispensable buscarles refugios, lo más seguros posibles, en casa de algunas familias chinas. Los heridos leves deberían ser preparados para su traslado. Primero, informaría al doctor Chung, y después, a las enfermeras. Había un sinnúmero de detalles a ultimar, antes de la partida. Pensando en ellos, fruncía el ceño, mientras asomaba a su rostro una expresión de preocupación que ahora le era habitual. También ansiaba partir. Cuando menos, esta vez no se trataría de una retirada, y, a criterio suyo, el general obraba con suma sensatez. Establecerían unas líneas propias. Recordaba las palabras del general americano, y se decía que cuando hablara con Sheng le contaría la escena y estaba segura de que él aprobaría sus respuestas y estaría contento de ella. Pero, en realidad, no sabía si había obrado bien o mal. El americano era un hombre íntegro; pero, si la misma integridad ciega a un hombre, ¿continúa siendo íntegro? Ella reconocía la integridad, pero Sheng veía la ceguera. Y Sheng tenía razón. Era más sagaz que Mayli.

—¡Oh! —murmuró entre dientes—. ¿Nunca llegarán a ver?

Estaba segura de que tal cosa no ocurriría nunca. Los blancos no verían, por más que tuviesen que retroceder ante los japoneses. Mientras huyeran planearían su próxima vuelta, y todo volvería a quedar como antes. Y ellos, naturalmente, seguirían siendo los héroes blancos. Apretó los dientes; sus ojos ardían. A pesar de sus reflexiones y su profundo desdén, no por eso dejó de realizar con extrema diligencia cuanto se había propuesto. Se movía de Un lado para otro, sin descansar un momento. El doctor Chung la reprendió:

—A veces, usted resulta tan mala como un extranjero.

Al oír estas palabras, Mayli se detuvo, y poco después contestó:

—Quizá tenga razón.

Y, como si esas palabras hubiesen representado una medicina, en seguida se tranquilizó. Trabajaba con la misma prisa, pero sin la nerviosidad que parecía dominarla en un principio. Su voz dejó de ser áspera y renació su calma habitual.

Pansiao, que hasta este momento no había estado con ella, se le acercó,

preguntándole con voz suave:

—¿Dicen que nos vamos?

—Sí, pero esta vez es para acercarnos a casa —respondió Mayli.

Creía que su respuesta alegraría a la muchacha, pero en lugar de eso vio que sus ojos acusaban una expresión de desespero.

—¿No te gusta? —le preguntó, mientras seguía envolviendo uniformes que colocaba en un cesto de mimbre.

—Sí... pero... —empezó a decir Pansiao, y se detuvo.

—Pero ¿qué?

—Sheng... —continuó, vacilando, Pansiao—. ¿Cómo podrá encontrarnos?

Mayli calló un instante; después dijo:

—Ya he pensado en eso. Mira, dejaremos una carta. La entregaremos a la mujer que tuvo el niño. Esta noche su marido vendrá a buscarla para llevársela. Será mejor que entreguemos la carta a él. Y le recomendaré que se interese por los chinos que vuelvan. Lo natural es que cuando Sheng regrese y no nos encuentre interrogue a los chinos.

Pero estas razones no dejaron satisfecha a Pansiao. Incluyó la cabeza y siguió retorciendo sus dedos, mirando de soslayo a Mayli, que seguía trabajando sin dejar de observarla.

—¿Qué piensas? —le preguntó—. Veo que me ocultas algo.

—No te oculto nada. Nada... Bueno, algo... pero no tiene importancia... para mí. Si dejamos una carta para Sheng...

Una sospecha repentina acudió a Mayli y, riendo, acabó la frase empezada por Pansiao:

—... podríamos dejar otra para Charlie Li.

Y con su dedo índice hizo un gesto como si lo afilara a modo de cuchillo, según antigua costumbre infantil con que las chicas se burlaban unas de otras. Pansiao se cubrió la cara con el borde de su chaqueta y huyó corriendo. Mayli, al quedar sola, cesó de reír y suspiró profundamente, permaneciendo inmóvil largo rato con las manos —hasta ahora tan ocupadas— apoyadas en el borde del cesto. Quizá nunca más encontrara a Sheng.

CAPITULO XX

Esa última noche, Mayli escribió una carta a Sheng. Era breve y sencilla, porque no sabía qué miradas indiscretas podrían ponerse sobre ella.

Sheng:

Partimos mañana al amanecer, por órdenes recibidas. El americano podrá decirte dónde vamos, si no puedes encontrarnos de otra forma. Si puedes seguirnos, yo estaré esperándote día y noche, lo mismo que tu hermana. Creo que vives, pues, de no ser así, ¿no lo habría sabido?

Acabada esta breve carta, Mayli se quedó sentada, preguntándose si debía escribir a alguien más. Sabía perfectamente que quizá nunca regresaría de la campaña que ahora emprendía el general. Reconocía que debían obedecer fielmente a su superior, Pero también recordaba las advertencias del americano y la indicación de que aquel plan era una locura, desde el momento en que no contaba con suficiente tropa para llevarlo a término con éxito. En el caso de que muriera durante esta campaña — porque el enemigo no perdonaba a hombres ni a mujeres—, ¿a quién más tenía que escribir? Pensó en su padre, en América. Ciertamente, si a alguien» debía escribir era a él; pero, sin embargo, no lo haría, no podía hacerlo. Le parecía tan lejano su padre... Él ignoraba cuanto se refería a su vida actual y a los servicios que prestaba, y, ¿cómo podría explicarle ahora dónde estaba y por qué causa? Había callado durante tanto tiempo, que ahora era mejor seguir guardando silencio. ¿No había nadie más por quien sintiera interés en decirle que ésa era su última noche antes de emprender una gran campaña? Y mientras meditaba pensó en la familia de Sheng, allá en la lejana aldea cerca de Nanking. A ellos sí que podía escribirles. Sabían lo que significaba una batalla. Conocían a los japoneses y se darían cuenta del peligro que les amenazaba. Sin dudar un momento, con sus claros y rápidos trazos escribió una carta a Jade, exponiéndole exactamente la verdadera situación. Le decía que Sheng no había vuelto, pero que no lo consideraba muerto y que a la mañana siguiente partirían todos hacia un nuevo frente de batalla. Cuando hubo terminado, reflexionó si debía decirles algo más. La noche era oscura, el aire pesado a causa del calor. Sentada dentro de su pequeña tienda, escribía a la luz de una lámpara con pantalla de papel. Alrededor de la luz revoloteaban algunas mariposas nocturnas y algunos insectos. Giraban alrededor de su cabeza y luego caían pesadamente sobre el papel. De cuando en cuando los barría con una manotada y seguía escribiendo:

Debo decirles que nuestros aliados no nos han protegido ni sostenido, de

modo que no tendrán grandes esperanzas de triunfar cuando siempre estamos retrocediendo. Además, puedo decirles que aquéllos a quienes vinimos a libertar nos han traicionado. La noche es oscura. ¿Quién puede vislumbrar el mañana? Sin embargo, les envió mis mejores deseos. Si vivimos, algún día volveremos a casa nuevamente, Sheng y yo.

Desde que mantenía correspondencia con ellos, esa carta era la que más se acercaba a una confesión de que Mayli y Sheng algún día se casarían. Y, mientras lo escribía, una honda ternura surgió del fondo de su corazón, afirmándose en el convencimiento de que no podía creer muerto a Sheng, mientras no viera con sus propios ojos su cuerpo sin vida. Después cerró las cartas. En una escribió la dirección de Jade y la otra la entregó a la birmana para que la diera a su marido, explicándole:

—Diga a su marido que debe buscar a un muchacho alto, de cara ceñuda, que está herido en un brazo. Cuando lo encuentre, le entregará inmediatamente esta carta.

La mujer, que estaba contentísima con su hijo, prometió a Mayli que cumpliría su encargo, agradecida por las atenciones que le habían dispensado. Y eso fue todo lo ocurrido la última noche, antes de emprender la nueva marcha.

... La carta que Mayli escribió a Jade fue llevada por un mensajero; luego, partió en avión; luego pasó a manos de otro mensajero hasta que, finalmente, después de haber atravesado el suelo enemigo y pasado de mano en mano por las de los guerrilleros de las colinas, fue a dar con el último mensajero, que, por los medios más difíciles y después de errar por muchos lugares, la hizo llegar a la aldea de Ling Tan y por último a casa de éste.

Desde la muerte del viejo hombre de letras, no quedaba en la aldea nadie que supiera leer, excepto en casa de Ling Tan, de modo que siempre que llegaba una carta la llevaban allí para que Jade la leyera. Gracias a sus conocimientos, Jade había adquirido fama de mujer inteligente y sensata, y las mujeres de los alrededores acudían a ella en demanda de consejo para solucionar sus cuitas. Unas le consultaban sobre el modo de criar a los niños. Otras le preguntaban lo que debían hacer para que sus gallinas pusieran huevos, o para hacer desaparecer un forúnculo o curar cualquier otro mal. Incluso pedían qué podía hacerse para curar el estrabismo de un niño y otras cosas semejantes, creyendo que Jade podía realmente ayudarles, leyéndoles los consejos e indicaciones de los libros. Más tarde, con el tiempo, su propia inteligencia le permitió estudiar y resolver infinidad de problemas que las mujeres le presentaban. Sus consejos casi siempre resultaban tan acertados que su popularidad fue en aumento, y Jade llegó a ser conocida en la aldea y sus alrededores como mujer a quien podía acudir en busca de buenos consejos. Incluso el cielo era clemente con ella, pues había hecho que Lao Er no mirara jamás a otra mujer. Su corazón sólo descansaba en ella y en sus dos hijos, que habían crecido en un ambiente de

tranquilidad y sosiego. Nunca estuvieron enfermos y cuando Jade dejó de amamantar a los mellizos, continuaron su desarrollo normal, sin adelgazar ni adquirir malos hábitos. La misma Ling Sao, en vista de la forma irreprochable como su nuera criaba a sus nietos, tuvo que abandonar sus continuas quejas. De modo casi imperceptible y cada vez en mayor grado, iba abandonando la dirección de la casa en manos de Jade, que, sin dar importancia a la cosa ni preocuparse, tomó sobre sí las responsabilidades del hogar de Ling Tan, con tanta delicadeza y suavidad que nadie sintió nunca el veneno de su lengua ni el peso de su mano. La misma mujer de Lao Ta, a pesar de ser la mayor, aceptaba la dirección de la más joven, y gracias a Jade, que se preocupaba para que hubiera paz en la casa, se habían acabado los rozamientos entre Ling Sao y la mujer de su primogénito. Jade siempre sabía apaciguar el ánimo de su suegra, que, a medida que envejecía se hacía más irritable, y asimismo sabía consolar a la mujer de Lao Ta, que lloraba con mucha frecuencia. Actuaba con tacto tan fino que nadie se sentía molestado, de modo que Lao Ta nunca dejó de sentirse el primogénito, y Ling Sao conservaba su puesto de honor entre las mujeres. En cuanto a Ling Tan, siempre que necesitaba algo, recurría a Jade y sólo quería ser atendido por ella, Y así seguía sosteniéndose la casa, a pesar de las circunstancias adversas de los tiempos que atravesaban. Ling Tan y Lao Er ideaban los medios más astutos para engañar a los japoneses con las cosechas, el número de aves de corral y peces con que contaban. Aparentemente carecían de todo, pero en secreto se alimentaban con abundancia. La cueva de la cocina les servía para guardar pescado salado, carne de ave previamente secada al sol, jamón y carne de cerdo salada, repollos, nabos y barricas llenas de arroz. Los niños crecían tan sanos y fuertes que Lao Er les enseñó a ocultarse en cuanto veían acercarse a algún japonés, temeroso de que su aspecto fuera considerado demasiado saludable para unos derrotados.

Durante esos años, sólo había habido una causa de aflicción en la casa: que la mujer de Lao Ta, en dos años, aún no hubiera conseguido tener un niño. Ella no podía dejar de reconocer que tenía diez años más que su marido. Era tanta su impaciencia, y tantos sus deseos, que dos o tres veces, creyendo haberlo conseguido, anunció demasiado anticipadamente la noticia a su marido, para luego tener que confesar que se había equivocado. A la tercera vez, Ling Sao se irritó mucho y le dijo:

—No vuelvas a decirme que llevas un niño, mientras tu vientre no esté tan abultado que yo misma pueda verlo con mis propios ojos.

Al oír estas palabras, la esposa de Lao Tan echóse a llorar y Ling Sao, al verlo, prosiguió ásperamente:

—Aun así, también podría ser que no hubiera nada, porque ha habido mujeres que estaban llenas de aire y engañaban a todos, y cuando daban a luz no echaban fuera más que una bolsa llena de aire.

Finalmente, cuando fue evidente que tendría un hijo, Ling Sao no quiso creerlo hasta el momento del parto. Pero, por desgracia, nació una niña, y tan pequeña y raquítica, que Ling Sao se sintió disgustada y decepcionada. Ese nacimiento fue de

nuevo motivo de preocupaciones en aquella casa. Jade, en secreto, se puso de parte de la recién nacida, y procuró en lo posible atenuar el disgusto que su Presencia producía a Ling Sao. Como ésta siempre había sido muy fuerte y sus hijos se habían criado bien robustos, ahora sentía vergüenza de que un descendiente suyo fuese tan raquítico y amarillo como esa pequeñita.

—¡Come! —le gritaba—. ¡Come!

Y si la niña se ponía a gritar, asustada por aquellos gritos, y no podía acabar la comida, Ling Sao todavía se enojaba más. Esta escena se repetía a diario y constituía un problema, de modo que Jade tomó a la criatura por su cuenta y la regalaba con platos que ella misma le preparaba y que sabía le apetecían. Tal vez a causa de que siempre le sonreía y nunca le gritaba que comiera, la niña comía algo de las buenas cosas que Jade le preparaba.

Entretanto, y bajo la calma aparente de su rostro y tras sus ojos amables y dulces, Jade meditaba para sí sus propios pensamientos, que no comunicaba a nadie, ni siquiera a Lao Er. Sus pensamientos siempre se referían a Mayli y a Lao San o Sheng, como sabía que ahora le llamaban. Desde el día —ahora muy lejano— que Lao Er le había dicho que no debía abandonar este hogar para dirigirse a tierras libres, Jade se había refugiado en sus pensamientos, que ocultaba a todos.

—Nuestro deber nos impone quedarnos aquí, con nuestro padre, y salvar nuestra tierra —le había dicho Lao Er—. Y aquí debemos aguardar hasta que llegue el día de la libertad.

Por eso Jade pensaba en Sheng y en Mayli, confiando siempre en que algún día, junto con muchos otros, libraría al pueblo de los odiados japoneses. Si aquéllos en que tanto confiaba no conseguían vencerlos, entonces debería admitir la seguridad de que sus hijos crecerían y vivirían como unos esclavos en su pueblo conquistado. Ella podía alimentarlos bien, a escondidas, y conseguir que se criaran sanos y fuertes, pero ¿para que servirían los hombres sanos y fuertes, si debían vivir bajo la esclavitud? Pensativa, a menudo levantaba sus ojos al cielo estrellado, en las noches en que estaba desvelada, y sus pensamientos la corroían. Otras veces se quedaba contemplando, en medio de sus quehaceres, los verdes campos soleados, sintiendo el corazón oprimido por el ansia de volver a ser libre. Entonces lloraba. Pero lloraba interiormente. Su llanto no podía asomar a sus ojos, porque no quería que nadie supiera sus preocupaciones. «Si no podemos ser libertados, más valdría que nuestros hijos murieran ahora, en su infancia», pensaba.

Y Mayli le había mandado su carta, diciendo que Sheng había ido a salvar a los blancos y que no había regresado nadie ni nadie sabía su paradero. Leyó detenidamente las palabras que Mayli había escrito: «Estamos en constante retirada», y releyó repetidamente: «Aquéllos a quienes venimos a libertar, nos han traicionado».

Afortunadamente, cuando Jade leyó esta carta estaba sola. El verano empezaba a ser muy caluroso y los miembros de la familia dormían la siesta. Ella no había querido acostarse porque los anhelos de libertad que roían su corazón y que la

obsesionaban la tenían insomne. Mientras los demás dormían, se había acostumbrado a quedarse sentada a la sombra de los bambúes del patio. Hoy, dejando de coser la suela de un zapato, leyó la carta que le había entregado un campesino que la había recibido de un mensajero secreto. Después de leerla, Jade, que nunca lloraba, dejó que sus lágrimas brotaran de sus ojos y se deslizaran suavemente por sus mejillas. Si aquéllos en quienes confiaba para conseguir la libertad habían sido derrotados y traicionados, ¿qué esperanza quedaba para sus hijos? Durante un rato estuvo pensando, con las mejillas todavía húmedas por las lágrimas, si debía leer la carta a sus familiares o no, pues sabía que si se la leía destruiría sus esperanzas. Jade creía que era más fácil ocultarla y guardarse las malas noticias para ella sola, que tener que oír las lamentaciones de la madre de su marido y soportar las maldiciones del padre. Pero, por otra parte, no se atrevía a callarles del todo las noticias referentes a su propio hijo. Por último, después de larga meditación, se levantó y encaminóse a su dormitorio, donde Lao Er dormía la siesta. Estaba tendido en la cama. Sólo llevaba un corto pantalón azul y el resto del cuerpo completamente desnudo. Jade se quedó mirándole, tristemente. Le amaba, y al mismo tiempo sufría por él. Se pasaba los días engañando al enemigo y corriendo el riesgo de ser descubierto. Desperdiciaba su vida. Pero; había dejado de hablarle sobre el particular desde el día en que ella, ante la angustia del constante peligro que él corría, le había gritado que no podía seguir soportando esa vida de constantes zozobras. Su marido le contestó:

—Hago lo que debo hacer, y me sería mucho más sencillo si tú no me hablaras del asunto.

Suspirando, pasó cariñosamente la mano por su hombro desnudo. Pero, aunque apenas lo rozó, Lao Er se despertó inmediatamente, en un gran sobresalto que demostraba el continuo temor en que vivía. Al ver a su mujer, avergonzándose de su espanto y, enjugándose el sudor del rostro, dijo:

—Soy un tonto.

Jade no contestó, pues sabía muy bien a qué se refería, y sólo dijo:

—He recibido una carta de Mayli, con malas noticias. Debes aconsejarme si es mejor ocultarlas o si debemos comunicarlas a la familia.

Jade leyó la carta a Lao Er, que escuchó ceñudo, maldiciendo en voz baja y golpeándose las rodillas, sentado al borde de la cama. Terminada la lectura, permaneció sentado un rato, meditando. Jade aguardó, sin interrumpirle. Por fin, Lao Er dijo:

—¿Qué sacaremos dándolo a conocer a los viejos? Saben que morirán antes de volver a ser libres, pero tienen la esperanza de que sus hijos disfrutarán nuevamente la libertad. Tú sabes la confianza que mi padre tiene en la promesa que hicieron los blancos. ¿Qué pensará, si sabe que nos han traicionado? ¿Crees que podrá vivir? Si lo comunicamos a nuestro hermano mayor, no sabrá ocultarlo a su mujer, y ella no puede ocultar nada a mi madre. No. No confiemos a nadie estas noticias. Al menos, hasta que sepamos con certeza si mi hermano está vivo o muerto.

—Me alegra que pienses así —contesto Jade—, porque eso es lo que yo quería hacer y no me atrevía sin antes consultarte.

Se levantó y, doblando cuidadosamente la carta, la ocultó en el fondo de un baúl donde guardaban la ropa de invierno. Cuando terminó miró a Lao Er y éste miró a su esposa. Ambos comprendieron sus pensamientos. Jade se acercó a su marido y permanecieron unos instantes con las manos juntas, mientras pensaban en sus hijos. Después de carraspear, Lao Er dijo:

—Debo volver al campo.

Jade enjugó las lágrimas y dijo a su vez:

—Ya es hora de que se levanten todos. Llamaré a tus padres.

Y, desde este día, estos dos seres llevaron interiormente, en secreto, su propia desesperación.

La birmana guardó la carta que le entregara Mayli para Sheng, en un bolsillo interior de su chaqueta, y allí permaneció olvidada durante seis días, después que regresó a su casa. De momento, las faenas de la casa hicieron que se olvidara del encargo, y luego el estado de su marido, que, si bien de buen principio se puso muy contento con su llegada, después se volvió sombrío a medida que iba contemplando a su hijo, porque le parecía ver algo en su carita que no hacía pensar en nada a la suya, a pesar del lunar que ostentaba detrás de la oreja. Se vio precisada a complacerlo y halagarlo, y, debido a esas preocupaciones, había olvidado por completo la carta. Una mañana, cuando se disponía a lavar la chaqueta, y al examinar los bolsillos antes de sumergirla en el agua, apareció la carta y se dijo que nada irreparable había ocurrido, pues, si bien la había olvidado, en cambio no la había perdido. Púsola en la chaqueta que llevaba y allí la tuvo dos días más, al cabo de los cuales acordóse nuevamente del encargo y la sacó del bolsillo para entregarla a su marido. Precisamente, éste había «ido aquella misma mañana, en una reunión de comerciantes chinos de la ciudad, que una división completa del ejército chino había sido aniquilada, excepto dos o tres individuos que habían podido salvarse y, después de regresar, vagaban extraviados buscando a sus compañeros, que se habían marchado hacía días. Cogió la carta y, cuando su esposa le hubo explicado que se trataba de un encargo de Mayli para un soldado joven y alto, le pegó en la cara por su olvido y se apresuró a volver con la carta a la reunión, donde todavía encontró algunos compañeros y les preguntó por los soldados chinos que habían regresado. Pero ¿qué podían saber, aquellos comerciantes, de los soldados?

—Vamos a visitar al americano —dijo finalmente uno de ellos—. Todavía está aquí.

Todos estuvieron de acuerdo en que era lo más acertado, y juntos se trasladaron al próximo campamento, preguntando por el americano, que les recibió muy amablemente.

—¿Podría usted indicarnos qué camino tomaron los soldados chinos que han regresado?

—Hacia el Noroeste —repuso el americano—. Es cuanto puedo decirles.

Pero esta indicación no era suficiente para lo que ellos necesitaban, y los comerciantes se inclinaron ceremoniosamente, retirándose. Después alquilaron unos pequeños asnos y, montándolos, siguieron el camino principal en dirección al Noroeste, recorriéndolo durante medio día. De paso preguntaban en las aldeas y exploraban los caminos próximos, hasta que, finalmente, divisaron a cuatro hombres y no a tres, que caminaban delante de ellos. Apresuraron la marcha y, al alcanzarlos, se encontraron con dos chinos, un inglés y un hindú, con las ropas andrajosas, sucios y agotados. Uno de los chinos era tan alto que el comerciante, sin vacilar, se metió la mano en el bolsillo y, sacando la carta, se la mostró preguntándole:

—¿Es usted el interesado?

Sheng miró el sobre y, viendo que en él estaba escrito su propio nombre, contestó:

—Sí, yo soy.

—Entonces he cumplido con mi deber —dijo el comerciante y, entregando algunas monedas a Sheng como presente y deseándole buena suerte, emprendió el camino de regreso con sus compañeros.

Sheng estaba más que asombrado mirando la carta; pero ¿quién podía comprender nada de las cosas extrañas que sucedían? Él no podía suponer que esa carta llegaba a sus manos gracias a que Mayli había atendido a una birmana que había dado un hijo a su marido chino, que hasta entonces no había tenido ningún hijo. Lo único que podía hacer —y es lo que hacía— era admirarse de que una carta de Mayli hubiese llegado a sus manos. Ahora daba gracias al cielo por saber lo bastante de letra para poder leer lo que ella había escrito.

Los caracteres eran grandes y claros, pues Mayli sabía que, para Sheng, leer no era tan fácil como respirar. Leyó la carta tres veces, sentado bajo un árbol. Sus compañeros se sentaron en unas raíces del mismo árbol que emergían sobre el suelo y esperaron. Un rato después, Sheng les dijo:

—Debemos retroceder para preguntar al americano hacia dónde se ha dirigido nuestro ejército.

Se levanto mientras hablaba y se guardó la carta en el bolsillo. Los demás se levantaron también, menos el inglés. Cuando Charlie le dijo que debían entrevistarse con el americano para saber dónde estaba el ejército chino, el inglés le miró consternado.

Yo no vuelvo —les dijo—. Ustedes vayan y pregunten lo que les parezca. Yo les esperaré sentado aquí.

Charlie se echó a reír y dijo a sus compañeros, en chino:

—Este hombre es un desertor y es muy lógico que no quiera encontrarse con un oficial blanco.

El inglés se quedó sentado en su sitio, y los demás se alejaron. Caminaron durante

medio día y cegaron al campamento. Allí encontraron algunas opas: chinos e hindúes, mezclados en apiñado conjunto, y cuántos soldados se habían podido salvar de las retiradas y de las enormes pérdidas sufridas. Encontraron al americano en mangas de camisa y sentado delante de su tienda. Estaba empapado en sudor, pues allí el calor no disminuía de intensidad.

Charlie avanzó y le preguntó si podía informarles del paradero del ejército chino. El americano estaba señalando con su lápiz puntos sobre el mapa, y, al ver a esos soldados, cuyos uniformes destrozados pertenecían a la división perdida, comenzó a echar pestes en su idioma, en una mezcla de asombro, estupefacción y cólera. Cuando se hubo repuesto de su sorpresa y deseando preguntarles lo que querían saber, les dijo sencillamente:

—¿De dónde vienen, muchachos?

Charlie le relató clara y brevemente cómo Sheng había salido con su tropa para salvar a los blancos y la forma cómo éstos cortaron el puente, impidiéndoles la retirada y luego cómo fueron todos exterminados salvo los pocos que lograron escapar. Pero no sabía cuántos habían podido salvar sus vidas. El americano escuchaba con manifiesta expresión de dureza en sus ojos azules y la cabeza erguida, pero; no pronunció una sola palabra. En vista de lo cual, Charlie, no teniendo nada más que añadir, le preguntó:

—¿Dónde está nuestro ejército?

—Hacia Lashio —contestó el americano en inglés—. He dicho a su general que lo que se propone es una insensatez. Pretende cubrir con sus hombres una línea demasiado extensa y en un frente de poca profundidad. Los japoneses le sorprenderán, no cabe duda. Pero no ha querido escucharme.

Charlie tradujo al chino las palabras del americano, para que Sheng tuviera conocimiento de ellas. El hindú miraba a unos y a otros sin comprender nada. Sheng comprendió en seguida el alcance de las manifestaciones del americano y, reconociendo su razón, dijo de mala gana a Charlie».

—Dile que temo que le asista la razón, y nosotros nos apresuraremos para ver si alcanzamos a nuestro general y procuraremos hacérselo comprender. Quizá todavía no sea demasiado tarde.

—Entiendo perfectamente lo que dice —le dijo el americano mirando a Sheng. Éste correspondió a su mirada fijando sus ojos negros y penetrantes en los del extranjero, estableciéndose así una súbita corriente de simpatía entre ambos.

—A usted recuerdo haber visto antes —añadió el americano.

—Sí, en otra ocasión —contestó Sheng.

—Usted es el guerrillero de Nanking —agregó en seguida el americano en su chino sencillo y tosco—. Ojalá hubiera sido usted el general, en lugar del otro. Tiene usted más sentido común.

Sheng no contestó. Por otra parte, no podía admitir que se dijera que un superior suyo era menos que él. Miró a Charlie y le dijo con toda naturalidad:

—¡Vámonos, en seguida!

Dio las gracias al americano por su información, que aceptó sin cumplidos, y se alejaron rápidamente.

Cuando llegaron al lugar de donde retrocedieron, encontraron al inglés echado debajo del mismo árbol y durmiendo: Le expusieron sus planes y quedó muy contrariado.

—Deberíamos continuar el viaje hacia la India —masculló dirigiéndose a Charlie—. Es nuestra única salvación.

—¡Hacia la India! —exclamó Charlie asombrado—. ¿Pero acaso ignora que entre la India y nosotros nos separa una distancia enorme y unas montañas todavía más enormes?

—Si yo pudiera llegar a la India, sé que todo quedaría arreglado perfectamente. Tengo conocidos allí —dijo el inglés.

Pero como estaban en país enemigo y sin ninguna protección, y como los birmanos disparaban contra un inglés dondequiera que lo hallasen, no tenía más remedio que continuar con ellos, porque tenía miedo de quedarse solo. De modo que continuaron juntos, siguiendo los senderos menos transitados y más apartados, evitando las aldeas y los Pueblos. Si veían que alguien se acercaba, se metían en los campos, ocultándose en los sembrados y, a falta de éstos, en los matorrales y malezas de la jungla que bordeaba el vericuetto. Después de varios días de avanzar en esa forma, por muchos detalles reconocieron que seguían a un ejército japonés. Era difícil precisar si era reducido o numeroso, pero no había duda de que los japoneses les llevaban la delantera. En consecuencia, Sheng dijo preocupado a Charlie:

—Si no conseguimos infiltrarnos entre ellos y llegar cuanto antes al lado de nuestro general, la batalla habrá concluido cuando nosotros lleguemos, y, si el americano tenía razón en lo que nos dijo, entonces será demasiado tarde.

CAPITULO XXI

El general había dispuesto sus unidades en la misma forma que planeó. Se había encerrado en un; mutismo absoluto día y noche y no podía olvidar la advertencia del americano. No obstante, no quería; reconocer su error. Había situado las tropas a lo largo del estrecho frente que él mismo estableció, y cuando por la noche se sentía atormentado por la inquietud, se infundía ánimos diciéndose a sí mismo; que el americano no tenía ningún derecho a aconsejarle, desde el momento que no había ganado ni una sola batalla. «Ese americano va siguiendo los pasos de los ingleses; ¿cómo podemos confiar en él?», pensaba amargamente. «Los blancos están; perfectamente unidos contra nosotros: han permitido que entrásemos en este país enemigo, pero no por eso nos han considerado sus iguales. Así, pues, que se unan entre ellos. Nosotros actuaremos por nuestra cuenta, ya que no somos tratados como aliados».

Día y noche estaba obsesionado por estos pensamientos y su cólera le hacía creer en una fuerza que no tenía, habiendo llegado a convencerse a sí mismo de que él, con sus hombres, podría resistir a todos los ataques de los japoneses, ya que por algo había luchado muchas veces contra ellos.

Ninguna de las mujeres sabía nada, excepto que debían cumplir con sus tareas diarias, que eran muchas. Las sandalias de los soldados estaban rotas; sus ropas, desgarradas. Algunos sufrían los efectos de las picaduras de escorpiones o arañas, que abundaban en gran número; otros padecían fuertes descomposiciones, debidas a las aguas encharcadas que bebían. Chung, que mientras asistía a los soldados se enteraba más fácilmente que las enfermeras de los rumores que corrían, estaba dominado por una creciente inquietud. Una tarde, Mayli remendaba su chaqueta, haciendo uso del bolso que le había regalado Liu Ma. El doctor se sentó a su lado, en el suelo, y le dijo en voz baja:

—En el supuesto de que seamos atacados y derrotados, ¿ha pensado en algún plan para salvar a las enfermeras y para salvarse usted misma?

Mayli se había formulado muchas veces esta pregunta, pues no ignoraba que las muchachas, en caso de un desastre, acudirían en seguida a ella, y respondió:

—Permaneceremos en contacto con el ejército mientras sea posible; pero, si no podemos, nos meteremos en la jungla y nos ocultaremos. No creo que podamos hacer otra cosa.

—Quiero hacerle un regalo —dijo Chung, y, sacándose una brújula del bolsillo, añadió—: Tome, así podrá dirigirse hacia el Oeste y alejarse del enemigo.

Mayli aceptó el obsequio y lo guardó en su bolsillo.

—Se lo agradezco mucho —dijo, y continuó cosiendo.

El doctor la miró pensativamente, comparando cuán distinta era esta mujer de

ahora, de aquella muchacha bonita, despreocupada y decidida que vio por primera vez. Había adelgazado y estaba curtida como una campesina. Su cabello negro, quemado y descolorido por el sol, presentaba una serie de manchas de un tono castaño claro. La cara y los brazos eran muy oscuros. Los labios, antes frescos y lozanos, habían adelgazado y estaban siempre resecos. Las cejas eran mucho más arqueadas y daban al rostro un aspecto pensativo. Tenía las manos ásperas y duras y las uñas estropeadas, debido a que realizaba las más duras faenas. Los tiempos que corrían no eran los más a propósito para coquetear ni para entretenerse prodigando insinuantes sonrisas. Realmente, muy contadas veces Mayli sonreía.

Como si sintiera el peso de aquella mirada, Mayli levantó los ojos. Se cruzaron ambas miradas y el doctor reconoció en la de la muchacha su característica rectitud y serenidad. Pero ninguno de los dos habló. ¿Para qué hablar? ¿Qué podía decirse de bueno sobre el día de hoy o los venideros?

Chung se levantó, inclinó levemente la cabeza y se alejó, sin suponer, seguramente, que nunca más volvería a ver a aquella muchacha a quien había enseñado a comportarse como un compañero y como un hombre.

... Al amanecer, amparados en la tranquila calma de los campos circundantes, los japoneses cayeron de improviso sobre los chinos. Los primeros soldados que se levantaron divisaron una nube en el horizonte, hacia el sur. Pero nadie hace caso de una nube. Muchas mañanas amanecía nublado hasta que el sol se levantaba, y, sin una nube era más amarilla que otra, a nadie sorprendía, pues en este país todo era extraño.

Pero esta nube era motivada por el polvo que levantaban los vehículos que conducían los japoneses protegidos por una escuadrilla de aviones que, en un abrir y cerrar de ojos, aparecieron en el cielo y se les echaron encima.

—¡Maldición! ¡Maldición! —gritaban los soldados chinos, corriendo de un lado para otro presa de pánico y desesperación.

El general, que no había dormido en toda la noche, salió apresuradamente de su tienda para imponerse de lo que sucedía. En el mismo momento, un aeroplano descendía vertiginosamente, casi en línea vertical, y disparó simultáneamente sus ametralladoras, alcanzando al general en el pecho. Cayó sin haber tenido tiempo de sentir el miedo, pues su muerte fue instantánea.

Unos pocos soldados le vieron caer, pero los japoneses se habían infiltrado por todas partes. Desde el cielo y por tierra arremetían contra todo y el fuego detenía y derribaba a quien pretendiera escapar. La lluvia se metralla era incesante y general y cada cual pensaba en sí mismo y en su propia salvación.

Chung dejó caer pesadamente sus brazos y quedó inmóvil.

—¡Estoy perdido! —murmuró débilmente, y miró hacia el cielo.

Los japoneses atacaban con ímpetu salvaje, rodeaban a los soldados y los aislaban en pequeños grupos que en seguida aniquilaban con la mayor facilidad. Toda la división desapareció en pocos momentos; desapareció totalmente, como si nunca hubiera existido. Lo que no fue alcanzado desde el aire fue destruido y aniquilado

furiosamente desde tierra. La batalla duró un espacio de tiempo tan corto que el sol apenas si se había elevado por encima de las nubes. Y los camiones y aeroplanos prosiguieron con furia arrolladora hacia el Norte, como un tifón compuesto de hombres y vehículos, que dejaba tras sí un horrible esparcimiento de cadáveres a lo largo del camino que bordeaba la selva. Unos cuantos lograron escaparse en la jungla, entre ellos Mayli, Pansiao, Siu-chen, An-lan y Wsieh-ying.

Mayli se quedó muy preocupada después de haberse alejado el doctor, y no pudo conciliar el sueño. «Si no temiera algo, no hubiera venido a verme», se decía. Y, cuanto más pensaba en el enemigo y en su manera de tratar a las mujeres, tanto más aumentaba su inquietud. Finalmente, alzóse de la cama y despertó a Pansiao y a las tres compañeras, diciéndoles:

—Estoy muy inquieta. Levántense y escúchenme.

Se quedó ante ellas vacilando, sosteniendo la luz que llevaba en la mano, y contemplando a las; demás muchachas, que dormían en una gran confusión, acusando manifiesto cansancio y evidente suciedad. Sintió una profunda piedad por todas ellas. «¿Las despierto o no?», se preguntaba. Miró hacia la oscuridad del cielo y luego, a la luz de su lámpara para, volvió a contemplarlas tendidas. Ni una sola se movió lo más mínimo. La noche era tan tranquila que Mayli lamentó haber cedido a sus temores y no creyó procedente despertar a ninguna otra. Volviéndose hacia las despiertas, les dijo que volvieran a dormir.

—No debí interrumpir vuestro sueño, aunque estuviera inquieta —les dijo—. Al fin y al cabo, no sé lo que ocurrirá.

Volvieron a acostarse, y Mayli, haciendo un esfuerzo para disimular el miedo, antes de dejarlas les recomendó.

—No obstante, en caso de que sucediera lo que temo, traten de alcanzar la selva en seguida. Corran directamente hacia el Oeste, intérense unas dos millas y busquen un buen sitio. Una vez situadas, aguardeñme.

Las enfermeras se sintieron dominadas por el terror y Pansiao empezó a llorar calladamente.

—¡Me das miedo, hermana mayor!

—No tienes por qué asustarte —contestó al momento Mayli—. Vuélvete a la cama y duerme —le ordenó, y se fue a su propio lecho.

Se culpaba interiormente, pues en el fondo, la inquietud y el insomnio de que era víctima, en gran parte se debía a la profunda preocupación que le ocasionaba la desaparición de Sheng. Si todavía vivía, ¿le volvería a ver? También podía haber sido hecho prisionero. Todo parecía sombrío, todo eral incertidumbre. No podía dormir, ni tenía apetito; la comida que se llevaba a la boca le sabía a tierra.

Se tendió en la cama y así permaneció inmóvil y desvelada, y así la encontraron los primeros y distantes rugidos de la aviación. Levantóse de un salto y miró ansiosamente al cielo. Vio aquella misma nube amarilla y se dio cuenta de que no era una nube corriente. Se puso a gritar despertando a las mujeres, y corrió hacia los

heridos y enfermos.

—¡Corran! ¡Corran! ¡Huyan los que puedan huir! ¡Los que no puedan levantarse que se pongan de cara al suelo!

Mientras daba estas instrucciones, los aeroplanos descendieron sobre el campamento. Mayli se arrojó al suelo, pero vio cómo Chung caía muerto.

¿Quién podría decir por qué algunos alcanzan la gracia de seguir viviendo y otros, en cambio, son recibidos por la muerte? Mayli yacía inmóvil, con la cara oculta entre los brazos y sin protección alguna entre ella y los enemigos. Sentía el intenso calor del fuego que le llegaba de todas partes y oía los distintos sonidos de las armas. Unos parecían rugidos, otros quejidos y otros una violenta vibración. Su cuerpo seguía indemne, pero no intentó siquiera levantar la cabeza, antes al contrario, permaneció tendida en una inmovilidad absoluta.

«Debo de estar muerta —pensaba—. La muerte debe de ser así. No volveré a levantarme jamás ni podré volver a pronunciar una sola palabra. Éstos son los últimos pensamientos que tengo».

Tenía la clara percepción del trabajo que hacía su cerebro, lleno de lucidez, y en forma que le precisaba los instantes de su muerte. «Un buen cerebro», se decía. «Ha sido un buen cerebro». Su cuerpo también palpitaba y vivía. Sentía los latidos de su corazón, notaba la flexibilidad de sus músculos y la dureza de sus huesos. Nunca se había sentido con tanta plenitud de vida como en este momento que esperaba una muerte inmediata que acabaría con ella para siempre. «Ahora quisiera haberme casado con Sheng», pensaba con ímpetu ardiente. «¡Si tan sólo hubiese dormido una vez con él...! ¡Qué pérdida irreparable, haber vivido todos esos meses tan desolada...!».

Tales eran sus pensamientos en aquellos momentos en que se creía próxima a morir. «¡Sheng! ¡Sheng!», repetía. «¡Mi cuerpo se muere sin haber vivido!». Y, mientras esperaba extinguirse, lo que más lamentaba era ese «no haber vivido».

Pero la muerte no llegó. Los japoneses prosiguieron su camino como una furia, y Mayli quedó tendida, viviente, en un campo sembrado de muertos. El estruendo se fue apaciguando y el roncar de los aviones se convirtió en un zumbido lejano que por último, se extinguió totalmente. La batalla había terminado. El sol, indiferente, seguía subiendo; en el espacio, como todos los días. Mayli, por fin, levantó la cabeza, para comprobar que a su alrededor no había nadie. Se levantó y quedóse parada sintiéndose como perdida y pequeña en medio de aquella desolación. Durante unos instantes se quedó contemplando aquellos cuerpos retorcidos, desgarrados, sangrantes, en horrible confusión. Allí estaban también sus compañeras, a las que la muerte sorprendió dormidas. «¡También debí despertarlas!», gritó. Luego se volvió inconscientemente, sintiéndose como enferma, y echó a correr, tropezando y sollozando, en dirección a la selva.

... A pesar de sus esfuerzos, Sheng y sus compañeros no consiguieron adelantarse a los japoneses, cuyos vehículos iban mucho más aprisa que los pies del hombre. Finalmente, cuando llegaron al lugar de la batalla, sólo encontraron un montón de cadáveres condenados a pudrirse bajo los rayos del sol y los súbitos chaparrones que caían cada dos horas sobre aquella tierra ardiente. A simple vista era lógico pensar que nadie había escapado de la muerte. Encontraron el cadáver del general. Estaba tendido ante su tienda, de bruces al suelo, tal como cayó. Los japoneses se habían quedado con las armas y su insignia. Sheng lo puso de espaldas al suelo y contempló su rostro. ¿Podría lamentarse sólo de esta muerte?

—¿Dónde están las mujeres? —murmuró entre dientes, dirigiéndose a Charlie—. Conocía a una.

—¿Sí? —preguntó Charlie—. Yo también.

Y se miraron, en medio de tantos muertos. Los japoneses habían seguido en dirección a Lashio, hacia el Norte, para cortar la Gran Ruta que comunicaba con China. Se habían salvado de ellos, pero ¿quién les libraría de su angustia?

Sheng sentía necesidad de pronunciar el nombre de Mayli, como si el eco de su nombre pudiera mitigar el temor que le dominaba, y dijo a Charlie:

—Me refiero a una muchacha alta, que se llamaba Wei Mayli.

—¡Aquélla! —exclamó Charlie, y por un instante pasó por la imaginación de Sheng, como un relámpago, el presentimiento maligno de que los dos amaban a la misma mujer. Pero Charlie continuó en seguida—: La que yo conozco es una chiquilla que siempre seguía a Mayli como si fuera un perrito.

—¡Es mi hermana! —gritó Sheng—. ¡Pansiao!

—¿Pansiao es tu hermana?

Y los dos muchachos, en medio de la desolación que les rodeaba, se estrecharon las manos efusivamente, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas. Hubieran querido seguir hablando, pero el inglés les interrumpió.

—¿Qué se proponen hacer, muchachos? Espero que ahora me darán la razón. Debíamos haber marchado hacia la India.

... ¿Podían hacer otra cosa, Sheng y sus compañeros, en estos momentos, que dirigirse a la selva, dónde cuando menos estarían lejos de la horrible visión que les rodeaba? Luego determinarían lo que debían hacer. Pero ni Sheng ni Charlie quisieron abandonar el lugar sin antes haberse cerciorado de que Mayli y Pansiao no estaban entre los muertos. Había muchos conocidos suyos, pero era imposible dar sepultura a tantos muertos. Colocaron algunos en mejor posición, para que, cuando menos, estuvieran tendidos decentemente, y taparon al general con un trozo de tela de la tienda, a fin de preservarlo de las moscas. Buscaron las mujeres y, no encontrándolas, se dirigieron hacia la selva, en busca de un poco de sombra, pues en aquella hora el calor era intenso y las moscas, cuyo número había aumentado de un

modo alarmante, les acosaban con insistencia. Fueron a por agua y comieron los pocos alimentos que llevaban en los bolsillos y que habían comprado con el dinero que el comerciante chino entregó a Sheng. La jungla era aquí muy espesa y resultaba difícil encontrar un sendero. El hindú les guiaba. Descubrió el único y casi imperceptible vericuetos y siguieron el mismo camino que había emprendido Mayli y sus compañeras unas cuatro o cinco horas antes.

Por este sendero, Mayli encontró a las cuatro muchachas. Corría inconscientemente hacia el interior de la jungla y tropezó con ellas, que estaban esperándola en silencio y aterrorizadas. Había empezado a llover y las gotas, al caer sobre las hojas producían un tamborileo que apagaba el ruido de los pasos, lo cual aumentaba su miedo, temerosas de que los enemigos aparecieran de improviso. Por eso no oyeron los pasos de Mayli y quedaron sorprendidas con su presencia. Las muchachas le cogieron las manos y la llevaron seguidamente al estrecho círculo que formaban, mientras las lágrimas se confundían con el agua de la lluvia que corría por sus mejillas. Mayli se echó hacia atrás el pelo mojado, mientras interiormente se preguntaba que haría de ahora en adelante. ¿Dónde irían en ese país enemigo, y cómo podrían cinco mujeres escapar de los japoneses y encontrar nuevamente a la supervivientes de los suyos? Las hojas de los árboles, empapadas de lluvia, eran de un verde intenso y los monos que colgaban de las ramas miraban asombrados hacia el suelo, separando las hojas como si fueran seres humanos. Mayli sentía escalofríos de horror al ver las caras de esos animales, pues sabía que el enemigo también se escondía entre los árboles y no sería nada de extraño que hubiera japoneses ocultos entre los monos. Hubo un momento en que todas llegaron a sentir la evidente presencia de los japoneses, y mutuamente iban contagiándose el pánico, hasta el punto de que, no pudiendo resistirlo más, se cogieron de las manos y echaron a correr hacia el camino. Mayli fue la primera en recuperar el aplomo y, deteniendo a las otras, les gritó:

—¡Detengámonos! ¡Detengámonos! ¿Estamos locas? ¿Dónde vamos?

Las muchachas se detuvieron y miraron a Mayli. Pansiao, cansada y miedosa, empezó a llorar. Ante aquellos rostros, Mayli comprendió que debía pensar por ellas y se esforzó en tranquilizarse a sí misma, diciéndose que debía decidir serenamente qué debían hacer. La lluvia había cesado y en el suelo y en las hojas mojadas brillaba una suave luz verde. Si se hubiesen encontrado en otras condiciones, habrían apreciado la belleza de aquel momento, pero para ellas aquella luz era solamente extraña y peligrosa, y los árboles, con sus hojas salpicadas de gotas brillantes, sólo eran consideradas como un refugio chorreante y poco acogedor. Estaban cansadas y tenían hambre y sed. La lluvia había convertido el suelo en un barrizal y no encontraban agua clara ni fuente alguna.

En ese momento oyeron el crujido de unas pisadas a través de la selva y el sonido de unas voces. Se arracimaron una junta a otra, encogiéndose y temerosas de que apareciera el enemigo: para ellas el peor peligro. Hasta ahora habían demostrado su

fortaleza y soportado las mismas fatigas y penurias que los hombres, compartiendo por un igual las alternativas de la lucha y realizando las mismas marchas. Pero ahora sólo se sentían mujeres. Al oír voces humanas se olvidaron de todo, para sólo recordar que eran mujeres y que podían ser víctimas de aquellos hombres. Formando un compacto grupo, permanecieron en silencio, con los ojos fijos en la dirección de donde venían las voces. El sendero estaba al lado de ellas y no había tiempo de retroceder más hacia el interior de la selva, aparte de que tampoco podían hacerlo por temor a ser oídas. Las voces eran más próximas y escucharon. Decían: Mayli oyó una voz quejumbrosa, que se lamentaba en inglés:

—Les digo, muchachos, que si seguimos caminando, mañana mis pies quedarán sin botas.

Mayli, con un gesto, indicó a las muchachas que guardaran silencio y, separándose de su lado, avanzó unos pasos. Apartó las ramas en que se ocultaban y vio a tres jóvenes blancos sentados al borde del sendero. Sus ropas estaban hechas un harapo y cada uno sostenía un rifle en la mano. Uno de los tres se había descalzado una bota y la contemplaba con melancolía. Mayli avanzó unos pasos sigilosamente. No sabía si hablarles en seguida o esperar. Estaban pálidos y parecían agotados por la fatiga. Eran muy jóvenes, poco menos que adolescentes, y sin duda andaban extraviados. Mayli decidió hablarles.

—Hello! —pronunció en voz no muy alta—. ¡Hello!

Se levantaron de un brinco, empuñando los rifles y buscando el sitio de donde había salido la voz.

—¡Oiga usted! —exclamó con voz grave el que se había quitado la bota—. ¿Es usted amigo o enemigo?

Mayli acabó de salir de la maleza que la ocultaba a medias y les dijo:

—Soy amiga, puesto que soy china.

CAPITULO XXII

Los tres ingleses se quedaron mirando a Mayli. Sus ojos claros revelaban abiertamente la duda. ¿Chinos? ¿Amigos o enemigos?

—No tengan miedo de mí —les dijo tranquilamente—. Aunque no soy inglesa, no soy más que una mujer.

—¿Está sola? —le preguntó el primero que habló.

Había bajado el fusil, pero lo sostenía con tal fuerza, que Mayli veía cómo los nudillos de sus manos delgadas y sucias se ponían blancas.

—No. Estoy con otras cuatro. Nos hemos escapado del campo de batalla.

—¿Qué batalla? —insistió el inglés.

—¿No han venido por el camino? —preguntó Mayli.

—Al contrario —dijo, negando con un gesto—. Hemos andado durante días por la selva, sin seguir camino alguno. Ignoramos dónde nos encontramos. Suponíamos que íbamos en dirección a la India. Pero usted ya conoce el país. No alcanzando ver la salida ni la puesta del sol, bajo esta verde penumbra sin fin, es muy fácil que nos hayamos equivocado.

Mayli sacó de su bolsillo la brújula que le entregara Chung y les indicó:

—Ustedes van en dirección a Sudeste.

—¡Bien, bien! —dijo el inglés en voz baja y tono sarcástico.

Dominados por el desaliento, los ingleses olvidaron su temor y bajaron las armas. Uno de ellos, un muchacho de corta estatura que sin duda en otro tiempo había sido gordo y macizo, pero que ahora estaba tan delgado que la piel parecía colgarle sobre los huesos, se quitó el casco contra el sol y restregóse la cabeza, que casi se había quedado calva a causa del calor y la suciedad. El tercero, que era el más joven, palideció intensamente bajo sus curtidas mejillas sin afeitar.

—¿Usted cree que durante este tiempo hemos caminado en dirección contraria, Hal? —preguntó el primero.

,—Así parece —contestó el interesado, abrochándose la desgarrada guerrera que llevaba abierta sobre el pecho desnudo.

En seguida preguntó a Mayli:

—¿Dónde están los japoneses? ¿Al sur de nosotros?

—Esta mañana han pasado en dirección nordeste. No sabría decirles a qué distancia pueden encontrarse.

—Si esta mañana han estado aquí, deberíamos alejarnos rápidamente. Pero ¿dónde ir? Durante días y días hemos estado huyendo de ellos. Cuando estábamos hacia aquel lado —dijo señalando al Norte—, iban tras de nosotros y creíamos que nos alejábamos de ellos.

—Debemos salir de la selva —dijo Mayli—. No veremos nada hasta que

hayamos salido de esta espesura. Llamaré a mis compañeras. —Y gritó—: ¡An-lan, Pansiao, Siu-chen, Hsieh-ying!

Al oír la voz de Mayli, las muchachas que estaban ocultas detrás de los matorrales, salieron tímidamente. Los soldados ingleses y las chinas se miraron detenidamente. Los hombres —según pareció a Mayli—, sin ninguna satisfacción. Sin duda; pensaban en el engorro que representaba ir acompañados de tantas mujeres.

—Nosotras avanzaremos con la misma rapidez que ustedes —se apresuró a decirles—. Estamos acostumbradas a marchar con el ejército.

—¡Pensar que hemos andado tanto para encontrar a cinco mujeres! —dijo el más bajo.

—¡Cállate, Rick! —replicó el primero.

Después de un largo y embarazoso silencio, se puso el fusil al hombro y dijo:

—¡En marcha! Creo que es lo más prudente.

Empezó a andar pesadamente en la misma dirección en que habían llegado. Sus compañeros le; siguieron y las mujeres se pusieron tras ellos en fila india. Esos dos tipos humanos, blancos y amarillos, caminaron horas y horas bajo la sofocante penumbra de la jungla. Unos recelaban de otros y ambos guardaban absoluto silencio. De cuando en cuando se producía un pequeño murmullo en uno u otro grupo, que siempre era motivado por un comentario sobre el otro.

Los ingleses daban una ojeada hacia atrás y comentaban en voz baja:

—La pequeña sólo parece tener diecisiete años —comentaba uno, y agregaba—: Nos podrían parecer bonitas, si no nos acordáramos de las chicas de nuestro país. Son demasiado amarillas y delgadas —decía el tercero—; además, sus ojos no me gustan. No obstante, no dejan de ser muchachas —argüía el primero—. Desde luego, supongo que lo son —contestaba el otro.

Las muchachas hablaban libremente, porque sabían que los ingleses no las comprendían.

—¿Todos los hombres de Ying son tan altos, delgados y huesudos como éstos? —preguntó Hsieh-ying a Mayli.

Ésta todavía podía sonreír, a pesar del cansancio que la dominaba.

—Los hombres de Ying engordan o adelgazan como cualquier otro hombre —le dijo de buen talante.

—A mí me asustan —añadió Pansiao lamentándose—. Sus ojos azules son crueles, y sus narices parecen rejas de arado. ¿Para qué necesitan esas narices? ¿Olfatean como los perros?

—Desde pequeños ya tienen esas narices —replicó Mayli.

—Parecen tomates —comentó Siu-chen—. ¿Por qué tienen la piel roja?

Y Mayli añadió:

—El sol, cuando los quema, los pone rojos en lugar de bronceados.

Y luego, como mujeres que eran, derivaban la charla hacia temas más íntimos.

—¿Esos hombres son como los demás? —preguntaba Hsieh-ying, que sentía un

ardoroso entusiasmo por el sexo masculino, entusiasmo que no podía ocultar, aunque por vergüenza lo disimulaba cuanto podía.

—Claro que sí —contestaba Mayli con la mayor naturalidad.

—Se me eriza el cabello de pensar en acostarme con esos tipos —dijo Hsieh-ying.

Mayli sonreía seriamente.

—Celebro oír los que dices —le contestó, y las demás se echaron a reír.

Sí, realmente, aún sentían ánimos de reír mirando a esos ingleses de piernas retorcidas, largos cuerpos, cuellos descarnados y de color purpúreo a consecuencia de las quemaduras del sol. Sí, aún podían reír, porque seguían siendo jóvenes a pesar de las privaciones sufridas en la guerra y de la situación en que ahora se hallaban.

—Lo que no puedo soportar es verlos tan velludos —dijo An-lan—. Siempre me ha desagradado profundamente todo lo cubierto con demasiado pelo: gatos, perros, monos. Estos ingleses también están completamente cubiertos de pelo. Miren sus barbas.

—Es que no han podido afeitarse durante este tiempo —añadió Mayli.

An-lan insistió.

—¿Todo el cuerpo se afeitan? Mire sus brazos y sus piernas. Tienen tanto pelo como en su barba. ¿No se ha fijado en sus pechos? Los tienen cubiertos de un vello tan espeso como el pecho de un perro. ¿Todo el cuerpo lo tienen así de peludo?

—Nunca he visto a un hombre de Ying completamente desnudo —replicó Mayli secamente—, ni tampoco a ningún otro, pero no creo que los blancos tengan pelo como los perros.

Hablando así se distraían durante muchas millas, pero la charla no podía continuar indefinidamente. Era preciso pensar en comer y en procurarse un refugio para la noche. Cuando la tarde estaba muy avanzada y a través del follaje de los árboles se adivinaban las luces del crepúsculo, Mayli llamó a los ingleses y les propuso:

—¿No sería mejor que todos juntos hablaran de lo que sería más conveniente para conseguir comida y algún refugio? Aún no hemos salido de la selva y es preciso comer y dormir de una u otra forma.

Los hombres se detuvieron y aguardaron a las muchachas. Se sentaron sobre unos troncos caídos, enjugándose los rostros sudorosos con las mangas, rotas de sus uniformes. Arrancaron anchas hojas de los árboles y las utilizaron como abanicos. Las moscas y toda clase de insectos del bosque revoloteaban sin cesar alrededor de sus cabezas, obligándoles a agitar continuamente las hojas a fin de ahuyentarlos. El inglés más bajo se levantó, de pronto, dando un brinco.

—¡Dios mío! ¡Es insoportable! —gritó, rascándose las piernas desnudas.

Entre el vello rojizo de sus extremidades había gran cantidad de insectos. Hsieh-ying, que lo estaba mirando con los ojos muy abiertos, cogió la hoja de que el inglés se había servido para abanicarse y, acercándose al soldado, le indicó que con aquellos

pedazos se frotara las piernas. El interesado lo hizo así y los insectos, ante el olor penetrante del jugo de la hoja, abandonaron seguidamente la presa, dejando en paz al muchacho.

—Es usted muy buena —dijo a Hsieh-ying.

Mayli se lo tradujo y ella se rió, tapándose la boca con las manos. Pero el jugo era tan irritante que, apenas el inglés acabó de hablar, sintió un terrible escozor en las piernas y empezó a rascarse: ¡Maldita sea! ¡Esa hoja es venenosa!

Todos examinaron sus piernas. Hsieh-ying dejó de reír. En vista de lo ocurrido y el gran número de insectos, decidieron marcharse de allí y, poniéndose en pie, prosiguieron el camino. Mayli y el más alto de los ingleses caminaban uno al lado del otro, a fin de seguir hablando, pues ambos eran los responsables de su grupo respectivo.

Los demás les seguían a corta distancia y agrupados. Al inglés, cuanto más miraba a Mayli, más le gustaba.

—Ha sido una suerte habernos encontrado con alguien que conoce el inglés. Quizás podamos ayudarnos mutuamente.

—No resulta nada fácil para unas mujeres andar solas por un país inhospitalario —contestó Mayli.

—¿Qué le parece, si trazáramos una especie de plan?

—Precisamente pensaba en lo que podríamos hacer —dijo Mayli—. Si pudiéramos encontrar el camino, quizá lo mejor sería dirigirnos a la India. Sé que no hay ningún camino importante en dirección a China. En cambio, he oído hablar de una carretera que llega hasta la India.

—Está equivocada —dijo bruscamente el inglés, apretando los labios—. Esa carretera no existe.

—¡Cómo! ¿No existe una carretera que va a la India?

—Esto es lo que hace tan difícil la retirada —dijo el inglés lentamente, moviendo negativamente la cabeza—. Los caminos son estrechos y están en pésimo estado. Todo son vueltas y recodos y suelen estar atestados de gente de los pueblos. No hay ni uno solo que conduzca directamente a la India.

Mayli quedó asombrada y durante unos momentos no supo qué contestar. ¡Había oído hablar tanto de la ruta de la India! ¡El fabuloso camino de cien pies de ancho, duro como una piedra y a propósito para el paso de los grandes ejércitos...!

—¡Qué increíble locura la de sus generales! —exclamó unos instantes después—. ¡Acudir con elementos tan escasos para triunfar, sabiendo que no hay caminos para la retirada!

—Lo que usted dice, me lo he repetido muchas veces. Y lo he dicho a quien debía, hasta cansarme. ¡Pero las cosas son así! Dunkerke fue una aventura fácil, al lado de eso. Yo estuve allí. El problema consistía en cruzar unas cuantas millas de mar y toda Inglaterra se levantó para ayudarnos. Además sabíamos que nuestro país estaba a un paso. ¿Usted comprende? En cambio, aquí estamos rodeados por

centenares de millas de esta horrible selva y estamos alejados de Inglaterra por millares de millas... Hasta la India... Calló bruscamente y Mayli vio que se esforzaba para retener las lágrimas. La muchacha pensaba «Entonces, ¿por qué estamos aquí?». Y él, como si lo hubiese adivinado, gritó:

—¿Por qué estamos luchando en este maldito país? Ésta es la pregunta que nos hacemos a cada momento. Si ganamos la guerra, recuperaremos este país y todo lo demás. Si la perdemos, no es fácil que lo volvamos a poseer. Este país no es a propósito para la lucha. Aquí podemos enterrar miles y miles de hombres y no ganar nada. Esto no es un campo de batalla para los blancos.

Mayli no contestó; limitóse a mirar a su alrededor. Realmente, una selva como aquélla no era lugar apropiado para una batalla. Las ramas de los árboles se agitaban sobre sus cabezas, junto con las plantas trepadoras que crecían exuberantes y se agarraban colgando de las mismas. A su alrededor, la maleza se extendía en formidables matorrales. La hierba era muy alta, sobrepasando la altura de un hombre dondequiera que entre los árboles quedara un claro que dejaba paso a los rayos del sol. La hierba siempre estaba humedecida por la lluvia y sus hojas eran grandes y anchas como platos. Se detuvo junto a una de esas hojas enormes, que todavía contenía agua de la última lluvia, como si fuese un recipiente, y, arrodillándose, bebió de ella. Desde que andaban había llovido tres veces, y en esa forma habían bebido repetidamente durante el camino. No, realmente, el país no podía convertirse en un campo de batalla. Pero ¡cuántos habían sucumbido sobre su suelo! Pensó en el general, y en Chung, y en todos los que habían dejado esa mañana muertos en el camino. Pero no podía reprocharlo a este hombre consumido y agotado que caminaba a su lado. No podía culparle, como tampoco podía culparse a sí misma. Él también había sido enviado allí, y allí estaba.

Reanudaron la marcha y caminaron durante un buen rato. Más tarde, ella le preguntó amablemente:

—¿Caminaremos toda la noche o descansaremos?

—Seguiremos andando mientras nuestras piernas lo resistan.

Y ya no volvieron a hablar más que lo estrictamente necesario. Finalmente, cuando la oscuridad se hizo absoluta, se detuvieron.

—Descansaremos aquí mismo —dijo el inglés—. Apisonaremos la hierba y acamparemos. Nosotros tres velaremos, mientras ustedes duermen. Alguien tiene que vigilar, para que no se acerquen más serpientes o alguna fiera.

—Podemos vigilar todos excepto Pansiao, estableciendo unos turnos —dijo Mayli—. Pansiao es demasiado joven y necesita dormir.

—¡Déjese de tonterías! Todas ustedes deben dormir.

—Estamos acostumbradas a desempeñar los mismos trabajos que los hombres —replicó Mayli.

Así transcurrió la primera noche en la selva. A ratos durmiendo y a ratos velando, y al amanecer prosiguieron nuevamente el camino.

¿Qué podría contarse de un viaje así? El cansancio embotaba sus cerebros y hacía insensibles sus miembros. Una profunda fatiga hacía casi imposibles sus movimientos y caminaban como bajo el peso de un sopor. Si las sanguijuelas se adherían a sus tobillos, no lo notaban. Era preciso que un compañero las viera. En consecuencia, se observaban mutuamente y se las arrancaban unos a otros. La sangre brotaba en seguida de las heridas que dejaban, con el consiguiente peligro que representaba una pérdida excesiva. Así, pues, se prestaban una constante y mutua atención. El tiempo fue inclemente. Durante el día sólo llovió una vez, y la sed les abrasaba. No sentían hambre, a pesar de que estaban próximos a desvanecerse. Su cansancio era tan intenso y tan aguda su postración, que no pensaban en comer. Apenas si se hablaron en todo el día, excepto para decirse lo indispensable, pues el hablar también exigía un esfuerzo. El inglés se orientaba gracias a la brújula de Mayli y avanzaba resueltamente hacia el Oeste. La incógnita era saber si la selva se extendía de Norte a Sur o de Este a Oeste. No podían hacer otra cosa que continuar avanzando, bajo la única esperanza de que forzosamente llegarían a un punto o a otro. Este mismo día, al atardecer, llegaron a la orilla de un río cenagoso, cuyas márgenes estaban unidas por un puente de bambú. El encuentro les alegró, porque denotaba la proximidad de seres humanos. Pero no ignoraban que podía tratarse de enemigos. Cruzaron el puente con la máxima cautela. En la orilla opuesta encontraron un sendero que penetraba por una extensión de selva, al parecer de una vegetación menos exuberante. Lo siguieron hasta dar con una aldea, situada junto al río. La jungla había sido talada, dejando lugar a los sembrados de arroz, que ahora se veían en parte verdes y en parte amarillos, según que las espigas fueran nuevas o maduras. El país era tan cálido y húmedo durante todo el año, que podía sembrarse en un campo mientras se cosechaba en otro. No existía diferencia entre las estaciones. Antes de entrar en la aldea, se detuvieron para acordar lo que procedía hacer.

—Los hombres deberíamos acercarnos en plan de exploración —dijo el inglés:

Mayli se opuso, diciendo:

—Ustedes corren peligro de ser capturados o muertos. Y, entonces, ¿qué sería de nosotras?

Finalmente convinieron que ella y el inglés se adelantarían, mientras los demás esperarían ocultos. Si regresaban, sería buena señal y, en caso contrario, los restantes deberían seguir la ruta como mejor pudieran. Pansiao, no obstante, se negó a quedarse, y Mayli decidió llevarla consigo.

—¿Es su hermana? —preguntó el inglés a Mayli, viendo que la chica se había cogido de su mano.

Mayli iba a contestar negativamente, pero pensó en Sheng, a quien recordaba, y contestó:

—Sí. Es mi hermana.

La aldea estaba compuesta por unas seis familias. Hasta ahora habían vivido en una tranquilidad absoluta, sin saber nada de la guerra, excepto algunos rumores que

les habían llegado de que al otro lado de la selva se habían producido algunas luchas. Allí nadie sabía leer ni escribir, ni llegaba ninguna noticia del exterior. Tampoco las relativas a la guerra. Y, como nadie les había informado, no sabían que existía una clase de hombres a quienes debían odiar y otra a quienes debían amar. La aldea estaba tan apartada del mundo, que sus habitantes nunca salían de ella ni nadie acudía allí desde otros puntos, porque ¿qué atracción podía ejercer una aldea cuyos habitantes solo trabajaban para procurarse los propios alimentos y donde no había nada para comprar o vender?

Cuando entraron en la aldea, con paso firme y decidido, era tarde avanzada. Los hombres y las mujeres estaban en los campos. Sólo se habían quedado las viejas con los niños, los cuales, al ver a unos extraños, empezaron a gritar llamando a los demás, que acudieron corriendo desde los campos. De momento se quedaron mirándolos, hablando entre ellos, sin que ninguno de los tres comprendiera lo que decían. Aparentemente, eran muy amables, alegres como niños y de buen aspecto, si se prescinde de algunas picaduras de insectos, infectadas, y alguna que otra dolencia en las piernas ocasionada por la continuada permanencia en los fangosos campos de arroz. Mayli, cuanto más los miraba, más aliviada se sentía.

—Creo que son unos simples y pacíficos campesinos —dijo al inglés. Y, sonriendo amablemente, señaló su boca abierta, indicando que tenía hambre.

Al momento se produjo un bullicioso parloteo entre las mujeres. Unas cuantas treparon por las escaleras de sus casitas —levantadas sobre altas estacas, por sobre la orilla del río— y poco después volvieron con arroz frito y pescado, puesto sobre unas grandes hojas, que ofrecieron a los tres visitantes, los cuales, ante la comida, sintieron tan agudamente el aguijón del hambre, que la devoraron en un instante. Ante apetito tan voraz, los campesinos rieron a mandíbula abierta.

—Podemos estar tranquilos —dijo Mayli.

—Así parece —contestó el inglés.

Mayli señaló con el índice el otro lado del río luego mostró cinco dedos, indicando que en esta dirección todavía quedaban cinco personas. Acompañados de los aldeanos, fueron a buscar a sus compañeros. Cuando los vieron, se produjo un gran jolgorio entre los naturales. Se pusieron al lado de los fugitivos y les condujeron a la aldea, mientras charlaban y reían entre sí, a la vez que examinaban con gran curiosidad las armas que llevaban los ingleses. Era notorio que las desconocían. Las mujeres acudieron con más comida y todos se hartaron y bebieron agua fresca, que para ellos resultaba deliciosa. Al poco rato, el grupo ofrecía la mayor camaradería. Los niños se les acercaban para verlos de cerca, las mujeres reían y charlaban en su propia lengua sobre los diversos detalles, y los hombres, intrigados, tocaban las armas una y otra vez. Era tan evidente que nunca habían visto un fusil, que el inglés de baja estatura, proponiéndose divertirles, se echó el rifle al hombro y disparó contra un pájaro posado en la rama de un árbol, que cayó muerto en el acto. Los aldeanos se precipitaron gritando y lamentándose hacia el pájaro caído y retrocedieron

sobrecogidos de un súbito terror.

¡Oh! —exclamó Mayli—. ¿Por qué tenía que demostrarles lo que puede hacerse con esas armas?

—Ha sido una broma —farfulló el inglés—. Pensé que les divertiría.

¡No todos tienen tanta prisa en matar como ustedes! —le echó en cara Mayli con mordacidad. Y, dirigiéndose al inglés más alto, le ordenó—: ¡Rápido! ¡Simule un gran enojo! ¡Demuéstreles que le castiga!

—¡Toma! ¡Encaja éste! —gritó, dando un bofetón a su compañero, y a continuación, bajando la voz y el tono, añadió—: No digas palabra. Disimula. Ha sido necesario; la muchacha tiene razón.

Y continuó gritando duramente, como si le riñera de verdad; a continuación le arrebató el fusil, en un impulso súbito, lo ofreció al más anciano de la aldea, que no quiso tomarlo y retrocedió unos pasos junto con sus compañeros, como alejándose de una cosa tan fatídica. Entonces el inglés arrimó los tres rifles contra un árbol. Los aldeanos, al ver esta demostración, empezaron a hablar animadamente entre sí, pero ninguno se acercó al árbol. Finalmente se tranquilizaron y los visitantes pudieron considerarse fuera de peligro.

Llegó la noche y volvieron a darles comida. En el centro de la aldea encendieron un gran fuego para alejar a los mosquitos. Los hombres sacaron esteras y se acostaron cerca de la lumbre; en canino, las mujeres durmieron en sus casas. Nadie invitó a las chinas a entrar en una casa; así, pues, ellas, lo mismo que los ingleses, durmieron en el suelo, cerca de la hoguera y del lado de donde soplaba el viento, habiendo improvisado previamente unos lechos con ramas arrancadas de los árboles. Durmieron tan bien como si se hubieran echado en mullidas camas: habían comido mucho y el humo les preservaba de los mosquitos.

... Estuvieron tres días en esa aldea, durante los cuales descansaron y lavaron sus ropas y sus cuerpos. Todos se esforzaron en prestar los máximos servicios posibles a los aldeanos. Mayli aprovechó sus conocimientos para curar algunas infecciones que sufrían, lo cual les hizo sentirse muy reconocidos. Como no disponía de medicamentos, hizo hervir agua y con ella lavó las heridas, a las que después aplicó, en sustitución del alcohol, una especie de vino que hacían con arroz cocido fermentado y dejado en maceración. Por medio de gestos les indicó que debían seguir lavando las heridas con agua hervida, luego con vino y después dejarlas expuestas al sol para que se curaran más pronto. Los aldeanos la comprendieron perfectamente y ejecutaron sus indicaciones tal cual les indicó. Mayli pudo ver, en el transcurso de estos tres días, que las heridas habían mejorado de modo evidente. Las madres le llevaban a sus niños enfermos y también fue a verla un anciano que, señalando su pecho, tosió produciendo un sonido sordo, para indicarle la naturaleza de su mal. Pero Mayli no lo pudo curar.

Ya deseaba abandonar la aldea antes de transcurrir esos tres días, pues dos de los blancos no podían dejar de conducirse como si fueran los amos de la aldea y uno de ellos incluso empezaba a perseguir a una bonita muchacha. Temiendo las consecuencias, Mayli se dirigió al más alto de los ingleses y le previno:

—Debe decir a su compañero que se aparte de esa chica. Esta gente no consentirá que se le acerque.

—Se lo diré —contestó el inglés.

Pero ¿de qué servían tales promesas si esos blancos, aun sin proponérselo, continuamente hacían cosas que disgustaban a los pacíficos aldeanos? Y es que, en realidad, no podían suponer que esos hombres, pequeños y bronceados, fuesen en un todo tan humanos como ellos. Y los birmanos pronto se dieron cuenta de este particular y se volvieron duros y taciturnos. En la mañana del tercer día, Mayli se acercó al inglés alto y le dijo:

—Es indispensable que nos vayamos, antes de que se produzcan incidentes serios entre ellos y nosotros.

—Esa gente tiene el genio muy vivo —contesto él—. Supongo que será debido a que condimentan con exceso sus comidas. Abusan de los condimentos.

El comentario acabó con la paciencia de Mayli, que contestó irritada:

¡Ustedes tratan a esos aldeanos como sirvientes! ¡Y olvidan que sólo somos sus huéspedes!

—Al fin y al cabo, Birmania nos pertenece, como usted sabe —contestó fríamente.

Mayli se echó a reír de buena gana.

—¿Les pertenece? ¿Todavía no se han dado cuenta de que están derrotados? —exclamó. Y en el mismo momento recordó las palabras de Sheng contra los blancos, diciéndose que se sentía completamente de acuerdo con él. Después continuó con violencia—: ¿Es posible que todavía no comprendan, ni aún ahora, que nuestras vidas dependen de estas gentes? ¿No habrá nada que alguna vez les sirva de lección? ¿O es que ustedes, los ingleses, solo despiertan cuando están muertos?

Mayli se quedó mirando el rostro joven y serio, rostro que todavía parecía más joven después de haberse afeitado con una navaja que le prestó un birmano, pero sólo vio reflejarse en él una obstinada y irreductible sorpresa. Para el inglés, sus palabras carecían de significado y no comprendía el motivo de que ella se enojara y le hablara con desdén e ironía. Las palabras penetraban en sus oídos, pero eran rechazadas por sus paredes interiores y salían nuevamente sin haberse introducido en su cerebro ni dejar huella de su paso.

—¡Vámonos! —acabó ordenando Mayli—. Debemos ponernos en camino cuanto antes. No hay más remedio.

Por su parte, tampoco quería quedarse en la aldea con las muchachas. Nadie sabía lo que podía ocurrirles quedándose allí. No, era mejor marchar. Después de todo, los blancos eran sus aliados y no podían contar con ningún otro. En consecuencia, se

presentó ante el anciano que, según creía, era el jefe de la aldea, y por medio de signos le indicó si quería mostrarles el camino por donde debían marcharse. El anciano indicó, también por gestos, que había comprendido y que uno de ellos les acompañaría a través de la selva hasta dejarles en el camino.

Abandonaron, pues, la aldea donde habían sido tratados con tanta cordialidad y continuaron su camino, aunque nadie podía saber cuál era ese camino.

... Sheng y sus compañeros también estuvieron caminando durante todo este tiempo. La marcha se había hecho más difícil a causa de un circunstancial especial. El hindú empezaba a demostrar una manifiesta y creciente aversión contra el inglés, y Sheng, al notarlo, advirtió a Charlie:

—Este hombre hará una trastada al blanco, si lo dejamos en sus manos. ¿No te has fijado que, siempre lleva la mano al pecho, dónde guarda el cuchillo?

El cuchillo del hindú tenía cuatro pulgadas de largo, y sus bordes eran muy afilados.

—Por la forma como mira al inglés, comprendo que le odia —contestó Charlie—. Es lástima que no sepamos hablar en su idioma para preguntarle qué tiene en contra de ese hombre.

—Debemos vigilarle de día y de noche —añadió Sheng—. Desde luego no lo haremos por amor pero debemos hacerlo por justicia.

Así, a todas las preocupaciones y dificultades vino a añadirse esa otra, que se hacía más difícil porque el inglés, que estaba completamente ajeno a la aversión del hindú, empezaba a tratarle como a un criado. El hindú siempre acataba sus indicaciones, pero sus ojos brillaban de odio.

Siguieron avanzando de firme hacia el Norte, pero resultó que de este lado la selva terminaba mucho más pronto que por el Oeste, detalle que ignoraban. Al encontrarse de súbito ante un camino despejado y ancho que llevaba hacia el Oeste, se pararon y deliberaron si les sería más conveniente seguir hacia Levante o hacia Poniente. Sheng hubiera preferido seguir hacia el Este, pero la primera aldea que se encontraba en esa dirección estaba ocupada por los japoneses y, afortunadamente, lo descubrieron a tiempo, gracias a Charlie, que se había adelantado algo y encontró un grupo de japoneses que tomaban te en una posada. Se apartó, sin que le vieran, y se volvió por donde había venido, hasta juntarse con sus compañeros, emprendiendo todos juntos el camino en sentido opuesto. No lo sabían, pero este camino era el mismo que los aldeanos habían indicado a Mayli y a sus camaradas. Ahora unos y otros seguían la misma ruta, pero como el grupo de Sheng caminaba mucho más aprisa que el de Mayli, la distancia que les separaba cada día se acortaba.

Finalmente, una mañana, a eso del mediodía, se produjo el encuentro en un pueblo pequeño y en las siguientes circunstancias: Mayli, sus compañeras y los ingleses habían llegado a compenetrarse hasta cierto punto y estaban en buena

camaradería, porque se conocían las mutuas faltas y las soportaban. Mayli era la que mejor comprendía a los ingleses, y a través de esta comprensión le parecía vislumbrar íntegramente la causa por la cual se había perdido la batalla de Birmania, y comprendiendo el motivo no podía despreciárseles en absoluto. Había llegado a esta conclusión después de observarlos mucho y escucharlos atentamente. Así, pudo comprobar que nunca concedían a un asunto o a un lugar la debida importancia, ni se esforzaban en establecer una comprensión, sino que seguían siempre empeñados en ser lo que eran de nacimiento: ingleses, hombres de Inglaterra. Eran íntegros. Reconocía que nunca habría supuesto que existieran hombres que se comportaran con las mujeres en una forma tan correcta como éstos lo hacían con ellas. Y eso a pesar de la prolongada continencia a que habían estado sometidos, que en otros casos, y de no haber, se tratado de hombres como ellos, hubiese sido motivo más que suficiente para dejar de lado todo escrúpulo. El inglés más bajo era evidente que, en cuanto veía una mujer, no podía dejar de seguirla con los ojos, pero debía reconocer también que se contentaba satisfaciendo sus vehementes deseos solamente con la mirada. El más alto, que era el más discreto y sensato, tenía unas maneras que a Mayli le resultaban muy agradables. Era bastante culto y había estudiado en los mejores colegios. Cuando le preguntó cuáles, él contestó: Oxford. Y en el mismo sitio habían estudiado antes su padre y su abuelo. Ese hombre poseía tanta finura y delicadez; y resultaba tan pesado discutir o argumentar con él a causa de su enorme obstinación y ofuscamiento, que llegaba a una verdadera ceguera; muchas veces, pensando en él, Mayli se lamentaba suspirando:

«Si ustedes fuesen unos malvados, los que viven bajo su yugo se encontrarían mucho mejor». Pero no eran malvados; al contrario. Por cada uno que resultaba cruel o perverso, había centenares que solo eran ciegos. Y, de ambas cosas, la segunda era la que resultaba más difícil de admitir y tolerar.

Mientras avanzaban juntos, Mayli iba ahondando en el espíritu de ese hombre, a base de hábiles preguntas:

En una ocasión oyó que decía:

—Nosotros tenemos una gran responsabilidad respecto a este país. —Y al pronunciar la palabra responsabilidad, irguió la cabeza y contempló la verde frondosidad de Birmania, a través de la cual corría el camino como una espada de plata.

—¿Por qué sienten ustedes esta responsabilidad? —le preguntó Mayli.

—Porque forma parte de nuestro Imperio —respondióle gravemente.

—Pero ¿para qué el Imperio? —insistió ella—. ¿Por qué no dejar que esa gente gobierne su propio país y sea dueña de sí misma?

—No es posible quitarse sencillamente de encima las responsabilidades —contestó con solemnidad—. Es preciso cumplir con los deberes que imponen.

Mayli apreció, en la mirada de honda preocupación que le dirigió, que realmente sentía lo que había dicho y que se sentía copartícipe del peso del deber confiado a él y

a su pueblo.

—Si usted y todos los de su pueblo fuesen menos buenos —concluyo finalmente Mayli—, el mundo sería mucho mejor para todos nosotros.

El inglés se quedo mirándola titubeando, como siempre ocurría cuando le abrumaba con sus razones demasiado sutiles.

—¿Qué... qué quiere decir?

—Nosotros podríamos ser libres si ustedes no creyeran que tienen el deber de salvamos —le contesto con una expresión triste y al mismo tiempo risueña en los ojos—. El deber hace que ustedes se mantengan como amos y a nosotros nos conviertan en esclavos. No podemos librarnos de su benevolencia y protección, pero cualquier día desafiaremos a su Dios y entonces seremos libres.

—Cualquiera diría que ha perdido usted la razón —exclamó asombrado—. ¿Sabe usted lo que dice?

—No del todo, pues no habla mi cerebro, sino mi corazón. Le aseguro que usted me pesa aquí —dijo señalando el corazón—. Sí, incluso en estos mismos momentos, hablando con usted, siento como si llevara una carga encima.

—Es lamentable que tenga esa impresión —dijo lentamente—, porque en realidad usted me gusta mucho.

—Lo cual me sorprende, sin duda, pues nunca hubiera supuesto que podía gustarle una china.

El inglés se ruborizó intensamente y protesto:

—No quería decir eso. Lo que ocurre es que uno no suponía que una china fuera...

—Totalmente humana —completó Mayli.

Mientras iban hablando se habían acercado a una ciudad bastante grande, y, enfrascados en la conversación entraron en la misma sin fijarse en sus habitantes. Un sacerdote de túnica amarilla les vio y corrió a prevenir a sus compañeros de la llegada de unos ingleses y sus esposas chinas. Las suposiciones maliciosas brotaron de sus labios y sus palabras se propagaron por la ciudad como las llamas sobre la hierba seca. En pocos momentos tuvieron la ciudad en contra suya, mientras ellos, ignorando la situación que se habían creado, se sentaban tranquilamente para comer en una mesa situada en un lugar a propósito junto al camino. Se sentaron en unos bancos de madera; comieron arroz y verduras guisadas y bebieron té. Una lona les protegía con su sombra del ardiente sol. Les rodeaba una absoluta tranquilidad, que fue alterada súbitamente por unos rostros hostiles y ceñudos que se congregaron a su alrededor.

—¿Qué demonios sucede? —murmuró el inglés.

Se levantó precipitadamente y empuñó el fusil. Sus dos compañeros le imitaron. Pero Mayli le sujetó el brazo.

—¡Dichosas armas! —murmuró—. ¡Ustedes siempre tienen las armas a punto de solucionar cualquier dificultad! ¡Esperemos y veremos que sucede! ¡No sean

insensatos!

Su mirada recorrió los rostros de la multitud, ansiosa de encontrar el de algún chino, pues era corriente que en las grandes ciudades hubiera comerciantes chinos. Pero no vio ninguno. Su corazón latía acelerado mientras pensaba en una solución. De pronto, sonriendo, ordenó al inglés que bajara el arma, y lo hizo en forma de que los congregados vieran su cara sonriente.

—Baje su rifle y diga a sus compañeros que hagan lo mismo. Vuelvan a sentarse y continúen comiendo —dijo en voz baja, consiguiendo que los ingleses la obedecieran, aunque de mala gana. A continuación extendió las manos hacia los reunidos, para mostrarles que estaban vacías. Cogió un rifle y, moviendo la cabeza lo dejó en el suelo. Después señaló el camino para indicar que estaban de paso y, sacando dinero del bolsillo, lo entregó al posadero. Seguidamente se acercó a sus compañeros, que permanecían sentados, y les dijo—: Vamos, no demuestren temor. Levántense y marchemos juntos como si nada ocurriera.

Sea por la tranquilidad que demostraba o por lo que decía, aunque no lo comprendieran, o por la vista de los tres rifles, lo cierto es que los dejaron pasar, aunque acercándose mucho al grupo y siguiéndoles de cerca mientras se alejaban.

Entretanto, Sheng y sus compañeros entraban por el extremo opuesto de la ciudad. Subían calle arriba cuando vieron la multitud y se pararon.

—¿Serán japoneses? —preguntó Sheng a Charlie viendo tanta gente reunida y una gran muchedumbre que corría por la calle para alcanzarla.

—Será mejor que nos volvamos y tomemos otro camino —dijo Charlie—. Daremos un rodeo para evitarnos las consecuencias de lo que puede representar un tumulto semejante.

Lo hicieron así y a pasos forzados consiguieron alcanzar el extremo opuesto de la ciudad antes que sus precedentes, y siguieron avanzando apresuradamente.

En el mismo momento oyeron gritar en inglés:

—¡Corramos hacia allí!

El inglés que iba con Sheng paróse sorprendido, mirando atrás. Los demás le imitaron. Y en seguida vieron aparecer a los tres ingleses que corrían hacia ellos, cogidos de las manos de las mujeres y seguidos por la multitud que gritaba, chillaba y parecía dispuesta a atacarles. Sheng y sus compañeros se pusieron en mitad del camino y dispararon sus armas sobre el gentío. Al oír los disparos, los ingleses soltaron las manos de las mujeres y también empezaron a disparar sobre la multitud enfurecida ante semejante acometida. Ninguno llevaba armas y no podían replicar en forma análoga ante un ataque tan inesperado. De haberse tratado de gente más belicosa, quizá les hubieran embestido. Pero se trataba de una población más intrigante que impetuosa y más chismosa que osada e intrépida. Ante el temor de morir, dejaron de perseguirles y permitieron que se marcharan libremente. Se volvieron a sus casas riendo satisfechos, como si, hubiesen realizado una importante hazaña.

Fue entonces cuando Sheng y Mayli se vieron de nuevo, y durante un buen instante permanecieron mirándose mutuamente. Luego Mayli echó a correr hacia él, seguida de Pansiao.

—¡Sheng! —gritó—. ¿Eres tú? ¿Tienes el brazo curado?

¡Hermano! —gritó Pansiao—. ¡Hermano!

¿También has vuelto?

Sheng, en cuanto vio a Mayli entre aquella compañía, sintió unos celos impetuosos. ¿Quiénes eran aquellos ingleses con los que viajaba? Y recordó la facilidad con que Mayli siempre se había relacionado con los blancos y lo cerca que había vivido de ellos, y le pareció que nuevamente se levantaba el antiguo muro que les había separado. Permaneció inmóvil, callado, y, mirando fríamente, sonrió al modo forzado.

—Parece que nos hemos encontrado nuevamente —dijo—. Veo que vas con unos amigos. En cuanto a mi brazo, está lo suficientemente curado para seguir luchando con él.

Mayli quedó inmóvil. ¿Era posible semejante insensatez? Pisoteó el polvo del camino y dijo gritando a Sheng:

—¿Qué quieres decirme? ¿Qué piensas? ¿Cómo puedes hablarme así?

Pansiao se acercó a su hermano y, poniéndole la mano sobre el brazo, le dijo:

—Ahora que estás aquí, podemos separarnos de esos extranjeros.

No parece muy seguro que piensen abandonaros replicó Sheng sin apartar sus airados ojos de Mayli.

Ésta se sentía cansada y acalorada. Ahora que se había librado de la cólera de la multitud, sentíase completamente agotada hasta el punto de que se habría tendido en el mismo camino, deseando morir. Sus labios se estremecieron, y Charlie, que lo notó, dijo mirando a Sheng:

—Hermano mayor, ¿quieres estar enfadado después de escapar de tan gran peligro? —y mientras hablaba miraba a hurtadillas a Pansiao, que le correspondía en igual forma. Pero por timidez no se hablaron. Al cabo de un rato, y haciendo un esfuerzo, se decidió a preguntarle—. ¿Estás bien?

—Sí —contestó Pansiao, y, a pesar de haberse cruzado tan pocas palabras, le pareció que se habían dicho muchas cosas.

Entretanto, los ingleses habían seguido la escena asombrados, conjeturando y haciendo suposiciones, pues no entendían una palabra de lo que oían hablar. El inglés que acompañaba a Sheng permanecía callado, porque no estaba seguro de sí mismo, y se disimulaba detrás de Sheng y Charlie. El inglés más alto se dio cuenta de él y le llamó al mismo tiempo que avanzaba a su encuentro con la mano alargada.

—Creo que usted es inglés —dijo.

—Sí —afirmó estrechando su mano y sonriendo tímidamente.

—¿Cómo se encontró con esos chinos? —le preguntó.

—Por casualidad.

Lo mismo que nosotros con estas mujeres. Los japoneses nos hicieron prisioneros y pudimos escapar. Éramos ocho; los que faltan tuvieron peor suerte.

—Me hago cargo. —Y luego, con mucho tiento prosiguió—: Yo me perdí. La retirada fue horrorosa, ¿verdad?

—Sí, horrorosa.

Los tres ingleses se acercaron y le estrecharon la mano. A continuación siguieron charlando animadamente en voz baja, y en un instante se produjo, de una manera instintiva, una separación de clases —ingleses y chinos—. Unos y otros se sentían molestos y cohibidos, excepto Mayli, que miraba a todos alternativamente. Era un momento extraño. Uno de esos momentos que a veces parecen haberse desprendido del tiempo y vivir por sí mismos, sin trabazón alguna con el pasado ni el futuro. Todos sentían su gravedad, bajo un silencio incierto. A su alrededor rutilaban las verdes llanuras de aquel país que era extranjero para todos ellos. Las colinas se recortaban en el cielo, que era de un azul límpido, salvo en el Oeste, sobre el horizonte, donde se acumulaban densas masas de nubes tormentosas. No se veía ni un alma en los campos ni en el camino. El aire era ardiente. En este momento, que parecía desprendido del tiempo, se sentían completamente separados del resto del mundo, solos, pero divididos. Los ingleses seguían juntos; sucios de aspecto, con crecidas barbas y manifestando la misma recelosa inquietud. Los chinos estaban en condiciones lamentables, llevaban desnudos los pies y las cabezas descubiertas. Sus rostros habían sido bronceado: y curtidos por el sol y la expresión de sus ojos era tranquila. Detrás de ellos estaba el hindú, pe: nadie le hacía caso. Mayli continuaba en medio del grupo. De cuando en cuando miraba al inglés alto y luego a Sheng. Finalmente, preguntó a este último:

—¿Seguiremos andando?

—¿Con ellos? —inquirió Sheng, contrayendo el entrecejo y señalando a los ingleses—. No. Ya estoy harto.

—Entonces, ¿qué determinamos? ¿Hacia dónde vamos? —inquirió Mayli.

—¿Hacia dónde irán ellos? —preguntó Sheng, receloso.

Mayli se volvió a los ingleses y les preguntó qué dirección pensaban seguir.

Los ingleses cuchichearon entre sí. De lo que decían, sólo pudo recoger algunas palabras: «Lo mejor sería irnos cuanto antes...». «Cualquier sitio mientras haya blancos...». «Lejos de este país detestable...».

El más alto contestó:

—Pensamos continuar hacia el Oeste, en dirección a la India.

Todos miraron hacia Poniente, de donde venía la tormenta, cuyas nubes se elevaban cada vez más altas. El reflejo del sol brillantaba su borde, pero su masa era negra y compacta.

—Viene una tormenta —le advirtió Mayli.

—Eso parece —dijo el inglés—. No será la primera que nos haya caído encima.

Vacilaron un momento, y el inglés, decidido, sacó del bolsillo la brújula que

Mayli le había prestado para orientarse y, devolviéndosela, le dijo:

—Aquí tiene su brújula... Le quedo muy agradecido.

Estuvo tentada de decirle que se la quedara, pues los ingleses daban la sensación de quedar totalmente abandonados. ¿Hallarían el camino sin unos guías? Pero la brújula era un regalo de Chung y no quería desprenderse de ella. En consecuencia, la recogió en silencio. El inglés se puso el rifle al hombro. Estaba pálido y demostraba gran cansancio. En cambio, sus ojos manifestaban una firme resolución.

—Bueno —dijo—. Es mejor que nos vayamos.

Volvióse al punto y empezó a caminar a grandes pasos. Los demás ingleses le siguieron, alejándose camino adelante, hacia la India, mientras los chinos permanecían contemplando cómo sus figuras se hacían cada vez más pequeñas sobre el fondo negro y tormentoso del nublado amenazador. Finalmente, se perdieron dentro de la oscuridad. Entonces ocurrió algo inesperado y sorprendente. El hindú que había venido siguiendo lealmente a Sheng pareció haber reunido todas sus fuerzas, dio un brinco como si poseyera resortes de acero en su cuerpo y echó a correr a toda prisa tras los ingleses. No hizo ni un gesto, no profirió un grito, no pronunció una sola palabra de despedida. Silenciosamente corrió tras los blancos con sus pies desnudos, ágiles y elásticos, por el camino polvoriento. Como una rápida visión, vieron fugazmente su rostro salvaje, el blanco de sus ojazos tristes y el brillo de sus dientes. Y también desapareció.

Quedaron tan sorprendidos que ninguno de ellos atinó en hablar hasta pasado un buen espacio de tiempo. Sheng, entonces, preguntó a Charlie:

—¿Todavía llevaba consigo el cuchillo?

—Vive con él en la mano y no lo abandona ni durmiendo —contestó Charlie.

—Así, las perspectivas son malas —comentó Sheng ásperamente.

Empezó a soplar un fuerte viento que aumentó gradualmente de intensidad y que rugía y bramaba con siniestra potencia.

Mayli se sintió sobrecogida y por primera vez tuvo miedo, y, volviéndose hacia Sheng, le preguntó:

—¿Dónde vamos? Tengo miedo de la tormenta que se nos viene encima. No parece una tormenta corriente.

—Será muy fuerte —contestó.

Miró ansiosamente el nublado cielo y añadió gravemente:

—Realmente, debemos escaparnos cuanto antes.

Hacia el Este el cielo seguía despejado y azul.

—¡Volvamos a casa! —gritó de pronto Sheng.

Pansiao, al oír la palabra casa, chilló alegre:

—¡Oh! ¡Quiero ir a casa!

—¡A casa! ¡A casa! —suspiraron las muchachas.

—Entre nosotros y nuestras casas hay centenares de millas a través de montañas, selvas y ríos —dijo Mayli, tristemente—. ¿Podremos llegar tan lejos, a pie?

—Yo voy —contestó Sheng, obstinado, y empezó a caminar.

Pansiao corrió tras él, y tras ella siguió Charlie, y las muchachas fueron siguiendo una tras otra. Mayli quedó sola. Estaba tan fatigada que no se sentía capaz de avanzar un pie para empezar una caminata que se le aparecía como interminable. En lo alto brillaba el cielo puro y sereno; pero ¿no estaba demasiado cansada para seguir en aquella dirección? Súbitamente la acometió un deseo enorme de dormir y no despertar nunca más. Sheng se detuvo y, mirando atrás, le gritó:

—¿Vienes conmigo?

Mayli seguía vacilando. ¿Y si no llegaban a casa?

—¡Sheng! —gritó—. ¿Me prometes...?

Con aspereza y brutalidad parecida al chasquido de un látigo, interrumpió aquella voz trémula e implorante, gritando:

—¡Yo no hago promesas! ¡Yo no soy de esos hombres que hacen tantas promesas!

Estaba parado, alto y erguido. Si ella no le seguía y corría tras los ingleses, ¿no corría el peligro de la tormenta? Por el lado opuesto, la tierra brillaba acariciada por el sol bajo un cielo claro y despejado. ¿Qué podía hacer sino seguir a Sheng? Ciertamente, las promesas eran sólo palabras, y las palabras no eran más que burbujas de aire que salían fácilmente de los labios de los hombres para deshacerse y desaparecer como si nunca hubieran existido.

Mayli inclinó la cabeza. Aunque no había querido prometerle...

—¡Ya voy! —gritó.

... Entretanto, muy lejos, en la casa de Ling Tan, Jade estaba sentada frente a la puerta, mirando a sus hijos que jugaban en la huerta. Era cerca de mediodía y muy pronto llegarían Lao Ta y Lao Er para almorzar. Estaban segando el trigo. La cosecha había sido muy abundante, pero ya se habían preocupado de reducirla secretamente por dos veces, como hacían todos los campesinos de ese país dominado por los japoneses, de modo que cuando llegaran los inspectores no se darían cuenta de lo buenas que habían sido las cosechas. Por la noche trillaban el grano secretamente y luego lo ocultaban en barricas dentro de la cueva que construyeron bajo la cocina. Jade cosía una prenda de su marido y se lamentaba de la mala calidad del género. Los artículos de algodón ahora eran de pésima calidad; ésa era otra de las cosas que les habían traído los japoneses. Jade permaneció pensativa unos momentos, imaginando que algún día volvería a hilar nuevamente la antigua tela azul, fina y resistente, que duraba de padres a hijos. Algún día... cuando volvieran a ser libres... Sí, volverían a serlo. Lo sabía, lo presentía. No tenían ningún indicio, ni contaba con ninguna promesa, y, sin embargo, todos juntos, hombres y mujeres, en medio de tantos y actuales infortunios, habían empezado a acariciar nuevas; esperanzas nacidas en sus propios corazones y se sentían invencibles. Ensimismada en estos pensamientos, Jade levantó la cabeza de la faena y vio a los dos hombres que se acercaban con las hoces en la mano. Iban uno al lado del otro, resistentes y fuertes. Se levantó para entrar en

la casa y poner la mesa. Pero se detuvo al oír la gritería de sus dos hijos mellizos. Se peleaban, y el más alto arremetía contra su hermano, que era de menor talla. El que nació último era más pequeño. Jade estaba a punto de salir en defensa de éste, porque lloraba y chillaba, acosado por su hermano. Pero desistió de hacerlo. Se quedó observándoles, esperando el final de la pelea. De pronto el menor dejó de llorar y chillar y, furioso, se lanzó contra su hermano, embistiéndole con la cólera pintada en el rostro y agitando los brazos como poseído de renovada fuerza; Jade sonrió.

—¡Bien, hijo mío! —le gritó—. ¡Lucha por ti mismo!... ¡Lucha! ¡Lucha!...

Y, contenta, entró en la casa.

FIN



PEARL SYDENSTRICKER BUCK (Hillsboro, 1892 - Danby, 1973). Novelista estadounidense y Premio Nobel de Literatura en 1938, que pasó la mayor parte de su vida en China y cuya obra, influida por las sagas y la cultura oriental, buscaba educar a sus lectores. Recibió el premio Nobel en 1938. Hija de unos misioneros presbiterianos, vivió en Asia hasta 1933.

Su primera novela fue *Viento del este, viento del oeste* (1930), a la que siguió *La buena tierra* (1931), ambientada en la China de la década de 1920 y que tuvo gran éxito de crítica, recibiendo por ella el premio Pulitzer. Es un relato epopéyico de grandes relieves y detalles vívidos acerca de las costumbres chinas; está considerada, en esa vertiente, como una de las obras maestras del siglo.

La buena tierra forma la primera parte de una trilogía completada con *Hijos* (1932) y *Una casa dividida* (1935), que desarrollarían el tema costumbrista chino a través de sus tres arquetipos sociales: el campesino, el guerrero y el estudiante. Por la trilogía desfilan comerciantes, revolucionarios, cortesanas y campesinos, que configuran un ambiente variopinto alrededor de la familia Wang Lung. Se narra la laboriosa ascensión de la familia hasta su declive final, desde los problemas del ahorro económico y las tierras hasta la aparición de la riqueza y de conductas y sentimientos burgueses.

En 1934 publicó *La madre*, y en 1942 *La estirpe del dragón*, otra epopeya al estilo de *La buena tierra* donde apoyó la lucha de los chinos contra el imperialismo japonés, en un relato que parte de una familia campesina que vive cerca de Nankín. También

escribió numerosos cuentos, reunidos bajo el título *La primera esposa*, que describen las grandes transformaciones en la vida de su país de residencia. Los temas fundamentales de los cuentos fueron la contradicción entre la China tradicional y la nueva generación, y el mundo enérgico de los jóvenes revolucionarios comunistas.

En 1938 publicó su primera novela ambientada en Estados Unidos, *Este altivo corazón*, a la que le siguió *Otros dioses* (1940), también con escenario norteamericano, donde trata el tema del culto de los héroes y el papel de las masas en este sentido: el personaje central es un individuo vulgar que por azar del destino comienza a encarnar los valores americanos hasta llegar a la cima.

A través de su libro de ensayos *Of Men and Women* (1941) continuó explorando la vida norteamericana. El estilo narrativo de Pearl S. Buck, al contrario de la corriente experimentalista de la época, encarnada en James Joyce o Virginia Wolf, es directo, sencillo, pero a la vez con resonancias bíblicas y épicas por la mirada universal que tiende hacia sus temas y personajes, así como por la compasión y el deseo de instruir que subyace a un relato lineal de los acontecimientos.

Entre sus obras posteriores cabe mencionar *Los Kennedy* (1970) y *China tal y como yo la veo*, de ese mismo año. Escribió más de 85 libros, que incluyen también teatro, poesía, guiones cinematográficos y literatura para niños.

Notas

[1] *rickshaw*: Carrito de dos o tres ruedas de pasajeros, generalmente tirado por un hombre. Se empezó a utilizar en Asia en los alrededores de 1920. (N. del Ed.) <<

[2] *coolí*: Nombre que se designaba a a una persona de escasa cualificación en Asia, sobre todo si eran del sur de China, el subcontinente indio, Filipinas o Indonesia. Se utilizaba desde principios del siglo 19 y 20. Hoy en día, también es un insulto racial contemporánea para las personas de ascendencia asiática, en particular en África del Sur. (N. del Ed.) <<

[3] *chinks*: Es un insulto étnico Inglés y suele referirse a personas de etnia china. (*N. del Ed.*) <<

[4] *ice-cream*: helado. (*N. del Ed.*) <<